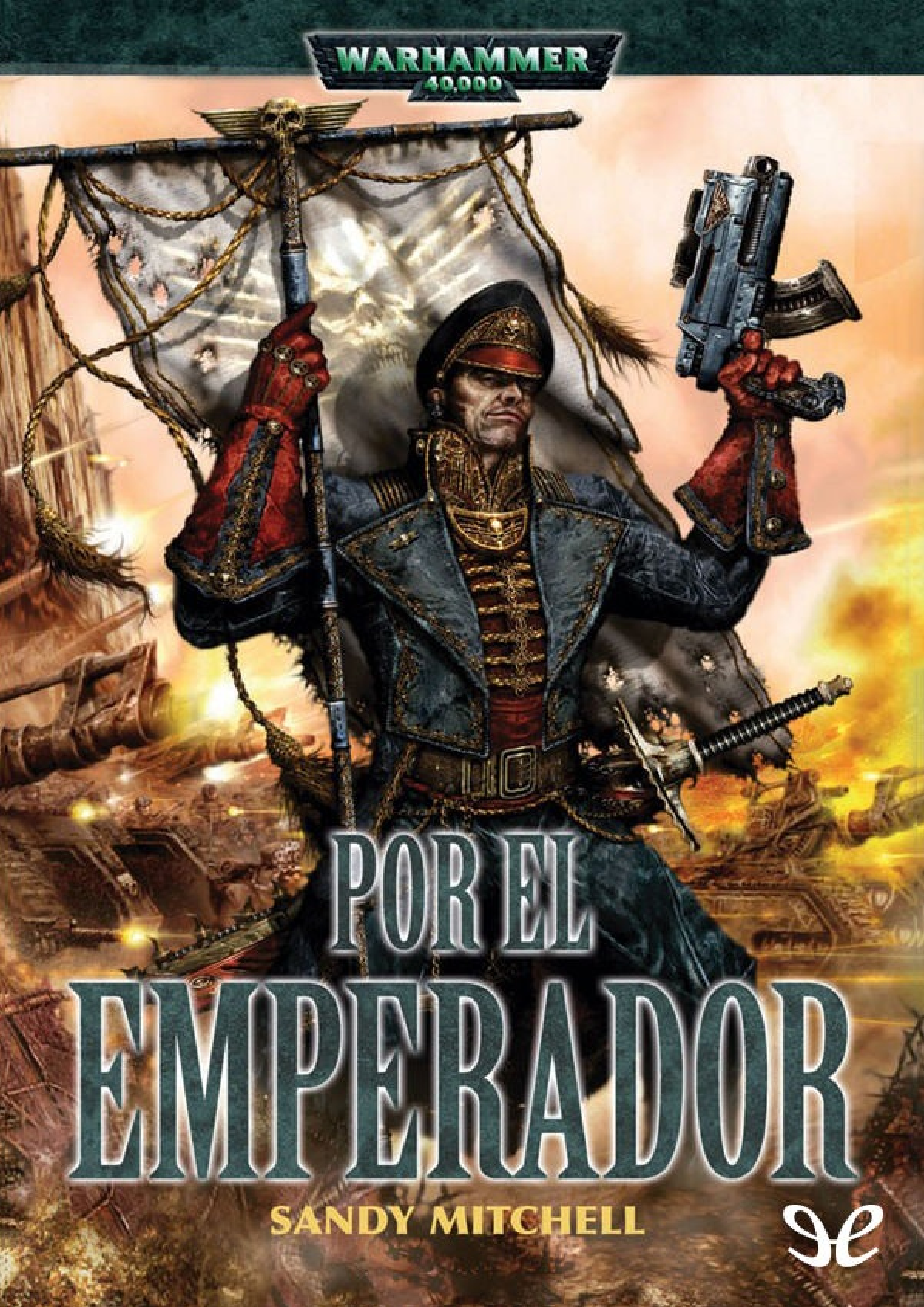


WARHAMMER
40,000
POR EL
EMPERADOR
SANDY MITCHELL

El comisario Ciaphas Cain —héroe del Imperio y famoso en todo el sector por su coraje y valentía— es enviado para ayudar a mantener el orden en un mundo en los límites del espacio Tau. Pero cuando el embajador extranjero es asesinado, Cain y su regimiento de valhallanos se ven envueltos en una guerra. Mientras la Guardia Imperial lucha por contener una insurrección civil de ámbito mundial ¿podrá el astuto comisario identificar al verdadero villano antes de que el Imperio pierda para siempre el dominio de ese planeta?



Sandy Mitchell

Por el Emperador

Warhammer 40000. Ciaphas Cain 01

ePub r1.0
epublector 16.09.14

Título original: *For the Emperor*
Sandy Mitchell, 2003
Traducción: Games Wokshop Limited

Editor digital: epublector
ePub base r1.1



Para Judith, por todo



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



Nota editorial:

Lo que, a falta de una frase más feliz, llamaremos en adelante el «Archivo Cain» es, en realidad, algo que a duras penas merece un título tan grandilocuente. No es nada más que un registro de datos repleto de archivos dispuestos con una arrogante displicencia por la cronología y sin sujetarse a ningún plan de indexación que yo haya sido capaz de identificar a pesar del minucioso examen a que sometí su contenido. Lo que sin embargo puede decirse con absoluta certidumbre es que el autor no fue otro que el célebre comisario Ciaphas Cain, y que el archivo fue escrito por él durante su retiro mientras servía como tutor en la Schola Progenium.

Esto situaría la fecha de redacción en algún momento posterior a su designación como profesor en 993.M41; por referencias ocasionales a sus memorias publicadas (Al servicio del Emperador: vida de un comisario,) que salieron a la luz el día 005. M42, podemos inferir sin temor a equivocarnos que la escritura de este archivo le sirvió de inspiración para embarcarse en una narración más extensa de sus experiencias, y que el grueso del archivo fue redactado no antes de esto.

En cuanto a sus motivos para hacerlo, sólo caben conjeturas, ya que su publicación habría sido imposible; en realidad, yo les puse el sello inquisitorial en el momento en que salieron a la luz por razones que resultarán obvias para cualquier lector avisado.

No obstante, considero que son dignos de un estudio adicional. Alguno de mis compañeros inquisidores podría quedar conmocionado al descubrir que uno de los héroes más venerados del Imperio fue, según él mismo admitió, un canalla y un pícaro egoísta, de lo cual, y debido a nuestra esporádica asociación personal, soy consciente desde hace tiempo. A decir verdad, yo llegaría incluso a sostener que precisamente fue esta combinación de flaquezas de carácter lo que lo transformó en uno de los servidores más efectivos que haya tenido jamás el Imperio, a pesar de sus denodados esfuerzos en sentido contrario. En sus cien años largos de servicio activo en el Comisariado, y en sus actividades menos visibles por petición mía, se enfrentó y superó a casi todos los enemigos de la humanidad: necrones, tau, tiránidos y orcos, eldars, tanto incontaminados como corrompidos por los poderes degradantes y los agentes demoníacos de esos mismísimos poderes. Debemos reconocer que lo hizo a regañadientes, pero en muchos casos de forma reiterada, y siempre con éxito; un historial igualado por muy pocos hombres nobles, si acaso alguno.

En honor a la verdad debemos señalar que el propio Cain es el más mordaz de sus críticos, e incluso llega a veces a negar que los muchos casos en los que da la impresión,

a pesar de sus bajos motivos manifiestos, de actuar movido fundamentalmente por la lealtad o el altruismo, lo haya hecho así realmente. Sería verdaderamente irónico que el reconocimiento de sus defectos le hubiera impedido ver sus propias virtudes, aunque debemos reconocer que muchas veces estaban muy bien escondidas.

También vale la pena tener en cuenta que si, como suele decirse, el coraje no consiste en la ausencia de miedo sino en su superación, Cain realmente hace honor a su heroica reputación, por mucho que él se empeñe en negarlo.

Sin embargo, por más que deploremos sus reconocidas flaquezas morales, sus éxitos son innegables, y podemos dar las gracias por haber descubierto al fin la narración que hace el propio Cain de su desigual carrera. Cuando menos, estas memorias arrojan nueva luz sobre muchos de los momentos más extraños de la reciente historia imperial, y sus relatos de primera mano de nuestros enemigos contienen muchas ideas valiosas, aunque idiosincrásicas, para comprender y maldecir sus oscuros designios.

Ésta es la razón que me llevó a conservar el archivo y por el que he restado a mi ocio un tiempo considerable desde su descubrimiento para compilarlo y anotarlo, en un intento de hacerlo más accesible para los demás inquisidores que deseen examinarlo. Da la impresión de que Cain no tenía en mente una estructura global y que se limitó a registrar incidentes de su pasado según los iba recordando y como resultado de ello, muchas de las anécdotas están faltas de contexto; tiene la desconcertante costumbre de empezar los relatos por la mitad y muchos de los fragmentos más cortos tienen un final abrupto al terminar su participación en los hechos que está describiendo.

Por ese motivo he optado por iniciar el proceso de su divulgación con su relato de la campaña de Gravalax, que es razonablemente coherente, y en el cual los miembros de nuestro ordo encontrarán al menos algunos visos de familiaridad a resultas de mi propia participación en el episodio. La verdad es que contiene una narración de nuestro primer encuentro desde la perspectiva de Cain, que debo admitir encontré bastante divertida la primera vez que me topé con ella.

En la mayor parte, el archivo habla por sí mismo, aunque me he tomado la libertad de dividir el relato largo y desestructurado en capítulos relativamente independientes para facilitar la lectura. Las citas que los preceden son una pequeña concesión por mi parte. Han sido entresacadas de una colección de frases compiladas por el propio Cain aparentemente con el fin de que sirvieran de entretenimiento y de ejemplarización para los cadetes a su cargo, aunque yo las justifico porque tal vez nos permitan ver mejor cómo funciona su mente. Dejando de lado esto, me he limitado a hacer alguna que otra interpolación editorial donde lo consideré necesario para situar la narrativa algo egocéntrica de Cain en un contexto más amplio; salvo en el caso en que se especifique su autoría, todas esas anotaciones me pertenecen, y en cuanto al resto, he dejado que sus propias palabras hagan su trabajo.



UNO

No sé qué efecto tienen sobre el enemigo, pero, por el Emperador, que a mí me dan miedo.

General Karis,
de los valhallanos bajo su mando

Una de las primeras cosas que se aprenden siendo comisario es que la gente nunca se alegra de verlo a uno. Esto ya no es así por lo que a mí respecta, por supuesto, ahora que mi gloriosa e inmerecida reputación me precede a dondequiera que vaya. Una buena regla empírica en mis tiempos de juventud, pero nunca antes me había encontrado frente a frente con la muerte ante la mirada de los soldados a los que se suponía que debía inculcar lealtad al Emperador. En mis comienzos, como secuaz ocasionalmente leal de Su Gloriosa Majestad, me había enfrentado —o, para ser más preciso, había huido de ellos despavorido y dando voces— a orcos, necrones, tiránidos y a una hueste demoníaca seriamente mutilada, para escoger sólo algunos de los puntos culminantes de mi ignominiosa carrera. Pero encontrarme en aquel comedor de tropa a punto de ser desmembrado por miembros de la Guardia amotinados, fue una experiencia única que, la verdad, no tengo el menor deseo de repetir.

Tendría que haberme dado cuenta de la gravedad de la situación al ver que el oficial al mando de mi nuevo regimiento me recibía con una verdadera sonrisa en cuanto puse un pie fuera de la lanzadera. A esas alturas ya no me faltaban motivos para temerme lo peor, por supuesto, pero me había quedado sin alternativas. Por paradójico que pueda parecer, aceptar este destino miserable me había parecido, inquietantemente, la mejor opción que tenía para mantener intacto mi pellejo.

El problema, por supuesto, era mi inmerecida fama de héroe, que por entonces había alcanzado proporciones tan grotescas que el Comisariado reparó en mí y decidió que se estaba desaprovechando mi talento en la unidad de artillería que yo había elegido como el destino más seguro para cumplir toda una vida de servicio al

Emperador, situada como estaba a una gran distancia de lo más encarnizado del combate. Fue así que me vi arrancado de una posición de relativo anonimato y destinado directamente al cuartel general de la brigada.

En un primer momento aquello no había pintado demasiado mal, ya que poco más tenía que hacer que revisar archivos de datos y organizar algún que otro escuadrón de tiro, lo que se me daba bastante bien. Pero el problema de que todos piensen que eres un héroe es que tienden a suponer que te gusta encontrarte en peligro mortal y desviarte de su camino para brindarles algo de eso. En la media docena de años transcurridos desde mi llegada, había sido destacado temporalmente a unidades destinadas, entre otras cosas, a asaltar posiciones fijas, despejar algún armatoste espacial y realizar reconocimiento muy por detrás de las líneas enemigas. Y cada vez que regresaba vivo, debido en no escasa medida a mi habilidad natural para ponerme a cubierto y esperar a que cesara el ruido, el estado mayor me daba una palmadita en la espalda, me hacía algún comentario elogioso y trataba de encontrar una manera todavía más creativa para exponerme a que me mataran.

Era evidente que algo había que hacer, y rápido, antes de que la suerte me abandonara. Así pues, como tantas veces había hecho antes, dejé que mi reputación hiciera el trabajo por mí y solicité que me volvieran a trasladar a un regimiento. A cualquier regimiento. Por entonces no me importaba. Mi larga experiencia me había enseñado que las oportunidades de conservar la cabeza sobre los hombros eran muy superiores cuando podía cerrar filas con todos los oficiales que tenía a mi alrededor.

—La verdad es que no creo que esté hecho para el papeleo —le dije a modo de disculpa al enano con cara de comadreja de la oficina del general supremo. Él asintió comprensivamente y revisó con gran bambolla mi hoja de servicio.

—No puedo decir que me sorprenda —dijo con tono levemente nasal. Aunque procuraba parecer frío y compuesto, su expresión corporal dejaba claro su nerviosismo al encontrarse en presencia de una leyenda viva; al menos así me había llamado algún necio amigo de encasillar a la gente después del asedio de Perlia, y la etiqueta hizo fortuna. Lo siguiente de que tengo conciencia es de mi propia cara mirándome con expresión mordaz desde los carteles de reclutamiento de todo el sector, y no recuerdo haber podido tomarme con tranquilidad una taza de recafeinado sin encontrarme bajo las narices un papel para que le pusiera mi autógrafo—. No todos pueden con ello.

—Es una pena que no podamos tener todos su dedicación a la buena marcha del Imperio —dije. Me miró un momento con atención, preguntándose si le estaría tomando el pelo, cosa que, por supuesto, estaba haciendo, y decidió finalmente que sólo trataba de ser cortés. Decidí emplearme un poco más a fondo—. Pero me temo que he sido soldado demasiado tiempo como para tratar de cambiar de hábitos a estas alturas.

Por supuesto, eso entraba en el tipo de cosas que se esperaban de Cain, el héroe, y cara de comadreja se lo creyó a pies juntillas. Tomó mi solicitud de traslado como si fuera una reliquia de un santo canonizado.

—Me ocuparé personalmente —dijo haciendo prácticamente una reverencia mientras me acompañaba a la puerta.

* * *

Y fue así que aproximadamente un mes más tarde me encontré a bordo de una lanzadera acercándome a la bodega del *Cólera Justa*, una vieja y desvencijada nave de transporte de tropas como las hay a miles en el servicio imperial, en todas las cuales tengo la sensación de haber viajado en uno u otro momento a lo largo de los años. Una bocanada del olor familiar del aire de a bordo, viciado, reciclado, mezclado íntimamente con sudor rancio, aceite de motor y col cocida, inundó el compartimento del pasaje al abrirse las escotillas. Lo aspiré con fruición ya que venía a desplazar al otro olor, no menos familiar, del artillero Jurgen, mi asistente casi desde los comienzos de mi carrera como comisario, hacía casi veinte años.

De escasa estatura para ser un valhallano, Jurgen se las ingeniaba para parecer torpe y fuera de lugar a dondequiera que fuese, y en todo el tiempo que llevábamos juntos, no podía recordar una sola ocasión en la que hubiera llevado puesta una prenda que pareciera hecha para él. Aunque era de natural amigable, parecía encontrarse incómodo con la gente y, a su vez, la mayoría prefería evitar su compañía, una tendencia exacerbada, sin duda, por la permanente soriasis que sufría y por su olor corporal al que, con toda sinceridad, llevaba bastante tiempo acostumbrarse.

A pesar de todo, había demostrado ser un asistente capaz y valioso, lo que se debía en gran medida a su peculiar mentalidad. No era demasiado brillante, pero estaba ansioso por complacer y cumplir escrupulosamente las órdenes, con lo cual se había convertido en un conveniente parachoques entre mi persona y algunos de los aspectos más gravosos de mi función. Nunca cuestionaba nada de lo que yo dijera o hiciera, convencido aparentemente de que en cierto modo tenía que ser por bien del Imperio, lo cual, teniendo en cuenta las actividades ocasionalmente vergonzosas en las que era sabido que yo participaba, era mucho más de lo que es dado esperar de cualquier otro soldado. A pesar del tiempo transcurrido, a veces me sorprendo todavía echándolo de menos.

De modo que ahí estaba, pegado a mí, medio oculto tras el equipaje de ambos que se había ingeniado para reunir y sostener a pesar del peso, cuando los tacones de mis botas resonaron por primera vez en la rampa de descenso de la lanzadera. No puse ninguna objeción; la experiencia me había demostrado que era una buena idea para

que la gente que no lo conocía de antes fuera haciéndolo progresivamente.

Me detuve un instante para conseguir un efecto teatral antes de adelantarme para acudir al encuentro del pequeño grupo de oficiales de la guardia reunidos para saludarme junto a las puertas del área de carga. Hice resonar mis botas sobre la superficie metálica para darme el aire más marcial y autoritario posible, efecto que quedó apenas deslucido por los chasquidos de la zona chamuscada de debajo de los motores de la lanzadera al enfriarse y el trote de Jurgen por detrás de mí.

—Bienvenido, comisario. Es un gran honor —dijo una mujer sorprendentemente joven, pelirroja y de ojos azules, que se adelantó haciendo un corto y decidido saludo con eficiencia propia de un desfile. Por un momento pensé que era un desaire que sólo estuvieran presentes los oficiales más jóvenes, luego identifiqué su rostro con la imagen de archivo de la pizarra de información resumida y le devolví el saludo.

—Coronel Kasteen —dije con una inclinación de cabeza. Aunque no tenía nada que oponer a que me adularan las jóvenes en circunstancias normales, el intento tan obvio de zalamería me pareció repugnante. Después observé con atención su expresión expectante y tuve la sensación de que estaba al borde de una escalera que no existía. Era absolutamente sincera. Que el Emperador me asista, realmente estaban contentos de verme. Las cosas por estos lugares debían de estar todavía peor de lo que había imaginado.

Sin embargo, aunque tenía cierto presentimiento, todavía estaba por descubrir lo mal que estaba todo. Una cosa era cierta, que sentía un cosquilleo en las palmas de la manos, síntoma inequívoco de que el aire estaba cargado de problemas, como la corriente estática que hay en la atmósfera antes de una tormenta, y aún había otra, y era que había roto con el hábito de toda una vida y había leído realmente y con atención el informe previo durante el tedioso viaje hasta reunirme con la nave.

Resumiendo, la moral en el 296.º/301.º de Valhalla había tocado fondo, y era evidente que la causa de todo ello era el título del regimiento. La combinación de regimientos con dotación insuficiente era práctica habitual en la Guardia Imperial, una forma sensata de consolidación después de haber sufrido bajas en combate para mantener las unidades plenamente operativas y que pudieran resultar útiles sobre el campo. Lo que no había sido tan sensato era la idea de sumar lo que había quedado de la 301.a, una unidad de asalto planetaria excepcional con mil quinientos años de convicción tradicional en su superioridad innata sobre todas las demás unidades de la Guardia, especialmente sobre las demás valhallanas, con el 296.º mando de guarnición de retaguardia que, para colmo de males, era uno de los pocos regimientos formados íntegramente por mujeres que se mantenía sobre aquella desolada bola de hielo. Y la guinda del pastel era que a Kasteen la habían puesto al mando en virtud de una antigüedad que superaba apenas en tres días a la de su subordinado inmediato, un hombre con mucha más experiencia en combate.

No es que a ninguno de ellos les faltara ahora, después de la batalla por Corania. Los tiránidos habían atacado sin advertencia, y todos los regimientos de la Guardia asentados en el planeta se habían visto obligados a oponer una feroz resistencia durante casi un año antes de que la flota y un par de capítulos de Astartes[1] hubieran llegado para cambiar el rumbo de la guerra. Por entonces, cada una de las unidades supervivientes había tenido por lo menos un cincuenta por ciento de bajas; algunas, muchas más, y los burócratas del Munitorum se habían puesto a la tarea de consolidar a los maltrechos supervivientes en unidades nuevamente operativas.

Al menos en los papeles. Nadie con experiencia militar práctica podría haber tenido tan poco seso como para pasar por alto los efectos morales de sus decisiones. Pero ya se sabe, así son los burócratas. Tal vez si a unos cuantos zánganos del Administratum les hubieran dado rifles láser y les hubieran hecho prestar servicio con los soldados durante uno o dos meses, se les habrían aclarado un poco las ideas, suponiendo que por algún milagro no les pegaran un tiro por la espalda el primer día, claro está.

Pero me estoy yendo por las ramas. Devolví el saludo a Kasteen y reparé mientras lo hacía en lo levemente descolorida que estaba la tela debajo de su insignia de grado donde habían estado los galones de capitán antes de su reciente e imprevista promoción a coronel. Quedaban muy pocos oficiales en ambos regimientos cuando los tiránidos acabaron con ellos, y tuvieron suerte. Por lo menos una de las unidades reconsolidadas estaba encabezada por un antiguo cabo, o al menos eso tengo entendido[2]. Por desgracia, ninguno de sus comisarios había sobrevivido, de modo que, gracias a mi poco oportuna solicitud de traslado, me había tocado a mí deshacer el entuerto. Vaya suerte.

—El mayor Broklaw, mi segundo —presentó Kasteen al hombre que estaba a su lado y cuya insignia era igualmente nueva. Se sonrojó imperceptiblemente, pero dio un paso adelante y me estrechó la mano con firmeza. Tenía unos ojos de color gris como el pedernal debajo del flequillo oscuro, y me apretó la mano con fuerza algo excesiva, tratando de medir la mía. Dos podían prestarse a ese juego, y yo tenía la ventaja de un par de dedos potenciados, de modo que le devolví el favor, sonriendo afablemente al ver cómo desaparecía el color de su cara.

—Mayor. —Lo solté antes de que resultara dañado algo más que su orgullo, y pasé al siguiente oficial de la fila. Kasteen había reunido a la mayor parte de su personal de mando, tal como mandaba el protocolo, pero estaba claro que a la mayor parte no le daba demasiada seguridad tenerme por allí. Sólo unos cuantos me miraron a los ojos, pero la leyenda de Cain el Héroe me había precedido, y los que sí me sostuvieron la mirada evidentemente esperaban que fuera capaz de enmendar la situación que todos sentían se les había escapado de control.

No sé qué pensarían los demás; tal vez sólo se sintieran aliviados al ver que no

hablaba de fusilar a muchos de ellos ni de hacervenir a alguien competente. Por supuesto, de haber sido ésa una opción realista, podría haberla considerado, pero yo tenía una reputación no buscada de ser honesto y justo y tenía que mantenerla, de modo que eso era lo que había.

Terminadas las presentaciones me volví a Kasteen y señalé al vacilante montón de bolsas de viaje que había detrás de mí. La coronel abrió un poco más los ojos al atisbar la cara de Jurgen detrás de la barricada, pero supongo que a cualquiera que se hubiera enfrentado a los tiránidos esta experiencia lo habría dejado relativamente frío, de modo que rápidamente corrigió su expresión. Observé con regocijo bien disimulado que la mayoría de los oficiales reunidos contenían la respiración todo lo que podían.

—Mi asistente, artillero de primera Ferik Jurgen —dije. En realidad, había sólo una categoría de artilleros, pero suponía que ellos no lo sabrían, y la pequeña promoción oficiosa añadiría puntos al prestigio de ser el asistente de un comisario. Eso, a su vez, me beneficiaría a mí—. ¿Podrían asignarle un alojamiento?

—Por supuesto. —Se volvió a uno de los lugartenientes más jóvenes, una chica rubia de aspecto algo equino que parecía más apta para estar en una granja que vistiendo un uniforme, y le hizo una seña con la cabeza—. Sulla, haz que el oficial de intendencia se encargue de ello.

—Yo misma me encargaré —respondió, excediéndose un poco de lo que es habitual en un ansioso oficial joven—. Magil está haciendo todo lo que puede, pero todavía no domina totalmente el sistema. —Kasteen asintió sin convicción, desconocedora de que hubiera un problema, pero pude ver que la mandíbula de Broklaw asumía un gesto tenso y que la mayor parte de los hombres presentes a duras penas podían disimular su desagrado.

—Sulla era nuestro sargento a cargo de la intendencia hasta la última ronda de promociones —explicó Kasteen—. Conoce mejor que nadie los recursos de la nave.

—Estoy seguro de ello —dije diplomáticamente—. Y también estoy seguro de que tiene deberes más apremiantes que atender que encontrar una litera para Jurgen. Nosotros mismos nos pondremos en contacto con su sargento Magil, si no tiene nada que objetar.

—Nada en absoluto. —Kasteen pareció momentáneamente intrigada, pero pronto lo superó. Observé con el rabillo del ojo que Broklaw me miraba ahora con algo muy próximo al respeto. Bien, ya era algo, pero estaba bastante claro que iba a tener que trabajar duro para convertir a esta ralea dividida y desmoralizada en algo con visos de unidad de combate.

Bueno, al menos hasta cierto punto. Aunque distaban mucho de estar preparados para combatir a los enemigos del Emperador, sin duda estaban en buena forma para luchar los unos con los otros, como no tardaría en descubrir.

No he llegado a mi segundo siglo pasando por alto los pequeños presentimientos

que a veces me asaltan impensadamente, como ese escozor en las palmas de las manos o la vocecita que a veces oigo dentro de la cabeza y que me dice que algo es demasiado bueno para ser cierto. Sin embargo, en mis primeros días a bordo del *Cólera Justa* no tuve necesidad alguna de esos sutiles avisos de mi subconsciente. La tensión que se respiraba en el aire de los corredores que nos habían asignado, como el ozono en las inmediaciones de una hueste demoníaca, casi hacía saltar chispas de los mamparos. Y no fui yo el único en notarlo. Ninguno de los demás regimientos a bordo se aventuraba por nuestra parte de la nave, ni para mantener contactos sociales ni por la tradición consagrada por el tiempo de gastar bromas a los miembros de otra unidad. Los prebostes navales patrullaban en grupos tensos y cautelosos. En la desesperación por conseguir un respiro, incluso llegué a hacer visitas de cortesía a los demás comisarios de a bordo, pero éstos no tenían nada de sociables; eran todos, sin excepción, hombres latosos y sin sentido del humor. En el caso de los más jóvenes, se sentían demasiado abrumados por mi reputación para ser una buena compañía, y la mayor parte de los de más edad tenían un resentimiento sordo por el que consideraban un joven advenedizo ávido de gloria. Pero, tediosos como eran estos interludios, antes de lo que pensaba habría de dar gracias por ellos.

El único punto luminoso era el capitán Parjita, que llevaba treinta años al mando de la nave y con el que simpaticé desde la primera cena que compartimos. Estoy seguro de que la primera vez que me invitó fue por imposición del protocolo, y quizá porque sentía curiosidad por ver qué aspecto tenía en persona el Héroe del Imperio, pero cuando íbamos todavía por el primer plato ya estábamos charlando como viejos amigos. Le conté unas cuantas mentiras escandalosas sobre mis aventuras pasadas y él me ofreció a cambio algunas anécdotas de su propia cosecha, y para cuando pasamos al amasec ya me sentía más relajado de lo que había estado en meses. En primer lugar, realmente comprendía los problemas que tenía con Kasteen y su gente.

—Tiene que restablecer la disciplina —me dijo innecesariamente—. Antes de que la podredumbre se extienda más. Haga fusilar a unos cuantos. Eso les aclarará las ideas.

Eso era fácil de decir, pero no tan fácil de llevar a la práctica. Es lo que hubieran hecho la mayor parte de los comisarios, es cierto, pero unir al regimiento por el terror y por el odio hacia su comandante tiene sus desventajas, especialmente si uno va a encontrarse en medio de un campo de batalla con estos individuos en un momento no muy lejano y todos estarán armados. Además, como ya he dicho, yo tenía una reputación que mantener, y buena parte de ella era hacer ver que realmente me importaban un bledo todos los soldados que tenía a mi mando. De modo que ésa, desgraciadamente, no era una opción.

Fue una de las veces en que volvía a mi alojamiento tras una de esas agradables veladas que me vi obligado a hacerlo, y, en cierto sentido, bien podría haber

prescindido de ello.

* * *

Lo primero que me alertó fue el ruido, un murmullo creciente de voces proveniente de los corredores que llevaban a nuestra sección de la nave. Mi estado de ánimo agradablemente reflexivo, aumentado por el amasec de Parjita y por la victoria obtenida en el tablero de regicida, se evaporó en un instante. Conocía demasiado bien aquel sonido, y el retumbo a mis espaldas, sobre la cubierta, de las botas de un escuadrón de prebostes que marchaba a paso redoblado hacia el origen del tumulto bastones en ristre bastó para confirmarlo. Acomodé mi paso al suyo tras colocarme junto al jefe de la sección.

—Suena como un motín —dije. Debajo del casco sin adornos, la cabeza asintió.

—Así es, señor.

—¿Alguna idea sobre lo que lo originó? —No es que eso realmente me importara. El resentimiento sordo reinante entre los valhallanos era por sí mismo causa suficiente. Cualquier excusa habría servido. Si aquel hombre tenía la clave, jamás llegué a oírla. Cuando llegué a la puerta del comedor, una taza de cerámica con la insignia del 296.º regimiento se estrelló contra su casco.

—¡Por la sangre del Emperador! —La esquivé por reflejo y me refugié tras el mueble más próximo para evaluar la situación mientras los prebostes avanzaban por delante de mí golpeando con sus bastones a todo el que se les ponía por delante. La sala era una masa ondulante de hombres y mujeres rabiosos que intercambiaban puñetazos, puntapiés y golpes de todo tipo. Cualquier vestigio de disciplina se había ido al diablo. Ya había varios hombres en el suelo, sangrando y gritando mientras los combatientes que seguían activos los pisoteaban y las bajas no dejaban de aumentar.

Lo más encarnizado del combate se desarrollaba en el centro del salón, donde un grupo reducido de camorristas estaban empeñados en matarse los unos a los otros a menos que alguien interviniera. Para eso estaba la policía militar. Me refugié detrás de una mesa volcada, estudiando el panorama mientras le enviaba a Kasteen el informe de la situación por el microtransmisor y miraba a los prebostes que se iban abriendo camino esforzadamente. Me pareció que los dos que peleaban en el centro del grupo tenían sus fuerzas igualadas: un hombre de cabeza rapada, musculoso como un Catachán, que superaba en estatura a una mujer enjuta y fuerte que llevaba el cabello negro como ala de cuervo muy corto. Si él la aventajaba en fuerza, ella lo compensaba con su agilidad. Golpeaba y retrocedía poniéndose fuera del alcance del hombre, reduciendo la mayor parte de los ataques a golpes de refilón, lo cual era muy conveniente, ya que un golpe de lleno de aquellos puños como mazas podría haberle

hundido las costillas. Vi cómo él giraba y le lanzaba una patada alta a la sien; ella trató de esquivarlo, y cayó cuan larga era al recibir el impacto del pie en la parte superior de la cabeza. Sin embargo, dio una voltereta y recuperó la posición erecta con un cuchillo de una de las mesas en la mano. Trató de alcanzarlo en el esternón, pero él la bloqueó y acabó con una roja cuchillada en el brazo derecho.

Ése fue, más o menos, el momento en que las cosas empezaron a ponerse feas. Los policías habían recorrido casi la mitad de la distancia que los separaba de donde estaban los dos alborotadores cuando los dos lados finalmente se dieron cuenta de que tenían un enemigo en común. Una mujer joven a la que le sangraba la nariz rota se vio apartada sin ceremonias del hombre a cuya entrepierna intentaba hacer llegar una patada y se volvió contra el policía que intentaba sujetarla. El golpe que le dio con el codo rebotó sin consecuencia en la armadura que le cubría el torso, pero el que anteriormente había sido su oponente saltó en su defensa armado con un plato roto, al que hizo describir un arco breve que alcanzó al preboste en la juntura del cuello, donde la protección era más débil. Saltó un chorro de sangre arterial que salpicó a todos los que estaban alrededor y el policía militar cayó de rodillas tratando de contener la hemorragia.

—¡Por las tripas del Emperador! —Empecé a desandar el camino hacia la puerta para esperar los refuerzos que Kasteen había prometido. Si es que no lo estaban ya antes, los amotinados estaban ahora sedientos de sangre, y cualquiera al que percibieran como un signo de autoridad se convertiría en una diana evidente. Ante mis ojos, ambas facciones se volvieron contra los prebostes, que, cogidos en medio, desaparecieron bajo un enjambre de cuerpos. Los soldados habían dejado de parecer humanos. Había visto a tiránidos actuar así ante lo que percibían como una amenaza, pero esto era aún peor. En un enjambre de tiránidos suele haber una finalidad e inteligencia detrás de todo lo que hacen, aunque resulta difícil recordar eso cuando una avalancha de quitina se le echa encima a uno con toda la intención de dejarlo convertido en carne para hamburguesa, pero era evidente que en este caso la inteligencia no funcionaba, sólo las puras ansias desatadas de derramar sangre. Maldita sea, he visto a fanáticos de Khornate con más autocontrol que el que esos miembros, supuestamente disciplinados, de la Guardia demostraban tener en aquel comedor.

Al menos, mientras estaban despedazando a los policías militares era poco probable que repararan en mí, de modo que fui avanzando como pude hacia la puerta, listo para ponerme al mando de los refuerzos en cuanto llegaran. Y lo habría conseguido si el jefe del escuadrón no hubiera salido a la superficie el tiempo suficiente como para gritar:

—¡Socorro, comisario!

Vaya. Estupendo. Todos los ojos que había en la sala se volvieron de repente hacia

donde yo estaba. Creí ver mi rostro reflejado en todas las pupilas, rastreándome como lo habría hecho un auspex.

Me dije que si daba un solo paso más hacia aquella puerta era hombre muerto. Los tendría encima en cuestión de segundos. La única forma de sobrevivir era tomarlos por sorpresa. Di, pues, un paso adelante como si acabara de entrar en la sala.

—Tú —dije señalando al azar a un soldado—. Trae una escoba.

No sé qué esperarían que dijera, pero definitivamente no era eso. En el aire se mascaba una confusa expectación y durante un segundo reinó el silencio. Nadie se movió.

—Eso no fue una petición —dije, alzando un poco la voz y dando otro paso adelante—. Este comedor es un absoluto desastre, y de aquí no se va a marchar nadie hasta que todo quede limpio. —Mi bota resbaló en un charco de sangre que empezaba a coagularse—. Tú, tú y tú, id con él. Cubos y mopas. Aseguraos de traerlos en cantidad suficiente para limpiarlo todo.

Empezaron a reinar la confusión y la incertidumbre. Los soldados se miraban con nerviosismo. Empezaban a darse cuenta de que la situación se les había ido de las manos y de que eso tendría consecuencias. Los guardias a los que yo había señalado, dos de ellos mujeres, empezaron a dirigirse inquietos hacia la puerta.

—¡Rápido! —dije vociferando, con mi tono más autoritario.

Los soldados en cuestión salieron pitando, respondiendo a los arraigados patrones de disciplina.

- con eso bastó. El estallido de violencia se disipó como si la descarga de repente hubiera tocado tierra.

Después de eso todo fue fácil; ahora que había afirmado mi autoridad, el resto fue rodado, y cuando Kasteen llegó arrastrando tras de sí a otro escuadrón de prebostes, yo ya había reunido a unos cuantos más para escoltar hasta la enfermería a los que estaban heridos o algo peor. Un número sorprendente de ellos aún podía andar, pero todavía había demasiados casos de camilla para mi gusto.

—Tengo entendido que se las arregló perfectamente —dijo a mi lado Kasteen con la cara pálida mientras examinaba los daños. Me encogí de hombros, sabedor por experiencia propia de que las bolas de nieve del reconocimiento crecen tanto más rápido cuanto menos lo desea uno.

—No lo bastante para algunas de estas pobres almas —dije.

—Lo más valiente que he visto en mi vida —dijo alguien a mis espaldas mientras uno de los policías militares heridos abandonaba el lugar apoyándose en un par de sus compañeros—. Permaneció allí, firme como una roca, haciendo frente a esos malditos… —Su voz se alejó, aumentando un poco más mi heroica reputación, que yo sabía que al día siguiente sería ya el tema de conversación de toda la nave.

—Tendrá que haber una investigación. —Kasteen parecía atónita, incapaz de asimilar del todo la enormidad de lo que había sucedido—. Tendremos que saber quién lo inició, qué sucedió…

—¿Quién tiene la culpa? —intervino Broklaw desde la puerta. Por la dirección de su mirada se veía claramente a quién consideraba responsable. Kasteen se sonrojó.

—No tengo duda de que descubriremos a los hombres responsables —dijo ella acentuando leve pero perceptiblemente el sustantivo. Broklaw no quiso entrar al trapo.

—Podemos dar las gracias al Emperador por tener aquí a un juez imparcial en el comisario —replicó con tono ecuánime—. Estoy seguro de que podemos confiar en él para averiguarlo todo.

Di gracias para mis adentros. Tenía razón. La forma en que solucionara aquello iba a determinar mi futuro dentro del regimiento. Y eso sin mencionar que otra vez tendría que luchar por mi vida, comenzando una larga y poco deseada asociación con los psicópatas[3] favoritos del Emperador y un encuentro con la mujer más fascinante que haya conocido jamás.



DOS

Una palabra bondadosa siempre es más eficaz si va acompañada de la tortura.

Inquisidor Malden

—¿Lo que trata de decirme —dije dándole vueltas al plato que sostenía en la mano— es que tres personas han muerto, catorce están todavía en la enfermería y un comedor perfectamente operativo ha quedado destrozado porque a sus hombres no les gustaban los platos en los que les servían la comida? —Broklaw se removió visiblemente en una de las sillas que había hecho que Jurgen trajera a mi oficina para la conferencia. (Le había dicho que trajera las más incómodas que pudiera conseguir, ya que todo ayuda cuando uno pretende afirmar su autoridad). Pero la desazón del mayor no se debía sólo a eso. Kasteen todavía intentaba a ojos vista reprimir una sonrisa irónica que yo me proponía borrar en un momento.

—Bueno, eso tal vez sea una exageración… —empezó Broklaw.

—Eso es exactamente lo que sucedió —intervino Kasteen con acritud. Levantó el plato. Era porcelana de buena calidad, delicada pero resistente, y una de las pocas piezas que había quedado intacta después del motín en el comedor. Tenía grabado el penacho del 296.º en el centro.

Me volví hacia la pizarra de datos que había sobre mi escritorio y de forma ostensible fui pasando las páginas de los informes y de las declaraciones de los testigos que había estado reuniendo durante toda la semana.

—Según la declaración de este testigo, el primer puñetazo lo dio la cabo Bella Trebek, miembro del 296.º antes de la fusión. —Alcé una ceja inquisitiva mirando a Kasteen—. ¿Quiere hacer algún comentario, coronel?

—Fue objeto de una provocación flagrante —afirmó Kasteen, perdiendo la sonrisa, que pareció quedar suspendida en el aire un momento antes de saltar a la cara de Broklaw.

—Es cierto —asentí como sopesando la situación—. Quien la provocó fue un tal

sargento Tobías Kelp que, según consta aquí, tiró su plato al suelo y dijo que el diablo se lo llevara si comía… —traté de aparentar que buscaba la cita exacta—… un trozo de aquella remilgada tarta en aquella pretenciosa vajilla de gala. ¿Le parece eso un comentario razonable, mayor?

El gesto sardónico volvió a desaparecer.

—No especialmente, señor —respondió, evidentemente intrigado por el cariz que iba tomando este interrogatorio—, pero todavía no conocemos todas las circunstancias.

—Creo que las circunstancias están perfectamente claras —dije—. Los soldados que antes formaban parte del 296.º y del 301.º se detestan cordialmente desde que se fundieron los dos regimientos. En esas circunstancias, el uso de la vajilla del regimiento 296.º fue considerado un insulto por los elementos más lelos del antiguo 301.º. —Broklaw enrojeció al oír aquello. ¡Bien. Que se pusiera furioso! La única forma de salvar la situación era hacer cambios radicales, y eso no funcionaría a menos que consiguiera que los oficiales de mayor grado se convencieran de que era necesario.

»Eso nos lleva a otra cuestión —proseguí con ecuanimidad—. Para empezar: ¿quién fue el estúpido que ordenó que se usara esa vajilla? —Durante una fracción de segundo dirigí a Kasteen casi la más intimidante de mis miradas antes de fijarla en la oficial subalterna que estaba sentada a su derecha—. Teniente Sulla, creo que fue usted, ¿no es cierto?

—¡Era el día de la fundación! —replicó. Aquello me cogió realmente por sorpresa. No estoy acostumbrado a que la gente me replique cuando uso esa mirada, pero lo oculté gracias a la prolongada práctica—. Siempre usamos la vajilla de gala del regimiento en el día de la fundación. Es una de nuestras tradiciones más arraigadas.

—Lo era —intervino Broklaw con una sonrisa mordaz y divertida—. A menos que tenga algún pegamento tradicional…

Las dos mujeres se congestionaron de rabia. Por un momento pensé que iba a tener que sofocar una trifulca en mi propia oficina.

—Mayor —dije, reafirmando mi autoridad—. Estoy seguro de que el 301.º también tenía sus propias tradiciones para el día de su fundación. —Era una apuesta bastante segura ya que prácticamente todos los regimientos celebran de alguna manera el aniversario de su fundación. Broklaw empezaba ya a asentir cuando reparó en mi uso del tiempo pasado y una expresión muy próxima a la aprensión pasó como un relámpago por su rostro. Me recliné en mi sillón que, a diferencia de los asientos que ellos ocupaban, me había asegurado de que estuviera convenientemente tapizado, y miré con gesto aprobador. Siempre es conveniente mantener a la gente en vilo—. Me complace saberlo. Esas tradiciones son importantes. Una parte vital del *esprit de corps* del que todos dependemos para llevar al Emperador a la victoria. —Kasteen y

Broklaw asintieron con cautela y casi al mismo tiempo. Bien. Al menos había algo en lo que estaban de acuerdo. Sin embargo Sulla enrojeció de ira.

—Entonces tal vez podría explicárselo a Kelp y a sus secuaces camorristas —replicó. Suspiré, tratando de mostrarme tolerante, y coloqué mi pistola láser sobre el escritorio. Los ojos de los oficiales se dilataron un poco. Broklaw adoptó una expresión cautelosa, Kasteen, una de alarma apenas contenida, y Sulla se quedó con la boca abierta.

—Por favor, no interrumpa, teniente —dije en tono ecuánime—. Todos podrán hablar cuando les llegue el momento. —En la sala se respiraba cierto nerviosismo. Por supuesto, yo no tenía intención de dispararle a nadie, pero no les iba a gustar lo que iba a decir a continuación, y nunca está de más tomar precauciones. Sonreí para demostrar que era inofensivo y se relajaron un poco.

—No obstante, acaban de demostrar a la perfección lo que pretendo dejar claro. Mientras las dos partes de este regimiento sigan pensando que son unidades separadas, jamás se va a recuperar la moral. Eso significa que son ustedes incómodos para el Emperador y un grano en el trasero para mí. —Hice una pequeña pausa para darles ocasión de asimilar mis palabras—. ¿Estamos de acuerdo al menos en eso? —Kasteen asintió, y por primera vez desde el comienzo de la reunión su mirada se cruzó con la de Broklaw.

—Creo que sí —dijo—. La cuestión es qué se puede hacer al respecto.

—Buena pregunta. —Le pasé una placa por encima del escritorio. La cogió y Broklaw se inclinó por encima de su hombro mientras ella la leía—. Podemos integrar las unidades empezando por los escuadrones. A partir de esta misma mañana cada escuadrón se compondrá a partes más o menos iguales de soldados de cada uno de los antiguos regimientos.

—¡Eso es ridículo! —soltó Broklaw, una fracción por detrás de la exclamación nada propia de una dama que lanzó Kasteen—. Los hombres no van a aceptarlo.

—Y mis mujeres tampoco —afirmó Kasteen coincidiendo con él. Todo iba bien. Conseguir que hicieran causa común contra mí era el primer paso para hacer que cooperaran debidamente.

—Pues tendrán que hacerlo —dije—. Esta nave se dirige a una potencial zona de guerra. Puede que entremos en combate apenas unas horas después de nuestra llegada, y cuando eso suceda tendrán que confiar en el soldado que tengan a su lado, sea quien sea. No quiero que maten a mi gente porque no confía en sus propios camaradas, de modo que tendrán que entrenarse juntos y trabajar juntos hasta que empiecen a comportarse como un regimiento de la Guardia Imperial y no como un atajo de preescolares. Y después van a enfrentarse juntos a los enemigos del Emperador, y espero que salgan victoriosos. ¿Está claro?

—Perfectamente claro, comisario —dijo Kasteen con gesto firme—. Empezaré a

revisar la PO&E[4].

—Tal vez sería más conveniente que lo hiciera con la ayuda del mayor —sugerí—. Entre los dos deberían ser capaces de seleccionar equipos de tiro que al menos tuviesen oportunidades razonables de apuntar con sus rifles láser al enemigo y no a sus compañeros.

—Por supuesto —asintió Broklaw—. Ayudaré encantado. —El tono de su voz no condecía, pero al menos las palabras eran conciliadoras. Era un comienzo, aunque decididamente no les iba a gustar lo que venía a continuación.

—Lo que nos lleva a la nueva denominación del regimiento. —Esperaba un estallido cuando oyeran esto, pero los tres oficiales que tenía ante mí se limitaron a mirarme con estupor. Supongo que estarían tratando de convencerse de que no habían oído bien lo que acababa de decir—. La actual no hace sino poner de relieve la división entre los antiguos 301.º y 296.º. Necesitamos un nuevo nombre, señoras y señores, una identidad única bajo la cual podamos marchar a combatir unidos y resueltos como verdaderos servidores del Emperador. —Aquello era materia delicada y por un momento pensé que lo iban a aceptar sin rechistar. Sin embargo fue Sulla, la de la cara de caballo, la que encendió la mecha.

—¡No puede abolir el 296! —dijo casi gritando—. ¡Nos honra un pasado de siglos batallando!

—Eso si se cuenta como batalla abofetear a colonos irritables —se encendió Broklaw como yesca—. El 301 ha luchado contra orcos, eldar, tiránidos…

—¡Ah! ¿Es que había tiránidos en Corania? ¡Supongo que estaba demasiado absorta haciendo punto para darme cuenta! —La voz de Sulla subió otra octava.

—¡Silencio! ¡Los dos! —La voz de Kasteen era tranquila pero firme y sus dos subordinados se callaron, atónitos. Le agradecí con una inclinación de cabeza que me hubiera evitado el tener que hacer yo el trabajo. Después de todo, estaba empezando a tener la impresión de que realmente tenía dotes de mando—. Oigamos lo que tiene que decir el comisario antes de empezar a poner objeciones.

—Gracias, coronel —dije antes de continuar—. Lo que yo propongo es considerar la fecha de la fusión como una nueva fundación. Le he pedido al astrópata de la nave que se pusiera en contacto con el Munitorum y, en principio, han aceptado. Actualmente no hay ningún regimiento que lleve el nombre de 597.º de Valhallan, de modo que he propuesto que lo adoptemos como nuestra nueva identidad.

—Ya veo, doscientos noventa y seis más trescientos uno —asintió Kasteen—. Muy sagaz. —Broklaw también asintió.

—Una buena manera de preservar la identidad de los antiguos regimientos —dijo —, pero combinados en uno nuevo.

—Ésa fue siempre la intención —confirmé.

—¡Pero eso es ultrajante! —exclamó Sulla—. No puede borrar de un plumazo

todo un regimiento poniéndole un nuevo nombre.

—El Comisariado da a sus servidores poderes discrecionales amplios —afirmé con tono mesurado—. La forma de interpretarlo es una cuestión de apreciación y a veces de temperamento. No todos los comisarios hubieran resistido la tentación de evitar más disensiones en las filas por ejemplo aplicando el diezmo. —Eso era cierto, sin duda. Incluso los habría, aunque pocos, que llegarían a ejecutar aleatoriamente a uno de cada diez de los soldados a su mando para desalentar a los demás, y si había existido alguna vez un regimiento tan indisciplinado como para merecer una medida tan drástica, era éste, y ellos lo sabían. Tenían suerte de contar con Cain el Héroe en lugar de algún psicópata de gatillo fácil. He conocido a uno o dos a lo largo de mi vida, y lo mejor que puede decirse es que no suelen durar mucho, especialmente una vez que empieza el tiroteo. Sonreí para demostrar que no tenía intención de ello.

»Si la nueva denominación resulta inaceptable —añadí—, la Legión Penal 48.ª también está disponible, me dicen. —Sulla se echó hacia atrás y Kasteen esbozó una sonrisa forzada, no muy segura de la seriedad de mis palabras.

—A mí me parece bien el 597.º —dijo—. ¿Mayor Broklaw?

—Un excelente acuerdo —asintió el hombre lentamente, dejando que la idea cuajara—. Habrá cierto revuelo en las filas, pero si alguna vez un regimiento necesitó un nuevo comienzo, es éste.

—Totalmente de acuerdo —lo secundó Kasteen. Los dos oficiales se miraron con renovado respeto. Eso también era buena señal.

La única que no parecía muy feliz era Sulla. Broklaw lo notó y buscó su mirada.

—Alégrese, teniente —dijo—. Tendría un nuevo día de fundación… —Hizo una breve pausa y me miró buscando confirmación mientras hablaba—. 258. —Yo asentí —. Tendrá casi ocho meses para idear nuevas tradiciones para celebrarlo.

* * *

Por supuesto, los cambios que había impuesto no cayeron demasiado bien entre la tropa, al menos en un principio, y casi toda la culpa me la achacaban a mí. Claro que yo nunca había esperado ser popular; desde que fui seleccionado para el cuerpo de comisarios supe que no podía esperar de la tropa mucho más que resentimiento y desconfianza. A medida que mi inmerecida fama fue creciendo como una bola de nieve, eso empezó a ser cada vez más infrecuente, pero por entonces yo todavía lo daba más o menos por sentado.

Sea como sea, gradualmente la reorganización en la que había insistido empezó a funcionar y los ejercicios de entrenamiento a los que sometimos a los soldados estaban empezando a hacerlos sentir otra vez como miembros de la Guardia Imperial.

Instituí un premio semanal de una tarde libre para el pelotón más eficiente del regimiento, y la duplicación de las raciones de cerveza para los miembros del escuadrón más disciplinado, lo cual contribuyó notablemente. Sentí que habíamos superado una etapa la mañana en que oí a uno de los nuevos escuadrones mixtos conversando en el repintado comedor en lugar de dividirse en dos grupos separados como solían hacerlo al principio, y jactándose de la posición destacada que habían alcanzado frente a un pelotón rival. En la actualidad, por lo que me cuentan, la «ronda de Cain» es una tradición muy arraigada en el 597.º, y la competencia por la ración extra de cerveza sigue siendo todavía muy encarnizada. En conjunto, supongo que hay cosas peores por las que ser recordado.

El único problema que quedaba por resolver, por supuesto, era la cuestión de los responsables del motín. Kelp y Trebek estaban implicados, sin duda, junto con algunos otros que habían sido positivamente identificados como responsables de la mayor parte de los muertos y los heridos. Sin embargo, por el momento decidí dejar aparcada la cuestión de los castigos. Las reformas globales que había puesto en marcha, y la subsiguiente mejoría de la moral, todavía eran frágiles y no me atrevía a ponerlas en peligro ordenando ejecuciones.

Fue así que hice lo que cualquier hombre sensato en mi lugar habría hecho; me demoré con la excusa de llevar a cabo una minuciosa investigación, mantuve a los culpables apartados donde, con suerte, la mayor parte de sus camaradas los olvidarían con tanta conmoción y quedé a la espera de que sucediera algo. Era un buen plan y habría funcionado bien, al menos hasta que llegáramos a una zona de guerra en algún lugar y tuviera la ocasión de transferirlos sin que nadie se enterara, de no haber sido por mi buen amigo el capitán Parjita.

Técnicamente estaba en su derecho de solicitar copias de todos los informes que había compilado, y yo no pensé que hubiera ningún daño en dejar que los tuviera. Lo que había olvidado era que el *Cólera Justa* era algo más que una sucesión de corredores, dormitorios y naves de instrucción; era su nave, y él era la autoridad suprema a bordo. Después de todo, entre los muertos se contaban dos miembros de su policía militar y no estaba dispuesto a quedarse sentado mientras los culpables se salían con la suya. Quería sentar a los asesinos ante una corte marcial antes de que abandonáramos la nave para asegurarse de que fueran castigados de una manera satisfactoria para él.

—Ya sé que quiere ser exhaustivo —dijo una noche mientras preparábamos el tablero del regicida en su camarote—, pero francamente, Ciaphas, creo que se está excediendo. Ya sabe cuáles son las facciones culpables. Fusílelos y acabemos con esto.

Negué con la cabeza pesaroso.

—¿Y qué ganaríamos con eso? —pregunté—. ¿Les devolveríamos la vida a sus hombres?

—No se trata de eso. —Me extendió las dos manos cerradas en las que ocultaba sendas piezas del juego. Elegí la izquierda y me enteré de que jugaría con las azules. Una desventaja táctica sin importancia que estaba seguro podría superar. Para ser sincero, el regicida no es realmente mi juego (prefiero un tablero de tarot y una mesa llena de novatos con más dinero que sentido común), pero era una forma agradable de pasar el tiempo—. Realmente no puede haber otro veredicto. Y cada día que se demora permite que esa escoria cobarde siga ocupando mis calabozos, comiendo mi comida, respirando mi aire. —Se estaba poniendo muy sentimental. Empecé a sospechar que había más que una simple relación de mando entre él y uno de los policías muertos[5].

—Créame —le dije—, nada me complacería más que poner punto final a este triste asunto, pero la situación es complicada. Si los hago fusilar, todo el regimiento podría volver a amotinarse. La moral está empezando justamente a recuperarse.

—Lo entiendo —asintió Parjita—, pero ése no es mi problema. Tengo una tripulación en que pensar y ellos quieren que sus camaradas sean vengados. —Hizo su jugada inicial.

—Ya veo. —Moví una de mis piezas, jugando para ganar tiempo en más de un sentido—. Entonces es evidente que ya se debería haber hecho justicia.

* * *

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Kasteen mirándome desde el otro lado de mi escritorio y tratando de olvidar la presencia de Jurgen, que rondaba por allí ocupándose de algún informe rutinario con el que no podía molestarme a mí—. Si condena ahora a los culpables volveremos al principio de todo. Trebek es muy popular entre… —Dirigió una rápida mirada a Broklaw sentado a su lado y dejó en suspenso la observación que había estado a punto de hacer—. Entre una parte de la tropa.

—Lo mismo sucede con Kelp —intervino Broklaw rápidamente para apoyarla. Exactamente la reacción con la que yo contaba; ahora que el regimiento estaba empezando a marchar bien, Kasteen y Broklaw cumplían con sus papeles de comandante y subcomandante a la perfección, como si la falta de sintonía entre ellos jamás hubiera existido. Bueno, hasta cierto punto. Todavía había entre ellos, ocasionalmente, un aire de cortesía forzosa, pero iban por buen camino. Y para ser sinceros, era mucho más de lo que me hubiera atrevido a esperar al descender de aquella lanzadera.

—Estoy de acuerdo —dije—. Gracias, Jurgen. —Mi asistente había aparecido a mi lado con una infusión de hoja de tanna, como tenía por costumbre cuando estaba en

mi oficina a estas horas de la mañana—. ¿Podría traer un par de tazas más?

—Por supuesto, comisario. —Salió arrastrando los pies mientras yo me servía mi propio té y empujaba la bandeja a un lado del escritorio. El vapor cálido, aromático, me relajó, como siempre.

—Para mí no, gracias —dijo Broklaw precipitadamente cuando Jurgen volvió con un par de tazas que sujetaba con una sola mano por el borde. Kasteen parpadeó levemente, pero aceptó el suyo. Lo dejó sobre el escritorio, frente a ella, y lo cogía de vez en cuando para subrayar algún punto de sus observaciones, pero en ningún momento se lo acercó realmente a los labios para tomar un sorbo. Habría servido para el cuerpo diplomático de no haber sido tan sincera.

—El problema es —continué— que el capitán Parjita es la autoridad suprema a bordo de la nave, y que está en todo su derecho de insistir en una corte marcial. Si no le permitimos que lo haga, puede invocar su privilegio de mando y hacer que, de todos modos, Kelp y los demás sean ejecutados. No podemos permitir que suceda eso.

—¿Qué sugiere entonces? —preguntó Kasteen volviendo a apoyar la taza en la mesa después de un sorbo insinuado—. Después de todo, se supone que la disciplina del regimiento es su responsabilidad.

—Precisamente. —Tomé un sorbo de mi propio té, saboreando el gusto amargo que dejaba, y asentí como sopesando las cosas—. Y he conseguido convencerlo de que no puedo permitir que se mine mi autoridad si queremos convertirnos en una unidad de combate operativa.

—¿Ha conseguido que accediera a algún tipo de compromiso? —preguntó Broklaw, entendiendo en seguida lo que yo quería poner de relieve.

—Así es. —Traté de no parecer demasiado pagado de mí mismo—. Él puede celebrar su corte marcial de acuerdo con las normas, pero en cuanto hayan llegado al veredicto de culpabilidad, dejarán en manos del Comisariado la tarea de dictar sentencia.

—Pero eso nos deja igual que antes —apuntó Kasteen, evidentemente intrigada—. Usted los hace ejecutar y la disciplina se va a la disformidad. Otra vez.

—Tal vez no —dije mientras tomaba otro sorbo de infusión—. No si somos cuidadosos.

* * *

A lo largo de los años he visto más tribunales de lo que me habría gustado, incluso los he presidido en alguna ocasión, pero si algo aprendí de todo esto es que resulta fácil obtener de ellos el resultado que uno busca. El truco consiste en exponer el caso de la manera más clara y concisa posible. Eso, y asegurarse desde el principio de que los

miembros del tribunal estén del lado de uno.

Hay varias maneras de asegurarse de que así sea. Los sobornos y las amenazas están a la orden del día, pero es conveniente evitarlos, especialmente porque se puede llamar la atención de los inquisidores, que siempre nos superan a los demás en estos métodos y no les gusta que los demás recurran a ellos[6]. Además, ese tipo de cosas suele dejar un regusto de culpabilidad que más tarde puede perseguirlo a uno. Según mi experiencia, es mucho más eficaz comprobar que los demás componentes del panel sean unos idiotas honestos, faltos de imaginación, con un acendrado sentido del deber y un conjunto todavía más fuerte de prejuicios para poder conseguir el resultado deseado. Si piensan que uno es un héroe y están pendientes de todo lo que uno dice, tanto mejor.

De modo que cuando Parjita anunció su veredicto de culpabilidad en todos los cargos y se volvió hacia mí con un gesto de autocomplacencia, yo ya tenía mi estrategia bien definida de antemano. En la sala, que no era otra cosa que una cámara de oficiales que solían usar los de menor graduación de la nave y que había sido adaptada apresuradamente, reinó el silencio.

En el momento en que comenzó el juicio, había cinco soldados inculpados. Eran muchos menos de los que quería Parjita, pero en aras de la imparcialidad y de la limitación del daño había conseguido convencerlo de que me permitiera proceder sumariamente con la mayoría de los casos destacados. Los culpables de delitos menores habían sido degradados, azotados o asignados a limpiar las letrinas durante un tiempo previsible, y devueltos después sin problema a sus unidades, donde, gracias a la insondable forma de razonar de la tropa, yo me había convertido en la encarnación de la justicia y la clemencia. A esto había contribuido un ligero toque de juiciosa mitificación por parte de los oficiales de mayor rango, quienes habían hecho circular la especie de que Parjita estaba empeñado en ejecuciones masivas y que yo había dedicado las últimas semanas a ejercer toda mi autoridad como comisario para conseguir clemencia para la gran mayoría, cosa que había conseguido finalmente contra toda probabilidad. El resultado final, al que había contribuido no poco mi ficticia reputación, fue que un par de docenas de alborotadores potenciales habían sido devueltos calladamente a las filas, dando gracias por el castigo que habían recibido, y la moral se había mantenido sólida entre las tropas.

El problema al que ahora me enfrentaba era el del núcleo duro de los reincidentes, que indudablemente eran culpables de asesinato o de intento de asesinato. Eran cinco los que ahora se enfrentaban al tribunal, con una actitud desconfiada y resentida.

A tres de ellos los reconocí en seguida del tumulto en el comedor. Kelp era el hombre grande y musculoso al que había visto acuchillar, y Trebek, descubrí sin la menor sorpresa, era la mujer menuda que había estado a punto de destriparlo. Se encontraban cada uno en un extremo de la fila de prisioneros y se echaban miradas de

furia el uno al otro, miradas que hacían extensivas a Parjita y a mí, y de no haber sido por las esposas, estoy seguro de que hubieran saltado cada uno a la yugular del otro sin vacilar. En el centro estaba el joven soldado al que había visto atacar al preboste con un plato roto; según su expediente, su nombre era Tomas Holenbi, y tuve que mirarlo dos veces para asegurarme de que era el mismo hombre. Era bajo y delgaducho, llevaba el pelo rojo revuelto y tenía la cara llena de pecas. Había pasado casi todo el juicio con expresión confundida y al borde de las lágrimas. De no haber visto con mis propios ojos su arranque de furia homicida, difícilmente lo hubiera creído capaz de una violencia tan insensata. Lo más irónico del caso es que no era un soldado de combate sino que formaba parte del personal sanitario.

Entre él y Trebek había otra mujer, una tal Griselda Velade. Era fornida, morena, y evidentemente tampoco entendía nada. Era la única del grupo que había matado a un compañero suyo, y todo el tiempo afirmaba que lo único que había intentado era defenderlo. Había sido un golpe desafortunado que le había aplastado la laringe y había hecho que se asfixiara tirado en el suelo del comedor. De más está decir que Parjita no se lo había tragado, o que no le importaba si su intención había sido o no asesinarlo. Lo único que quería era poner a todos los valhallanos que pudiera delante del pelotón de fusilamiento.

Al otro lado de Holenbi estaba Maxim Sorel, un hombre alto, ágil, de pelo rubio y corto y con la fría mirada de un asesino. Sorel era un tirador certero, especialista en láser de largo alcance que segaba vidas a distancia con la misma frialdad con la que podía aplastar a un insecto. De todos ellos, era el único que me daba miedo. Los demás se habían dejado llevar por la turba sedienta de sangre y hasta cierto punto no habían sido realmente responsables de sus acciones, pero Sorel había introducido un cuchillo entre las junturas de la armadura de un policía militar simplemente porque no había visto motivo alguno para no hacerlo. La última vez que había mirado a unos ojos como ésos, pertenecían a un hemónculo eldar.

—Si dependiera de mí —anunció Parjita—, los haría fusilar a todos.

Volví a mirar a la fila de prisioneros y observé sus reacciones. Kelp y Trebek lo miraron desafiantes, retándolo a cumplir su amenaza. Holenbi parpadeó y tragó saliva. Velade dio un sonoro respingo y se mordió el labio antes de empezar a hiperventilar. Sorprendido, vi que Holenbi se acercaba a ella y le daba una palmadita reconfortante en la mano. Claro que habían estado en celdas contiguas durante semanas, y supongo que habían tenido tiempo para conocerse. Sorel se limitó a parpadear, una falta absoluta de respuesta emocional que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—No obstante —prosiguió el capitán—, el comisario Cain ha conseguido convencerme de que el Comisariado está mejor preparado para mantener la disciplina en el seno de la Guardia Imperial, y me ha pedido que se le permita dictar sentencia

ateniéndose a las reglas militares y no a las navales. —Me miró y cordialmente me hizo una inclinación de cabeza—. Comisario, son todos suyos.

Cinco pares de ojos se volvieron hacia mí. Me puse de pie con total parsimonia, colocando la placa de datos sobre la mesa delante de mí.

—Gracias, capitán. —Me volví hacia el trío de figuras de uniforme negro que estaban sentadas a mi lado—, y gracias a ustedes, comisarios. En este caso, su asesoramiento me ha sido de gran ayuda. —Tres solemnes cabezas asintieron mirando hacia mí.

Éste era el truco. Mi anterior contacto con los demás comisarios a bordo había dado inesperadamente sus frutos, demostrándome a quién podían convencer con más facilidad mis argumentos. Un par de mocosos ávidos de notoriedad, poco más que cadetes, y un viejo y agotado perro de campaña que se había pasado casi toda la vida en el campo de batalla. Y todos ellos se sentían halagados de aquí a Terra por ser dignos de la confianza del famoso Ciaphas Cain. Me volví hacia los prisioneros.

—El deber de un comisario es duro muchas veces —afirmé—. El reglamento está para ser obedecido, y la disciplina para ser aplicada. Y ese reglamento impone sin duda la pena capital por asesinato a menos que existan circunstancias atenuantes, circunstancias que debo admitir me he esforzado por encontrar en este caso en la medida de mis posibilidades. —Ahora los tenía a todos mordiendo el anzuelo. Los ventiladores del techo sonaban con tanta fuerza como el motor de un Chimera—. Y debo reconocer, con gran decepción, que no he tenido éxito.

Casi todos los presentes respiraron audiblemente. Parjita exhibió una expresión triunfal, seguro de que obtendría la venganza de sangre que ansiaba.

—Sin embargo —proseguí tras una pequeña pausa. El capitán frunció levemente el entrecejo y en la cara de Velade surgió una sombra de esperanza—, como mis estimados colegas sin duda reconocerán, uno de los mayores pesos que debe soportar un comisario es la responsabilidad de procurar que se cumpla no sólo la letra sino también el espíritu del reglamento. Y teniendo eso en mente me tomé la libertad de consultar con ellos sobre una posible interpretación de esos reglamentos que pensaba podría ofrecer una solución a mi dilema. —Me volví hacia el pequeño grupo con gesto teatral, aprovechando la oportunidad para dejar bien claro que no dependía sólo de mí disuadir a Parjita de su pelotón de fusilamiento, sino del propio Comisariado —. Nuevamente les doy las gracias, caballeros. No sólo en mi nombre sino también en nombre del regimiento en el que tengo el honor de servir.

Me volví hacia Kasteen y Broklaw, que observaban todo el proceso desde un lateral de la sala, y también a ellos les dediqué una inclinación de cabeza. Les estaba pasando la mano por el lomo, no me importa admitirlo, pero siempre he disfrutado de ser el centro de atención cuando eso no implica al fuego enemigo.

—La principal preocupación de un comisario debe ser siempre la eficiencia de la

unidad a la cual es asignado —dije—, y, por extensión, la eficacia en el campo de batalla de toda la Guardia Imperial. Es una pesada responsabilidad, pero estamos orgullosos de llevarla sobre nuestros hombros en nombre del Emperador. —Los demás comisarios asintieron con servilismo autocomplaciente—. Y eso hace que siempre sea reacio a sacrificar la vida de un soldado preparado, sean cuales sean las circunstancias, a menos que sea la única manera de ganar para Su Gloriosa Majestad las victorias que desea.

—Supongo que va a llegar a alguna conclusión —me interrumpió Parjita. Asentí como si me hubiera hecho un favor en lugar de cortar un parlamento que había estado ensayando ante el espejo de mi oficina casi toda la mañana.

—Así es —dije—, y la conclusión es la siguiente: mis colegas y yo —nada tenía de malo recordarles a todos que esto era un consenso conseguido tras arduas conversaciones, no sólo una conclusión mía— no encontramos sentido en ejecutar sin más a estos soldados. Su muerte no nos ayudará a obtener ninguna victoria.

—Pero el reglamento… —empezó Parjita. Esta vez me tocó a mí interrumpirlo.

—Especifica que la muerte es la pena para esos delitos. Sin embargo, no especifica que tenga que ser una muerte inmediata. —Me volví hacia los confundidos y aprensivos prisioneros—. Es la decisión del Comisariado que sean confinados todos hasta que llegue la ocasión de trasladarlos a una legión penal, donde una muerte honrosa en el campo de batalla les llegará sin duda en su debido momento. Mientras tanto, si surgiera la oportunidad de un destino de gran riesgo, tendrán el honor de presentarse voluntarios. En cualquier caso, pueden esperar la oportunidad de redimirse a ojos del Emperador. —Volví a recorrer con la vista el pequeño grupo. La truculencia de Kelp y Trebek se había visto mitigada por la sorpresa; Holenbi todavía no podía asimilar el curso que habían tomado los acontecimientos; Velade casi sollozaba, aliviada; y Sorel… mantenía su mirada inexpresiva, como si nada de eso fuera con él—. Caso cerrado.

Esperé a que se hubieran retirado, ayudados por los bastones de los policías militares que los escoltaban, y me volví hacia Parjita.

—¿Lo deja satisfecho la sentencia, capitán?

—Supongo que tendrá que ser así —dijo con amargura.

* * *

—Enhorabuena, comisario. —Kasteen alzó una copa de amasec para brindar por mi victoria, y todos los presentes en el comedor lanzaron una ovación. Sonreí con modestia y me dirigí hacia la mesa ocupada por los oficiales de mayor rango mientras los hombres y mujeres aplaudían y me vitoreaban, comportándose como si yo fuera el

Emperador en persona que les estuviera haciendo una visita. Casi parecía que algunos de ellos quisieran palmearme en la espalda, pero el respeto a mi posición y una comprensible renuencia a acercarse demasiado a Jurgen, que, como de costumbre, venía pegado a mis talones, los mantenían a raya. Alcé las manos pidiendo silencio al llegar a mi silla, entre Kasteen y Broklaw, y el silencio se fue imponiendo poco a poco.

—Gracias a todos —dije, haciendo que mi voz sonara levemente conmovida, como para dar a entender que a duras penas podía contener la emoción—. Es un honor excesivo por limitarme a hacer mi trabajo. —Siguió un coro de negativas y adulaciones, tal como yo había previsto. Volví a pedir silencio—. Bueno, si insisten… —Esperé que cesaran las risas—. Mientras disfruto de la atención de todos, y es una novedad reconfortante para un oficial político… —Más risas. Los tenía comiendo de mi mano.

Volví a imponer silencio, adoptando un semblante algo más serio.

—Yo también quisiera expresar mi agradecimiento. En el poco tiempo que he tenido el privilegio de servir en este regimiento ustedes han superado mis expectativas más optimistas. Las últimas semanas han sido difíciles para todos nosotros, pero puedo afirmar con confianza que jamás he servido en un cuerpo más dispuesto al combate y más capaz de conseguir la victoria cuando llegue el momento. —Con confianza, sin duda. ¿De verdad? Eso era otro cantar. Pero tuvo el efecto deseado. Cogí una copa de la mesa e invité a todos los presentes a un brindis—. Por el 597.º. ¡Un glorioso comienzo!

—¡Por el 597.º! —corearon todos, hombres y mujeres, embargados por la emoción barata y la retórica aún más barata.

—Bien dicho, comisario —murmuró Broklaw mientras me sentaba. Las ovaciones todavía eran ensordecedoras—. Creo que por fin nos ha convertido en un verdadero regimiento.

Por supuesto, había hecho algo todavía más importante. Me había consolidado como una figura popular entre los soldados rasos, lo cual significaba que me cubrirían las espaldas si alguna vez yo era lo bastante descuidado como para encontrarme impensadamente cerca del combate puro y duro. Reunirlos a todos en una eficaz fuerza de combate era un plus muy útil.

—Me limito a hacer mi trabajo —dije con toda la modestia de que era capaz, que, por supuesto, era lo que todos ellos esperaban. Y se lo tragaron.

—Y justo a tiempo —añadió Kasteen. Mantuve una expresión compuesta, pero sentí que mi buen humor empezaba a evaporarse.

—¿Hemos recibido órdenes? —preguntó Broklaw. La coronel asintió, hundiendo el tenedor en su ensalada de adeven.

—Una remota bola de tierra llamada Gravalax.

—Nunca la había oído nombrar —dije.



Nota editorial:

Dada la total y característica falta de interés de Cain por lo que no le concierna a él directamente, el siguiente extracto puede resultar útil para situar el resto de su narrativa en un contexto más amplio. Debemos decir que el libro del que proviene no es la guía más fiable respecto de la campaña en su conjunto, pero, a diferencia de la mayor parte de los estudios sobre el incidente de Gravalax, por lo menos intenta esbozar el trasfondo histórico del conflicto. A pesar de las obvias limitaciones del autor como cronista de acontecimientos, su resumen del casus belli es sustancialmente correcto.

De *¡Purga de los culpables! Una narración imparcial de la liberación de Gravalax,*
por STENTENTIOUS LOGAR. 085.M42

El origen del incidente de Gravalax debe buscarse muchos años antes de que se comprendiera toda la magnitud de la crisis, y, en retrospectiva, puede resultar fácil reconocer el lento despliegue de la conspiración pseudohumana a lo largo de varias generaciones. Un historiador, sin embargo, tiene la visión retrospectiva de la que carecen los verdaderos participantes. Es así que, en lugar de señalar con el dedo acusador, de lanzar gritos justificados del tipo «¿Cómo pudieron ser tan estúpidos?», es más propio que meneemos la cabeza con indulgencia mientras contemplamos a nuestros antepasados encaminarse a ciegas hacia el precipicio de la destrucción.

Ni qué decir tiene que no puede echarse la culpa a los servidores del Emperador, en particular a los encargados de dirigir a las fuerzas de combate de Su Divina Majestad y a los diligentes adeptos del Administratum; el Segmentum Ultima es muy extenso, y el golfo de Damocles un oscuro sector fronterizo. Después de que los salvajes tau fueron puestos en su sitio por la heroica flota de los cruzados a comienzos de los 740, la atención se desplazó, como es lógico, a amenazas más inmediatas como la incursión de la flota de la colmena Leviathan, la activación de los malditos necrones, y el siempre presente peligro de las legiones de traidores.

No obstante, la presencia tau permaneció en las lindes del espacio imperial y, pasando casi desapercibida, empezó otra vez a invadir los benditos dominios de Su Divina Majestad.

Hasta ese momento, Gravalax había sido un oscuro puesto de avanzada de la

civilización, casi desconocido para el resto de la galaxia. Tenía una superficie fértil suficiente para mantener bastante bien alimentada a una población relativamente escasa, y poseía reservas minerales adecuadas para la industria que funcionaba allí. En suma, no tenía nada que significara un aliciente para el comercio, y su población no era base suficiente como para que la Guardia Imperial pudiera cobrarles impuestos. Era, para no andarse con ambages, un lugar remoto exento de todo interés.

Sin embargo, si Gravalax creía que iba a permanecer indefinidamente tranquilo, se equivocaba de medio a medio. Después de un siglo dominado por las manos justas de los servidores del Imperio, los tau de tenebrosos corazones volvieron, difundiendo sus ponzoñosas herejías por el golfo. Nadie sabe cuándo hicieron su primera incursión en Gravalax[7], pero al terminar el último siglo del milenio estaban bien establecidos allí.

No sorprenderá a mis lectores, conscientes como debemos ser todos de la naturaleza traicionera de los alienígenas, que llegaran a esto mediante un insidioso proceso de infiltración. Y, por chocante que sea consignarlo, con la ayuda ofrecida de buen grado por aquellos cuya avaricia e insensatez los convirtieron en secuaces perfectos de esta monstruosa conspiración. Me refiero, como sin duda todos habréis adivinado, a los llamados comerciantes independientes. ¡Verdaderos comerciantes capaces de anteponer sus propios intereses a los del Imperio, la humanidad y el Divino Emperador en persona!

[Se han omitido varios párrafos de denuncia encendida pero no específica de los comerciantes independientes. Logar da la impresión de haber estado obsesionado con su escasa fiabilidad. Es posible que alguno le debiera dinero.]

La historia no deja constancia de cómo ni por qué estos parias del beneficio empezaron a traficar con los tau[8]. Lo que sí es seguro es que Gravalax, con su situación de aislamiento en los confines del espacio imperial, y cerca de la esfera de influencia en expansión de estos malignos alienígenas, se convirtió en el lugar de encuentro perfecto para esos intercambios clandestinos.

Inevitablemente, la corrupción se extendió. Al aumentar el comercio, se volvió cada vez más abierto, y las naves tau empezaron a verse cada vez con más frecuencia en los nuevos puertos estelares en expansión. Los propios tau empezaron a verse en las calles de las ciudades gravalaxianas, alternando con el populacho, contaminando su pureza humana con sus costumbres desalmadas, alienígenas. La herejía empezó a extenderse e incluso el común de los ciudadanos se atrevía a utilizar artilugios blasfemos, no consagrados por los tecnosacerdotes, que les proporcionaban sus insidiosos aliados del extramundo.

¡Algo había que hacer! Y al fin se hizo. El hedor de la corrupción atrajo en un momento dado la incesante vigilancia de la Inquisición, que no perdió tiempo en

exigir el envío de un destacamento de los mejores guerreros del Imperio para eliminar aquel forúnculo infectado del cuerpo de la bendita casa de Su Santidad.

Y eso fue precisamente lo que recibieron. Porque en la vanguardia de esta gloriosa empresa estaba ni más ni menos que Ciaphas Cain, el héroe marcial cuyo mero nombre infundía terror a los enemigos de la humanidad…



TRES

Los viejos amigos son como los cobradores de deudas, tienen tendencia a presentarse cuando menos los esperas.

GILBRAN QUAIL,
Colección de ensayos

En mi ruidoso deambular por toda la galaxia he visto muchas ciudades, desde las altísimas torres de la propia sagrada Terra hasta las cloacas llenas de sangre del osario de algún demonio incursor de los eldar[9], pero pocas veces he visto algo tan extraño como las anchas calles de Mayoh, la capital planetaria de Gravalax. Habíamos desembarcado sin problemas, con el recién bordado estandarte del 597.º ondeando orgullosamente con la brisa que soplaba a través de la extensión de rococemento del aeropuerto estelar mientras yo resistía la tentación de felicitar a Sulla por su arte con la aguja. No estaba seguro de que hubiera tenido algo que ver con su confección, pero no era eso lo que me disuadía de hacerlo. No era de las que se toman a bien una broma, y todavía contemplaba con cierto resentimiento los cambios que yo había introducido. Debo reconocer que éramos todo un espectáculo y que los demás regimientos nos miraban de soslayo mientras marchaban, aunque eso tal vez se debiera a lo sorprendente que resultaba una unidad mixta[10].

—Todos presentes y contados, coronel —informó Broklaw con un saludo de manual antes de ocupar su sitio junto a Kasteen. Ella asintió, hinchó el pecho y luego vaciló cuando estaba a punto de dar la orden.

—Comisario —dijo—, creo que debería corresponderle a usted el honor. Este regimiento ni siquiera existiría de no ser por usted.

No me importa admitir que eso me conmovió. Aunque tengo la autoridad global en cualquier unidad a la que soy destinado, los comisarios están siempre al margen de la cadena de mando, lo cual significa que realmente no encajo en ninguna parte. Al permitirme dar la orden de partir, Kasteen demostraba de la forma más práctica que pueda imaginarse que yo formaba parte del 597.º al igual que ella, o que Broklaw o

que hasta el último ordenanza de letrinas. La desusada sensación de pertenencia me dejó sin habla por un momento, antes de que la parte más racional de mi mente empezara a regocijarse pensando en lo mucho que eso facilitaría mi propia supervivencia. Asentí, asegurándome de parecer adecuadamente conmovido.

—Gracias, coronel —respondí simplemente—, pero creo que el honor nos corresponde a todos. —A continuación hinché el pecho y grité—: ¡En marcha!

Y nos pusimos en marcha. Si a ustedes les parece que es algo sencillo es que no lo han pensado detenidamente.

Para adoptar cierta perspectiva, un regimiento está formado de hasta media docena de compañías, en nuestro caso cinco, cada una de las cuales se compone de cuatro o cinco pelotones. La excepción era la Tercera Compañía, que era nuestro apoyo logístico y estaba formada sobre todo de vehículos de transporte, unidades logísticas y todo lo demás que razonablemente pueda figurar en una PO&E. En suma, contando cinco escuadrones por pelotón, de diez soldados cada uno, más un elemento de mando para mantenerlos a todos en formación, hacen casi mil personas una vez sumados los diversos especialistas y las diferentes capas de la estructura global de mando.

Para que todo fuera aún más confuso, Kasteen había decidido dividir a los escuadrones en equipos de tiro de cinco hombres, previendo que pudiera surgir algún conflicto en las áreas urbanas o sus alrededores. El enfrentamiento con los tiránidos en Corania la había convencido de que en una lucha urbana es más fácil coordinar formaciones más pequeñas que escuadrones completos[11].

Todo esto daba como resultado un despliegue muy marcial cuando nos pusimos en movimiento, con los estandartes al viento y la banda tocando los acordes del *Si llegara a olvidarte, oh Terra* como si le guardaran rencor al compositor. Realmente no había habido tiempo para ensayos con todo el nerviosismo a bordo del *Cólera Justa*, pero suplían con entusiasmo lo que les faltaba en maestría y todos se lo estaban pasando en grande. Era un hermoso día, con un leve olor a sal que traía la brisa desde el cercano océano; al menos hasta que nuestros Chimeras y camiones de transporte se pusieron en marcha y empezaron a pedorrear lanzando vapor de promethium al aire.

Pretendíamos causar impresión con nuestra llegada, y por el Emperador que lo conseguimos, cuando nos dispusimos a marchar los diez kloms[12] que aproximadamente nos separaban de la ciudad. A la mayor parte de la tropa le gustó la perspectiva de hacer ejercicio, disfrutando del aire puro y del sol después de tanto tiempo encerrados entre cubiertas, y avanzaban por la carretera a buen paso con los rifles láser al hombro. Puesto que yo era un chico de colmena, casi me daba lo mismo, pero creo que me sentí contagiado por la atmósfera general de jolgorio, y no tengo empacho en admitir que me embargó una especie de bienestar difuso durante la marcha.

Kasteen y Broklaw no podían marchar, por supuesto, ya que debían dar una impresión de grandiosidad en medio de sus subordinados, de modo que iban al frente del regimiento en un Salamander, y yo aproveché la excusa para hacer lo mismo.

—No puedo tener a los oficiales más importantes del regimiento maquinando a mis espaldas —había dicho en la reunión informativa, sonriendo para indicar que realmente no pensaba lo que decía y sirviéndoles a todos una taza de recafeinado recién hecho para demostrar que era parte del equipo. Fue así que me monté en el compartimento abierto de la parte trasera de un vehículo de exploradores que Jurgen mantenía un poco por detrás del de ellos para respetar el protocolo y subrayar la impresión de mi proverbial modestia, y aproveché la oportunidad para sentirme bastante pagado de mí mismo. El ruido sincronizado de dos mil botas sobre la superficie de la carretera y la barahúnda de la banda casi ahogaban el traqueteo de nuestro motor, y seguramente presentábamos una imagen espléndida cuando dejamos atrás la principal puerta de carga del aeropuerto estelar y empezamos a acercarnos a la ciudad.

Fue entonces cuando otra vez empecé a sentir el escozor en las palmas de las manos. No había ninguna causa identificable a la que pudiera achacar mi creciente inquietud, pero decididamente algo estaba llamando la atención de mi subconsciente y susurrando «Algo no va bien…».

Cuando entramos en la ciudad propiamente dicha, mi inquietud se intensificó. No me sorprendió comprobar que en las calles no había tráfico, ya que las autoridades locales habían despejado el camino para nosotros. Mil soldados y su equipamiento correspondiente ocupan mucho sitio, y no éramos el primer regimiento que había desembarcado. A decir verdad, los ocasionales tacos que se oían con claridad a pesar del ruido expresaban con contundencia que las filas delanteras hubieran preferido que los Rough Riders hubieran sido retenidos un poco más en lugar de ser enviados inmediatamente delante de nosotros. Dicho sea de paso, tampoco creo que Kasteen estuviera demasiado entusiasmada con la idea de tener que contemplar una calle llena, de lado a lado, de traseros de caballo durante toda la marcha. Sin embargo, las anchas calles estaban demasiado tranquilas para mi gusto, y también eran excesivamente abiertas. No es que sea agorafóbico, como algunos habitantes de las colmenas que nunca se sienten cómodos al aire libre, pero esas calles tenían algo que me hacía pensar en francotiradores y en emboscadas.

Ésa era la razón de que fuera escudriñando los edificios mientras pasábamos, y mi intranquilidad iba en aumento cuanto más veía de ellos. No es que tuvieran nada raro, como las extrañas formas arquitectónicas de una incursión en el Caos que parecen distorsionar la realidad y cuya mera visión es dolorosa, ni como la brutal funcionalidad de las viviendas de los orcos, pero había algo en sus formas aerodinámicas que parecía vagamente inhumano. Me recordaban a cierta

arquitectura eldar por su elegante simplicidad, y por fin me di cuenta de qué era: no había ángulos por ninguna parte. Hasta las esquinas habían sido redondeadas y suavizadas. Pero debajo de este extraño estilo, las formas eran reconocibles como almacenes, bloques de apartamentos y manufactorías, como si toda la ciudad hubiera estado al sol demasiado tiempo y hubiera empezado a derretirse.

Eso solo habría bastado para advertir la acción de una insidiosa influencia alienígena, pero antes de que llegáramos a destino iba a ver mucho más que eso.

—Aquí hay algo muy irregular —le dije a Jurgen, que brevemente alzó la cabeza y me indicó que él pensaba lo mismo.

—Algo huele mal —dijo, sin rastro de ironía—. ¿Ha visto a los civiles?

Ahora que lo mencionaba, su número había sido notablemente escaso a lo largo del camino. Por lo general, un gran desfile militar los atrae en manadas que agitan sus banderas del aquila y sus iconos del Divino, y se quedan roncos gritando al ver a tantos de los mejores hombres del Emperador dispuestos a perseguir al enemigo y permitiéndoles volver a sus insignificantes vidas sin miedo a tener que combatir por sí mismos. Pero las aceras estaban medio vacías, y por cada tendero, ama de casa o jovencito que nos saludaban y ovacionaban echando miradas de soslayo a sus vecinos, había otro que nos miraba con desdén o con rabia. Eso hizo que me corriera un escalofrío por la espalda, despertando recuerdos incómodos y demasiado recientes del amotinamiento en el comedor, y de los soldados ebrios de sangre a un pelo de volverse en mi contra.

Por lo menos ahora nadie gritaba ni nos arrojaba cosas. Todavía. Por si acaso, me agaché disimuladamente y puse mi pistola láser y mi espada sierra donde pudiera sacarlas inmediatamente si llegaba a necesitarlas.

Y en ese preciso momento reparé en la primera de las pancartas. «¡ASESINOS, VOLVEOS A CASA!», decía, en temblonas letras mayúsculas escritas sobre lo que parecía una sábana vieja. Alguien la había colgado de un poste de iluminación de modo que atravesara la calle de lado a lado, convenientemente por encima de nosotros, pero lo bastante baja como para rozar de manera irritante la cabeza y los hombros de todo el que pasara por debajo montado en un vehículo.

O, lo que es lo mismo, a caballo. Vi que uno de los oficiales de los Rough Riders alzaba la mano con gesto irritado y tiraba de ella hasta arrancarla.

«Muy inoportuno», dije para mis adentros, esperando que diera lugar a algún disturbio entre la multitud, pero aparte de algunos silbidos provenientes de un pequeño grupo de adolescentes, no sucedió nada. No obstante, mi sensación de que algo iba mal se hacía cada vez más manifiesta. Había una especie de tensión de fondo en el aire, como un eco más ligero de la violencia incipiente que había percibido a bordo del *Cólera Justa*.

—¡Volved con vuestro Emperador y dejadnos en paz! —gritó una bonita chica en

cuya cabeza rapada sólo quedaba una trenza que le llegaba hasta los hombros, y sentí como si me hubieran arrojado un cubo de agua fría. «Vuestro Emperador». Las palabras habían sido inconfundibles.

—¡Herejes! —dijo Jurgen con desprecio.

No podía dar crédito. ¿Sería posible que el Gran Enemigo estuviera asentado aquí, así como los tau? Sin embargo, el sentido común apuntaba lo contrario. De ser así, habríamos bombardeado el lugar desde la órbita, sin duda, y se habría enviado a los Astartes para extirpar el tumor antes de que pudiera propagarse.

Sin embargo, las cosas no habían llegado tan lejos como yo temía. Al volver la cabeza vi a un escuadrón de Arbites que se abrían camino entre la multitud y la emprendían a palos con los jóvenes. Aquí todavía se mantenía el orden por la gracia del Emperador, pero ¿por cuánto tiempo?

Eso, mucho me temía, dependía de nosotros.

* * *

Llegamos a nuestra zona de estacionamiento sin más incidentes y nos desplegamos por un complejo de almacenes y manufactorías que habían sido dispuestos para nosotros. Recuerdo que no éramos el único regimiento acuartelado allí, ya que el Imperio llevaba algún tiempo preparándose contra una prevista incursión de los tau, y pensé que con el complemento del Cólera Justa (tres regimientos además del nuestro) hacían un total aproximado de treinta mil. Eso debería haber sido más que suficiente para vigilar un planeta remoto, incluso repartidos por todo el globo, pero circulaban rumores de que aún se esperaban más refuerzos, lo que me preocupaba más de lo que quería admitir. Con semejante acumulación de fuerzas daba la impresión de que los alienígenas estaban empeñados en hacerse con este lugar y que lo que se esperaba de nosotros era que lo retuviéramos por las malas.

Estábamos acuartelados junto a uno de los regimientos blindados de los valhallanos —creo que el 14.º— pero no podría identificar a la mayor parte de los demás. A pesar de todo, había evidencias indiscutibles de que los Rough Riders estaban por allí cerca, de modo que había que mirar dónde ponía uno los pies, pero al margen de eso no tenía ni idea, salvo en lo relativo a otra unidad que conocía muy bien, por supuesto, y de la que me ocuparé dentro de un momento.

Todavía me perseguía la sensación del recorrido por la ciudad, de modo que fue un alivio encontrarme con que Broklaw estaba apostando centinelas en nuestro sector del recinto cuando dejé que Jurgen se encargara de mi alojamiento y fui a dar un paseo para hacerme con el entorno. No he llegado a los dos siglos de vida por no haber comprobado dónde estaban los mejores refugios y las vías de retirada, y

encontrarlas era siempre una prioridad cuando me encontraba en un lugar desconocido.

—Buena idea, mayor —lo felicité, y él me respondió con una sobria sonrisa.

—Deberíamos estar a salvo aquí —dijo—, pero nunca están de más las precauciones.

—Sé a qué se refiere —coincidí—. Hay algo en este lugar que realmente me produce cierto repelús. —Los almacenes que nos rodeaban tenían ese peculiar aspecto redondeado que ya había observado antes, y la sutil sensación de impropiedad hacía que se cerniera sobre mí una aprensión tan imprecisa como el olor corporal de Jurgen. Pero el mayor conocía su trabajo, e instaló cañones láser en emplazamientos rodeados de sacos terreros para cubrir las brechas entre los edificios que nos rodeaban, y colocó francotiradores en los tejados. Yo estaba admirando su minuciosidad cuando el suelo empezó a sacudirse y se presentaron un par de nuestros centinelas, entre ruidos metálicos y zumbidos. Describieron un arco con sus pesadas armas multiláser y ocuparon posiciones frente a las principales puertas de carga que daban acceso a la planta baja donde nuestros vehículos estaban aparcados.

Algo más tranquilo después de haber visto esto, me fui abriendo camino por el recinto, pasando a zonas controladas por otras unidades, observando el familiar ir y venir de soldados y hallando la sensación familiar de caos controlado y el zumbido de fondo de los motores de los vehículos extrañamente tranquilizadores. No estaba muy seguro de la distancia que había recorrido cuando la nota de un motor más alta y grave que las demás se destacó en el bullicio que me rodeaba.

Por un momento me asaltó esa sensación informe de reconocimiento que uno siente cuando algo que ya conocía muy bien y que nunca llegó a asimilar conscientemente vuelve a llamarle la atención después de algunos años, y entonces volví la cabeza con una sonrisa nostálgica. Un pesado transporte Troyano, llevando a remolque un obús Estremecedor, se abría camino por una vasta superficie despejada que probablemente se había utilizado antes como aparcamiento de vehículos privados de los hombres que trabajaban aquí en épocas más felices pero que ahora había quedado inactiva por falta de equipamiento y de suministros. No había visto ninguno de éstos de cerca en mucho tiempo, pero lo reconocí en seguida ya que había iniciado mi larga y nada gloriosa carrera en una oscura unidad de artillería. Se agolpó en mi mente un cúmulo de recuerdos, algunos incluso agradables, y fue tan avasallador que por un momento ni siquiera oí la voz que me llamaba por mi nombre.

—¡Cai! ¡Eh, aquí!

Tengo que reconocer que jamás he estado lo que podría decirse sobrado de amigos, forma parte del trabajo supongo, pero de los pocos que he hecho a lo largo de los años, sólo uno se tomó la prerrogativa de usar esa forma familiar de mi nombre. Es así que, a pesar de lo que había cambiado en el tiempo que hacía que no nos

veíamos, el oficial que corría por el recinto hacía mí, sonriendo como un tonto, era inconfundible.

—¡Toren! —grité a mi vez mientras él esquivaba a otro Troyano justo a tiempo de no ser aplastado contra el suelo como un bicho—. ¿Cuándo te han hecho mayor? —La última vez que había visto a Toren Divas acababa de ser ascendido a capitán y luchaba contra la resaca cuando me despidió del 12.º de Artillería de campaña. Recuerdo haber pensado por entonces que tal vez fuera el único de la batería al que apenaba mi partida—. ¿Y qué diablos estás haciendo aquí, por el trasero del Emperador?

—Supongo que lo mismo que tú. —Llegó a mi lado jadeando, con la proverbial sonrisa ladeada en el rostro—. Mantener el orden, eliminar a los herejes, lo de siempre. —Ahora tenía cabellos grises en las sienes y había tenido que hacerle un agujero más al cinturón, pero conservaba el mismo entusiasmo juvenil del día que lo había conocido—. Lo que me sorprende es encontrarte a ti en un lugar perdido como éste.

—Lo mismo digo —respondí, volviendo la cabeza para indicar todo lo que nos rodeaba—. Parece mucha parafernalia para meter miedo a un hatajo de paletos revoltosos.

—Si los tau se movilizan, vamos a necesitarlos a todos —dijo Divas—. Tienen un armamento que hay que verlo para creerlo. Tienen esa especie de diablos, y son tan rápidos como la infantería del Astartes pero dos veces más grandes, y sus tanques hacen que las armas de los eldar parezcan artilugios hechos por los orcos…

Como de costumbre, daba la impresión de que disfrutaba con la perspectiva de combatir, lo cual resulta fácil cuando se está a kilómetros por detrás del frente, arrojando bombas a lo lejos, pero no tanto cuando uno se encuentra a un enemigo lo bastante cerca como para que pueda escupirle. Y si eso es todo lo que piensan hacer, ya puede darse uno por contento, a menos que se trate de uno de esos xenos, a quienes el Emperador confunda, que están provistos de vesículas de veneno.

—Pero seguramente no llegaremos a eso —aventuré—. Ahora que estamos aquí, serían necios si intentaran aterrizar. —Divas se rio y me dejó atónito.

—No necesitan hacerlo. Ya están aquí. —Ésta fue una información nueva y nada grata, y me quedé mirándolo con cara de idiota.

—¿Desde cuándo? —pregunté con voz ahogada. Debo ser el primero en admitir que no suelo ser muy concienzudo cuando se trata de leer las placas de datos, pero estaba seguro de que una cosa tan crucial para mi bienestar no me hubiera pasado desapercibida. Divas se encogió de hombros.

—Al parecer, desde hace unos seis meses. Ya estaban desplegados en el planeta cuando el *Llama Purificadora* nos dejó caer aquí hace tres semanas.

La noticia me pareció decididamente mala. Yo me había imaginado una bonita

incursión para practicar el tiro sobre revoltosos civiles o, en el peor de los casos, un ataque de lucimiento contra una extraña unidad de renegados FDP, pero ahora nos enfrentábamos a un enemigo que nos obligaría a ganarnos muy bien nuestro sueldo. ¡Por las entrañas del Emperador! Si la mitad de lo que había oído sobre los tau y su tecnohechicería era cierto, tal vez fuéramos nosotros los que recibiéramos la patada en el culo. Dimas sonrió al ver mi expresión, malinterpretándola por completo.

—De modo que tal vez tengas algo de diversión, después de todo —dijo, palmeándome en la espalda. De buena gana lo habría matado.

* * *

Por supuesto que no lo hice. Como ya he dicho, no tenía tantos amigos como para darme el lujo de dilapidarlos y, por otra parte, Divas llevaba aquí tiempo suficiente para haber tenido acceso a información vital de la que yo no disponía, por ejemplo, la ubicación del bar más próximo al que podíamos ir sin llamar demasiado la atención.

Fue así que nos pusimos a andar por las calles de Mayoh, sirviendo mi uniforme de comisario para pasar ante la guardia del recinto sin problema, aunque se nos hizo la advertencia de rigor.

—Tenga cuidado, señor. Ha habido disturbios en Los Altos[13], según dicen. —Eso no tenía significado para mí, de modo que sonreí y asentí diciendo que tendríamos cuidado, y comprobé con Divas que no nos fuéramos a acercar a ese lugar en cuanto estuvimos donde no pudieran oírnos.

—Buen Emperador, no —dijo frunciendo el entrecejo—. Está erizado de herejes. La única manera de ir por allí es ir acompañado por un escuadrón de Hellhounds para limpiar el lugar. —De más está decir que él jamás había visto lo que le pueden hacer a un hombre las armas incendiarias, de lo contrario no hubiera insistido en esta idea. Yo sí lo he visto, y no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Bueno, bien pensado, en realidad hay uno o dos a los que sí se lo desearía, y me quedaría tan feliz tostando nueces de caba mientras ellos gritaran. De todos modos, ésos ya están todos muertos a estas alturas, o sea que no tiene sentido.

—¿Y de dónde salieron todos? —pregunté mientras nos íbamos abriendo camino por las calles. Ya empezaba a ponerse el sol, los iluminadores y los letreros de los cafés parpadeaban volviendo a la vida, y en torno a nosotros se iba haciendo más densa la multitud. Pequeños grupos de paseantes se hacían a un lado para darnos paso, intimidados sin duda por nuestros uniformes imperiales y por las armas de mano que portábamos, con respeto unos y otros con resentimiento. De estos últimos los había que usaban la curiosa tonsura que se había puesto de moda entre los jóvenes herejes, que llevaban la cabeza rapada salvo por un largo mechón. Tendría que pasar algún

tiempo antes de que reparara en lo que aquello significaba, pero aun así me daba cuenta de que representaba algún tipo de alianza, y que aquellos que lo llevaban eran proclives a la traición si se iniciaba un tiroteo. Sin embargo, por ahora se contentaban con pronunciar insultos entre dientes.

—Son ciudadanos locales —dijo Divas, que iba tan tranquilo a mi lado sin hacerles el menor caso. De todas las maneras de acabar muerto, el ser arrastrado a una trifulca en un callejón perdido habría sido una de las más embarazosas—. Todo el planeta está infestado de xenófilos.

Me pareció un poco exagerado, pero más tarde descubriría que no estaba tan equivocado. Abreviando, los locales llevaban varias generaciones comerciando con los tau, lo cual no era precisamente sensato, pero ¿qué se puede esperar de un hatajo de palurdos de un lugar perdido del universo? El resultado era que la mayoría de ellos estaban bastante acostumbrados a ver xenos por allí, y a pesar de los denodados esfuerzos de la eclesiarquía local para advertirles que de aquello no podía salir nada bueno, a muchos ciudadanos habían empezado a pegárseles ideas malsanas. Y ahí llegábamos nosotros, dispuestos a volverlos a la senda del Imperio antes de que el daño fuera irreparable, y estoy seguro de que todo el mundo coincidirá en que era un empeño muy noble por nuestra parte.

—El problema es —concluyó Divas, vaciando de un trago su tercer amasec— que el núcleo duro ha llegado tan lejos que no love así. Piensan que los tau son lo mejor que ha circulado por la galaxia desde que el Emperador estaba en pañales y que nosotros somos los malvados que venimos a quitarles sus juguetes nuevecitos.

—Bueno, eso podría ser un poco más difícil ahora que los tau sacan las uñas —repuse—, pero me sorprende lo dispuestos que están a correr el riesgo —añadí, mientras sentía el calor del licor ahumado abriéndose camino hacia mi estómago—. Tienen que saber que nunca les permitiremos quedarse con el lugar sin pelear por ello.

—Según ellos, su presencia aquí sólo obedece a la necesidad de salvaguardar sus intereses comerciales —dijo Divas. Los dos dimos un bufido sarcástico ante la idea. Sabíamos que frecuentemente el Imperio había dicho eso mismo antes de lanzar la invasión de alguna desgraciada basura de mundo. Por supuesto que cuando lo hicimos era cierto, y mi trabajo me obligaba a disparar a cualquiera que pensase lo contrario.

—Entonces es trabajo para los diplomáticos —afirmé, pidiendo otra ronda. Una camarera de acogedoras curvas se acercó, llena de fervor patriótico, y volvió a llenarnos los vasos.

Si algo tengo que reconocerle a Divas es que sabía dar con un buen bar. Éste, el Ala de Águila, pertenecía sin duda al sector leal. El amplio sótano estaba lleno de humo y de regulares de las Fuerzas de Defensa Planetaria encantados de ver por fin a

auténticos soldados y rabiosos con el gobernador por no haberles permitido disparar contra los alienígenas años atrás. El dueño era un cabo de la reserva de la FDP retirado después de veinte años de servicio, y parecía abrumado por el honor de tener a un par de auténticos oficiales de la Guardia por allí. En cuando Divas me presentó y yo me mostré debidamente modesto respecto de mis anteriores aventuras en nombre del Emperador, no quiso ni oír hablar de que pagáramos la cuenta. Cuando nos cansamos de firmar autógrafos para algunos de los civiles presentes —todos los cuales nos instaron a matar a unos cuantos de los «pequeños bastardos azules» en su nombre — y de flirtear con la camarera, nos retiramos a un tranquilo reservado donde poder hablar sin que nos interrumpieran.

—Supongo que a los diplomáticos les vendría bien un poco de ayuda en esto —apuntó Divas tocándose un lado de la nariz en tono conspiratorio mientras alzaba el vaso. Bebí un poco más con lentitud, muy consciente de que pronto tendríamos que empezar a desandar el camino recorrido por una ciudad potencialmente hostil y que sería mejor mantener la cabeza despejada.

—¿Ayuda de quiénes? —pregunté.

—¿De quiénes va a ser? —Divas metió el dedo en el vaso y trazó una letra I estilizada cruzada por un par de trazos transversales sobre la superficie de la mesa que borró rápidamente con la mano. Me reí.

—Ah, claro, de ellos. Tienes razón. —Todavía no he conocido un lugar donde la situación política marche sobre ruedas sin oír rumores de agentes de la Inquisición actuando en la sombra, y a menos que yo sea el chico de los recados en cuestión, nunca creo una sola palabra de ello. Además, si no hay rumores de ningún tipo, puede decirse sin ánimo de equivocarse que probablemente hayan incurrido en alguna tontería[14].

—Puedes reírte —Divas acabó su bebida y volvió a colocar el vaso sobre la mesa —, pero se lo he oído decir a uno de los adeptos del Administratum, que juró que se lo había oído… a alguien más. —Una expresión de leve desconcierto se reflejó en su cara—. Creo que necesito un poco de aire.

—Creo que sí lo necesitas —asentí. Dejando de lado lo que había tomado por ridículas fantasías suyas sobre la Inquisición, me había dado mucho en que pensar. A este respecto, la situación era sin duda mucho más compleja de lo que había creído, y necesitaba reconsiderar las cosas con cuidado.

Fue así que nos despedimos de nuestros amables anfitriones, especialmente de la camarera, que pareció triste ante la idea de mi partida, y subimos la escalera que llevaba a la calle.

El frío aire nocturno me golpeó como una ducha refrescante, dejándome totalmente despierto, y miré en derredor mientras Divas se comunicaba en voz alta con el Emperador en alguna oportuna alcantarilla. Por fortuna, el bar al que nos había

conducido estaba en una tranquila calle lateral, de modo que nadie vio mancillar la dignidad del uniforme imperial. En cuanto me aseguré de que no habría más erupciones, lo ayudé a ponerse de pie.

—Antes tenías más aguante —lo reprendí, y sacudió la cabeza pesaroso.

—Esa bazofia local. No es como lo que solíamos beber. Y debería haber comido algo…

—Habría sido un derroche inútil —lo consolé, mirando en derredor para tratar de orientarme—. Dicho sea de paso, ¿dónde diablos estamos?

—En la zona de los muelles —me dijo en confianza, manteniéndose ya casi firme sobre sus pies—. Por aquí. —Se dirigió hacia la calle iluminada más próxima. Me encogí de hombros y lo seguí. Después de todo él ya llevaba aquí tres semanas y habría tenido tiempo de situarse.

Sin embargo, mientras avanzábamos por la bien iluminada calle empecé a sentir cierta inquietud. Es cierto que habíamos hecho el camino hasta el bar muy absortos en la conversación, pero nada de lo que ahora veía me resultaba familiar y empezaba a preguntarme si no se habría dejado llevar por un exceso de confianza.

—Toren —le dije un rato después, al reparar en el número creciente de rapados y de miradas asesinas entre los viandantes—. ¿Estás seguro de que éste es el camino de regreso a nuestra zona de estacionamiento?

—A la nuestra no. —La sonrisa burlona volvió a aparecer en su cara—. A la suya. Pensé que te gustaría echarle una mirada al enemigo.

—¿Que pensaste qué? —exclamé con un respingo, atónito ante semejante necedad. Entonces caí en la cuenta de que Divas se había tragado el mito de mi supuesto heroísmo sin cuestionárselo en ningún momento, y eso había sucedido cuando me vio cargarme a todo un enjambre de tiránidos armado sólo con mi espada sierra cuando éramos casi unos críos. En realidad, aquello fue un mero accidente, pues no tenía la menor idea de que los malditos gusanos estaban ahí hasta que me di de bruces con ellos, y de no haber sido porque acabé llevándolos a la zona dominada por nuestra artillería, lo cual me salvó el día, me hubieran despedazado. Tal vez a él le pareciera que darnos un paseo hasta el campamento enemigo y meter las narices en él era el tipo de cosa que yo hacía por diversión—. ¿Has perdido la cabeza?

—No es nada peligroso —me aseguró—. Todavía no estamos oficialmente en guerra con ellos. —Bueno, eso era cierto, pero de todos modos yo no tenía la menor intención de precipitar las cosas.

—Y hasta que lo estemos, no vamos a provocarlos —respondí, ateniéndome a lo que es el deber de un comisario. Divas pareció decepcionado, como un niño al que se le niega un dulce, y pensé que tal vez era mejor que le diera a aquello una mano de barniz para responder a sus expectativas sobre mí—. No podemos poner nuestra diversión por delante de las responsabilidades que tenemos para con el Emperador,

por tentadoras que sean.

—Supongo que tienes razón —dijo con cierta reticencia, y empecé a respirar un poco. Todo lo que tenía que hacer ahora era conseguir que volviera a los barracones antes de que se le ocurriera alguna otra idea estúpida. De modo que lo agarré por el brazo y le hice dar la vuelta.

—Y ahora ¿cómo volvemos a nuestro recinto?

—¿Qué tal en una bolsa para fiambres? —preguntó alguien. Me volví y sentí que se me caía el alma al suelo. Alrededor de una docena de locales estaban detrás de nosotros. La luz de la calle arrancaba destellos de sus cabezas rapadas, y en las manos llevaban diversas armas improvisadas. Debían de pensar que tenían un aspecto muy rudo, pero cuando uno se ha encontrado cara a cara con los orcos y con los esclavistas de los eldar, no se deja intimidar tan fácilmente. Bueno, yo sí, es cierto, pero no lo demuestro, que es de lo que se trata.

Además, yo tenía una pistola láser y una espada sierra, que según mi experiencia siempre pueden con una palanca. De modo que apoyé una mano tranquilizadora sobre el hombro de Divas, ya que él estaba lo bastante borracho como para tragarse el anzuelo, y sonreí con displicencia.

—Creedme —les dije—, no os interesa iniciar nada.

—Tú no vas a decirme qué es lo que a mí me interesa. —El que hablaba por el grupo dio un paso adelante y se puso a la luz. «Bien», pensé, «haz que sigan hablando»—. Pero eso es lo que hacéis los imperiales, ¿verdad?

—No te sigo —afirmé, aparentando una leve curiosidad. Un movimiento que vi con el rabillo del ojo me dijo que nos habían cortado la retirada. Un segundo grupo surgió de la boca del callejón, a nuestras espaldas. Empecé a calcular nuestras posibilidades. Si hacía intención de sacar la pistola láser, se abalanzarían sobre mí, pero tal vez tendría ocasión de hacer un disparo. Si conseguía matar al jefe y correr al mismo tiempo tenía una buena oportunidad de atravesar la línea y salir a toda pastilla. Eso suponiendo que consiguiera sorprenderlos o intimidarlos lo suficiente como para que vacilaran y me dieran tiempo a sacarles una ventaja conveniente. Con un poco de suerte se volverían contra Divas, lo que me daría la oportunidad de escapar, pero no podía estar seguro de ello, de modo que seguí tratando de ganar tiempo y de encontrar una oportunidad mejor.

—¡Estáis aquí para haceros dueños de nuestro mundo! —gritó el cabecilla. Cuando se puso totalmente a la luz vi que tenía la cara pintada de azul, de un delicado tono pastel. Eso debería haberle dado un aspecto ridículo, pero en conjunto el efecto era algo carismático—. ¡Pero no lo conseguiréis!

—¡Precisamente a lo que hemos venido es a garantizar vuestra libertad, imbécil xenófilo! —Divas se desprendió de mi brazo y se lanzó hacia adelante—. ¡Pero eres tan descerebrado que no lo ves!

Fantástico. Viva la diplomacia. Sin embargo, mientras él parecía decidido a reeditar la Carga de Gannack[15], yo habría podido salir corriendo.

Por supuesto, no tuve esa suerte, ya que los herejes que nos rodeaban avanzaron sobre nosotros formando una cuña. Apenas conseguí sacar mi pistola láser y descerrajar un tiro que se llevó media cara de uno de los del grupo, lo cual, debo reconocerlo, no representó demasiada diferencia para su encanto personal, antes de que una barra de hierro me golpeara en la muñeca. Yo había estado en suficientes trifulcas para ver venir el golpe y esquivarlo, lo que me ahorró una fractura o algo aún peor, pero eso no me evitó el dolor que me recorrió todo el brazo y me lo dejó entumecido. Abrí los dedos y me agaché, tratando de coger la preciosa arma, pero resultó inútil. Una rodilla se me clavó en las costillas, dejándome sin respiración y caí al suelo, frío, duro, raspándome la piel de los nudillos, consciente de que era hombre muerto a menos que pudiera escabullirme de alguna manera.

—¡Toren! —grité, pero Divas tenía sus propios problemas y no iba a obtener ayuda por ese lado. Me encogí, tratando de proteger mis órganos vitales, y traté frenéticamente de echar mano de mi espada sierra. Por supuesto, eso era lo que tendría que haber hecho en primer lugar, mantener a raya a la turba con ella, pero lamentarse de lo hecho es tan inútil como el juramento de un hereje, y ahora aquella maldita cosa estaba atrapada bajo el peso de mi cuerpo. Me debatí frenéticamente, sintiendo los golpes de puños y botas contra las costillas. Por suerte eran tantos que los unos tropezaban con los otros, y mi capote de reglamento era tan grueso que absorbía en parte los impactos, de lo contrario hubiera corrido peor suerte aún.

De repente se oyó un grito:

—¡Greechaah!

Fue un grito inhumano que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca, incluso en las condiciones en que me encontraba. Mis asaltantes vacilaron y aproveché para escabullirme a tiempo de ver al más grandote de ellos saltando por los aires impulsado por una fuerza brutal.

Por un momento creí que estaba alucinando, pero el dolor que sentía en las costillas era demasiado real. Una cara dominada por un enorme hocico ganchudo me miraba, rematada por una cresta de plumas teñidas o pintadas según un dibujo bastante complejo, y un aliento ardiente y fétido me golpeó la cara produciéndome náuseas.

—¿Está usted comparativamente intacto? —preguntó aquella cosa en un curioso acento gótico. Es difícil reflejarlo por escrito, pero era una voz que salía de la glotis y reducía las consonantes a chasquidos cortantes. A pesar de todo, era perfectamente comprensible. Mi estupefacción provenía, ante todo, del hecho de que algo con ese aspecto pudiera hablar.

—Sí, gracias —dije después de un momento con voz ronca. Mi experiencia me ha

demostrado que cuando uno no sabe lo que está sucediendo, no hace ningún daño ser cortés.

—Eso es gratificante —apuntó la cosa, echando a un lado con displicencia al hereje que sujetaba con la mano izquierda. Los demás estaban alrededor sin saber qué hacer, como escolares perezosos cuando aparece el tutor y les estropea la diversión. Entonces extendió hacia mí la misma mano delgada y escamosa provista de unas garras cortantes como dagas. Tras un momento que me dejó sin respiración, adiviné lo que pretendía hacer y acepté la ayuda que me ofrecía para ponerme de pie. Cuando lo hice, se volvió hacia el hosco grupo de herejes.

—Esto no contribuye al bien mayor —dijo—. Dispersaos y evitad conflictos. —Vaya, eso era una amenaza con todas las de la ley. Pero para mi sorpresa y (preciso es admitirlo) mi enorme alivio, el pequeño grupo de camorristas se deshizo entre las sombras. Miré a mi rescatador con cierta aprensión. El (o ella, con los kroot es difícil saberlo, y sólo a otro kroot le importaría averiguarlo) era apenas más alto que yo, sin embargo, tenía un aspecto absolutamente intimidador. Son capaces de vencer a un orco en el combate cuerpo a cuerpo, y yo, aunque no estaba dispuesto a apostar por el pellejo verde, sabía que si quería verme muerto ya lo estaría a esas alturas. Recuperé mi pistola láser caída y traté de recobrar el aliento.

—Le estoy agradecido —manifesté—. Debo admitir que no lo entiendo, pero le estoy agradecido. —Devolví mi arma a su funda con cierta dificultad. El brazo se me estaba empezando a hinchar y sentía que los dedos no me respondían. Mi rescatador emitió un curioso chasquido que yo supuse era su forma de reír.

—Oficiales imperiales muertos por partidarios de los tau. No es nada deseable cuando la situación política está tan tensa.

—No es nada deseable en ninguna circunstancia cuando uno de ellos soy yo —mascullé, y el xenos repitió su chasquido. Eso hizo que me acordara de Divas, y avancé dando tumbos para comprobar cómo estaba. Todavía respiraba, aunque estaba inconsciente y tenía una brecha profunda de lado a lado de la frente. Tenía suficientes conocimientos sanitarios como para saber que no tardaría en recuperarse, aunque tendría un dolor de cabeza de campeonato cuando se despertara. Pensé que lo tenía bien merecido, le serviría para pensárselo mejor antes de hacer que casi me mataran.

—Tengo el honor de ser Gorok, del clan T'cha —se presentó la criatura—. Soy kroot.

—Sé lo que es —dije—. Los kroot mataron a mis padres. —Por ese motivo acabé en la Schola Progenium y luego en el Comisariado en lugar de seguir con el destino que me esperaba de llevar algún negocio discreto de mala reputación para habitantes de los barrios bajos y comerciantes con más dinero que seso. Lamentaba levemente aquello, no tanto por la pérdida de mis padres, que no se hacían notar demasiado

cuando estaban vivos, para ser sincero. Pero nunca está de más comerle a alguien la moral. Mi nuevo conocido no pareció muy afectado, sin embargo.

—Confío en que lucharan bien —repuso. Yo lo puse en duda. Sólo se habían incorporado a la Guardia para salir de aquella colmena de los Arbites, y sin duda habrían desertado a la primera oportunidad. Después de todo, la genética influye.

—No demasiado bien —repliqué, y Gorok volvió a lanzar su risa peculiar. Era una experiencia ligeramente inquietante que algo tan inhumano pudiera entenderme con más facilidad que mi propia gente.

—Vaya con cuidado, comisario —dijo—, y hágase fuerte a costa de sus enemigos. No sea que vayamos a tener algún conflicto.

Bueno, agradezco por ello al Emperador. Pero en cierto modo yo dudaba de que fuera a suceder, y, por supuesto, tenía razón. Sin embargo, me sorprendió lo rápido que se desencadenó la crisis.



Nota editorial:

Tal vez no esté de más señalar a estas alturas que lo que Cain cuenta sobre sus antecedentes durante su conversación con el kroot, aunque pueda ser cierto en lo superficial no resiste un examen más profundo. El ingreso en la Schola Progenium es un privilegio que suele reservarse a los hijos de los oficiales. Si él fue de verdad hijo de soldados rasos, sus padres deben de haber dado muestras de singular valor en la acción que acabó con su muerte, lo cual no parece coincidir en absoluto con la caracterización que hace de ellos. Además, da a entender que se alistaron y sirvieron juntos. Aunque existen casos, como ya se dijo antes, de unidades mixtas en la Guardia Imperial, habría sido muy irregular que hubiera sucedido así.

A lo largo del archivo, Cain hace frecuentes referencias a haber pasado sus primeros años en un mundo colmena, pero nunca especifica cuál. Esto hace que sea prácticamente imposible verificarlo. Sin embargo, no hay ningún mundo colmena de que yo tenga noticias que tuviera un regimiento de la Guardia mixto por la época en la que se supone transcurre su narración.

También deberíamos tener presente que, como él mismo reconoce, el hombre era un mentiroso patológico, dado a decir todo lo que él pensara que sería eficaz para manipular a sus oyentes.



CUATRO

Se suele decir que la diplomacia no es más que la guerra por otros medios. Nuestras batallas son esfuerzos no menos desesperados por evitar el derramamiento de sangre, pero al final sólo conseguimos vino y magros alimentos.

TOLLEN FERLANG, delegado imperial en el Reino de Ultramar, 564-603 M4l.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —preguntó Kasteen con una leve arruga de preocupación entre los ojos. Asentí y ajusté el cabestrillo que me había puesto para añadir dramatismo a la cosa. Era de seda negra y combinaba con las tonalidades color ébano de mi uniforme, lo cual, al menos eso creía, me daba un aspecto tolerablemente gallardo.

—Estoy bien —dije, sonriendo con valentía—. Los otros tipos llevaron la peor parte, gracias el Emperador. —Habían pasado uno o dos días desde la pelea con los herejes y el brazo casi se me había curado. Los médicos me aseguraron que no había sufrido nada más que unas magulladuras importantes. Todavía sentía rigidez y me dolía un poco, pero bien pensado, me había salido barato. Y, por cierto, mucho más barato que a Divas, que había pasado la noche en la enfermería y todavía llevaba un bastón. A pesar de todo hacía gala de un ánimo que resultaba irritante, y yo había buscado todo tipo de tareas que me impidieran reunirme con él cada vez que hacía el intento de volver a tener contacto social conmigo.

Por fortuna para mí, Divas había quedado inconsciente antes de que apareciera el kroot, de modo que mi reputación había recibido otro inmerecido empujón. Toren suponía que yo me había enfrentado solo a nuestros atacantes, y yo no vi ninguna razón para sacarlo de su error. Además, la conversación que había mantenido con la criatura me había dejado una curiosa desazón y me sentía reacio a pensar demasiado en ella. Observé que en su relato mi amigo había disfrazado un poco el motivo por el

que nos encontrábamos en terreno de los simpatizantes de los tau, y eso me hizo concebir esperanzas de que el encuentro le hubiera infundido un poco de sentido común. Sin embargo, conociendo a Divas, lo dudaba.

—Bueno, eso es lo que consiguen atacando a lo mejor del Imperio —afirmó Kasteen, más que dispuesta a tragarse la versión generalmente aceptada de los hechos, ya que esta reciente evidencia de mis excepcionales aptitudes marciales daba mayor lustre al regimiento que mandaba. Se acomodó el uniforme, colocando en su sitio el capote color ocre con evidentes muestras de incomodidad. Como la mayoría de los valhallanos, toleraba bien el frío glacial y encontraba hasta los climas más levemente templados un poco agobiantes. Como yo había pasado la mayor parte de mi vida en regimientos valhallanos, hacía tiempo que había adquirido la costumbre de poner el aire acondicionado de las habitaciones a temperaturas que hacían exhalar vapor por las narices, y solía llevar puesto mi capote de comisario en todo momento, pero ellos todavía se estaban acomodando a las condiciones locales con cierta dificultad.

—Si me permite sugerírselo, coronel —le dije—, el uniforme tropical sería perfectamente aceptable.

—¿Le parece? —Se mostró indecisa y me recordó una vez más lo joven que era para encontrarse en un cargo tan elevado, lo cual, una vez más, me hizo sentir simpatía por ella. El prestigio del regimiento estaba en sus manos, y resultaba fácil olvidar las pesadas responsabilidades que tenía sobre los hombros.

—Claro que sí —le aseguré. Dejó a un lado el pesado gorro de piel, despeinándose un poco al hacerlo, y empezó a desabotonar el capote. Luego vaciló.

—No lo sé —dudó—. Si piensan que soy demasiado informal eso se reflejará en todos nosotros.

—Por amor del Emperador, Regina —dijo Broklaw con tono divertido—. ¿Qué impresión crees que dejarás si vas por ahí sudando como un orco? —Observé el uso del nombre de pila, la primera vez que lo oía, con tranquila satisfacción. Otro hito en la marcha del 597.º hacia la plena integración. La verdadera prueba llegaría cuando tuvieran que combatir por primera vez, por supuesto, lo que siempre sería demasiado pronto, pero era una buena señal—. El comisario tiene razón.

—El comisario siempre tiene razón —apunté sonriendo—. Eso es lo que dice el reglamento.

—Bueno, eso es algo que no puedo discutir. —Kasteen se quitó el capote con evidente alivio y alisó la chaqueta que llevaba debajo. Era de corte sobrio y resaltaba su figura de una manera que indudablemente atraería la atención de la mayor parte de los hombres presentes. Broklaw hizo un gesto de aprobación.

—Creo que no necesitas preocuparte por la impresión que vayas a producir —dijo halagador.

—Mientras sea buena. —Kasteen se alisó el cabello y empezó a ajustarse el cinto

del arma. Al igual que yo, llevaba una espada sierra, pero la suya tenía adornos dorados y escenas piadosas decorando tanto la funda como la empuñadura. El contraste con la mía, de un modelo mucho más funcional y desconchada por un uso excesivo para mi gustó, era sorprendente. También estaba inmaculada la cartuchera que llevaba sobre la otra cadera, de cuero negro brillante, y en la que guardaba una pistola bólter reluciente en toda su bien pulida superficie y grabada intrincadamente con iconos de los santos.

—De eso no cabe duda —la tranquilicé.

Su nerviosismo era comprensible, ya que habíamos sido invitados a una recepción diplomática en el palacio del gobernador. Al menos yo había sido invitado, y el protocolo establecía que el coronel de mi regimiento y una guardia de honor adecuada me acompañaran. Esta especie de velada era algo a lo que ella no estaba habituada, y era muy consciente de que se encontraba fuera de su elemento.

Yo, por el contrario, me encontraba en el mío. Una de las muchas ventajas de ser un héroe del Imperio es que lo consideran a uno una pieza codiciada para cierto tipo de reuniones sociales, lo que me había dado innumerables ocasiones de disfrutar de las casas, las bodegas y las hijas de los ricos ociosos a lo largo de los años y me había familiarizado con el mundo en que se mueven. Lo que no había que olvidar nunca, como le dije en confianza a Kasteen, era que ellos tenían sus propias ideas de lo que era un soldado, unas ideas que tenían muy poco que ver con la realidad.

—Lo mejor que puede hacer —le recomendé—, es, en primer lugar, no dejar que la agobien todas esas tonterías del protocolo. Lo que ellos esperan es que nos equivoquemos, de modo que a la disformidad con ellos. —Sonrió a pesar de sí misma y se acomodó un poco más a sus anchas en el asiento del coche del estado mayor que Jurgen había encontrado en algún lugar. Investido de mi autoridad como comisario, lo cual le permitía requisar sin problema prácticamente cualquier cosa que no fuera una nave de combate, había desarrollado un talento muy especial para conseguir todo lo que yo considerara necesario para mi comodidad o conveniencia a lo largo de los años. Yo nunca hacía demasiadas preguntas sobre su origen, ya que sospechaba que algunas de las respuestas podrían haberme complicado la vida.

—Eso es fácil para usted —repuso Kasteen—. Usted es un héroe. Yo no soy más que…

—Uno de los comandantes de regimiento más jóvenes de toda la Guardia —dije —. Un puesto que, en mi opinión, le han otorgado por méritos personales. —Sonreí —. Y mi confianza no es algo que se gane a la ligera. —Por supuesto, era lo que ella necesitaba oír; siempre se me ha dado bien lo de manipular a las personas, y es una de las razones por las que soy tan bueno en mi trabajo. Ahora se la veía más contenta.

—¿Qué me aconseja, entonces? —preguntó.

—Puede que sean ricos y poderosos, pero no son más que civiles. —Me encogí de

hombros—. Por mucho que intenten ocultarlo, siempre la admirarán. Siempre he creído que lo mejor en estos casos es comportarse como un simple militar, sin interés por la política. El Emperador ordena y nosotros obedecemos…

—Atravesando la disformidad y hasta los confines del mundo —completó la letra de la canción con una sonrisa—. De modo que no deberíamos dar nuestra opinión ni responder preguntas sobre política.

—Exacto —asentí—. Si quieren conversación, cuénteles unas cuantas historias sobre sus antiguas campañas. De todos modos, eso es lo único que les interesa. —En mi caso era así, sin duda. Estaba seguro de haber sido invitado sólo como fachada patriótica, para impresionar a los tau con el calibre de la oposición a la que se enfrentarían en caso de ser lo bastante necios para tratar de guerrear con nosotros. En mi caso, por supuesto, eso significaba que podían izar su bandera en lo alto del palacio del gobernador si les daba la gana, pero eso no venía al caso.

—Gracias, Ciaphas. —Kasteen apoyó la barbilla sobre la mano y observó las luces de la calle que parpadeaban al otro lado de la ventanilla. Era la primera vez que alguien del regimiento me trataba con tanta familiaridad desde que me había incorporado a él. Me resultaba extraño, pero curiosamente agradable.

—De nada… Regina —dije, y ella sonrió.

(Ya sé lo que están pensando, y se equivocan. Al final, realmente llegué a pensar en ella como una amiga, y también Broklaw, pero no pasó de ahí. Cualquier otra cosa habría hecho nuestras posiciones insostenibles. A veces, cuando miro hacia atrás, pienso que fue una pena, pero las cosas son como son).



El palacio del gobernador estaba en lo que la población local llamaba el Distrito Antiguo, donde la afición por la arquitectura de influencia tau, que se había propagado por el resto de la ciudad, no había tenido arraigo, de modo que la vaga sensación de inquietud que se había apoderado de mí desde nuestra llegada empezó a desvanecerse por fin. Las villas y mansiones por las que pasábamos tenían los contornos sólidos y familiares de la arquitectura imperial que me había resultado familiar toda mi vida, y sentí que empezaba a levantarme el ánimo hasta tal punto que casi pensaba en disfrutar de la noche que teníamos por delante.

Jurgen condujo el vehículo a través de un par de puertas de hierro forjado decoradas con el aquila imperial, y los neumáticos emitieron el susurro de cuando se circula sobre grava bien rastrillada mientras avanzábamos por un paseo largo y curvo iluminado por vacilantes antorchas. Detrás de nosotros venía el camión con nuestra guardia de honor que, sin duda, estaría produciendo estragos con sus neumáticos

para trabajos pesados. Los soldados apreciaban la espléndida vista desde la parte trasera abierta mientras señalaban y charlaban. Más allá de las luces de las antorchas se veía un gran prado bien cuidado, salpicado de arbustos y fuentes ornamentales. Por hábito, una parte de mí se dedicaba a estudiar la mejor manera de usarlos como cobertura.

Un respingo audible de Kasteen me dio a entender que por su ventanilla ya podía ver el palacio, y un momento después, superada la curva de la avenida de acceso, yo también pude verlo.

—No está mal la choza —dije con estudiada displicencia. Kasteen recuperó la compostura, borrando la expresión de asombro de su rostro.

—Me recuerda a un burdel que solíamos visitar cuando yo era cadete —comentó, decidida a imitar mi aparente indiferencia. Sonreí.

—Bien —dije—. Recuerde que somos soldados. No nos dejamos impresionar por este tipo de cosas.

—En absoluto —coincidió, alisando su chaqueta innecesariamente.

Era un edificio excesivo para no dejarse impresionar por él. Debía de medir más de un kilómetro de uno a otro extremo, aunque, por supuesto, gran parte de la superficie estaría dedicada a patios y jardines interiores ocultos detrás de las paredes exteriores. De todas las superficies brotaban, como si fuera acné, contrafuertes y almenas llenos de esculturas que recordaban a gobernadores anteriores y a otros notables de la comunidad cuyos nombres ya nadie recordaba, y enormes superficies habían sido doradas y reflejaban las luces de fuera de una manera que habría resultado profética si hubiéramos estado enterados. Sin embargo, en ese momento sólo me pareció uno de los montones de piedra más vulgares que hubiera visto jamás.

Jurgen paró junto a la entrada principal, al final de una alfombra roja, con tanta pericia como un piloto de lanzadera ingresando en una dársena de atraque. Un momento después llegó el camión, y nuestra guardia de honor saltó a tierra, desplegándose un escuadrón completo, cinco parejas de soldados que se colocaron unos frente a otros, a uno y otro lado de la alfombra, con los rifles láser al hombro.

—¿Coronel? —Le ofrecí mi brazo a Kasteen mientras un lacayo vestido como una tarta de bodas se apresuraba a abrirnos la puerta.

—Gracias, comisario. —Cuando salimos, me detuve un momento para intercambiar una palabra con Jurgen.

—¿Alguna otra orden, señor?

Negué con la cabeza.

—Sólo busque un lugar donde aparcar y consígase algo de comer —dije. En realidad podría haber hecho que mi asistente nos acompañara, pero la idea de que Jurgen se mezclase con la crema de la aristocracia gravalaxiana me resultaba demasiado estrafalaria. Me volví hacia el suboficial a cargo de la guardia de honor, un

tal sargento Lustig, y di un toquecito al microtransmisor que me había introducido en la oreja—. Usted también —añadí—. Póngase cómodo mientras nos espera. Ya le avisaré cuando estemos dispuestos para marcharnos.

—Sí, señor. —Un esbozo de sonrisa rondó por su ancha cara antes de que volviera a restablecerse la disciplina. Entonces inhaló con fuerza—. ¡Escuadrón… Aten… ción! —ladró, y todos respondieron con precisión de un nanosegundo. No era sorprendente que se hubieran ganado la ración extra de bebida esta semana, pensé. El choque sincronizado de los talones hizo que se volvieran hacia nosotros todas las cabezas circundantes, representantes de la nobleza menor del lugar. Todos quedaron poderosamente impresionados, sobre todo los chóferes.

—Creo que hemos causado impresión —murmuró Kasteen mientras llegábamos a las elaboradas puertas de entrada.

—De eso se trataba —confirmé.

Dentro, todo era como yo lo había previsto, el tipo de vulgar ostentación que muchos acaudalados piensan que es de buen gusto, con profusión de cristal y dorados y llamativos tapices de batallas históricas y de primarcas pagados de sí mismos por doquier, lo que daba al lugar el aspecto de los almacenes de unos piratas. El techo de altos arcos estaba soportado por columnas artísticamente talladas imitando la corteza de algunas especies arbóreas locales, y se me hundieron los pies en la alfombra como si los hubiera metido en una ciénaga. Me llevó un momento darme cuenta de que la trama formaba un enorme retrato, tal vez del propio gobernador, si se la miraba desde lo alto de la escalera, y noté divertido que alguien había dejado caer un canapé que parecía un moco colgando de la nariz. No sé si habría sido un verdadero accidente o el acto de un sirviente disgustado. Kasteen frunció los labios al captar plenamente la opulencia del lugar.

—Lo retiro —dijo en voz baja—. Un burdel seguramente estaría decorado con más gusto. —Reprimí una sonrisa mientras otro lacayo nos precedía para presentarnos.

—El comisario Ciaphas Cain —anunció—, y la coronel Regina Kasteen. —Lo que por fin dejó bien claro quiénes éramos. Era harto evidente quién era el individuo de aspecto enfermizo sentado en una alta plataforma al otro extremo del salón. Yo había conocido a unos cuantos gobernadores planetarios en mi época, y todos ellos tenían una tendencia a la imbecilidad innata[16], pero este ejemplar parecía digno de llevarse la palma. En cierto modo, se las ingeniaba para parecer subalimentado y fofo al mismo tiempo, y su piel tenía la palidez de un pescado. Los ojos acuosos no tenían un color definido y nos miraban por debajo de un flequillo de pelo gris y ralo.

—Gobernador Grice —saludé con una reverencia formal—. Es un placer.

—Al contrario —respondió con una voz un poco temblorosa—. El placer es todo mío. —Bueno, en ese sentido tenía razón, aunque a mí ni siquiera me miró. Se puso

de pie y saludó a Kasteen con una reverencia—. Nos honra con su presencia, coronel.

Vaya, esto era una nueva experiencia, quedar eclipsado por una chiquilla, pero supongo que de haberla conocido, lo habrían entendido. Era impresionante para quienes admiren a las pelirrojas, y supongo que el viejo tonto no tenía oportunidades de ver muchas. De todos modos, me dio ocasión de desaparecer del cuadro y dedicarme a buscar algo de diversión, lo que hice con la mayor prontitud.

Como tenía por costumbre, me di un buen paseo con los ojos y los oídos bien abiertos, ya que nunca se sabe de dónde pueden salir retazos de información útil, aunque lo que buscaba realmente era entretenimiento. Una mujer joven estaba de pie en una plataforma en un extremo del salón, rodeada de músicos que sonaban casi tan bien como la banda de nuestro regimiento, pero la verdad que podrían haber estado tocando tambores de guerra orcos, porque lo único que me importaba era su voz: era extraordinaria. Estaba cantando viejos clásicos sentimentales como *La noche antes de que te fueras* y *El amor que tuvimos*, e incluso un viejo cínico como yo era capaz de apreciar la emoción que ponía en ellas y sentir que, sólo por esta vez, las trilladas palabras sonaban como si fueran verdaderas. Fragmentos de su voz profunda de contralto llegaban hasta mí, estuviera donde estuviese, abriéndose camino entre las habladurías y las charlas insustanciales, y no podía evitar que mis ojos la buscaran cada vez que la multitud se abría dejando un hueco que me permitiera verla.

Y la verdad es que lo que veía bien valía la pena. Era alta y esbelta, con una cabellera de un tono rubio que jamás había visto ni he vuelto a ver que le llegaba hasta los hombros y enmarcaba un rostro que me dejaba sin aliento. Sus ojos eran de un azul desvaído, como un horizonte lejano, y tenía la impresión de que me traspasaban cada vez que miraba en mi dirección. Llevaba un vestido del mismo color que sus ojos, casi exactamente el mismo color, que se pegaba a su figura como la niebla.

Vaya, jamás he creído en tonterías sentimentales como el amor a primera vista, pero soy totalmente sincero cuando digo, incluso ahora, después de casi un siglo, que puedo cerrar los ojos e imaginarla como era entonces y oír esas canciones como si estuviera todavía en la misma habitación.

Sin embargo, yo no estaba allí para escuchar a cantantes de cabaret, por encantadoras que fueran, de modo que hice todo lo posible por mezclarme con la gente y captar todas las habladurías que pudieran ayudarnos a combatir a los tau cuando llegara la ocasión y, en la medida de lo posible, mantenerme a mí al margen.

—De modo que es usted el famoso comisario Cain —dijo alguien ofreciéndome una bebida fresca. La cogí automáticamente y me volví un poco para usar la mano buena y que se viera bien mi cabestrillo. Me encontré con un tipo de rostro estrecho vestido con una túnica lujosa pero lucida con modestia que definitivamente lo delataba como diplomático. Echó una mirada al cabestrillo—. Tengo entendido que estuvo a punto de adelantar el comienzo de la guerra.

—No por gusto, se lo aseguro —le respondí—, sólo por defender a un oficial que carece del autocontrol necesario para pasar por alto un acto de sedición.

—Ya veo. —Me miró con los ojos entrecerrados, tratando de evaluarme. Yo mantuve una expresión neutral—. Supongo que su autocontrol es un poco más fuerte.

—Por el momento —repliqué, escogiendo las palabras con cuidado—, todavía estamos en paz con los tau. Debo reconocer que aquí la situación interna es un poco inquietante, pero a menos que se ordene la intervención de la Guardia, eso sólo compete a los Arbites, a la FDP y a su excelencia. —Señalé con la cabeza a Grice, que estaba escuchando con el máximo interés la explicación que le daba Kasteen sobre la mejor manera de destripar a un termagant, aunque su corte de sicofantes estaba empezando a ponerse un poco verde en torno a las branquias—. No soy contrario a luchar si tengo que hacerlo, pero es una decisión que deben tomar cabezas más sabias que la mía.

—Entiendo —dijo, y me alargó una mano para que se la estrechara. Después de un momento de titubeo, más por desconcertarlo que por otra cosa, pasé el vaso a mi otra mano y acepté su oferta—. Erasmus Donali, emisario imperial.

—Ya lo suponía. —Sonreí a mi vez—. Tiene usted todo el aspecto de un diplomático.

—Mientras que usted tiene un aspecto excepcional para un soldado. —Donali dio un sorbo a su bebida y yo lo imité. Era una buena cosecha—. La mayoría de ellos no pueden esperar a que empiecen los tiros.

—Son la Guardia Imperial —dije—. Viven para luchar por el Emperador. Yo soy un comisario y se supone que debo tener una visión más amplia.

—¿Y eso incluye evitar el combate? Me sorprende usted.

—Como he dicho antes —afirmé—, ésa no es una decisión que me corresponda a mí tomar, pero si personas como usted pueden solucionar el conflicto mediante negociaciones y mantienen vivos a los soldados que habrían de morir para que combatan a otro enemigo determinando así la suerte en una batalla más importante, considero que están ustedes sirviendo a los mejores intereses del Imperio. —Y, de paso, me permiten conservar el pellejo, que es lo más importante para mí.

Donali pareció sorprendido y también un poco complacido.

—Ya veo que su fama es más que justificada —declaró—. Espero responder a sus expectativas, pero puede que no sea fácil.

No era eso lo que yo quería oír, pueden estar seguros, pero me encogí de hombros y tomé otro sorbo de mi bebida.

—Emperador mediante —solté, una frase que le había copiado a Jurgen en nuestra larga relación. Por supuesto, cuando él la dice la interpreta al pie de la letra; para mí no es más que el equivalente verbal de un encogimiento de hombros. Realmente, jamás me he creído que Su Divina Majestad pueda perder tiempo

evitando que toda la galaxia se vaya al diablo para velar por mis intereses o los de cualquier otro, que tanto da, y por eso soy tan diligente en el cumplimiento de mi propio trabajo—. Supongo que la dificultad reside en el apoyo público que tienen los tau en determinados distritos.

—Exacto —reconoció mi nuevo amigo asintiendo con aire sombrío—. De lo que puede dar las gracias a ese imbécil que está ahí hablando con su coronel. —Señaló a Grice con un movimiento de cabeza—. Estaba tan absorto contando los sobornos recibidos de otros como él… —otra inclinación de cabeza hacia el otro extremo del salón— que ni siquiera se dio cuenta de que su planeta se le iba de debajo de los pies.

Me volví a mirar en la dirección que había señalado: un individuo cadavérico, de nariz de halcón, vestido con unas calzas escarlatas nada discretas y un tabardo color burdeos, estaba disertando ante un grupo de la aristocracia local. A su lado había un par de sirvientes de librea que miraban en derredor tan cómodos como un orco en traje de noche. Guardaespaldas mercenarios, y sé de lo que hablo. Cerca de él había un escriba que tomaba notas.

—Uno de los comerciantes independientes de los que tanto hemos oído hablar —aventuré. Donali se encogió de hombros.

—Eso dice, pero aquí nadie es exactamente lo que parece, comisario. De eso puede estar seguro.

Bueno, en eso había dado en el clavo por lo que a mí respecta. De modo que intercambié unas cuantas palabras más sin trascendencia y seguí paseando.

Tras unas cuantas conversaciones con dignatarios locales cuyos nombres no se me quedaron grabados, mi copa necesitaba que la volvieran a llenar. Me dirigí a la mesa que había al otro lado del salón donde había expuesta toda una serie de suculentas *delicatessen*. Por el camino observé que Kasteen había conseguido desembarazarse del gobernador y estaba deambulando por el salón como si hubiera frecuentado la alta sociedad desde que aprendió a caminar. El aire de confianza que irradiaba ahora era notable, especialmente si se comparaba con su anterior nerviosismo, pero la capacidad para mostrarse calmada y controlada en cualquier circunstancia es una cualidad vital para un líder, y por lo que sé, ella la practicaba de forma tan descarada como yo. Realmente daba la impresión de que se lo estaba pasando bien, y le dediqué un alegre saludo cuando nuestras miradas se cruzaron brevemente. Ella respondió con una sonrisa deslumbrante y se dio la vuelta dirigiéndose hacia la pista de baile con un par de petimetres aristócratas a remolque.

—Da la impresión de que se ha quedado sin pareja —dijo una voz detrás de mí. Me di la vuelta y me encontré hundiéndome en las profundidades de los grandes ojos azules de la cantante a la que había estado observando antes. Me pasó algo que casi nunca me sucede: por un momento me quedé sin saber qué decir. Ella estaba sonriendo, con un plato de canapés en la mano.

—Es…, bueno, sólo es una colega —dije—. Una oficial de mi regimiento. No hay nada entre nosotros. Eso va contra el reglamento, además. Y de todos modos, no…

Se echó a reír con una risita cálida, atrevida, que me produjo el mismo efecto que el amasec, y me di cuenta de que estaba tratando de hacerme hablar.

—Lo sé —dijo—. No hay tiempo para romances en la Guardia Imperial. Debe de ser difícil de sobrellevar.

—Tenemos nuestros deberes para con el Emperador —me defendí—. Para un soldado debe bastar con eso. —Es el tipo de cosas que suelo decir, y la mayoría de los civiles se lo traga, pero mi bella cantante me miraba burlona, con la sombra de una sonrisa en una de las comisuras de su boca, y de repente tuve la sensación de que podía ver a través de mí hasta el centro del engaño y del egoísmo que suelo mantener oculto al mundo. Era una sensación inquietante.

—Puede que para algunos, pero yo creo que en usted hay algo oculto. —Cogió una botella de la mesa más próxima con su mano libre y me llenó la copa.

—Todo el mundo oculta algo —repliqué, más que nada para desviar la conversación. Volvió a sonreír.

—Eso es muy astuto, comisario. —Extendió una mano, delicada y fría al tacto, cuyo dedo corazón lucía un anillo grande y finamente trabajado, de factura inusual. Era evidente que tenía muchísimo éxito en su profesión, o que tenía, al menos, a un admirador muy rico. Habría apostado por ambas cosas. Le besé la mano formalmente, como exigía la etiqueta y, para mi sorpresa, volvió a reírse.

—Caballero además de oficial. Está usted lleno de sorpresas. —Me desconcertó dejando caer una cortesía, a semejanza de las bovinas debutantes que nos rodeaban, con un destello de engaño en sus ojos deslumbrantes—. Dicho sea de paso, soy Amberley Vail y canto un poco.

—Lo sé —dije—, y además lo hace muy bien. —Agradeció el cumplido con una leve inclinación de cabeza. Yo le hice una reverencia formal, entrando en el juego—. Ciaphas Cain —me presenté— a su servicio, agregado actualmente al 597.º de Valhallan. —Los ojos se le desorbitaron un poco al oír mi presentación.

—He oído hablar de usted —dijo, un poco azorada—. ¿No combatió usted contra los genestealers en Keffia? —Claro que lo había hecho, si por combatir se entiende andar por ahí bebiendo recafeinado mientras la unidad de artillería con la que iba tiraba bombas sobre las mayores concentraciones de genestealers que podíamos encontrar a kilómetros de distancia. Yo había estado presente, por así decirlo, y se me adjudicó gran parte del mérito, más por suerte que por buen juicio. Fue uno de los primeros incidentes que sentaron las bases de mi inmerecida fama de héroe, pero mis desventuras a partir de entonces habían eclipsado lo que la mayor parte de la galaxia todavía consideraba un incidente de poca monta en un agrimundo perdido.

—No lo hice solo —dije, adoptando la pose de héroe modesto que no me costaba

ningún trabajo—. En aquel momento había una flota de combate imperial en órbita.

—Y dos divisiones completas de la Guardia Imperial en el planeta. —Volvió a reír al ver mi expresión atónita—. Tengo parientes en Skandaburg[17]. Todavía se habla de usted por allí.

—No veo por qué —dije—. Me limité a hacer mi trabajo.

—Por supuesto —asintió Amberley, y volví a tener la sensación de que no la había engañado en ningún momento—. Usted es un comisario imperial. El deber ante todo, ¿no?

—Por supuesto —afirmé—. Y ahora mismo creo que es mi deber pedirle que baile conmigo. —Era un intento transparente de cambiar de tema y esperaba que ella lo atribuyera a azoramiento provocado por mi modestia, y casi esperaba que me rechazara. Sin embargo, sonrió, dejó su plato de *delicatessen* a medio comer y se apoyó en mi brazo sano.

—Me encantaría —respondió—. Dispongo de algunos minutos antes de mi segunda actuación.

Fue así que nos deslizamos por la pista de baile y pasé unos minutos muy agradables con su cabeza apoyada en mi hombro mientras girábamos al ritmo de un viejo vals cuyo nombre nunca recuerdo. Vi pasar a Kasteen por allí un par de veces, seguida en cada ocasión por un galán diferente, y me miró enarcando una ceja como advertencia previa contra alguna broma cruel en el camino de vuelta al recinto, pero en ese momento tenía la cabeza muy lejos de aquello.

En un momento dado, Amberley se apartó, a mi entender con desgana, a menos que me dejara engañar por mis secretos deseos, y empezó a dirigirse hacia el escenario. Caminé a su lado, hablando de cosas intrascendentes, simplemente para prolongar un interludio agradable en lo que, por lo demás, prometía ser una velada de lo más aburrida, y fue entonces cuando observé que estaba teniendo lugar una acalorada discusión entre Grice y el comerciante independiente de cara de halcón.

—¿Sabe usted quién es ése? —pregunté, sin esperar realmente una respuesta. Sin embargo, parecía que mi compañera estaba muy bien enterada de los entresijos de la política gravalaxiana. Supuse que era una de las ventajas de actuar para la aristocracia. El caso es que asintió y pareció sorprendida.

—Su nombre es Orelius. Un comerciante independiente de aquí que se encarga de tratar con los tau, al menos eso dice. —Dio la explicación con el mismo tono de escepticismo que había empleado Donali, y por algún motivo recordé las fantasías de espionaje de Divas durante aquella noche pasada en el Ala del Águila.

—¿Por qué lo dice? —pregunté. Amberley se encogió de hombros.

—Los tau llevan más de un siglo tratando con los mismo comerciantes. Orelius llegó de no se sabe dónde hace uno o dos meses, y trató de entablar negociaciones con ellos a través de Grice. Puede que sea una simple coincidencia, pero… —Otro

encogimiento de hombros hizo que el vestido se deslizara de sus esbeltos hombros.

—¿Por qué ahora que la situación política amenaza con desestabilizarse? —pregunté. Ella asintió con la cabeza.

—Parece un poco insólito.

—Puede que espere sacar ventaja de la confusión para conseguir mejores condiciones —aventuré. Mientras observábamos, Orelius se dio media vuelta y se marchó seguido por sus guardaespaldas. Grice estaba pálido y sudoroso, todavía más que de costumbre, y extendió la mano temblorosa para coger una copa de la bandeja que sostenía un sirviente—. Sea como sea, ha dejado temblando a nuestro ilustre gobernador.

—¿De veras? —Amberley miraba cómo se iba—. Eso parece un poco presuntuoso incluso para un comerciante independiente.

—Si realmente es lo que es —dije sin pensar. Los insondables ojos azules se volvieron hacia mí.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—Un inquisidor —manifesté, y mientras lo decía la idea iba arraigando más firmemente. Amberley abrió mucho los ojos.

—¿Un inquisidor? ¿Aquí? —Su voz sonó algo trémula, como si la enormidad de la idea fuera tal que no pudiera concebirla—. ¿Qué le hace pensar eso?

Las ganas de impresionarla eran casi irresistibles, debo confesarlo, y si supieran ustedes lo fascinante que era, sé que hubieran sentido lo mismo. Me puse, pues, en mi papel de comisario.

—Sólo puedo decir —le confesé bajando la voz para añadir dramatismo a la situación— que he oído de una fuente militar de toda solvencia —lo cual, como comprenderán, sonaba mejor que «de un idiota borracho»— que hay agentes de la Inquisición actuando en Gravalax.

—Seguro que no. —Negó con la cabeza y sus mechones rubios se agitaron en un torbellino—. Y aunque los hubiera, ¿por qué sospechar de Orelius?

—Bueno, basta con mirarlo —apunté—. Todo el mundo sabe que los inquisidores infiltrados se suelen disfrazar de comerciantes independientes[18]. Es la manera más fácil de viajar de incógnito con la multitud de gorrones a los que parecen atraer.

—Podría estar en lo cierto —aceptó ella con un delicado estremecimiento—, pero no es de nuestra incumbencia.

Estaba totalmente de acuerdo, por supuesto, pero no es eso lo que mi heroica reputación lleva a la gente a esperar de mí, de modo que adopté mi expresión más seria y dije:

—La seguridad del Imperio es de la incumbencia de todos los leales súbditos de Su Majestad. —Bueno, eso también es cierto, aunque me deja a mí al margen, cosa que nadie tiene por qué saber. Amberley asintió con gesto sombrío y se dirigió al

escenario. Yo la miré marcharse maldiciéndome por ser tan idiota como para poner demasiado énfasis en la cuestión.

Como ustedes imaginarán, el resto de la noche no prometía nada emocionante, de modo que volví a la comida y la bebida. Las raciones que nos daban en el cuartel eran adecuadas, pero no iba a desperdiciar la oportunidad de saborear algunas exquisiteces que tenía al alcance de la mano, además, desde allí se podía disfrutar de la actuación de Amberley. Por otra parte —y eso lo había aprendido en incontables situaciones similares—, era el mejor lugar para recoger habladurías, ya que todos se pasaban por allí en un momento u otro.

Fue así como conocí a Orelius, sin tener la menor idea de los problemas que me acarrearía esa inocente conversación.

Supongo que la culpa la tuvo el cabestrillo. En su momento me había parecido una buena idea, pero aquella maldita cosa se convertía en un engorro cada vez que intentaba llenar un plato, pues se metía por el medio y me impedía alcanzar las pastas de palovino que estaban en el otro extremo de la mesa. Si pasaba el plato a la mano izquierda, volverme me resultaba difícil y mi centro de gravedad se desplazaba, de modo que tampoco podía alcanzarlo. Estaba tratando de encontrar una manera de llegar a ellos cuando un brazo delgado se cruzó en mi camino y levantó el plato.

—Permítame —se ofreció una voz seca y cultivada. Puso un par de *delicatessen* en mi plato y me encontré dirigiéndome al hombre al que había tomado por un agente de la Inquisición. Era ridículo, por supuesto, pero de todos modos…

—Gracias, señor Orelius —dije—, es usted muy amable.

—¿Nos conocemos? —Su mirada era escrutadora. Sus pupilas casi negras eran inquietantemente penetrantes y aumentaban su parecido con un ave de presa.

—Su reputación lo precede —afirmé sin ningún énfasis especial, dejando que lo interpretara como quisiera. No me importa admitir que estaba menos relajado de lo que trataba de aparentar. Si realmente era un inquisidor, lo más probable es que fuera también un psíquico y supiera lo que yo era realmente, pero ya había conocido a muchos de estos que leían la mente y sabía que no eran tan formidables como pensaba la gente en general. La mayoría de ellos sólo puede leer pensamientos superficiales, y yo estaba tan acostumbrado a simular que lo hacía sin siquiera tener conciencia de ello.

—Eso seguro. —Él también era ducho en este juego, una habilidad esencial tanto si su profesión era la que aparentaba como la que yo había supuesto.

—Parece gozar usted de la confianza de su excelencia —dije, y eso hizo aparecer en su rostro el primer atisbo de emoción. Parecía que había atravesado sus defensas.

—Así es. Por desgracia, parece que su excelencia ha perdido el seso. —Se sirvió también él un pastelillo—. La indecisión lo tiene paralizado.

—¿Indecisión respecto de qué? —pregunté con aire inocente.

—Respecto de lo que le conviene, y a su pueblo, por supuesto. —Orelius mordió el pastelillo como si fuera la yugular de Grice—. A menos que empiece a mostrar dotes de liderazgo, habrá un baño de sangre y fuego. Pero todo lo que hace es quedarse ahí sentado y vacilar, y esperar que todo se solucione.

—Entonces, es de esperar que recupere el sentido cuanto antes —apunté. Sus ojos penetrantes volvieron a atravesarme.

—Así es —repuso con flema—. Por el bien de todos. —Esbozó una sonrisa totalmente falta de calidez—. Que el Emperador sea con usted, comisario Cain. —La sorpresa debió de haberse reflejado en mi cara porque la sonrisa se hizo un poco más ancha—. Su reputación también lo precede a usted.

Dicho esto, se fue dejándome lleno de curiosidad.

No tuve mucho tiempo para indagar en la causa de mi inquietud porque el lacayo que había anunciado nuestra llegada había regresado y parecía un poco nervioso. Había anunciado a numerosos huéspedes después de que Kasteen y yo hiciéramos nuestra entrada, pero estaba claro que esta vez esperaba que se lo escuchase. Golpeó con un bastón el reluciente suelo de madera y el parloteo fue cesando gradualmente. Amberley se interrumpió en mitad de una canción, lo cual fue una verdadera lástima. El pecho del lacayo se hinchó al sentirse importante.

—Excelencia. Damas y caballeros, Oran Shui'sassai, embajador de los tau.

Y por primera vez desde mi llegada a Gravalax, me encontré cara a cara con el enemigo.



CINCO

La traición con traición se paga.

Proverbio del Templo Callidus

Hay algo que debo reconocerles a los tau: sin duda saben cómo hacer una entrada impresionante. Shui'sassai llevaba una sencilla túnica blanca que hacía que todos los dignatarios del Imperio parecieran ridículamente vestidos, e iba rodeado de otros de su especie con un atuendo similar. No obstante, era imposible no adivinar quién estaba al mando, ya que su carisma llenaba el salón y cuantos lo rodeaban iban tras él, mientras avanzaba con confianza por el pulido suelo de madera hacia Grice, como las gaviotas que siguen a un barco pesquero. Por entonces no imaginaba lo adecuada que era esa imagen mental[19].

En lo que sí reparé de forma casi instantánea fue en la tonalidad azulada de su piel y la de sus compatriotas, cosa que ya me esperaba después de las cosas que había dicho Divas y de los informes que había leído. Lo que no me esperaba era la solitaria trenza que brotaba de su cráneo rasurado, adornada con cintas de diversos colores que contrastaban vivamente con la absoluta simplicidad de los ropajes. Entendí entonces el significado del extraño peinado que lucían sus acólitos humanos y que había observado varias veces desde nuestra llegada, así como la cara pintada del líder de la banda callejera. Todo eso me provocó un estremecimiento desazonados Si tantos ciudadanos habían sido tan abiertamente influidos por estos advenedizos alienígenas, la situación realmente era espantosa, y mis oportunidades de mantenerme al margen de problemas eran, cuando menos, dudosas.

También me recordó a otra cosa, y después de un momento recordé la decoración que Gorok, el kroot, había aplicado a la cresta de su cabeza. Era evidente que las razas del imperio tau no veían mal la adopción de las costumbres y modas de las distintas culturas que desdibujaban sus propias identidades en nombre de su unión, algo que cualquier leal ciudadano imperial habría considerado tan horroroso como yo. Había visto personalmente lo que sucedía cuando los traidores y los herejes abandonaban su

humanidad para seguir las tortuosas enseñanzas del Caos, y el pensamiento de lo fértil que encontrarían al Imperio las abominaciones nacidas de la disformidad si alguna vez quedaba inadvertidamente expuesto a la influencia alienígena de los tau y sus secuaces me heló la sangre.

Los esbirros de Shui'sassai también llevaban la trenza de pelo adornada, aunque un poco menos llamativamente, y me pregunté si aquello representaba alguna sutil graduación de categoría entre ellos o sólo tendría fines decorativos.

—Pequeña alimaña pagada de sí misma. —Donali volvió a aparecer a mi lado y pronunció las palabras con la boca casi cerrada mientras su mirada se cruzaba con la del xenos y alzaba su copa a modo de saludo—. Se cree que tiene todo el planeta en sus manos.

—¿Y lo tiene? —pregunté, más por cortesía que porque esperara realmente una respuesta.

—Todavía no —Donali observó a la delegación xenos realizando su saludo ritual a Grice—, pero sí tiene al gobernador en el bolsillo.

—¿Está seguro de eso? —pregunté. Donali debió de haber detectado algo en mi tono porque su atención se centró inmediatamente en mí; una sensación que me resultó un poco desconcertante.

—¿Sospecha que podría responder a… otras influencias? —sugirió, observando mi cara para ver si mostraba la más ligera reacción. Bueno, le deseaba buena suerte, ya que una vida de simulación me había hecho casi impenetrable. Señalé a Orelius con un movimiento de cabeza. Estaba observando la conversación entre Grice y el diplomático tau con desconfianza, aparentando que no le prestaba la menor atención.

—Vaya conversación que ha tenido nuestro amigo el comerciante independiente con Su Excelencia esta misma noche —le dije—, y ni uno ni otro parecían muy satisfechos.

—¿Ha hablado usted con Orelius? —Una vez más me encontré en medio de un combate oral de esgrima. Por las entrañas del Emperador, pensé irritado ¿es que por aquí nadie dice lo que piensa?

—Intercambiamos algunas palabras —respondí, encogiéndome de hombros—. Al parecer piensa que el tiroteo está a punto de empezar…

El disparo de una pistola bólter sonó cerca de la pista de baile, y yo me tiré al suelo para refugiarme detrás de un sofá muy mullido incluso antes que la parte racional de mi mente hubiera identificado el origen del sonido. Puede que yo no sea un paradigma de todas las virtudes, pero me gusta pensar que mi instinto de supervivencia compensa con creces cualquier carencia moral que pueda tener.

Donali se quedó de pie, boquiabierto, mientras el salón era un estallido de pánico y de chillidos. La mitad de los invitados empezaron a correr en cualquier dirección, mientras que los demás miraban en derredor con aturdido estupor. Las caras copas de

cristal se hacían añicos al tirar la gente sus bebidas, y empezaron a aparecer las espadas y todo tipo de armas de mano imaginables.

—¡Traición! —gritó uno de los tau, mirando furioso a su alrededor y sacando algún tipo de arma de entre los pliegues de su túnica. Shui'sassai había caído, cubierto de sangre, y por mi larga experiencia supe que no volvería a levantarse.

El proyectil del bólter había estallado dentro de su cavidad torácica, redecorando las inmediaciones con visceras de tau que, me causó cierto asombro notar, eran de un color más oscuro que las humanas, lo que supuse tenía algo que ver con el color de la piel[20].

—Kasteen —activé mi micro transmisor—. ¿Dónde está?

—Cerca del escenario. —Alcé la cabeza mientras ella se acercaba en cuclillas a Amberley, que miraba a la multitud como alucinada.

—¿Vio de dónde salió el disparo?

—No. —Vaciló una fracción de segundo—. Estaba en otra cosa. Lo siento, comisario.

—No tiene por qué sentirlo —dije—. Nadie sabía que esto iba a convertirse en zona de guerra. —La verdad, eso era lo que parecía estar sucediendo, por incómodo que fuera. Casi todo el que tenía un arma ceremonial la había sacado llevado por el pánico, excepto Kasteen y yo mismo, y buscaba contra quién usarla. Eso significaba que identificar al asesino resultaba prácticamente imposible.

—¡Animales gue'la! ¿Es así como respondéis a las propuestas de paz? —El tau que agitaba su arma sin control se estaba volviendo histérico. Pensé que en cuestión de segundos dispararía el arma o, lo más probable, alguien le dispararía a él antes de que tuviera ocasión. Fuera como fuere, iba a iniciar una masacre, y yo no tenía intención de dejarme coger en medio.

—Lustig —transmití—. Jurgen. Nos vamos ahora. Puede que haya resistencia.

—Señor. —La voz de Jurgen sonaba tan flemática como siempre.

—¿Comisario? —La de Lustig reflejaba la duda que estaba tan bien entrenado para plantear. Pero yo no estaba por la labor de dejar que la guardia de honor se lanzase a un intercambio de disparos sin advertencia. Iba a necesitarlos para poder salir de aquí.

—El embajador tau acaba de ser asesinado —dije, e inmediatamente maldije mi propia estupidez. El canal no era seguro, eso significaba que cualquier puesto de escucha que hubiera a uno y otro lado podría haber captado mi transmisión. Pero bueno, ya era tarde para preocuparse por eso. Mi prioridad absoluta era salir de allí pitando y de una pieza. Por desgracia, eso significaba pasar junto a la delegación tau, que parecía haberse convertido en un imán para todos los botarates imperiales dispuestos a disparar que había en el salón.

Sólo se podía hacer una cosa. Con una curiosa sensación de *déjà vu*, avancé

abriendo los brazos a ambos lados del cuerpo, apartados de mis armas.

Tengan en cuenta que casi no había pasado ni un minuto y que el salón estaba alborotado. Prácticamente todos estaban gritando algo a alguien, y nadie escuchaba. El resto de los tau estaban chapurreando en su propia lengua. A mí me sonaba como si estuvieran friendo chuletas de grox, pero el significado era obvio: «Sacad de aquí esa cosa ensangrentada antes de que nos maten a todos». Y los demás huéspedes les gritaban y también entre sí: «¡Suelta eso!». Me di cuenta de que con semejante maraña de facciones e intereses enfrentados en el salón se produciría un auténtico baño de sangre en cuanto alguien apretara el gatillo. Probablemente con eso contaba el asesino para borrar su rastro.

—Coronel, conmigo. —Por lo menos Kasteen podría cubrirme la espalda. La vi bajar del escenario y empezar a caminar hacia mí entre la apiñada multitud. Amberley ya había desaparecido. Una chica sensata.

—¡Usted! ¡Fue usted quien lo hizo! —El tau encañonó a Grice con su pistola curiosamente informe. El gobernador parecía haber perdido hasta el último resto de color, si eso era posible, y farfullaba incoherencias.

—¡Eso es ridículo! ¿Qué podría ganar…?

—¡Más mentiras! —El tau se desasió de las manos de sus colegas que trataban de contenerlo—. ¡La verdad o morirá!

—Eso no contribuye al advenimiento del bien mayor —intervine, repitiendo las palabras del kroot. No estaba seguro de lo que querían decir, pero esperaba que les sonaran más a los tau que cualquier otra variante de «deje el arma antes de que le dispare», que al parecer no tenía demasiado efecto.

Funcionó mejor de lo que me habría atrevido a esperar. Todos los tau del grupo, incluido el maníaco con el arma, se me quedaron mirando con lo que yo tomé por estupor. Era más difícil leer en sus rostros que en el de los humanos o los eldar, pero resulta más fácil cuanta más práctica se tiene, y actualmente yo puedo captar prácticamente hasta las medias verdades mejor escondidas.

—¿Qué diablos quiere decir eso? —preguntó Kasteen en voz baja por el intercomunicador, abriéndose camino entre la multitud y llegando a mi lado. Observé con alivio que todavía no había sacado sus armas, lo que iba a facilitar mucho las cosas.

—Maldito sea si lo sé —respondí antes de dar un paso adelante para que los xenos pudieran verme mejor.

—¿Qué sabe usted del bien mayor? —preguntó el tau bajando un poco el arma pero apuntando todavía a Grice. Sus compañeros vacilaron, preguntándose todavía si sería seguro desarmarlo. Era evidente que Grice pensaba que sí, ya que sudaba más que Jurgen leyendo una placa de datos porno.

—No mucho —admití—. Pero sumar más muertes al acto de traición de esta

noche no va a ayudar a nadie, eso es seguro.

—Sus palabras tienen mérito, oficial del Imperio —dijo otro de los tau con precaución, sin dejar de vigilar al que tenía el arma.

—Me llamo Cain —me presenté, y un coro de voces lo repitió a mi alrededor en un susurro.

—Es él, ése es Ciaphas Cain… —La reacción pareció dejar perplejo a mi nuevo amigo…

—¿Toda esta gente lo conoce?

—Parece que me he hecho un nombre —admití.

—El comisario Cain es bien conocido como hombre íntegro —intervino una nueva voz. Orelius se abría camino entre la multitud flanqueado por sus guardaespaldas. Por deferencia suya, llevaban las pistolas enfundadas.

—Es cierto —lo apoyó Donali, volviendo a poner la iniciativa en manos oficiales —. Puede confiar en su palabra. —Lo cual, bien mirado, no decía mucho de su capacidad como diplomático. Claro que él no me conocía tan bien como me conozco yo.

—Soy El sorath —dijo el interlocutor tau, tendiéndome la mano al modo humano. Se la estreché y la sentí algo más caliente de lo que yo esperaba. Probablemente tenía algo que ver con la piel azulada.

—¿Acaso su amigo…? —Señalé al tau con el arma.

—El'hassai —me informó amablemente El'sorath.

—¿Vio alguien realmente quién hizo el disparo? —pregunté, dirigiendo la pregunta a El'hassai, como si simplemente estuviéramos manteniendo una conversación normal. Por primera vez pasó por su cara la sombra de una duda.

—Estábamos hablando con éste. —La pistola volvió a apuntar a Grice—. Oí que Shui'sassai decía «Qué…» y entonces sonó el disparo. Cuando me volví no vi a nadie más ahí. ¡Tiene que haber sido él!

—Pero usted no vio realmente el asesinato —insistí. El'hassai negó con la cabeza, un gesto que supuse que habría aprendido en su larga asociación con los humanos.

—No puede haber sido nadie más —insistió.

—¿Vio usted al gobernador con un arma?

—Debe de haberla escondido. —Cierto, la recargada vestimenta de Grice podría haber ocultado casi cualquier cosa entre sus voluminosos pliegues, pero yo trataba de imaginarme a esa indolente bola de sebo sacando una pistola, matando al embajador y guardándola a continuación en cuestión de segundos, y tuve que reprimir una sonrisa.

—Hay cientos de personas en este salón —dije con calma—. ¿No es más probable que haya sido una de ellas? Tal vez un sirviente en el que usted ni siquiera reparó.

—Mucho más probable —reconoció El'sorath extendiendo una mano para coger

la pistola. Después de un momento, El'hassai entró en razón y se la entregó. Se oyó un suspiro generalizado de alivio en todo el salón.

—Esto será investigado —afirmó Donali—, y se castigará al culpable. Tiene mi palabra.

—Conocemos muy bien lo que valen las promesas imperiales —replicó El'sorath sin el menor rastro de sarcasmo—, pero llevaremos a cabo nuestras propias indagaciones.

—Por supuesto. —Grice se enjugó la cara con la manga de la túnica, temblando como un plasmoide e incapaz de recuperar un atisbo de dignidad—. Nuestros Arbites los mantendrán informados de todo lo que podamos descubrir.

—No esperaba menos —dijo El'sorath.

—Estamos en posición, comisario —avisó Lustig por el intercomunicados Kasteen y yo nos miramos.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera? —preguntó la coronel.

—Reinan el pánico y la confusión, señora. Y parece que algo sucede en la ciudad.

—Tal vez deberían volver a su recinto —le sugirió Donali a El'sorath, sin conocer los ominosos mensajes que estábamos recibiendo—. Mi chofer…

—No conseguiría recorrer cincuenta metros desde la puerta —intervino Kasteen. Cambié la frecuencia a la red táctica, como había hecho ella, sin duda, y oí un balbuceo confuso de voces en mi oído. Las unidades de la FDP se estaban movilizando en apoyo de los escuadrones antidisturbios de los Arbites y el malestar se estaba extendiendo por la ciudad como la mermelada por la superficie de una tostada.

—¿Qué quiere decir? —se estremeció Grice buscando a su alrededor un lacayo a quien culpar. Las tropas de seguridad del palacio estaban empezando a desplegarse por fin, protegiendo las salidas, aunque yo no esperaba gran ayuda de ellas si realmente había que defender el lugar. Mucha armadura dorada de gala que no pararía ni una pedrada y rifles láser anticuados con esos cañones ridículamente largos que sólo había visto antes en museos y lo más probable era que no se hubieran disparado desde hacía dos milenios.

—Hay disturbios por toda la ciudad, Excelencia. —Daba la impresión de que Kasteen realmente estaba disfrutando al darle la mala noticia—. Las multitudes están atacando las casas del sector del Arbites y los barracones de la FDP, culpando al Imperio de la muerte del embajador.

—¿Cómo pudieron saberlo? —farfulló Grice—. La noticia no puede haberse difundido…

Por un momento me pregunté si mi inoportuna transmisión a Lustig habría sido la causa de todo esto, pero entonces recuperé el sentido común. No había habido tiempo para difundir la información aunque alguien pudiera estar escuchando. Sólo había una explicación posible.

—Una conspiración —dije—. El asesino tenía cómplices encargados de difundir el rumor incluso antes de que el suceso tuviera lugar. Esto no sólo pretendía dar al traste con las negociaciones, sino dar la señal para un levantamiento a gran escala.

—¡Más mentiras! —El'hassai llevaba algunos minutos tranquilo, contemplando el cadáver del embajador como si esperara que se incorporase y empezara a darnos las respuestas—. ¿Cree usted que íbamos a sacrificar a uno de los nuestros para conseguir el control de este lugar?

—Yo no creo nada —respondí con tacto—. No soy más que un soldado. Pero alguien está orquestando esto, y el Emperador sabe por qué. Si no es su gente, entonces tal vez se trate de una facción imperial que trata de ocultar quiénes son sus partidarios aquí.

—Pero ¿quién podría pensar en una cosa así? —balbució Grice. Miré a Orelius. Mis sospechas sobre él se intensificaron. Sin duda la Inquisición era despiadada y tenía los recursos para hacerlo.

—Eso deben decidirlo cabezas más sabias que la mía —dije, y por un momento los ojos penetrantes del comerciante independiente se cruzaron con los míos.

—Nuestra preocupación principal debe ser la seguridad de su delegación —insistió Donali—. ¿Podríamos hacer venir un gravitatorio?

—Podemos intentarlo. —Al menos El'sorath mantenía el control. Sacó una especie de transmisor de voz de entre los pliegues de su túnica y en su idioma sibilante transmitió un mensaje. Fuera cual fuere la respuesta, pareció satisfecho y tranquilizó a los demás, incluso El'hassai pareció calmarse un poco.

—Se ha enviado un vehículo aéreo —dijo, guardando el microtransmisor—. Llegará pronto.

—Y mientras tanto, mi guardia garantizará su seguridad personal —le aseguró Grice, llamando a unos cuantos de sus hombres. El tau los miró con escepticismo.

—Fueron manifiestamente incapaces de hacerlo en el caso de Oran Shui'sassai —señaló El'sorath con tono mesurado. El color gris de Grice se acentuó.

—Si alguien tiene una idea mejor, estaré encantado de escucharla —soltó, echando mano de una gran copa de amasec de la bandeja de uno de los servidores que seguían circulando por el salón, ajenos a la conmoción reinante.

—Creo que el comisario llegó con una guardia de honor —dijo Orelius—. Sin duda, a un hombre de su reputación se le puede confiar una tarea tan delicada.

«Muchas gracias», pensé. Pero estando en juego semejante reputación, lo único que podía hacer era decir que era un honor inmerecido. Lo que, por otra parte, era absolutamente cierto.

Donali y los tau estuvieron totalmente a favor en cuanto se hubo expuesto la idea, de modo que me encontré conduciendo a una pequeña manada de xenos y diplomáticos hacia el exterior. Lustig y los demás, con los rifles láser amartillados,

acudieron presurosos en cuanto nos vieron salir y se situaron en torno a nosotros.

—Estad alertas —les advirtió Kasteen—. El asesino anda suelto. No confiéis en nadie aparte de nosotros.

—Especialmente los diplomáticos —añadí. Donali me dirigió una mirada punzante y sonreí para hacer ver que bromeaba.

—Este lugar no me gusta nada —le dije a Kasteen en voz baja—. Es demasiado expuesto. —Ella se mostró de acuerdo.

—¿Qué sugiere?

—Hay unos arbustos por allí —señalé, dando las gracias por la paranoia instintiva que me había hecho estudiar los posibles escondites a nuestra llegada—. Al menos nos darán cierta cobertura. —Además, estaban fuera del área iluminada alrededor de la casa, menos expuestos a ojos escrutadores y a equipos sensores.

Hacia allí nos dirigimos, pues, con los soldados a paso redoblado y los tau siguiéndolos con notable facilidad. A Donali le costaba un poco, pero se las arregló para conversar con El'sorath a lo largo de todo el camino, pasando del tono monótono del gótico imperial a los sonidos sibilantes de la lengua tau para lo que yo suponía eran observaciones demasiado sensibles para nuestros oídos.

No es que yo tuviera tiempo para tratar de oír lo que decían, aunque esa hubiera sido mi inclinación. El tráfico de voz de la banda táctica cobraba mayor urgencia a medida que la situación se iba deteriorando.

—El gobernador ha impuesto la ley marcial —le transmití a Donali, que se tomó muy bien la noticia, limitándose a destrozar a patadas dos arbustos ornamentales antes de calmarse lo suficiente para responder con palabras.

—Sabía que lo haría. Cretino.

—Supongo que usted no piensa que eso vaya a ayudar —comenté con tono seco.

—Es casi tan útil como apagar un incendio con promethium —dijo. Hasta yo entendía la lógica de ese razonamiento. Los tumultos por sí solos ya eran bastante malos, pero sacar a la calle a varios miles de soldados de la FDP como los que yo me había encontrado en el Ala del Águila, ansiando una excusa para cortar cabezas, era buscar problemas. Y eso suponiendo que ninguno de ellos simpatizara secretamente con los xenos.

—Mientras a ninguno de los trolls de la FDP se le meta en la cabeza atacar a los tau… —dejé la frase a medio camino; no quería redondear la idea. La posibilidad de que los alienígenas se vieran obligados a defenderse utilizando toda la maquinaria de guerra que Divas me había descrito con tanto entusiasmo, era terrorífica, porque si eso sucedía habría que recurrir a los palurdos que habíamos movilizado para detenerlos. Y, dejando a un lado mi proverbial deseo de mantenerme lo más alejado posible de la zona de peligro, no estaba para nada seguro de que pudiéramos hacerlo.

—Nuestro enclave está rodeado de ciudadanos descontentos —anunció El'sorath

después de otra breve conversación incomprensible por su propio microtransmisor —, pero todavía no hay hostilidades manifiestas.

«Bueno, loado sea el Emperador por esos pequeños favores», pensé, y me aparté a un lado para hablar con Kasteen, que todavía seguía pendiente de la red táctica.

—Hay una multitud de alborotadores que se dirige hacia aquí —dijo—. Y un pelotón de FDP con órdenes de proteger el recinto del palacio. Cuando lleguen, habrá sangre.

Yo mismo escuché el tráfico unos momentos, superponiendo los informes de situación con mi mapa mental, todavía algo imperfecto, de la ciudad. Si no me equivocaba, teníamos apenas diez minutos antes de que empezara la matanza.

—Entonces, asegurémonos de estar en otra parte —dije—. En cuanto nuestros pequeños amigos azulados se marchen, salimos pitando.

—Comisario —Kasteen me estaba mirando un poco sorprendida—, ¿no deberíamos quedarnos a ayudar?

¿Ayudar a un hatajo de niños de mamá con armadura dorada a mantener una posición fija virtualmente indefendible contra una multitud de lunáticos sedientos de sangre? No mientras yo pudiera hacer algo al respecto. Sin embargo, tenía que exponer la cuestión con un poco más de tacto.

—Su intención es muy loable, coronel —señalé—, pero sospecho que desde el punto de vista político, sería muy imprudente. —Me volví hacia Donali en busca de apoyo, inesperadamente contento de que el diplomático estuviese allí—. A menos que yo esté interpretando mal la situación, claro.

—No creo que esté usted equivocado —reconoció, evidentemente reacio a coincidir conmigo. En su pellejo, yo tampoco estaría demasiado contento de ver que los únicos soldados competentes de las inmediaciones se iban a retirar rápidamente —. Por el momento es todavía una cuestión interna de los gravalaxianos.

—Mientras que si nos implicamos, corremos el riesgo de abrir el camino al resto de la Guardia —terminé—. Lo cual sería tan desestabilizador como una incursión tau.

—Ya veo. —Kasteen pareció desanimada, y de pronto me di cuenta de que esperaba una oportunidad para ponerse a prueba junto con su regimiento. Le sonreí alentador.

—Ánimo coronel —le dije—. El Emperador tiene una galaxia llena de enemigos. Estoy seguro de que podremos encontrar algo más digno de nosotros que una gentuza armada con piedras.

—Estoy segura de que tiene razón —admitió, pero sin perder su leve aire de desaliento.

Bueno, tendría que superarlo. Otra vez cambié de canales.

—Jurgen. Diríjase hacia aquí ahora —transmití—. Vamos a tener que salir muy de prisa.

—Voy para allí, señor. —El ronquido del motor lo precedió, y el gran camión militar abrió surcos paralelos en la pista inmaculada para cuya reparación serían necesarias generaciones de jardineros; hizo que el vehículo se detuviera junto a nosotros con su habitual desdén por el uso convencional de los frenos y de las marchas.

—Bien hecho —saludé a mi maloliente asistente, que abrió de golpe las puertas del transporte y dejó el motor en marcha.

El tiempo empezaba a pasar con lentitud. Lustig había desplegado a los soldados de acuerdo con unas pautas defensivas de libro, aprovechando la cobertura disponible, y pude ver que los dos pelotones de tiro se habían colocado en posiciones de mutuo apoyo tal como había sido la intención de Kasteen. Tenían un aspecto firme y disciplinado, con la cabeza puesta en su trabajo y sin rastro del viejo rencor que yo casi temía que pudiera volver a aflorar la primera vez que nuestros soldados se encontraran juntos en combate.

Por supuesto, quedaba todavía por superar la prueba definitiva, pero aquello era mucho más que un ejercicio y seguían respondiendo bien. Empecé a albergar esperanzas razonables de volver de una pieza a nuestra área de acuartelamiento protegiéndome detrás de ellos.

—Escuche. —Kasteen ladeó la cabeza. Agucé el oído para oír por encima del zumbido del motor de nuestro camión, pero al principio no oí nada; después pude distinguirlo: el débil susurro de una lanzadera de gravedad cero que se aproximaba a gran velocidad y el zumbido de cuyas turbinas entubadas era muy diferente del poderoso rugido de un speeder Astartes o una motocicleta a reacción eldar. Era la primera vez que me encontraba ante la tecnohechicería de los tau, y su silenciosa eficiencia me resultó sutilmente inquietante.

—Allí —señaló Donali con el dedo el casco metálico curvo que pasó por encima de nosotros y dio un giro para alinearse siguiendo los faros de nuestro camión. Di las gracias al Emperador para mis adentros, aunque estaba seguro de que no estaría escuchando, y me volví hacia El’sorath.

—Hágalos subir —dije, y me quedé observando el movimiento rápido y fluido de los soldados de Lustig aprestándose a cubrir la superficie de césped inmediata—. Parece bastante seguro.

Algún día voy a aprender a no decir cosas como ésa. En cuanto las palabras salieron de mis labios y el diplomático tau alzó su microtransmisor para ponerse en contacto con el piloto, un haz de luz surgió de las calles que rodeaban la muralla de la mansión.

—¡Santo Emperador! —exclamó Kasteen en un susurro mientras yo soltaba algo mucho menos correcto. Le arranqué de las manos el intercomunicador a un estupefacto El’sorath.

—¡Lárguense de aquí! —grité, sin saber siquiera con seguridad si el piloto hablaría gótico. De todos modos, al cabo de unos segundos la duda fue ociosa.

El misil impactó en el casco del vehículo, penetrando en la delgada plancha de metal, y explotó en una viva bola de fuego color naranja. Los restos llameantes empezaron a caer a nuestro alrededor, pero la ruina ardiente del fuselaje siguió su trayectoria y acabó estrellándose, sin producir daño, sobre una de las alas del palacio. El impacto produjo una explosión secundaria, probablemente el combustible de las células energéticas. El ruido fue increíble e hizo que nos encogiéramos, como si fuera algo físico, y durante un buen rato quedó impresa en mi retina la imagen residual.

—¿Qué ha sucedido? —Donali miraba estupefacto las figuras que salían, despavoridas y dando voces, de lo que quedaba del palacio.

—¡Más traición gue'la! —gritó El'hassai, mirando con furia en derredor como si esperara que en cualquier momento nos lanzáramos sobre él. A decir verdad, cada vez que abría la boca me sentía más tentado de hacerlo, pero con eso no iba a conseguir salir de allí sano y salvo. Para tener ocasión de hacerlo tenía que tranquilizar a Donali y a los xenos.

—Me inclino a creerlo —lo secundé. El absoluto estupor que le produjeron mis palabras hizo que se callara—. Da la impresión de que nuestro asesino tiene secuaces en la FDP.

—¿Cómo puede asegurarlo? —preguntó Donali, que evidentemente no estaba dispuesto a creerlo.

—Eso fue una granada perforante —explicó Kasteen—. Somos la única unidad de la Guardia presente en la ciudad, y nosotros no la hemos disparado. ¿Quién nos queda, entonces?

Bueno, demasiadas posibilidades para mi gusto, pero no era momento de entrar en detalles. Me colé en la red táctica usando mi código prioritario de comisario.

—Granada perforante lanzada en las inmediaciones del palacio del gobernador —dije brevemente—. ¿Quién es responsable?

—Lo siento, comisario, esa información no está disponible.

—¡Pues averígüelo y haga fusilar a ese tirador descerebrado! —De pronto tomé conciencia de que había elevado el tono de voz. Kasteen, Donali y el reducido grupo de tau me miraban con reflejos amarillos en sus caras a la luz del palacio en llamas. Vacilé. Empezaron a ocurrírseme cursos de acción más considerados—. No, espere —corregí, con evidente alivio del invisible operador de voz—. Haga que todos los miembros de ese escuadrón sean arrestados y retenidos para ser interrogados. —Evité la mirada interrogadora de Donali.

—Todavía no sabemos si fue alguien que actuó llevado por el pánico, si fue un ataque deliberado contra los tau supervivientes, o un acto de pura estupidez —expliqué—, pero si fue un atentado para rematar lo que había iniciado el asesino, nos

podría conducir hasta los conspiradores.

—Si es usted capaz de identificar a los atacantes —recalcó El'sorath, asintiendo con la cabeza, un gesto humano que en él resultaba extrañamente perturbador.

—Si es una conspiración, habrán borrado su rastro —predijo Donali con gesto sombrío—. Pero supongo que vale la pena intentarlo.

—Lo que no entiendo —intervino Kasteen, frunciendo el entrecejo—, es por qué no esperaron a que el transporte aéreo volviera a despegar. Seguramente, si lo que querían era matar a los demás tau, no tenía sentido derribarlo cuando estaba llegando.

—No, coronel, eso es exactamente lo que tiene sentido. —Al darme cuenta de repente sentí como un puñetazo en el estómago. Algo que tiene de positivo ser paranoide es que a veces se empiezan a ver cosas que los demás no ven—. Al matar al embajador pretendían hacer que salieran corriendo. Las multitudes en la calle pretendían no dejarles ningún lugar adonde ir. Ahora se supone que tienen una sola opción.

—Hacer venir a los militares para que los saquen de aquí —asintió, siguiendo el hilo de mi razonamiento. Donali puso el último toque que faltaba.

—Y provocar un conflicto directo con las fuerzas imperiales. Lo único que no podemos permitir que suceda si queremos evitar una guerra total por este miserable planeta.

—Entonces tenemos que morir —dijo El'sorath, como si estuviera hablando de dar un paseo por el parque—. El bien mayor así lo requiere. —Sus compañeros parecían estar en sus cabales, pero ninguno lo rebatió.

—No —fue Donali quien lo hizo. No estaba dispuesto a permitir que ningún pequeño mártir azul se inmolara ante sus ojos—. Lo que hace falta es que vivan, para continuar las negociaciones de buena fe.

—Eso sería preferible —reconoció El'sorath. Yo empezaba a sospechar que el tau tenía sentido del humor—. Pero no veo la manera de conseguir un resultado tan deseable.

—Coronel, comisario —Donali nos miró a Kasteen y a mí un momento después de que un presentimiento me advirtiera de que esto podía llegar a suceder—, ustedes tienen un vehículo y un escuadrón de soldados. ¿Quieren tratar de llevar a casa a estas personas? —Por un momento estuve dándole vueltas a la idea de que los xenos fueran personas. Supongo que la formación diplomática de Donali le hacía ver las cosas de una manera algo diferente que al resto de nosotros[21], pero no pude encontrar una excusa para negarme, por mucho que lo intenté—. No sólo por el bien del planeta. Por el mismísimo Emperador.

Bueno, yo había usado esa expresión suficientes veces en mis tiempos como para apreciar la ironía, pero era una apelación a la que no podía dar la espalda sin sacrificar

mi duramente ganada reputación, y aunque yo soy el primero en admitir que es del todo inmerecida, me ha resultado útil demasiadas veces como para permitirme echarla por la borda.

Además, por poco saludable que pudiera resultar pasar de contrabando un camión lleno de xenos a través de una ciudad en llamas, quedarse allí para ser cogido en el fuego cruzado de los alborotadores y de la FDP se presentaba como una perspectiva mucho peor. De modo que me revestí de mi sonrisa más heroica y asentí con la cabeza.

—Por supuesto —dije—. Pueden contar con nosotros.



Nota editorial:

Una vez más, como era de esperar; la versión de Cain sobre los acontecimientos de esta noche crucial es completamente egocéntrica y carece de toda perspectiva. Por lo tanto, me he tomado la libertad de insertar otro extracto de la historia de Logar del incidente de Gravalax, que, al igual que el anteriormente citado, ofrece un resumen más o menos preciso de la situación en su conjunto, a pesar de sus carencias manifiestas como historiador en casi todos los demás aspectos. Esperamos que pueda resultar útil para colocar la narrativa de Cain en algún otro tipo de contexto.

De *¡Purga de los culpables! Una narración imparcial de la liberación de Gravalax,*
por STENTENTIOUS LOGAR. 085.M42

Con la ventaja de la perspectiva que da el tiempo, podemos ver cómo los conspiradores han preparado cuidadosamente el terreno para su golpe de estado, difundiendo rumores del asesinato con tanta anticipación respecto de su ejecución que pocos, si es que hubo alguno, pensaron en exigir pruebas de estas afirmaciones cuando el hecho finalmente se produjo. La tensión entre los súbditos leales de Su Divina Majestad y los impostores renegados de los intrusos alienígenas se había extendido entonces hasta tal punto que bastó una insignificante chispa para que se desatara un infierno de anarquía que sumió a la ciudad entera en el desorden.

El mayor derramamiento de sangre de la noche habría de producirse en torno a la residencia del gobernador, mientras la heroica guardia de palacio contenía a una multitud incontrolada de renegados con ayuda del cuadro más leal de voluntarios de la FDP. A pesar de las apabullantes bajas que sufrieron, que se vieron exacerbadas por la traicionera deserción de las pérfidas unidades de la FDP que volvieron sus armas contra los que habían sido sus camaradas, esas valientes almas pudieron resistir hasta que el nuevo día trajo un alivio con la llegada de una unidad leal de blindados.

Por una cruel ironía del destino, más tarde se propagó la noticia de que uno de los invitados a la recepción que el gobernador había dado esa noche había sido nada menos que el comisario Cain, el paladín de las virtudes marciales, contra el cual ningún enemigo podría haber prevalecido, pero éste se había marchado poco antes de que se iniciara la lucha. Eso fue una auténtica tragedia, ya que su inspirador liderazgo sin duda hubiera cambiado el rumbo de las cosas, poniendo coto a la acción de los

perversos. Pero he aquí que no fue así, y esos gallardos guerreros quedaron librados a sus propios medios, que no eran pocos.

En otros puntos, la situación resultó igualmente grave. Motines generalizados ahogaron el centro de la ciudad, superando a las unidades de Arbites allí apostadas, hasta que no les quedó más remedio que pedir apoyo a unidades de la FDP. Algunas respondieron con lealtad, mientras que otras, tan pérfidas como los demás traidores del Distrito Antiguo, revelaron su auténtica inclinación, volviéndose en contra de todo lo que habían jurado respetar, tan profundamente los había corrompido la insidiosa influencia de los alienígenas. Nada tiene de extraordinario, pues, que ciudadanos corrientes tomaran las calles a miles, indignados ante la magnitud de esta traición y armados sólo con su fe en el Emperador y las improvisadas armas que pudieron procurarse, tomándose una sangrienta venganza sobre los traidores que había entre ellos.

Lo peor de la lucha tuvo lugar en el Distrito Antiguo, como ya hemos señalado, y, previsiblemente, en Los Altos, el nido más ponzoñoso de sentimiento proalienígena de la ciudad, pero, a decir verdad, ninguna calle se salvó.

Mientras se mantuvo el desorden, todos se hacían una pregunta: ¿dónde estaba la Guardia? ¿Por qué el mejor cuerpo del Emperador se mantuvo imperturbable en sus barracones y áreas de acuartelamiento mientras sus leales súbditos derramaban su sangre y daban la vida en su nombre?

Estaba, y sigue estando claro que algún grupo oculto dirigía los acontecimientos, estorbando la acción decisiva que la situación manifiestamente exigía, para favorecer su propia agenda egoísta. En los años transcurridos desde entonces se han propugnado muchas teorías en cuanto a las verdaderas identidades de los responsables, la enorme mayoría de ellas ridículamente paranoides, pero examinando con minuciosidad la evidencia, sólo se puede llegar a una conclusión: la mano invisible que estaba por detrás de tanta mutilación criminal y traición era la de los comerciantes independientes.

[En este punto, la narrativa toma un rumbo divergente, aunque bastante divertido, respecto de todo lo que tenga visos de erudición o de precisión histórica.]



SEIS

Cuando estés en peligro mortal,
Cuando te asalten las dudas,
Corre en pequeños círculos,
Agita las armas y grita.

Parodia de la Letanía de Mando, popular entre los cadetes del Comisariado

Bueno, he visto lo mío en lucha urbana a lo largo de los años, y si tengo que elegir un campo de batalla, una zona urbana sería lo último que escogería. Las calles lo llevan a uno hacia callejones sin salida, en cada ventana y en cada portal puede esconderse un francotirador, y los edificios de alrededor dificultan la percepción táctica: cuando no bloquean la línea visual, distorsionan los sonidos, los ecos se superponen haciendo prácticamente imposible saber de dónde viene el fuego enemigo. En la mayoría de los casos, lo mejor que tiene es que al menos no hay civiles por el medio que puedan quedar atrapados en el fuego cruzado, ya que para cuando llega la Guardia, o bien están muertos o han huido de los ataques aéreos y los bombardeos de la artillería.

Aquella noche Mayoh era diferente. En lugar de los montones de escombros que uno esperaría encontrar en una zona de guerra urbana, al menos por el momento, los edificios estaban intactos. (Aunque el ominoso resplandor anaranjado a lo lejos hacía pensar que eso no iba a durar mucho[22]). Y las calles estaban llenas. No es que fueran un hervidero, pero tampoco estaban desiertas. Mientras el camión iba ganando velocidad, podíamos ver a civiles corriendo a refugiarse, sumándose a los grupos cada vez más numerosos de revoltosos vociferantes que parecían congregarse en cada esquina, o esquivándolos. Algunos llevaban las trenzas xenoístas; otros, símbolos de lealtad al Imperio. Por supuesto, había muchas aquilas, y varios de los más ruidosos y los más militantes lucían fajines escarlatas, iguales al que yo llevaba como muestra de mi autoridad como comisario. Sin embargo, independientemente de su adscripción, la mayoría de los grupos con los que nos encontrábamos se daban a la tarea de

romper escaparates y apoderarse de sus contenidos.

—Eso no es buena publicidad para la causa imperial —me dijo Kasteen al oído con acritud. Iba apretada contra mí en la cabina, junto a la puerta del lado del acompañante, lo más lejos posible de Jurgen. Al llevar la ventanilla totalmente abierta, el viento que producía nuestra marcha le revolvía el cabello. Bueno, ¿por qué no? De todos modos el cristal no iba a parar un disparo de un bólter láser, y no iba a ser yo quien pusiera objeciones estando como estaba más cerca aún de nuestro maloliente conductor.

—Ni para la de ellos —repliqué señalando a una multitud de xenoístas rapados que salían corriendo de la tienda en llamas de un prestamista con los bolsillos repletos de dinero.

—Debe de tener algo que ver con la codicia desatada —bromeó con gesto torvo.

Al aproximarnos, los xenoístas reconocieron nuestro transporte imperial y empezaron a lanzar insultos acompañados de unas cuantas botellas y otros proyectiles improvisados.

—Por encima de sus cabezas, Lustig —ordené. El escuadrón de soldados que iba en la trasera del camión disparó, lo bastante bajo para hacer que los revoltosos se encogieran esquivando los disparos y se dispersaran cuando Jurgen apretó el acelerador.

—Muy contenido —comentó Kasteen. Me encogí de hombros. Francamente, me habría importado poco que los soldados los hubieran matado a todos, pero estaba tratando de causar buena impresión a nuestros pequeños huéspedes azulados, y, además, tenía una reputación que mantener.

Habíamos dejado atrás el palacio del gobernador en cuanto pudimos acomodar a los tau a bordo del camión, echando abajo la puerta trasera a la luz parpadeante del edificio en llamas. El escuadrón de Lustig se volvió a dividir en equipos, cinco de cada lado, dejando a los diplomáticos alienígenas en el centro. No era precisamente alta seguridad, pero era lo mejor que podíamos hacer en las presentes circunstancias, y yo confiaba en que fuera suficiente.

—Buena suerte, comisario. —El tono sobrio de Donali mientras me alargaba la mano revelaba a las claras su convicción de que íbamos a necesitarla. Se la estreché con fuerza, agradecido de que la potenciación impidiera que el estremecimiento que me sacudía por dentro se transmitiese a mis dedos, y asentí con gesto grave.

—Que el Emperador nos proteja —dije con tono de piadosa hipocresía mientras me montaba en la cabina. Al menos con una envoltura de metal y de cristal a mi alrededor iba a disfrutar de algo de protección. Además, estaban Jurgen y Kasteen, que pararían el fuego que pudiera venir de uno y otro lado. Estaría más seguro allí que en cualquier otro lugar. El Emperador, como ya he señalado en más de una ocasión, suele dar su protección con más facilidad a los que toman personalmente todas las

precauciones posibles.

Donali se quedó allí, mirando mientras partíamos, recortado contra la luz titilante de las llamas, y se volvió hacia el edificio incendiado antes de que lo perdiéramos de vista. Me sorprendió vagamente el deseo de que sobreviviera a esa noche. Normalmente no me ocupo mucho de los diplomáticos, pero éste me parecía un tipo decente y estaba dispuesto a tomarse muchas molestias para impedir que me mataran.

Al menos teóricamente. Impedir una guerra no iba a favorecerme demasiado si algún revoltoso xenoísta me rompía la cabeza con un adoquín esa misma noche, de modo que iba alerta a cualquier amenaza potencial mientras nos abríamos camino por la agitada ciudad.

—Izquierda, por aquí. —Kasteen iba guiando a Jurgen con ayuda de la red táctica en un intento de evitar lo más encarnizado de los enfrentamientos. Nos encontramos con un par de revueltas callejeras, pero daba la impresión de que lo peor de los disturbios estaba teniendo lugar en otra parte.

—Todo va bien por ahora —dije, tentando una vez más al destino, y, como suele suceder, el destino es el que manda. Al girar para salir del callejón a una de esas anchas avenidas que tanto me habían inquietado cuando llegamos a la ciudad desde el aeropuerto estelar, pude ver por el parabrisas unas figuras por delante de nosotros. Habían colocado bidones metálicos sobre la calzada formando una improvisada barricada, y habían encendido fogatas dentro de un par de ellos.

—Está bloqueado —informó Jurgen innecesariamente. Se quedó mirándome, a la espera de mis órdenes.

—Reduzca la marcha —le dije mientras consideraba la situación—. No tiene sentido llegar allí antes de lo necesario. —Unas figuras que se movían lentamente hacia nosotros, apuntándonos con rifles láser, se recortaban contra la luz del fuego. Entrecerré los ojos, tratando de identificarlas. Llevaban trajes de faena de un color que no pude distinguir a causa del resplandor amarillento, pero parecía gris o azul, y armadura ligera de un tono todavía más oscuro[23].

—FDP —confirmó Kasteen tras escuchar un momento la red táctica—. Leales que apoyan al Arbites.

—Gracias al Emperador —dije, y transmití un mensaje a Lustig—. Son amigos, al menos en apariencia.

—Entendido. —La voz del sargento sonaba tranquila. Había recibido mi mensaje y yo estaba seguro de que los soldados estarían listos para actuar en caso de que estuviera equivocado. Pueden llamarme paranoide si quieren, estoy dispuesto a admitirlo, pero no llegué a un retiro honorable por tener una naturaleza confiada.

Una figura se puso entonces delante del camión con una mano alzada, y Jurgen se detuvo a un lado. Enderecé mi gorra y traté de dar la imagen que correspondía a mi cargo.

—Identificación. —Observé que era joven, con la cara marcada por el acné, y llevaba un casco que le quedaba grande. En el centro del mismo habían pintado una insignia de teniente bien visible, característico del desaliño de la FDP. Lo último que se necesita en estos casos es una señal obvia que parezca decir: «Disparadme, soy un oficial». Claro que en la FDP nadie espera realmente entrar en combate a menos que alcance el grado la siguiente vez que la Guardia haga un reclutamiento, y eso no había sucedido en Gravalax desde hacía generaciones.

—Coronel Kasteen, 597.º de Valhallanos. Y el comisario Cain. —Kasteen se asomó por la ventanilla para hablarle—. Ordene a sus hombres que se aparten.

—No puedo hacer eso. —Su cara reflejaba determinación—. Lo siento.

—¿De verdad? —Kasteen lo miró como si acabara de encontrárselo en la suela de la bota—. Tenía la impresión de que un coronel está por encima de un teniente. ¿No es así, comisario?

—Según mi experiencia —coincidí. Me incliné por encima de ella para dirigirme personalmente a aquel mequetrefe—. ¿O es que las cosas son diferentes en Gravalax? —Palideció a ojos vistas cuando lo miré con mi mirada de furia número dos.

—No, comisario, pero tengo órdenes de no dejar pasar a nadie en las presentes circunstancias.

—Supongo que se dará cuenta de que mi autoridad está por encima de cualquier orden que haya recibido —dije confiado. Empezó a temblarle la barbilla.

—Pero los rebeldes controlan el siguiente sector —replicó—. Los tau están abandonando su enclave…

—¡Miente! —El'hassai abandonó de un salto su escondite poniéndose al descubierto ante el joven teniente y sus soldados de la FDP. Yo realmente empezaba a sospechar que el exaltado tau tenía ganas de morir, y la verdad, me habría encantado satisfacerlo de haber seguido así mucho tiempo más—. ¡Permanecen dentro de los límites pactados!

—¡Azulados! —El teniente movió su rifle láser apuntándonos con él. Detrás de la barricada, sus hombres hicieron otro tanto. Me sentí muy aliviado al ver que Lustig y sus soldados mantenían la calma y no los encañonaban con sus armas, de lo contrario hubiera habido un derramamiento de sangre instantáneo—. ¿Qué está pasando aquí?

—Usted no tiene acreditación de seguridad para saberlo —le respondí con calma, ocultando mi nerviosismo con la experiencia de años—. Le estoy ordenando en nombre del Comisariado que nos franquee el paso.

—¡Traidores! —gritó uno de los trolls de la FDP—. ¡Son xenófilos! ¡Probablemente hayan robado el camión!

—Compruébelo con sus superiores —dije sin perder la calma mientras sacaba la pistola de su cartuchera por debajo del nivel de la ventanilla—. El oficial de enlace de la Guardia confirmará nuestra identidad.

—Sí —asintió el joven teniente tratando de aparentar resolución mientras paseaba el cañón de su rifle láser de Kasteen a mí, sin saber muy bien a cuál de los dos amenazar—. Es lo que haremos en cuanto entreguen a los azulados.

—¡Ahorquémoslos! —gritó alguien, probablemente el mismo idiota que lo había hecho antes. Los tau empezaron a inquietarse.

—Los xenos están bajo la protección de la Guardia Imperial —dije rotundamente, animado por su evidente indecisión—. Y eso significa mi protección. Háganse a un lado en nombre del Emperador o deberán atenerse a las consecuencias.

Supongo que lo que sucedió a continuación fue culpa mía. Me había acostumbrado tanto a andar entre guardias que aceptaban mi autoridad sin rechistar que jamás se me ocurrió que el joven teniente no fuera a deponer su actitud. Pero no conté con la relativa falta de disciplina de la FDP ni con el hecho de que para ellos un comisario no era ni más ni menos que otro oficial con un sombrero de fantasía. El temor y el respeto que normalmente despierta el uniforme no tenía nada que ver con ellos.

—¡Sargento! —El teniente se volvió hacia uno de los soldados que se veían junto a los bidones—. ¡Arreste a estos traidores!

—Lustig —dije a mi vez—. Fuego. —Mientras decía esto lo encañoné con mi pistola láser. Los ojos del teniente se abrieron una fracción de segundo mientras empezaba a retroceder. El brillo del triunfo vengativo dejó lugar a un pánico momentáneo antes de que la mitad de su cara volara por los aires cuando apreté el gatillo.

He matado a muchísimos hombres a lo largo de los años, tantos que he perdido la cuenta hace más o menos un siglo, y eso dejando a un lado los innumerables xenos a los que he despachado. Y ni una sola noche he perdido el sueño por ello. Por lo general son ellos los que lo pierden por mí, y no creo que se hubieran sentido indebidamente perturbados de haber sucedido las cosas a la inversa. Pero lo del teniente fue distinto. No se trataba de un enemigo ni de un culpable de un delito capital, sólo de un muchacho estúpido y excesivamente ansioso. Tal vez sea ésa la razón por la que sigo viendo su cara con toda nitidez.

Los soldados que ocupaban la trasera del camión alzaron sus rifles láser y descargaron una rápida ráfaga mientras los de la FDP estaban todavía conmocionados. Sólo unos cuantos tuvieron tiempo para reaccionar, y se tiraron al suelo buscando protección mientras los proyectiles estallaban a su alrededor y Jurgen pisaba a fondo el acelerador.

—¡A la disformidad con esto! —Kasteen se agachó cuando un proyectil láser de los defensores atravesó la puerta de la cabina de su lado, y sacó su pistola bólter.

—Acabad con todos —ordené. Si había supervivientes, en cuestión de segundos estarían tratando de comunicarse por la red de voz, revelando nuestra posición a todo

el que pudiera estar escuchando y convirtiéndonos en un objetivo al que perseguir para uno y otro bando. Yo estaba en mi derecho, como comprenderán, ya que habían desoído una orden directa, lo cual era motivo más que suficiente para que cualquier comisario hubiera hecho lo mismo, pero no podía dejar de pensar en los trabajos que me había tomado para no tener que ejecutar a los cinco soldados a bordo del Cólera Justa que lo merecían mucho más que estos tontos.

Pero eso no importaba. Jurgen pisó el acelerador y atravesamos la barricada. Un soldado de la FDP rezagado cayó bajo las ruedas con un grito y un desagradable crujido, algo parecido al que se oye al pasar por encima de una endeble caja de madera. La primera línea de bidones saltó por los aires y, como si fueran bolos, salieron despedidos rodando calle adelante, chocando contra las paredes de los edificios y causando gran deterioro en los vehículos estacionados por las inmediaciones. Cuando dejaron de moverse, la mayor parte de los que se nos habían enfrentado ya estaban muertos. Fuera lo que fuese lo que habían aprendido en la instrucción básica, era totalmente insuficiente frente a soldados veteranos que habían sobrevivido al combate con la flota de una colmena. Unos cuantos trataron de defender su posición, lanzando disparos apresurados y mal dirigidos antes de que la excelente puntería de los valhallanos abriera unos cráteres sangrientos y autocauterizantes en sus cabezas y en la armadura con que protegían sus cuerpos. Una maldición amortiguada por el enlace de voz me dijo que una de los soldados había resultado herida por el fuego cruzado, pero si estaba en condiciones de maldecir de esa manera, no podía ser demasiado grave.

—Sujétese, comisario. —Jurgen aceleró a fondo y un golpe sacudió el camión al derribar éste uno de los bidones en llamas de la segunda fila. El promethium encendido que contenía se derramó por todo lo ancho de la calle por detrás de nosotros, consumiendo los cadáveres de los muertos.

—Fugitivo. —Kasteen siguió a su objetivo con la pistola bólter y disparó. Un leve rastro de humo conectó el cañón del arma con la espalda de un hombre de la FDP que huía, atravesó la armadura y estalló con una efusión de sangre y visceras.

—Buen disparo, coronel. —Di un golpecito al microtransmisor que llevaba en el oído—. ¿Lustig?

—Ése era el último, señor —dijo sin más. Sabía cómo se sentía. Aniquilar a un aliado prácticamente indefenso no era precisamente lo que hubiéramos querido para nuestro nuevo regimiento, pero había sido necesario; al menos yo no paraba de repetírmelo.

—¿Alguna baja?

—La soldado Penlan recibió un rebote. Quemaduras de poca importancia.

—Me alegra saberlo —dije. Vacilé. Tenía que decir algo para mantener la moral, pero por una vez en mi vida, la elocuencia me fallaba—. Dígales… Dígales que

aprecio lo que han hecho.

—Sí, señor. —Había una inesperada nota de simpatía en la voz del sargento, y me di cuenta de que, al fin y al cabo, había dicho lo correcto. Sabían tan bien como yo lo que nos jugábamos.

Después de eso hubo un largo silencio. La verdad es que no había nada que decir.

* * *

Yo esperaba que con ese desalentador incidente se hubiera finalizado el derramamiento de sangre hasta ver acabada nuestra misión, pero, por supuesto, no contaba con la insensata mentalidad de la multitud. La división entre las facciones leales y xenoístas era algo que se había ido gestando a lo largo de generaciones, y la animosidad tenía raíces profundas. A medida que nos fuimos acercando al enclave tau empezamos a ver signos de encarnizado combate entre facciones que hubieran parecido menos fuera de lugar en la subcolmena que en la próspera ciudad mercantil que estábamos atravesando. Había cadáveres en las calles o, en algunos casos aislados, colgados de los postes de la iluminación. Pertenecían tanto a un bando como al otro, pero la mayor parte no estaban como para determinar su pertenencia ni casi para nada más. Kasteen negó con la cabeza.

—¿Ha visto alguna vez algo como esto? —preguntó, más como fruto de la conmoción que esperando realmente una respuesta. Quedó muy sorprendida cuando asentí.

—No muchas veces, y sólo tras una incursión del Caos o un ataque de los orcos. Jamás como consecuencia del ataque de ciudadanos corrientes sobre sus vecinos. —Me estremecí, reflexionando sobre lo cerca de la superficie del mundo que acecha semejante salvajismo y la facilidad con que los denodados esfuerzos que hacíamos por evitarlo podían venirse abajo de no ser por la incansable vigilancia del Emperador.

—Disturbios al frente, comisario —dijo Jurgen levantando el pie del acelerador. Miré con atención. Una vociferante turba llenaba la calle, arremolinándose junto a un alto muro que tenía una enorme puerta de bronce en el centro que bloqueaba la avenida. Aunque no hubiera visto la característica arquitectura de curvas habría jurado que habíamos llegado a nuestro destino.

—El perímetro del enclave comercial tau —confirmó El'sorath cuando sintonicé mi intercomunicador con el suyo—. Pero entrar en él podría resultar problemático.

—Problemático y una disformidad —le solté con una falta absoluta de diplomacia. No había llegado hasta aquí y derramado toda esa sangre para desanimarme cuando estábamos tan cerca de nuestro destino—. Voy a dejarlos ahí dentro aunque tenga que lanzarlos por encima del muro.

—No creo que tenga la musculatura necesaria —respondió el tau secamente. No me había equivocado; tenía sentido del humor—. Sería preferible buscar otra alternativa.

—Tengo un plan —afirmó Jurgen. Lo miré con sorpresa. El pensamiento abstracto no fue nunca su fuerte.

—Supongo que será especialmente tortuoso.

Asintió, inmune al sarcasmo.

—Podríamos atravesar la verja —sugirió. Kasteen emitió un ruido peculiar, una mezcla de ronquido y carcajada.

—Podríamos —concedí—. Si no fuera porque hay un millar de alborotadores entre nosotros y la verja.

—Pero son todos xenoístas —apuntó Jurgen—. De modo que nos dejarán pasar, ¿no es cierto?

Bueno, tal vez lo habrían hecho, pensé, si no lleváramos uniformes de la Guardia Imperial y condujéramos un camión de ese cuerpo. Pero de todos modos…

—Jurgen, es usted un genio —dije con un poco menos de sarcasmo que antes—. ¿Por qué empezar a dar vueltas cuando la aproximación directa podría funcionar? —Me volví a comunicar con Lustig y también con El'sorath—. ¿Podríamos poner a los tau en algún lugar visible?

Un momento después, los xenos estaban de pie, flanqueados por los soldados, y El'sorath emitía un mensaje sibilante por su microtransmisor. Jurgen puso el camión a paso de hombre y tocó el claxon para llamar la atención de la multitud.

Unos cuantos volvieron la cabeza hacia nosotros, a éstos se sumaron otros, mientras una oleada de hostilidad se iba haciendo manifiesta. Un par de adoquines rebotaron en el parabrisas, dejando pequeñas señales con forma de estrella en el cristal blindado. Kasteen subió la ventanilla de su lado, evidentemente convencida de que era preferible soportar el olor corporal de Jurgen que recibir una pedrada, al menos por un rato.

—Cuando estén listos —dije, dando gracias por no estar en la trasera abierta del camión. Empezaba a pensar que, después de todo, tal vez no fuera una idea tan brillante.

—Por favor, desistid, por el bien mayor. —El'sorath debía de tener un amplificador incorporado en su transmisor, porque su voz se propagó llegando a la multitud. Vi sorprendido que le hacían caso. La multitud dejó de gritar y empezó a abrirse a nuestro paso. Lo comparé con la respuesta de la multitud en Kasamar[24], que había cargado contra nuestras líneas con furia desatada en cuanto el comandante del Arbites intentó dirigirse a ella, y me pregunté qué grado de influencia eran capaces de ejercer los tau entre sí y sobre sus partidarios[25].

Jurgen siguió adelante hasta detener el camión ante la enorme verja de diez

metros de altura y tan ancha como la avenida que bloqueaba justo en el momento en que las puertas empezaban a abrirse. Extrañamente, lo hacían de una forma absolutamente silenciosa, o al menos tan silenciosa que no se oía nada con el murmullo de la multitud y el zumbido de nuestro motor, ni siquiera cuando Kasteen y yo bajamos del vehículo para asegurarnos de que nuestros huéspedes llegaran a casa sanos y salvos. Observé que la coronel respiraba hondo cuando sus botas tocaron el suelo de rococemento.

—¿Qué es eso? —La voz de Lustig crepitó en mi oído. Algo pequeño y rápido descendió desde lo alto del muro dirigiéndose hacia nosotros. Después lo hicieron varios más. Se movían como aves.

—No disparen —dije rápidamente, luchando contra el deseo de sacar mi propia arma—. Siguen en su lado de la línea.

Bueno, al menos técnicamente. Todavía estaban por encima de la curva de la pared, aunque habían superado la cresta de la misma. Traté de enfocar la atención en la forma más próxima, pero era pequeña y se movía rápidamente, y todas daban la vaga impresión de algo parecido a un gran disco con un rifle colgado por debajo.

—Una cortesía —me tranquilizó El'sorath mientras bajaba de un salto del camión con asombrosa facilidad—, para garantizar que no tengan problemas al marcharse.

Bueno, aquello tenía más de una interpretación posible, por supuesto, pero preferí tomarlo como una garantía de que la multitud seguiría controlándose.

—Se agradece —respondí, mientras el resto de xenos bajaban y se dirigían hacia el enclave. Guerreros armados y vestidos con armadura les salieron al encuentro con los rostros ocultos tras las viseras de los cascos. Capté otro movimiento detrás de la verja y volví la cabeza para ver mejor.

—¡Diablos! —exclamó Kasteen con un respingo. Eran grandes, sin duda, pero se movían con una gracilidad que nada tenía que ver con las enormes máquinas de guerra que había visto antes. Tenían líneas angulosas y estaban rematados con cabezas que recordaban a los yelmos de sus soldados, aunque todo parecido se esfumaba al considerar su tamaño, que duplicaba cuando menos la altura de un tau normal.

—Son simples blindajes de batalla —explicó El'sorath con cierto deje de diversión —. Nada especial.

Kasteen y yo nos miramos. No podíamos ver con claridad a esa distancia, pero sin duda iban fuertemente armados, y la idea de enfrentarnos a un enemigo al que esas cosas le parecían nimiedades no resultaba muy reconfortante. Empezaba a sospechar que eso era precisamente lo que querían conseguir.

—Seguro que no —admití, transmitiendo una confianza que estaba muy lejos de sentir y disfrutando de la duda momentánea que se reflejó en los ojos del xenos.

—Vaya con su Emperador, comisario Cain. Cuenta con nuestra gratitud —dijo

por fin, y siguió a sus amigos hacia el interior. Las puertas empezaron a cerrarse.

—Hora de irnos —ordené, volviendo a subir a la cabina. Kasteen prefirió ir en la trasera esta vez. No podía culparla, después de haber disfrutado de Jurgen en todo su esplendor, de modo que sugerí que la soldado herida, Penlan, volviera en la cabina con nosotros.

—Mejor a salvo que arrepentida —dije—, al menos hasta que lleguemos a donde están los sanitarios. —De esa manera, y a pesar de su comprensible renuencia, pude conseguir otro escudo humano y aumentar mi fama de preocupación por los soldados que tenía a mi mando.

Ya habíamos conseguido hacer nuestra aportación para evitar que estallase una guerra con todas las consecuencias, lo cual no era magra hazaña, de modo que podría haberme permitido sentirme un poco pagado de mí mismo en el camino de vuelta a nuestro acuartelamiento. Entonces ¿por qué me empeñaba en recordar a los soldados de la FDP a los que nos habíamos visto obligados a matar y en preguntarme qué planes habría contribuido a desbaratar su sacrificio?



SIETE

La gratitud de los poderosos es una pesada carga.

GILBRAN QUAIL,
Ensayos reunidos

El amanecer se abrió por fin sobre la ciudad herida. Columnas de humo quebraban el azul de porcelana del cielo sobre el recinto mientras el sol iba ascendiendo y dejaba de verse el resplandor de los incendios dispersos. Yo estuve de un humor muy sombrío toda la mañana. Después de que, con gran alivio, consiguiéramos regresar sin tener que disparar a nadie más, salvo a un par de saqueadores tan atiborrados de algún fármaco local que ni siquiera se dieron cuenta de que el camión que trataban de secuestrar estaba lleno de soldados armados hasta que estuvieron muertos, lo único que ansiaba eran unas cuantas horas de sueño. Había estado tan lleno de adrenalina desde que se disparó el arma del asesino que, cuando por fin tuve ocasión de relajarme, me derrumbé como una marioneta a la que le cortan las cuerdas, y ni siquiera la aparición de Jurgen con una tetera llena de infusión de tanna había bastado para reanimarme. De todos modos, presenté mi informe al cuartel general de la brigada lo más rápido que pude, convencido de que cuanto antes aquel triste asunto se convirtiera en un problema para otro, tanto mejor; y después de una hora aproximada de papeleo, me arrastré hasta mi litera con órdenes estrictas de que no se me molestara a menos que me llamara a su presencia el propio Emperador.

Lo cierto es que apenas había conseguido dormir una hora antes de que se produjera el siguiente acontecimiento.

—¡Largaos! —grité cuando los golpes sobre mi puerta se hicieron tan insistentes como para despertarme y duraron lo suficiente como para convencerme de que no iban a cesar a menos que diera alguna respuesta.

—Siento molestarlo, comisario —Broklaw asomó la cabeza por la puerta con aspecto de lamentarlo muy poco realmente—, pero me temo que no puedo. Hay gente que quiere verlo.

Por cansado que estuviera, sabía que no tenía sentido discutir. El simple hecho de que el que me despertara fuera un oficial de su rango y no Jurgen o algún soldado de menor categoría, era bastante elocuente. Bostecé, tratando de poner en marcha mi perezoso cerebro, y no de muy buena gana bajé los pies de la cama.

—Voy en seguida —dije.

Eso resultó una previsión muy optimista. Para cuando conseguí vestirme, echarme un poco de agua a la cara (y por una vez la costumbre valhallana de lavarse con agua helada no me hizo lanzar una sarta de blasfemias, lo cual da una idea de lo atontado que estaba) y conseguí que Jurgen me hiciera un recafeinado doble, habían pasado casi veinte minutos. Seguí sin embargo las indicaciones que me habían dado, orientándome cuidadosamente por el recinto (todavía andaban por allí los Rough Riders), y entré en un edificio que vagamente recordaba que llevaba la señal de los especialistas en comunicaciones de toda la brigada. Eso significaba Inteligencia, por supuesto, y supuse que algún fantasma de alto nivel querría que lo informara personalmente de los acontecimientos de la noche pasada.

De no haberme encontrado tan cansado, probablemente me habría extrañado la cantidad de oficiales de alto rango cuyo paso repetía el eco de los corredores de mármol y la creciente opulencia del mobiliario en la sucesión de antesalas por las que me fueron guiando soldados con uniforme de gala y provistos de rifles láser dorados. Pero todo lo vi a través de una niebla de irritación y ni siquiera se me ocurrió preguntar dónde estaba y quién me había mandado buscar tan perentoriamente.

—Haga el favor de pasar, comisario. —La voz me resultaba familiar, pero, aturdido como estaba todavía por la falta de sueño, me llevó un momento reconocer a Donali. El diplomático me sonreía con auténtica afabilidad, y me indicó una mesa auxiliar en la que había una tetera de infusión de tanna que humeaba incitante junto a varias bandejas enormes de comida.

Le devolví la sonrisa, igualmente encantado de verlo, aunque sus aventuras de la noche pasada evidentemente habían sido por lo menos tan traumáticas como las mías. Su lujoso atuendo estaba ahora arrugado y manchado, olía a humo y a sangre y tenía un parche sobre la frente.

—Es un inesperado placer —le dije, y me serví una abundante porción de salma kedgeree en un plato y una buena cantidad de tanna en la taza más grande que pude encontrar—. Debo admitir que estaba bastante preocupado por su seguridad.

—No fue usted el único. —Donali señaló el vendaje con gesto pesaroso—. Las cosas se pusieron un poco difíciles después de que usted se marchara.

Ocupé un asiento junto a la mesa de reuniones que había en el centro de la habitación. Ya había sentados allí varios oficiales a los que no reconocí, junto con otros hombres y mujeres vestidos de civil. Supuse que éstos serían colegas de Donali por el corte de sus ropas y por su aire de burócratas remilgados. La única que se

destacaba era una mujer algo más joven que los demás y que llevaba un elegante vestido verde un par de tallas más pequeño de lo que necesitaba, lo que dejaba al descubierto demasiado escote para una hora tan temprana del día. Además, daba la impresión de estar curiosamente distraída, pues se agitaba y hablaba sola momentos antes de erguirse en su asiento y mirar a todos los demás como si de algún modo la hubiéramos insultado. Podría haberla tomado por una astrópata de no haber sido porque todavía conservaba unos ojos que parecían deambular de un lado a otro desenfocados. Entonces tal vez fuera una psíquica —resolví no bajar mis defensas mentales—, pero como ya he dicho antes, nunca ha representado para mí un problema disimular ante ellos, a pesar de su maldición.

—Siento haberme perdido toda la diversión —dije, respondiendo a las expectativas de todos respecto a mí, y empecé a atacar la comida. Todavía no tenía la menor idea de por qué estaba allí, pero había participado en suficientes campañas como para no sacar el mayor provecho de las raciones cuando las había. Mientras trabajaba con el tenedor aproveché para estudiar las insignias de los oficiales en la esperanza de encontrar alguna clave para averiguar sus identidades y el motivo por el cual estaban allí. En realidad, llegué a la conclusión de que formaban un grupo muy variopinto.

Me encontré con un par de mayores, un coronel y, cuando llegué al hombre sentado a la cabecera de la mesa, a punto estuve de dejar caer mis cubiertos. Sólo podía ser el mismísimo general supremo Zyvan, el comandante en jefe de nuestra pequeña expedición. Jamás había visto una foto suya, pero su rango y sus medallas hablaban por sí solas. Además, había oído suficientes descripciones de sus acerados ojos azules (en realidad un poco acuosos) y de su barba prolijamente recortada (que ocultaba el arranque de la papada) como para dudar de su identidad. Estaba vuelto hacia otro lado, hablando del contenido de una placa de datos con un asistente, y Donali pudo continuar con nuestra conversación cuando se dejó caer en el asiento que había a mi lado.

—No lo sienta —replicó—, la noche pasada usted prestó un servicio mucho mayor que si se hubiera quedado allí.

—Me alegra oírlo —afirmé—. Pero da la impresión de que usted se las arregló muy bien. Los soldados de la guardia de palacio deben de ser mejores de lo que parecen.

—No lo crea. —Negó con la cabeza con disgusto—. La mitad de aquellas antiguallas de armas que tenían no funcionaban, y las que disparaban no podrían ni acertar a una nave estelar. Mantuvimos la posición a duras penas hasta que llegó el pelotón de la FDP. De no haber sido por Orelius y sus guardaespaldas, que tumbaron a los cabecillas, la turba nos hubiera pasado por encima.

—Orelius, vaya. —Tomé agradecido un sorbo de infusión y noté que casi nadie se

la bebía. Debo reconocer que es un sabor al que hay que acostumbrarse. Soy uno de los pocos valhallanos que conozco al que le gusta, pero la implicación era halagadora. Era evidente que lo habían preparado por mí. Fuera cual fuere el motivo por el que me habían llamado, querían tenerme contento, lo cual no me disgustaba—. Evidentemente, usted tenía razón sobre él.

—¿Usted cree? —Donali me miró con curiosidad y tuve la sensación de que estaba jugando a algún sutil juego diplomático. Supuse que se trataba de calibrar cuánto había conjeturado de lo que estaba sucediendo entre bambalinas. Asentí, terminando el plato, y me pregunté si podría permitirme ir a por otra ración.

—Usted dijo que ocultaba algo —le recordé.

—Así es. —Puede que estuviera a punto de decir algo más, pero Zyvan volvió a la mesa de conferencias y carraspeó.

«Demonios —pensé—, esto acaba con mi posibilidad de volver a servirme kedgeree». Menos mal que quedaba mucho té en la taza, de modo que bebí otro sorbo mientras miraba a los presentes a través de una niebla de vapor de delicioso aroma.

—Comisario —Zyvan se dirigió a mí de forma directa—, gracias por reunirse con nosotros tan pronto.

—General supremo —acompañé mis palabras con una formal inclinación de cabeza—. De haber sabido que su chef tenía tanto talento, habría venido aún más rápido —añadí, disfrutando del repentino respingo de la mitad de los presentes.

Un comisario, por supuesto, está fuera de la cadena normal de mando, de modo que técnicamente yo no tenía que demostrarle deferencia a él ni a nadie más, pero la mayoría de nosotros hacemos lo que podemos por no recordarles eso a los demás. Como me gusta recordarles a mis cadetes, trátalos con respeto y te retribuirán del mismo modo. Me importa un bledo, por supuesto, pero mantiene las ruedas engrasadas. Mi categoría de héroe ampliamente reconocido me concede un margen mucho mayor, y yo sabía que Zyvan también era conocido por su brusquedad, de modo que tenía la sensación de que un poco de esa rutina de soldado bravucón le gustaría. Además, tenía razón. Me miró con simpatía y mantuvimos una especie de contrapunto de bar de los bajos fondos después de eso.

—Le transmitiré sus felicitaciones —dijo con una media sonrisa, y los aduladores que había en torno a aquella mesa decidieron que también debían mirarme con simpatía—. ¿Le apetece volver a servirse antes de que sigamos adelante?

—Seguir adelante ¿exactamente con qué? —pregunté mientras me dirigía a llenar otra vez mi plato. Había olvidado coger la taza, de modo que llevé la tetera a la mesa y me volví a servir, manteniéndola a mi lado por si me apetecía repetir. Admito que en parte lo hacía por el placer de escandalizar a algunos de aquellos aduladores—. ¿A alguien más le apetece, aprovechando que estoy de pie?

—No, gracias. —Zyvan esperó a que me hubiera sentado nuevamente antes de

decidir que quería otro recafeinado y enviar a aquel de sus ayudantes que me había dirigido la mirada más desaprobadora a por él. Al hacerlo, nuestras miradas se cruzaron y vi en sus ojos un brillo inconfundible de picardía. Decididamente me gustaba el general supremo.

—He estado leyendo su informe —dijo cuando hubo llegado su recafeinado—, y creo expresar el parecer de todos los presentes cuando digo que quedé impresionado. —Un coro de asentimiento acompañó sus palabras, y no todos lo hicieron a regañadientes. Donali me sonrió con simpatía mientras asentía, y pensé que, al parecer, había encontrado un amigo en el cuerpo diplomático, lo cual podía resultar muy útil en el futuro. La extraña mujer del traje verde me miró a los ojos un momento.

—Elija sus amigos con cuidado —dijo de repente. Su voz sonó áspera, con unas vocales tan planas que a punto estuve de ahogarme con el té.

—¿Perdone? —pregunté, pero su mirada ya estaba otra vez desenfocada.

—Hay demasiados por ahí —afirmó—. No puedo oírlos a todos. —Uno de los burócratas le pasó una adornada caja de plata, un poco más pequeña que la palma de su mano, y ella sacó un par de tabletas que se tragó enteras. Después de un momento dio la impresión de que volvía a enfocarse.

—Tendrá que tener paciencia con Rakel —murmuró Donali—. Es útil, pero puede ser un poco difícil.

—Es evidente —respondí.

—No es precisamente la emisaria que yo habría elegido para enviar a esta pequeña reunión —prosiguió el diplomático—, pero en las presentes circunstancias supongo que era la única de la que podían prescindir.

—¿Quiénes? —pregunté, pero antes de que pudiera responder, Zyvan llamó a los presentes al orden.

—La mayoría de ustedes sabe por qué estamos aquí —tomó un sorbo de su recafeinado—, pero para aquellos que se acaban de incorporar a estas conversaciones —y me dedicó una mueca cómplice—, permítanme recapitular. Nuestras órdenes consistían en recuperar Gravalax para el Imperio, mediante el uso de las armas si era necesario. —Los militares expresaron su aprobación—. Sin embargo, las proporciones de la presencia militar tau en este planeta cambian radicalmente la situación.

—Todavía podemos expulsarlos de aquí, mi general supremo —intervino uno de los oficiales—. Llevaría más tiempo del que habíamos previsto, pero…

—Acabaríamos empantanados en una campaña larguísima, tal vez durante años —lo interrumpió Zyvan, categórico—. Y, para decirlo sin ambages, dudo que el planeta valga la pena.

—Con todo respeto, general supremo, esa decisión no le corresponde a usted —insistió el oficial que acababa de hablar—. Nuestras órdenes son…

—Son órdenes que yo debo interpretar —lo cortó Zyvan. El oficial se calló y el general se volvió hacia Donali—. ¿Todavía cree que es posible una solución diplomática?

—Así es —asintió Donali—. Aunque de persistir el malestar civil puede llegar a hacerse más difícil. Eso por no mencionar lo del asesinato del embajador.

—Pero ¿todavía están los tau dispuestos a negociar? —insistió Zyvan.

—Lo están —confirmó Donali—. Gracias a la competente actuación del comisario Cain la noche pasada todavía hay un resto de buena fe del que podemos servirnos.

Todos excepto Rakel, que parecía más interesada en la base de su taza de recafeinado, me contemplaron con aire de aprobación.

—Lo que me lleva otra vez a la cuestión del asesinato. —Zyvan trató de llamar la atención de la mujer—. Rakel, ¿ha hecho la Inquisición algún progreso en la investigación?

Supongo que debería haberlo esperado, especialmente tras mis sospechas sobre Orelius la noche anterior, pero casi había tenido la tentación de desecharlas como consecuencia de las fantasías de borracho de Divas que se habían instalado en alguna parte de mi cerebro. Me quedé mirando a Donali.

—¿Usted lo sabía? —pregunté en un susurro.

—Lo sospechaba —respondió en voz baja—. Pero no lo supe con certeza hasta que apareció Rakel esta mañana con un mensaje que llevaba el signo inquisitorial.

—¿Qué decía? —susurré, pasando por alto los intentos de responder de la joven psíquica. Donali se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Iba dirigido al general supremo.

—La investigación continúa. Sí —asintió Rakel con vehemencia, haciendo un esfuerzo evidente por concentrarse. Su voz sin relieve, nasal, chirrió contra mis nervios faltos de sueño—. Será informado cuando la conspiración quede al descubierto. —Hizo una pausa ladeando la cabeza, como si estuviera escuchando algo, y se puso de pie repentinamente—. ¿Tiene tarta? —Se dirigió hacia la mesa de la comida para comprobarlo.

—Ya veo. —Zyvan trató de aparentar que le había encontrado a aquello algún sentido.

—Si me permite, general supremo —intervine, tratando de que mi voz reflejara confianza—. Sospecho que pueda haber aquí una facción que tiene interés en provocar un conflicto entre nosotros y los tau.

—Eso me dice el señor Donali. —Con alivio apenas disimulado, Zyvan aprovechó la oportunidad para volver a la cuestión por la que nos habíamos reunido—. Que es el motivo principal por el que lo invité a unirse a nosotros. Su razonamiento me parece sensato.

—No hay tarta. ¡No hay una maldita tarta! —musitó Rakel como fondo mientras

daba vueltas alrededor de la mesa de la comida—. No puedo comer eso, es demasiado verde…

—Gracias —le agradecí el cumplido y traté de hacer como si no oyera a la mujer.

—¿Tiene que ver eso con el posible responsable? —preguntó Zyvan.

Negué con la cabeza.

—Soy un soldado, señor. Los complots y las intrigas no son realmente mi especialidad. —Me encogí de hombros—. Tal vez el inquisidor nos lo pueda decir cuando acabe su investigación.

—Tal vez. —Zyvan pareció un poco decepcionado. Sin duda había esperado que yo lo ayudara a conjeturar igual que la Inquisición. Rakel volvió a su asiento con una rosquilla de cyna en la mano y se pasó el resto de la reunión mordisqueándola. Al menos mientras tenía la boca llena se estaba callada.

—La otra razón por la que quería consultarle, comisario, es que ha conocido al gobernador Grice. ¿Qué idea cree usted que tiene de asuntos militares?

—Más o menos la misma que tiene de todo lo demás, hasta donde yo puedo juzgar. —Volví a encogerme de hombros—. El hombre es un imbécil. —Hubo más murmullos de sorpresa alrededor de la mesa, pero Zyvan y Donali hicieron gestos de aprobación.

—Eso me parecía —dijo el general supremo—. Aunque sin duda se sentirá muy gratificado al saber que quedó muy impresionado con usted.

—¿De veras? —No podía imaginar el porqué, hasta que Donali intervino.

—Después de todo, usted le salvó la vida anoche.

—Supongo que así fue —asentí—, no lo había pensado. —Lo cual era absolutamente cierto. Yo había desarmado al tau para salvar mi propio pellejo, y así había sido, ya que en ese momento no pensaba en nada más. Por fortuna, éste era el tipo de cosas que todos esperaban que dijera, de modo que tuve la inesperada satisfacción de recibir una sonrisa de aprobación de uno de los hombres más poderosos del Segmentum. Por supuesto, con el tiempo eso se volvería en mi contra, lo cual no hace sino demostrar que ninguna buena acción queda impune[26].

—Pues bien, él sí ha estado pensando en usted —declaró Donali—. Quiere concederle alguna medalla[27].

—Tal vez tengan que esperar —dijo Zyvan—, tenemos un problema más urgente de que ocuparnos ahora mismo. —Pulsó un control en el brazo de su butaca y la superficie de la mesa se iluminó desde dentro, transformándose en una pantalla hololítica de un tamaño y una resolución como no había visto muchas. De haberlo sabido, habría sido un poco más cuidadoso con la tetera. Limpié el círculo de líquido con mi pañuelo al ver que la imagen se presentaba en el aire, ante mí, con la inestabilidad de un borracho, y finalmente se estabilizó haciéndose descifrable cuando Zyvan se inclinó hacia adelante y descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa. Debía de

haber trabajado durante bastante tiempo con los tecnosacerdotes, porque después de eso funcionó a la perfección, manteniéndose definida y enfocada más de la mitad del tiempo.

—Ésa es la ciudad —afirmó, confirmando lo obvio. Rakel asintió, dispersando migas por toda la imagen como si fueran meteoros del tamaño de una manzana.

—Todas las personitas parecen hormigas —soltó, apoyando la cabeza sobre la mesa. La escala era demasiado pequeña para mostrar a una persona individualmente, por supuesto, o los vehículos, incluso del tamaño de un Baneblade, pero al fin y al cabo ella era una excéntrica—. Corren, corren. Corren. Miran hacia arriba cuando deberían mirar hacia abajo. Nunca saben lo que puede haber debajo de sus pies, pero deberían, porque pueden tropezar y caer.

Yo no le hacía caso, sólo recogía la información táctica importante con la facilidad instintiva que dan los años de práctica.

—Todavía se está combatiendo. —Pude ver a un puñado de exaltados en la ciudad —. ¿Todavía no han conseguido restablecer el orden los Arbites?

—Hasta cierto punto. —Zyvan se encogió de hombros—. La mayor parte de los alborotadores civiles han muerto o han sido arrestados, y los que no, se aburrieron y se fueron a su casa. Ahora el gran problema son las unidades rebeldes de la FDP.

—¿No pueden ajustarles las cuentas las tropas leales? —pregunté. Desde donde estábamos sentados parecía obvio que los xenoístas estaban en inferioridad numérica. Los leales los superaban por lo menos por tres a uno en la mayoría de los casos. Zyvan pareció disgustado.

—Sería de esperar, pero están atascados. La mitad de ellos se niegan a disparar sobre sus camaradas, y al resto parece como si no les importara todo lo que están haciendo —vaciló—. Es así que el gobernador, en su infinita sabiduría, le ha pedido a la Guardia que intervenga y haga la limpieza por él.

—¡Pero no pueden hacerlo! —Donali estaba espantado—. Si la Guardia se moviliza y entra en la ciudad, los tau harán lo mismo. ¡Será la chispa que encienda esa guerra que estamos tratando de evitar!

—No crea que no lo he pensado —replicó Zyvan con sequedad.

—¡Ese hombre es un cretino! —Donali estaba que echaba chispas—. ¿No es capaz de ver cuáles serán las consecuencias de sus acciones?

—Está aterrorizado —intervine—. Lo único que ve es la perspectiva de que la rebelión se generalice. Si los xenoístas que hay en la población se unen a ellos…

—Estamos perdidos —concluyó Donali.

—No del todo. —Zyvan frunció los labios en un simulacro de sonrisa—. Todavía puedo ganar tiempo. Resumiendo: ¿puede emplearlo en convencer a los tau de que cualquier despliegue de la Guardia en la ciudad no constituye una amenaza para ellos?

—Puedo intentarlo —afirmó Donali sin mucho entusiasmo. Zyvan asintió con la

cabeza, como alentándolo.

—No puedo pedir más. —Se volvió hacia mí—. Comisario, ¿diría que los tau tienen motivos para confiar en usted?

Por supuesto que no los tenían, pero no era eso lo que él quería oír, de modo que asentí juiciosamente.

—Supongo que más que en los demás oficiales imperiales. Al fin y al cabo, anoche les ahorré un buen paseo. —Tal como había esperado, la modesta broma a mis expensas cayó bien, ya que coincidía con la idea que tenían estos idiotas de lo que es un héroe. Zyvan pareció satisfecho.

—Bien —dijo volviéndose hacia Donali—. Puede informar a los tau que el comisario Cain supervisará personalmente la operación. Eso puede contribuir a que olviden sus prevenciones.

—Podría ser. —Donali parecía un poco más contento ante esa perspectiva. Mucho más de lo que lo estaba yo, pueden estar seguros. Al fin y al cabo, había sido yo el que había pasado por todo lo de la noche anterior, y la perspectiva de ser enviado otra vez a la línea de fuego no me entusiasmaba.

Claro que se suponía que yo era un héroe, de modo que me quedé allí sentado, impasible, bebiendo a sorbos el té y preguntándome cómo iba a salir de ésta.



OCHO

¿Los inquisidores? Son unos bastardos rastreros. Son útiles, sí, incluso necesarios, pero yo no le compraría un aeromóvil de segunda mano a ninguno de ellos.

Arbites general BEX VAN STURM

Como es lógico, al final no tuve más remedio que aceptar. El propio general supremo me había elegido para esta misión, de modo que sólo cabía esperar lo mejor y prepararse para lo peor. Por fortuna, las negociaciones de Donali con los tau dejaron algo de margen para respirar, y yo pude plantear un plan de acción que daba la impresión de que lideraba desde el frente mientras que permanecía lo bastante apartado de la línea de fuego como para tener una visión táctica completa. Kasteen y Broklaw habían acogido la misión con entusiasmo en cuanto deposité en ellos mi confianza, seguros de que el interés especial del general supremo por mí era un buen presagio para el futuro del regimiento, de modo que pude dejar que tomaran la delantera sin que pareciera realmente que lo hacían. Entre nosotros, habíamos dado con un plan que realmente tenía visos de funcionar, al menos si se convencía a los azulados (como habían empezado a llamarlos los soldados tomando la palabra de la jerga local) de que nuestra incursión en la ciudad no los afectaba para nada. Ése era, por supuesto, un interrogante al que sólo el Emperador podría responder, y él estaba ocupado en otras cosas, de modo que me limité a apoyar el pulgar en la palma de la mano[28] y a seguir adelante con las cosas que dependían de mí.

Aun así, no podía sacarme de encima la sensación de que estábamos pasando por alto algo importante, que fuera cual fuere la funesta camarilla que trataba de desencadenar una guerra a gran escala en esta indigna bola de barro, no estaría dispuesta a abandonar con tanta facilidad, pero como pensando en esto sólo conseguía preocuparme, traté de olvidarlo. Por mi vida que no entendía lo que pretendían ganar forzando un enfrentamiento, y a menos que uno sepa lo que persiguen los enemigos, no se pueden plantear medidas para contrarrestar sus planes.

No tengo empacho en admitir que me ponía un poco nervioso. Estoy habituado a que mi paranoia innata me haga anticiparme a la mayor parte de las cosas, pero incluso los partidarios del Caos suelen tener una respuesta tipo (aunque sólo sea «matar a todo lo que vive en un planeta») que después de un tiempo se revela como obvia. Además, para eso tenemos a los inquisidores, de modo que le deseaba a Orelius la mejor suerte imperial y dejé de pensar en ello dedicándome, en cambio, a idear una manera de dar a los rebeldes de la FDP la respuesta que se merecían. Supongo que era lo único que podía hacer. Pueden creerme si les digo que, de haber sabido lo que realmente estaba sucediendo, hubiera perdido más horas de sueño.

—No nos lo podrían poner más fácil aun queriendo —dijo Broklaw con cierta satisfacción examinando el hololito. Había convencido al general supremo de que nos permitiera usar el salón de conferencias al que me había llamado antes hablándole de la necesidad de coordinar la información de más de un regimiento, y Broklaw estaba tan contento con la pantalla de la mesa como un chaval con su primer juego de soldaditos de plomo. Yo casi pensaba en llevármela de tapadillo en la nave de transporte cuando nos marcháramos. Señaló la disposición de las unidades xenoístas —. ¿Cómo es esa palabra que usan ustedes los artilleros? ¿Clusterfrag?

—Más o menos —respondió secamente el coronel Mostrue, del 12.º de Artillería de Campo, mirándome, como siempre, con cierta desconfianza en sus gélidos ojos azules. Durante todo el tiempo que estuve asignado a su unidad siempre había tratado de otorgarme el beneficio de la duda, pero de todos los oficiales de batería con los que me he tropezado, era el que más cerca había estado de adivinar la verdad sobre Desolatia, y después de eso nunca había confiado del todo en mí. Bien pensado, era muy sensato por su parte. Sin duda, había respondido con una prisa casi obscena en las pocas ocasiones en las que me había visto obligado a solicitar la presencia de la artillería ligera cerca de mi posición, pero prefería pensar que eso se debía a que hacía su trabajo con la mayor eficiencia. No había cambiado lo más mínimo en los años transcurridos desde la última vez que lo había visto, a diferencia de las marcas visibles que el paso del tiempo había dejado en Divas. El mayor también estaba con él, cojeando todavía un poco después de nuestra reyerta con los partidarios xenoístas de hacía algo así como una semana, y me sonreía con el mismo entusiasmo declarado del que siempre hacía gala.

—Será como pescar en un barril —declaró confiado.

—Lo será para ustedes —replicó Kasteen—. Nosotros estaremos donde los peces pueden devolvernos los disparos. —La mayor parte de los xenoístas no tenían más que armas ligeras. Las armas más pesadas que tenían eran lanzamisiles, de modo que la unidad de artillería no tendría que preocuparse por que les devolvieran el fuego, pero por desgracia habían tenido el buen sentido de parapetarse en su mayor parte en la zona de alrededor de Los Altos. Eso significaba sacar a los sobrevivientes edificio

por edificio, lo cual resultaría un trabajo duro y sangriento si las cosas no iban bien. Por fortuna, Kasteen y Broklaw tenían experiencia en lucha urbana, que era precisamente lo que se necesitaba aquí, y yo esperaba que los hombres y mujeres del 597.º no tuvieran dificultades con los traidores de la FDP después de los tiránidos a los que se habían enfrentado en Corania.

—Haremos que muerdan el polvo —prometió Divas—. Todo lo que tendrán que hacer es limpiar después con una mopa. —Kasteen y Broklaw se miraron, pero lo dejaron pasar.

Puede que Divas tuviera sólo una vaga idea de lo que implicaba la lucha urbana, pero conocía bien a su artillería, y yo había pasado tiempo suficiente con su unidad como para comprender su confianza. Los desertores xenoístas se habían ido reuniendo a medida que se replegaban hacia Los Altos, compactándose cada vez más en la red de bulevares y parques que rodeaba las mansiones, hasta tal punto que habría dado lo mismo que hubieran estado allí con una gran diana pintada rodeando el perímetro.

—Todo es demasiado perfecto para mí —dije—. Lo lógico hubiera sido que tuvieran el buen sentido de dispersarse.

—Aficionados. —El desprecio de Mostrue era obvio.

Como la mayor parte de los oficiales de alto rango de la guardia, tenía una mala opinión de la mayoría de los regimientos de la FDP, aunque yo me había topado con algunos en mis tiempos que se las habrían hecho pasar canutas a cualquier unidad de la Guardia. No obstante, en este caso su opinión parecía más que justificada. La artillería pesada daría cuenta de la mayoría, no tenía duda. Por supuesto, los supervivientes estarían bien parapetados y sería difícil cogerlos, especialmente con tantos escombros tras los cuales refugiarse, pero no creía que hubiera muchos de ellos. Sin duda, nada de lo que el 597.º no pudiera ocuparse sin dificultad.

Incluso contando con la falta de experiencia de los desertores, parecía notoriamente estúpido por su parte ofrecer un blanco tan incitante, y otra vez empezaba a sentir el cosquilleo en las palmas de las manos. Traté de concentrarme en el informe y de no pensar en las corrientes subterráneas de conspiración que estaba convencido de que Orelius estaba rastreando incluso mientras nosotros estábamos allí sentados. Había tenido esperanzas de poner a descansar mi mente interrogando a los idiotas de la FDP que habían derribado el aerocar de los tau, y determinando de una vez por todas si había sido un simple acto de estupidez o parte de un plan más siniestro. Pero a pesar de mi orden de arresto contra ellos, los autores simplemente se habían desvanecido, o se habían unido a los desertores, lo cual planteaba todavía más preguntas cuya respuesta no estaba seguro de desear.

—¿Qué saca en limpio de esto? —preguntó Broklaw estudiando la pantalla más de cerca. Seguí la línea de su dedo hasta donde un pelotón de soldados leales de la FDP

habían acordonado un par de manzanas de una zona industrial cerca del Distrito Antiguo, y me encogí de hombros.

—Los chicos locales tienen miedo de ensuciarse los dedos. —El icono del centro del cordón marcaba un contacto hostil, pero no daban la impresión de tener prisa para cerrar el nudo. Presumiblemente algunos rezagados, demasiado para unirse al éxodo hacia Los Altos, pensé. De repente me di cuenta de que podía usar esta pequeña anomalía para mi provecho.

—Voy a dejarme caer por allí y ver si puedo averiguar qué es lo que piensan —dije —. No está demasiado apartado de nuestro camino. —Y para cuando hubiera terminado aquel trabajo que me había inventado, Kasteen y Broklaw ya habrían dado cuenta de los supervivientes xenoístas. Si todo iba bien, el polvo ya se habría asentado antes de que tuviera ocasión de acercarme a la línea de fuego. Parecía que la suerte no me había abandonado después de todo.

—¿Está seguro, comisario? —Kasteen me miraba con curiosidad, y aquella expresión antigua había vuelto a los ojos de Mostrue—. Realmente no parece tan importante. Seguramente puede esperar hasta que nos hayamos ocupado del grueso de las fuerzas.

—Es probable —me encogí de hombros—, pero el propio general supremo confía en mí para acabar con todo esto. No quiero que quede un núcleo de rebelión al que enfrentarnos cuando hayamos roto la espina dorsal de la conspiración. Me sentiría mucho más tranquilo su supiera con certeza que no van a dispersarse antes de que demos con ellos.

—Bien pensado —reconoció Kasteen. Decidí que era el momento de restar solemnidad a la cosa y sonreí.

—Además —añadí—, no creo que eso les vaya a atar las manos. Creo que a estas alturas saben distinguir entre un extremo y el otro de un rifle láser.

Kasteen, Broklaw y Divas rieron y Mostrue ensayó una gélida sonrisa.

—Sin embargo, no quisiera dividir nuestras fuerzas —apuntó Kasteen—. Si vamos a barrer a los amigos de los az… a los simpatizantes de los xenoístas, no quiero que nuestra red tenga agujeros.

—De acuerdo —asentí—. Nos atendremos al plan. Simplemente me separaré del grupo, les meteré el miedo del Emperador en el cuerpo a los zánganos de la FDP que vigilan el perímetro para asegurarme de que los rebeldes que hay dentro no escapen mientras nosotros estamos ocupados, y me reintegraré en seguida. Seguramente estaré de vuelta antes de que empiece la diversión.

—Apostaría por ello —sonrió Kasteen—. Ya he visto cómo conduce Jurgen.

Sin duda habría perdido la apuesta. Iba a procurar por todos los medios demorarme aclarando aquel asunto de la FDP hasta que se hubieran acabado los disparos. Al menos ése era el plan. De haber sabido en qué me estaba metiendo como

resultado de esa pequeña diversión, habría encabezado la carga sobre Los Altos sin dudarlo.

* * *

Por fin Donali se puso en contacto con nosotros aproximadamente una hora después del mediodía, diciendo que a los tau no los hacía muy felices la perspectiva de que unidades de la Guardia Imperial camparan por sus respetos en la ciudad, pero en la medida en que yo anduviera por ahí vigilando la marcha de las cosas y en que nos atuviésemos al plan que se les había enseñado, dejarían que actuáramos sin interferencia. Por supuesto, el lenguaje era un poco más diplomático que eso, pero ya pueden hacerse una idea. Yo también entendí perfectamente el trasfondo del texto, incluso antes de que Donali lo explicitara para mí: que en cuanto hubiera un simple atisbo de traición, se lanzarían sobre nosotros con todo su armamento antes de que pudiéramos decir «joder».

Como pueden imaginar, me sentía un poco presionado cuando la fuerza a cuyo frente me encontraba abandonó nuestros cuarteles y entró en la ciudad, tanto que ni siquiera tuve tiempo de disfrutar de la posición incomparable en que me encontraba[29].

Como ya dije antes, había tenido el buen tino de dejar en manos de Kasteen y Broklaw las decisiones tácticas, ya que su experiencia en materia de lucha urbana era más práctica que la mía, de modo que estaba bastante seguro de que teníamos la combinación adecuada de recursos para conseguir nuestro objetivo. Con la idea de que el terreno estaría bastante allanado cuando la artillería hubiera acabado su labor (lo cual podía atestiguar por mi experiencia personal después del tiempo pasado con el 12.º), habían sugerido ir a pie, con una tropa de Sentinels para tener apoyo de fuego pesado. Eso me había parecido bien, ya que la infantería tendría un efecto psicológico devastador entre los supervivientes de la artillería, o al menos eso esperaba. Si llevaban a los Chimeras pisándoles los talones, sus rastros no tardarían en borrarse en cuanto entraran en los escombros, pero si permanecían a la espera en el perímetro después de desembarcar a sus tropas, sus pesados bólters sin duda alentarían a todos los rebeldes que todavía se sintieran inclinados a ofrecer resistencia a mantener la cabeza baja.

También habíamos pensado en llevar una unidad de blindados, pero desechamos la idea. Un par de tanques de batalla Leman Russ habrían representado muy escasa diferencia contra la infantería parapetada, especialmente después de que los Estremecedores de Mostrue hubieran acabado su trabajo. Además, eso habría representado incluir a otro regimiento en la operación. Teniendo en cuenta lo

delicado de la situación, yo quería reducir al mínimo las oportunidades de que las cosas se torcieran. Mi paranoia estaba otra vez activa y me advertía de que no ampliara nuestros planes más de lo necesario. Además, los tanques nos habrían retrasado, y la clave de esta operación era la velocidad, especialmente si quería que todo hubiera terminado cuando yo llegara.

—Cuanto más rápido entren, mejor —fue el final de mi alocución informativa. Me volví para mirar con furia a Sulla, que había susurrado algo a la soldado que tenía al lado con una risita—. ¿Alguna pregunta?

No las había. Eso significaba o bien que el plan era brillante, o bien que era tan desastroso que nadie se daba cuenta de ello, de modo que les endilgué una de esas arengas estándar que me sabía de memoria desde que el viejo jefe de estudios me había hecho entrega del fajín escarlata deseoso de perderme de vista, y despedí a los sargentos y oficiales, que fueron incorporándose a sus escuadrones. Mi mirada se cruzó con la de Lustig, que me sonrió. Me había asegurado de que su escuadrón fuera asignado al centro de la línea de batalla, pues pensaba que encontrarse de lleno en un combate les elevaría la moral. Haber tenido que abatir a los leales de la FDP les había dejado un regusto amargo, lo sabía, aunque eran buenos soldados capaces de apreciar los motivos de aquello. Un par de ellos habían ido a hablar con el capellán, pero en general habían mantenido el tipo. No obstante, yo sabía que si se les dejaba tiempo para cavilar sobre ello, su moral podría verse perjudicada, de modo que me pareció prudente actuar de inmediato antes de que la desmoralización se generalizara.

—Supongo que cuento con su aprobación, sargento —dije. Una de las cosas más importantes que me han enseñado los años, y que trato de inculcar a mis cadetes en la actualidad, es que siempre debe tomarse uno tiempo para hablar con los soldados uno por uno. Nunca se traba amistad con ellos, salvo tal vez con un par de oficiales, con suerte, y nunca se termina el trabajo por más que se intente, pero estarán mucho más dispuestos a seguirte si piensan que te importan. Y lo que es aún más importante, al menos para mí, es que empezarán a pensar en ti como si fueras uno de ellos y te cubrirán la espalda cuando empiece el tiroteo. He perdido la cuenta del número de veces que los tipos que me rodeaban abatieron a un xenos o a un traidor, que me hubieran metido un tiro por la espalda antes de que me diera cuenta siquiera. Yo también he devuelto el favor, y ésa es la razón por la que ya he superado mi segundo siglo mientras que las tumbas están llenas de comisarios respetuosos del reglamento que se basaron en la intimidación para hacer su trabajo.

—Es un buen plan, señor —dijo Lustig asintiendo con la cabeza—. Mis muchachos no lo defraudarán.

—De eso estoy seguro —repliqué—. De lo contrario no se lo habría pedido. —Una vez más el orgullo se reflejó en su cara.

—Les transmitiré sus palabras, señor.

—Le ruego que lo haga. —Respondí a su saludo y miré en derredor buscando a Jurgen mientras Lustig se alejaba sacando pecho. Seguramente no iba a haber problemas con su escuadrón, pensé. No veía a mi asistente por ninguna parte, de modo que me dirigí a la puerta pasando por la fila de sillas en las que momentos antes había sentados más de una docena de oficiales y suboficiales. Conociendo a Jurgen, seguramente estaría en el aparcamiento, realizando un examen exhaustivo de nuestro Salamander.

—Comisario. —Me volví, un poco sobresaltado por la voz que sonó a mi lado. Sulla estaba todavía sentada, con el rostro encendido por un nerviosismo que no era propio de ella. Jugueteaba con la placa de datos que tenía en el regazo.

—¿Tiene alguna pregunta, teniente? —pregunté, tratando de adoptar un tono neutro. Ella asintió rápidamente, tragando saliva un par de veces.

—No exactamente. Es que… —Se puso de pie. Su coronilla me llegaba a los ojos y tuvo que inclinarse un poco hacia atrás para hablarme directamente—. Sólo quería decirle… —Volvió a vacilar y a continuación lo soltó todo de golpe—: Sé que usted no se ha formado muy buena opinión de mí desde su llegada, pero le agradezco que me dé una oportunidad. No lo lamentará, se lo prometo.

—De eso estoy seguro. —Sonreí, una expresión de simpatía calculada para infundirle confianza—. Su pelotón fue el primero en el que pensé para esta misión porque sé que puede hacer el trabajo. —En realidad, era el escuadrón de Lustig el que quería, por las razones que ya he explicado, y el resto del pelotón vino por añadidura, pero eso ella no lo sabía—. Integrar a los dos antiguos regimientos en una nueva unidad ha resultado duro para todos, especialmente para aquellos de ustedes a los que se colocó en puestos de responsabilidad para los que no estaban preparados. Pienso que hicieron un trabajo admirable.

—Gracias, comisario. —Enrojeció a ojos vistas y se marchó tras saludar con cierta torpeza.

Bueno, esto era un añadido inesperado. Si no me equivocaba, la chica se iba a esforzar por justificar mi inexistente confianza en ella y no me iba a causar más problemas, al menos por un tiempo. A pesar de la perspectiva inminente de combate, mi paso era decididamente animado cuando fui en busca de Jurgen.

* * *

La primera parte del plan funcionó como un reloj. Formamos en el aparcamiento principal para vehículos dos pelotones completos, que yo pensaba iban a ser suficientes para la tarea que nos traíamos entre manos, con el agregado de los Sentinels que avanzaban entre ruidos sibilantes y metálicos sobre el rococemento

hacia nosotros como unos enormes pollos robóticos. Y si piensan que tenían un aspecto torpe, los invito a montar en uno durante un rato. He ido en barco durante una tormenta y me he mareado menos. Claro que cuando la alternativa es ser destrozado por los orcos uno puede aguantarse con el estómago revuelto. Y si piensan que eso suena un poco endeble, recuerden que los xenoístas sólo representaban unos doce escuadrones, de modo que los superábamos ampliamente en número, y dado lo delicado de la situación diplomática, yo no quería llevar más tropas que las estrictamente necesarias. Además, contaba con la artillería para eliminar a la mayor parte, de modo que la capacidad de fuego que tenía me parecía más que suficiente para acabar con ellos.

Y por si me lo preguntan, sí, supongo que lanzar bombas sobre una parte de la ciudad a la que nos habían enviado para proteger parecía un poco paradójico en ese momento, pero era una cuestión de eficacia. A mi modo de ver, todo el que permaneciese todavía en el área a la que nos dirigíamos lo había hecho por propia elección, y los civiles que no hubiesen huido todavía o eran traidores o tan tontos que les estábamos haciendo un favor a las futuras generaciones al eliminarlos del banco genético.

Me monté en el Salamander de mando que Jurgen se había procurado y examiné con la vista nuestra fuerza expedicionaria con un sentimiento de orgullo, a pesar de que temblaba perceptiblemente. Los escuadrones de infantería iban montados en Chimeras, destacándose del resto los que comandaban los dos pelotones por la antena de radio que se veía en su superficie. La cabeza y los hombros de Sulla sobresalían de la escotilla del suyo. Unos cascos la protegían del ruido del motor. Al ver que miraba en su dirección, levantó el micrófono que llevaba en la mano.

—Tercer pelotón preparado —informó.

—Quinto pelotón preparado —dijo el teniente Feril, que estaba en el otro extremo. A pesar de ser un oficial obstinado y poco imaginativo, contaba con el respeto y la confianza de sus soldados, en gran medida por su seco sentido del humor y por lo mucho que se preocupaba por su bienestar, lo cual significaba que era poco probable que los presionara demasiado si se encontraban con una férrea resistencia. Yo lo había elegido precisamente por eso, porque sabía que preferiría esperar el apoyo de los Sentinels si las cosas se ponían difíciles en lugar de poner en peligro las vidas de los suyos corriendo riesgos innecesarios. Algunas bajas eran inevitables, por supuesto, pero yo pretendía que fueran las mínimas. Si la primera ocasión que tenían los regimientos de probar sus armas daba como resultado una victoria fácil, eso les daría más confianza y reforzaría su moral, mientras que un número elevado de bajas podía echar por tierra todo el duro trabajo que les había permitido recuperar su eficacia combativa.

—Todos los escuadrones preparados —informó el capitán Shambas, jefe de los

Sentinels; teníamos tres escuadrones con nosotros, lo que representaba un total de nueve bípodes. Una potencia destructiva considerable dada la calidad de la resistencia que esperábamos encontrar, pero nada contribuye más a dar confianza que contar con una superioridad de fuego apabullante.

—Confirmar. —La voz de Broklaw se unió a las demás en mi comunicador. Estaba en otro Salamander que, al igual que el mío, había sido equipado como unidad de mando. Yo estaba más acostumbrado al modelo más ligero y rápido de exploración, que había sido siempre mi vehículo favorito (prefiero tener la posibilidad de huir de los problemas si es necesario), pero en las presentes circunstancias quería estar en condiciones de mantener las cosas bajo control. Además, la versión de mando venía equipada con un pesado lanzallamas que podía resultar útil en la brutal lucha cuerpo a cuerpo que yo esperaba entre los escombros de Los Altos.

Eso me recordó que…

—Unidades de artillería, en marcha —dije. Un momento después, el suelo empezó a temblar bajo nuestros pies cuando los Estremecedores de Mostrue empezaron a hacer honor a su nombre. Miré en derredor, pasando revista a la fuerza de asalto reunida. Una docena de Chimeras, nueve Sentinels y dos Salamanders. Con mi espada sierra señalé hacia la puerta.

—¡En marcha! —ordené. Jurgen aceleró a fondo y arrancó con una sacudida. Acostumbrado a su brusco estilo de conducción por años de familiaridad, mantuve el equilibrio sin dificultad. El conductor de Broklaw avanzó con suavidad detrás de nosotros y pude ver su cabeza y sus hombros en el compartimento trasero abierto. Su mirada se cruzó con la mía y me saludó con la mano. Yo sabía que Kasteen hubiera estado encantada de llevar el mando, pero se había hecho a un lado para dejárselo a su subordinado. Después de todo, él también merecía una oportunidad para demostrar su valor, y técnicamente la operación era demasiado poca cosa para merecer la supervisión de alguien de su rango. No obstante, me gustó que le dejara el campo libre sin necesidad de sugerírselo, y me di cuenta de que Broklaw había apreciado el gesto. Era un ejemplo más de que el regimiento empezaba a funcionar como se suponía que debía hacerlo.

Kasteen estaba allí para vernos marchar, junto con todos los demás que no tenían deberes apremiantes que atender o que pensaban que podían escabullirse unos minutos. Nuestros camaradas nos despidieron con una ovación que, por un momento, se impuso al rugido de los motores, el estruendo de los Sentinels y el retumbo atronador de los Estremecedores.

Cuando salimos a las calles, el desorden se apoderó de la ciudad. Habíamos mantenido nuestros planes en secreto, por supuesto, para que ninguno de los nativos pudiera sospechar lo que se estaba cociendo. Abrían camino delante de nosotros como aterrorizadas ratas de alcantarilla, y Jurgen aceleraba como si fuera capaz de

alcanzar las velocidades a las que solía conducir. Por delante de nosotros, una columna de polvo y humo marcaba nuestro destino.

Pasé de los canales de voz a la red táctica. Las unidades FDP leales tenían orden de no actuar y abrirnos paso, lo cual fue un alivio, aunque, como la ralea indisciplinada que eran, muchos discutían y exigían saber qué estaba sucediendo.

—Mayor —dije, volviendo a la conexión anterior—, todos suyos por el momento. Trate de reservar un par para mí, ¿de acuerdo?

—Haré lo que pueda. —Broklaw me dijo adiós con la mano mientras Jurgen se apartaba del resto del convoy, aplastando un par de arbustos ornamentales y un contenedor de basura al desviarse del ancho bulevar y tomar por una calle transversal más estrecha que nos conduciría al área industrial.

Ahora podía oírse el estallido amortiguado de las bombas. El silbido previo a cada explosión y el ruido despejaban la calle a nuestro paso con mucha mayor eficacia que cualquier sirena del Arbites. Después de unos instantes y de varias curvas cerradas en las que cualquier conductor que no fuera Jurgen probablemente nos habría hecho volcar, los edificios que nos rodeaban adquirieron un aspecto inconfundiblemente industrial. Es cierto que era una arquitectura de estilo xenoísta olvidada del Emperador, pero era lo bastante mazacotuda como para que su finalidad resultara obvia.

—Broklaw al mando —la voz del mayor sonó tranquila y segura—. Dejen de bombardear. Estamos en posición.

Me satisfizo oírlo. Ni siquiera había empezado con mi supuesto cometido y él ya estaba a punto de acabar con los traidores. Jurgen redujo la marcha del Salamander y, con una sensación de *déjà vu*, pude ver a un oficial de la FDP que se ponía en nuestro camino con la mano alzada. Todo en derredor había manufactorías tan altas que no permitían que el sol iluminara en las calles, pero el hombre de uniforme parecía ser el único vestigio de vida. Eso me pareció extraño, ya que los turnos de trabajo ya deberían haber empezado.

—Comisario —dijo Jurgen con tono de duda—, ¿puede oír disparos?

Cuando el motor dejó de funcionar me di cuenta de que tenía razón. Me pregunté si sería la acústica, y supuse que lo que oía debían de ser más bien ecos del combate en Los Altos, que una serie de vivos intercambios en mi auricular me dijeron que ya había empezado. Entonces me di cuenta de que provenía de algún lugar por delante de nosotros, dentro de la línea del acordonamiento de la FDP que tenía marcado en la placa de datos delante de mis ojos.

—¿Qué sucede? —pregunté, mirando con fiereza al oficial. Parecía un poco asustado.

—No lo sé con certeza, señor. Tenemos órdenes de resistir, pero hay docenas de ellos. ¿Ha traído refuerzos?

—Me temo que nosotros somos los refuerzos —dije, ganando tiempo—. ¿Contra quiénes tienen que resistir?

—No lo sé. Nos sacaron de los barracones anoche y nos ordenaron acordonar la zona. —Observé con súbita aprensión que no parecía tener más edad que el oficial al que había disparado y la velocidad con que hablaba me reveló que estaba al borde del pánico. No sabía dónde nos habíamos metido, pero era evidente que íbamos directos al desastre. Maldije mi suerte, pero era demasiado tarde para volvernos atrás—. Simplemente nos dijeron que aseguráramos la zona hasta que volviera el grupo del inquisidor…

Emperador misericordioso, esto se ponía cada vez mejor. Era evidente que donde fuera que Orelius había escarbado había descubierto algo más que aquello con lo que se conformaban los funestos conspiradores tras los cuales andaba, y estaba decidido a asegurarse de que ningún ser vivo tuviera acceso a sus secretos.

—¿Dijo qué era lo que buscaba aquí? —pregunté. El oficial negó con la cabeza.

—Yo no he hablado con ninguno de ellos. Sólo el capitán lo hizo, y ahora está muerto… —empezó a elevar la voz, se veía que la histeria estaba a punto de aflorar. Bajé de un salto del vehículo y me puse junto a él, sintiendo cómo el rococemento se estremecía bajo mis pies, y traté de proyectar tanta tranquilidad y autoridad como pude.

—Entonces, entiendo que usted es el oficial al mando, teniente. —Eso le llegó. Asintió con un gesto breve, mioclónico—. Informe, pues. ¿Adónde han ido? ¿Cuándo? ¿Cuántos eran? ¿Qué me puede decir? —Su boca se movió como si estuviera a punto de empezar a funcionar. Se seguían oyendo disparos y gritos entre los edificios.

—Hay un almacén. Ahí detrás. —Señaló una de las estructuras. Un disparo láser atravesó las ventanas superiores, pasando entre nuestras cabezas, e impacto en el costado del Salamander. Me agaché y tiré de él hacia abajo para ponerlo a salvo mientras Jurgen hacía girar el pequeño pero robusto vehículo para apuntar el bólter pesado que llevaba montado en el casco. Disparó como respuesta, derribando parte de la pared y reduciendo al francotirador a una mancha desagradable.

—Gracias, Jurgen. —Volví a centrar mi atención en el joven oficial—. ¿Y el inquisidor entró ahí?

—Todos entraron justo antes del amanecer. Recibimos órdenes de no dejar entrar o salir a nadie hasta que volvieran. —De eso debían de haber pasado unas diez horas y media según mis cálculos, y algo me decía que Orelius no volvería pronto.

—¿Cuántos eran? —pregunté. Se quedó pensando un momento.

—Yo vi a seis —dijo por fin—. Cuatro hombres y dos mujeres. Una de ellas parecía algo peculiar. —Supuse que se trataba de Rakel, la psíquica.

—¿Y los hostiles? —lo animé. Negó con la cabeza.

—Los hay por todas partes, docenas de ellos. —Movió la cabeza con nerviosismo de un lado a otro tratando de no perder de vista ningún sector de la calle.

—¿Dónde? ¿Dentro del almacén?

—La mayoría. —Se puso de pie como para huir, y otro disparo lo alcanzó en el hombro. Cayó hacia atrás chillando como un niño.

—Se pondrá bien —le dije tras una rápida mirada a la herida. Algo que tiene de bueno un disparo de bólter láser es que cauteriza la herida que produce, con lo que, al menos, uno no muere desangrado por un disparo desviado, cosa que ha salvado mi propia y miserable vida en un par de ocasiones. Me volví y miré calle abajo, tratando de determinar de dónde había salido el disparo, y vislumbré un movimiento tras una pila de embalajes.

—¿Nuestros o de ellos? —pregunté señalando en aquella dirección.

—¡No lo sé! Por la sangre del Emperador, duele de…

—¡Y le va a doler más dentro de un momento si no deja de marearme, maldita sea! —grité de repente—. ¡Sus hombres están muriendo por ahí! ¡Si no puede empezar a comportarse como un oficial y ayudarme a salvarlos, lo remataré con mis propias manos!

Por supuesto, no tenía la menor intención de hacerlo. Sus chillidos atraerían sobre él el fuego del enemigo librándome a mí de él en cuanto nos moviéramos, pero la amenaza surtió efecto. Pude ver cómo caía la moneda por detrás de sus ojos cuando de repente recordó lo que le había sucedido a la última unidad de la FDP que se había interpuesto en el camino de un comisario.

—Son todos civiles —dijo jadeando después de un momento—. Cualquiera que lleve uniforme es de los nuestros.

—Gracias. —Tiré de él y lo puse a la sombra de un contenedor—. Mantenga la cabeza baja y no le pasará nada.

Volví a montar en el Salamander, agradeciendo el blindaje protector.

—Broklaw a Cain —la voz del mayor sonó en mi intercomunicador—. ¿Está usted bien? Estamos recibiendo una retroalimentación extraña desde su frecuencia.

—Por el momento. —Comprobé que el lanzallamas estaba bien cargado y listo para usar. «Que el Emperador bendiga a Jurgen por su minuciosidad», pensé—. Parece ser que nuestros chicos de la FDP no tenían las cosas tan controladas, después de todo.

—Aquí la resistencia es escasa… —su voz quedó ahogada por un momento por el crepitar del aire ionizado que asocié con uno de los multiláseres de los Sentinels—, pero todavía nos va a llevar un rato.

—Por mí no se den prisa —respondí. Era posible que los renegados sólo tuvieran armas cortas, a juzgar por los sonidos que se oían, y el blindaje del Salamander tenía el espesor suficiente para brindar absoluta protección. Cambié de frecuencia,

buscando la red táctica interna del escuadrón de la FDP, pero sólo encontré estática. Debería haber estado mejor informado, por supuesto[30], pero los viejos hábitos son difíciles de desarraigar.

Unos cuantos bólter láser que dispararon desde detrás de los cajones confirmaron la identidad de los rebeldes que allí se habían refugiado y dejaron la pintura del carro hecha un asco, de modo que disparé el lanzallamas, lanzando una ráfaga de promethium ardiente calle abajo. El resultado fue impresionante. Los cajones se prendieron fuego y las llamas alcanzaron a los rebeldes que se ocultaban detrás. Salieron del escondite con la ropa y el pelo en llamas y chillando como condenados, y Jurgen los acalló con el bólter. Sus cuerpos explotaron con el impacto, sembrando las paredes del edificio de restos ardientes que, de una forma incongruente, me recordaron a los fuegos de artificio.

—Acabemos con esto —dije, y mi ayudante pisó el acelerador a fondo pasando por encima del charco de promethium ardiente que cubría ahora el callejón. Cuando me volví, el oficial del FDP estaba contemplando la devastación que habíamos provocado con ojos desorbitados.

El callejón daba a una calle transversal, uno de cuyos lados estaba formado por la pared del almacén que se extendía ante nosotros en ambas direcciones. El crepitar distintivo del fuego de los rifles láser era repetido por el eco en las calles que nos rodeaban, y al ampliarse nuestro campo de visión, pude ver los chispazos de los cañones de las armas dentro del edificio así como las nubes de rococemento pulverizado en los lugares donde otros disparos impactaban en torno a las ventanas superiores. Dentro se veía la sombra de figuras que disparaban antes de replegarse, y no pude sacar de ello grandes conclusiones. Lo único era que, tal como había dicho el teniente herido, llevaban ropas civiles. Además, formaban un grupo heterogéneo. Vislumbré algo de terciopelo y la cresta de uno de los gremios de mercaderes y alguien que parecía un pastelero antes de barrer con el lanzallamas toda la fachada. Las consecuencias fueron espectaculares. Los disparos cesaron de inmediato; la madera de los marcos de las ventanas se prendió fuego con un rugido y unos cuantos gritos de escasa duración surcaron el aire.

—Eso les enseñará a mantener la cabeza baja —dijo Jurgen con satisfacción, lanzando una andanada de disparos después del promethium para asegurarse de ello. Un humo espeso y negro seguía saliendo del edificio, y una ovación desigual se mezcló con el rugido de las llamas.

Me volví y vi a un grupo de soldados cautelosos del FDP que salían del edificio de enfrente del almacén o del escondite, fuera cual fuere, que habían podido encontrar entre los camiones aparcados y los escombros sembrados por la calle. Unos cuantos disparos desperdigados seguían sonando entre los edificios, lo cual indicaba que no todos los traidores habían sido incinerados, pero su naturaleza esporádica era indicio

de una retirada en medio del pánico que se encaminaba hacia los soldados situados al otro lado del cordón. La columna de humo negro y espeso debía de ser visible desde donde se encontraban, y evidentemente su visión los animaba. Salté del Salamander.

—Sargento Crassus, 49.º de la FDP Gravalaxiana. —Un hombre alto, de pelo gris, me hizo un amago de saludo sin apartar los ojos de la calle. Era el primer soldado de la FDP que había visto desde mi llegada al planeta que realmente parecía saber lo que se hacía. Le devolví el saludo con el mismo tono.

—Comisario Cain, adjunto al 597.º de Valhallan. —Una vez más tuve la callada satisfacción de ver que mi nombre era reconocido, y el murmullo de admiración que arrancó entre los soldados resultó muy halagador para mi ego.

—Le agradecemos su ayuda —dijo Crassus—. ¿Lo ha enviado el inquisidor? —Negué con la cabeza.

—Sólo estaba curioseando —admití—. Observé su pequeña diversión en la pantalla táctica y me pregunté qué estaba pasando. —Crassus se encogió de hombros.

—Tendría que haber preguntado a uno de los oficiales.

—Lo hice. —Señalé hacia atrás por el callejón, donde el charco de promethium ya había acabado de arder dejando un rastro chamuscado de rococemento ennegrecido —. Allí atrás. Dicho sea de paso, necesita un sanitario.

—Ah. —Crassus no pareció sorprendido—. Para ser sincero, pensé que había desertado. —Mi falta de respuesta pareció confirmar su idea, pero después de un momento indicó a uno de los hombres que cogiera un botiquín y fuera a ver al teniente.

—Usted parece más preparado para el combate que la mayoría de los de la FDP —dije.

Crassus se encogió de hombros.

—Aprendo rápido. Además, estoy acostumbrado a cuidar de mí mismo. —Observando su forma física y su aire alerta no tenía la menor duda—. Pertenecí al Arbites antes de unirme a este cuerpo.

—Un traslado muy extraño —dije. Su expresión se volvió tensa.

—Política de oficina —replicó con sequedad. Asentí con aire comprensivo.

—Lo mismo que en el Comisariado —afirme[31], pero antes de que pudiéramos intercambiar más palabras, un fuerte crujido a nuestra espalda anunció el derrumbamiento de una de las plantas superiores del almacén en llamas—. Será mejor que repliegue a sus hombres —le aconsejé—. Se va a venir abajo en cualquier momento.

—Creo que tiene razón. —Llamó al operador de radio del escuadrón, dio la orden, e hizo marchar a sus hombres callejón arriba a paso rápido. Me volví a mirar otra vez el almacén. Ahora estaba totalmente en llamas y empezaban a caer trozos de manipostería del techo y de las paredes exteriores. Volví a subir al Salamander

mientras Jurgen aceleraba marcha atrás para ponernos a salvo.

De repente reparé en los disparos de armas ligeras que llegaban de dentro del edificio y que se oían a pesar del crepitar de las llamas.

—Crassus —llamé por el microtransmisor, molesto ante la necesidad de transmitir mensajes a través del operador de radio de su escuadrón—. ¿Hay hombres suyos dentro del edificio? —Apenas había empezado a responder cuando la conexión se interrumpió por la presencia de un mensaje en un canal de mando de mayor prioridad. Había hecho lo mismo suficientes veces como para reconocer qué estaba sucediendo, pero hacía mucho tiempo que no era yo el interrumpido. Sin embargo, supuse que era un indicio de que Orelius estaba vivo todavía, y había oído bastante de la respuesta como para saber que no había matado accidentalmente a ningún otro súbdito leal del Emperador. Eso era un alivio, ya que todavía andaba a vueltas con el papeleo sobre el último daño colateral que le había infligido a la FDP.

Acababa de decidir que el fuego que había oído era de munición recalentada que estallaba o de traidores xenoístas que habían decidido pegarse un tiro antes de morir quemados, cuando Crassus volvió a aparecer en mi microtransmisor.

—Comisario, el equipo del inquisidor está retenido dentro del almacén. Solicitan ayuda inmediata para salir.

Bueno, lo que uno pide y lo que consigue no siempre es lo mismo, pensé. Arriesgarse a entrar en aquel infierno era suicida. Que Crassus lo intentara si quería, pero yo tenía la impresión de que Orelius y sus acompañantes estaban a punto de presentarse ante el Emperador en persona, y maldito si había algo que los demás pudiéramos hacer al respecto.

En ese momento me asaltó una idea terrorífica. Había sido yo el que había prendido fuego al edificio. Si la Inquisición consideraba que yo había sido el responsable de la muerte de uno de los suyos y que no había hecho nada por rescatarlo, sería hombre muerto, y eso con suerte. Vacilé una fracción de segundo que me pareció una eternidad, y por fin tomé una decisión.

—No intervenga, nos ocuparemos nosotros —le dije a Crassus, e inclinándome sobre el compartimento del conductor le grité—: ¡Llévanos adentro!

Como de costumbre, mientras cualquier otro podría haber dudado o discutido, él se limitó a cumplir la orden sin rechistar. El Salamander dio un salto adelante, acelerando hacia el edificio en llamas lo más rápido que pudo.

—¡Allí! ¡Esas puertas de carga! —señalé, pero mi fiel asistente ya las había visto, y una lluvia de granadas perforantes las hizo trizas un instante antes de que chocáramos contra ellas. Entramos dando botes en el interior en sombras del almacén lleno de humo por todas partes. Restos de la puerta destrozada salían disparados de debajo de nuestra oruga. Tosiendo, arranqué parte de mi fajín y me cubrí la cara con él. La verdad, no cambió mucho las cosas, pero me sentí un poco menos ahogado.

Disparos de láser empezaron a chocar contra el blindaje frontal del vehículo, indicándonos así, al menos, dónde estaba el enemigo. Jurgen se disponía a responder a los disparos con el bólter pesado cuando yo lo detuve.

—Espera —dije—, podrías herir al inquisidor. —Ese hubiera sido el detalle que faltaba. En lugar de eso, giró hacia un lado golpeando una pila de cajones y haciendo que se vinieran abajo. Unos gritos repentinos quedaron ahogados abruptamente. Volví la cabeza frenéticamente, tratando de orientarme, y de pronto todo se iluminó con un vivido resplandor anaranjado al tragarse el fuego parte del techo.

—¡Maldita sea! —exclamé. A punto estaba de ordenar a Jurgen que se retirara cuando vi un grupo reducido de figuras que corrían hacia nosotros. Señalé en esa dirección y Jurgen invirtió la marcha del Salamander y paró en seco. Eran cinco y corrían para salvar la vida perseguidos por un número indeterminado de siniestras figuras. Reconocí a Orelius de inmediato. Se volvió mientras corría para lanzar una andanada con su pistola bólter.

Tumbó a un par de sus perseguidores, pero los bólter láser siguieron disparando contra el inquisidor y su séquito. Reconocí a un hombre musculoso como uno de sus guardaespaldas a quien había visto en la fiesta del gobernador. También él disparaba, pero cayó abatido al alcanzarlo un proyectil en la parte posterior de la cabeza. Orelius vaciló un momento, pero incluso desde donde yo estaba se veía a las claras que el hombre ya estaba muerto antes de llegar al suelo.

El resto del grupo tenía verdaderos problemas, de modo que, a pesar de mis reservas naturales ante la posibilidad de convertirme yo mismo en blanco, salté al bólter que había hecho montar en el pivote central. No todos los Salamander lo tenían, pero yo había agradecido muchas veces su presencia en el pasado y por eso insistí en disponer de uno en la medida de las posibilidades. Y bendije la previsión, ya que ahora podía aprovechar la posición elevada que me permitía el vehículo para disparar por encima de las cabezas del grupo inquisitorial sobre sus perseguidores. Un número satisfactorio de ellos cayó abatido o se dispersó, pero todavía había demasiados que seguían disparando. Había pensado que empezarían a disparar sobre mí, pero vi con alivio que seguían concentrando el fuego sobre las figuras que huían delante de ellos.

El escriba al que había visto con Orelius era el que corría delante de todos; su larga barba blanca se agitaba mientras corría con ligereza sorprendente para un hombre de su edad. Sólo cuando vi que recibía un disparo de bólter láser en una pierna y saltaron chispas sin que él dejara de correr me di cuenta de que sus miembros inferiores estaban potenciados. Detrás de él iban dos mujeres: Rakel, cuyo vestido verde estaba ahora muy manchado de sangre, aparentemente de una herida en el pecho, pero que seguía balbuceando incoherencias aunque daba la impresión de que no respiraba, y otra que la sostenía en pie. Ésta iba envuelta en una capa con capucha del negro más

profundo que haya visto jamás y que parecía engullir la luz que daba sobre ella desdibujando el contorno. La vi vacilar cuando un bólter láser chamuscó el material, pero siguió acercándose, sujetando a la farfullante psíquica con una fuerza sorprendente.

Volví a apuntar a sus perseguidores, en la esperanza de, cuando menos, desviar sus disparos, pero por cada uno que derribaba parecía surgir otro que ocupaba su lugar, moviéndose con una precisión fantasmagórica que tenía algo de familiar. Ahora no tenía tiempo para pararme a pensar en ello. Tendí la mano para coger la del viejo escriba que, sorpresivamente, también estaba potenciada, y lo alcé a bordo.

—Muy agradecido —dijo, dejándose caer en el compartimento de la tripulación y mirando en derredor con evidente interés—. Un Salamander de la Guardia Imperial. Un vehículo bueno y sólido. Fabricado en Triplex Valí, si no me equivoco…

Dejé que se serenara y me volví hacia los demás.

—¡Jurgen! —grité—. ¡Ayuda a las mujeres! —Orelius se llevó un bólter láser al hombro y dejó caer su arma de mano. No estaba dispuesto a perderlo después de haber llegado hasta aquí, de haber pasado por todo esto, de modo que salté del vehículo y saqué mi pistola láser preparándome para ayudarlo.

—¿Comisario Cain? —Parecía un poco confundido, hasta que recordé mi improvisada mascarilla antigases y tiré de ella hacia abajo; después de todo, ya no servía para nada. En torno a nosotros, el edificio entero estaba en llamas, el calor era terrible, y de repente recordé los tanques de promethium del pesado lanzallamas que llevábamos a bordo del Salamander. Bueno, era demasiado tarde para preocuparse de eso ahora—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Oí que necesitaba un transporte —dije, ayudándolo a ponerse de pie y haciendo un par de disparos por aproximación en la dirección donde supuestamente estaba el enemigo. Lo arrastré hasta el vehículo, donde Jurgen hacía lo posible por ayudar a las mujeres, aunque Rakel no colaboraba precisamente. Al parecer, él la aterrorizaba y luchaba por desprenderse de su compañera para huir.

—¡Él no es nada! ¡Nada! —chillaba, lo cual me pareció un poco duro. De acuerdo que no era el soldado más atractivo de la Guardia, pero si uno pasaba por alto el mal olor y la interesante colección de enfermedades de la piel, tenía sus puntos a favor. Entonces Rakel sufrió una convulsión y se desmayó, empezando a lanzar espuma entre los dientes apretados.

Subí a Orelius a bordo, levanté el peso muerto de Rakel como un saco de patatas y dejé que el escriba la cogiera fácilmente con sus brazos potenciados. Subí al Salamander junto a la mujer de negro y Jurgen volvió al compartimento del conductor y aceleró el motor.

—¡Jurgen! ¡Sácanos de aquí! —grité, y él pisó el acelerador a fondo.

—¡Encantado, comisario!

El Salamander dio un salto adelante, en dirección a la puerta de carga destrozada por la que habíamos entrado, arrancando una lluvia de chispas al pasar. Cuando salimos a la calle dio la impresión de que el calor infernal disminuía, aunque todavía era suficiente para levantar ampollas en la pintura. Me relajé, aliviado, aunque temblando y tratando todavía de entender aquel riesgo descabellado que había asumido. Como para poner de relieve lo cerca que habíamos estado, el edificio se desplomó detrás de nosotros con un rugido de mampostería que se derrumba.

Bueno, no tiene sentido engañar a la muerte con un acto de valentía insensata si nadie está en condiciones de apreciar lo que uno ha hecho, de modo que me puse en contacto con Crassus.

—Crassus —dije—, el inquisidor está sano y salvo.

—Sí que lo estoy. —La mujer de negro dejó caer su capucha dejando al descubierto un rostro en el que había pensado a menudo en los últimos días. Con su pelo rubio y sus ojos azules, era todavía más hermosa de lo que recordaba, y la voz que había oído por última vez cantando baladas sentimentales todavía tenía ese tono levemente ronco que me había erizado la piel.

Amberley Vail me miró levemente divertida al ver mi expresión atónita. Un electoo inquisitorial se hizo visible con un destello en la palma de su mano.

—Gracias, comisario —añadió con una dulce sonrisa.



Nota editorial:

Una vez más, parece prudente insertar aquí algo de material de otras fuentes, ya que la expedición de los valhallanos contra los desertores xenoístas habría de tener repercusiones inesperadas. El propio Cain, como era de esperar; tiene poco que decir sobre la cuestión, ya que tenía su atención fija en otra parte.

Lo primero está tomado del informe posterior a la acción del mayor Ruput Broklaw, presentado en 593.931.M41, poco después de que el combate terminara con éxito.

Una vez que cesó el bombardeo preliminar, los pelotones de infantería desembarcaron de los Chimeras que habían sido distribuidos en torno al perímetro de la zona ocupada por los rebeldes según el despliegue previamente determinado. El tercer pelotón contaba con el apoyo del primer escuadrón Sentinel, actuando el elemento de mando de la compañía como una reserva móvil.

La resistencia fue escasa, como se había previsto, y el quinto pelotón avanzó por el flanco con poca dificultad, salvo por un par de intercambios de fuego con algunos sobrevivientes del bombardeo que habían permanecido ocultos. El teniente Faril pidió el apoyo de los Sentinel para los dos escuadrones que participaron en este enfrentamiento, lo cual hizo que entrara en combate nuestro escuadrón de reserva. Los Sentinel equipados con lanzallamas, de los que había uno en cada grupo, limpiaron las trincheras sin dificultad después de que los otros dos lanzaran fuego de eliminación de sus multilásers para permitir que se acercara.

Por la izquierda, las cosas no marcharon tan bien, ya que el cuarto escuadrón del tercer pelotón se encontró bajo el fuego cruzado de dos posiciones enemigas que le impedía avanzar. El Sentinel lanzallamas enviado a ayudar fue alcanzado e incapacitado por un misil Krak, lo que obligó a sus compañeros a tomar una posición defensiva que atenuó la efectividad de su fuego de eliminación.

En este punto, la teniente Sulla rompió el bloqueo conduciendo a su escuadrón de mando en un ataque por el flanco contra una de las posiciones enemigas mientras el segundo escuadrón, liderado por el sargento Lustig, atacaba la otra. Llevados por la suerte o por su buen juicio, ambos pudieron tomar las posiciones casi de forma simultánea, permitiendo que los demás Sentinels se acercaran y el cuarto escuadrón avanzara.

Todavía no tengo claro si la acción de la teniente Sulla fue atrevida o temeraria y

pero lo que es innegable es que fue efectiva.

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general JENIT SULLA (retirada), 097.M42.

A pesar de la afirmación del comisario Cain de que la resistencia iba a ser débil, como resultó realmente, sentí más que una ligera aprensión cuando cesó el bombardeo y el mayor Broklaw dio orden de avanzar. No por la perspectiva del combate en sí mismo —el penoso puñado de rebeldes al que nos enfrentábamos no me parecía temible en absoluto después de las hordas de tiránidos a los que habíamos superado en Corania escasos meses antes—, sino porque se me planteaba la primera ocasión real de ponerme a prueba como oficial, y por el hecho de que uno de los héroes de mayor renombre en el Segmentum había depositado en mí su confianza, lo cual era peso agregado que me sentía poco preparada para soportar.

Sin embargo, todo fue bien al principio, con los escuadrones de mi pelotón avanzando rápidamente para tomar contacto. Mis lectores pueden imaginar perfectamente la frustración que sentí, allí sentada en mi Chimera de mando, escuchando intercambios de voz, dependiendo de los partes de mis subordinados para un análisis táctico completo, porque hasta mi inesperada promoción, prefería estar entre ellos, haciendo frente a los enemigos del Emperador como un soldado más. Mi impaciencia aumentó cuando se hizo evidente que uno de mis escuadrones, de mujeres junto a las cuales había servido y de hombres a los que estaba empezando a conocer y a respetar, estaba bloqueado, sufriendo bajas e imposibilitado de avanzar. Como los Sentinels que deberían haber llegado como refuerzo también pasaban por problemas, no pude esperar más e hice caso omiso de la recomendación del comisario de ser precavidos. En esto influyó precisamente la certeza de que, conociendo su reputación, él mismo no habría vacilado en ponerse en peligro por el bien de sus subordinados en caso de encontrarse en una posición similar.

Ordenando a mis tropas que me siguieran, y tras un breve momento para conectar los canales de mando con el intercomunicador que tenía en el oído, salté de la rampa posterior ansioso de incorporarme a la refriega.

El espectáculo con que me encontré me obligó a hacer una pausa. Los elegantes edificios y avenidas que habíamos recorrido ya no estaban. En su lugar sólo había montañas de escombros entre las cuales todavía podían distinguirse puntualmente algunas de sus formas originales. Sobre este panorama se cernía una espesa nube de polvo y humo que reducía el brillante sol de la tarde a un gris apagado, y por un momento no pude evitar la sensación de pena que me inundó. A pesar de su aire alienígena, la arquitectura tenía una elegancia innegable.

No obstante, no tuve mucho tiempo para la reflexión, ya que el crepitar del fuego láser me hizo tomar conciencia del peligro en que se encontraba mi gente, y al grito

de «¡Por el Emperador!» conduje a mi valeroso cuarteto al rescate. Un somero estudio de la placa táctica del Chimera me había mostrado que tenía un escuadrón que no había entrado en combate lo bastante cerca de las posiciones más distantes del enemigo para flanquearlo con probabilidad de éxito, y después de unas cuantas instrucciones sucintas al sargento que lo lideraba, esto se demostró cierto. Sólo quedaba el más cercano a nosotros.

Los tomamos totalmente por sorpresa. Un par de rondas de fragmentación de nuestro lanzagranadas estallaron entre ellos y causaron gran desánimo antes de cargar para liquidar a los supervivientes con pistolas y espadas sierra. Como todos los que se enfrentan al Emperador, éstos mostraron su cobardía y huyeron en desbandada, exponiéndose al fuego vengativo del escuadrón al que tenían bloqueado y que estaban empeñados en tomarse la revancha. Me enorgullece decir que del equipo que estaba bajo mi mando directo un solo hombre resultó herido al recibir un disparo de bólter láser en la pierna durante nuestra carga, mientras que ninguno de los traidores escapó con vida.

[Todo lo cual nos permite concluir sin ánimo de equivocarnos que, fueran cuales fueren sus capacidades marciales, Sulla carecía por completo de estilo literario.]



NUEVE

Según mi experiencia, las cosas no suelen ser lo que parecen, por lo general son mucho peores.

Inquisidor TITUS DRAKE

De más está decir, dada mi profesión, que he tenido sorpresas desagradables más que suficientes. Pero descubrir que la mujer a la que, a lo largo de una agradable velada social, había estado tratando de impresionar con mis incipientes especulaciones sobre hechos de los que ella tenía información privilegiada y que, preciso es admitirlo, me había producido una gran impresión (en la medida en que soy sensible a tales cosas[32]), era una inquisidora encubierta, pasó a ocupar uno de los primeros puestos en la lista. Y por si eso fuera poco, la expresión de diversión que vi en su rostro ante mi absoluta estupefacción multiplicó por mil mi desconcierto.

—Pero yo pensaba… Orelius… —dije sin entender nada. Amberley reía mientras el Salamander avanzaba a bandazos por las calles de vuelta al recinto fortificado donde Zyvan había establecido el cuartel general de nuestra fuerza expedicionaria. Por el audífono que llevaba en el oído pude oír que continuaba el fuego en Los Altos. Al parecer, Sulla había hecho algo estúpido, pero estábamos ganando con comodidad y con tan pocas bajas que las cosas podrían marchar bien sin que yo interfiriese en absoluto, de modo que consideré justificado ordenar a Jurgen que nos llevara lo antes posible al cuartel general. Rakel y Orelius evidentemente necesitaban atención médica, lo cual me daba la excusa perfecta, y supuse que era mi deber ocuparme de que la inquisidora quedara a salvo cuanto antes.

Tal como se desarrollaron las cosas, habría de verla con bastante asiduidad antes de que abandonáramos Gravalax, e incluso eso habría de ser sólo el comienzo de una larga asociación llena de alternativas que me pondría en peligro en más ocasiones de las que hubiera querido. A veces me pregunto si, en caso de haber tenido alguna premonición sobre quién era ella realmente la primera vez que la vi, me habría limitado a abandonar el salón y así evitado todos los horrores de las décadas

siguientes; sin embargo, lo dudo. Su compañía, en las raras ocasiones en que pude disfrutar de ella sin pensar en nada más, compensó con creces todas las veces en las que tuve que huir para salvar la vida o en las que me enfrenté a la inminencia de una muerte dolorosa. Por difícil que sea de entender, estoy seguro que de haberla conocido hubieran pensado lo mismo[33].

—¿Orelius? —dijo sujetándose cuando Jurgen tomó una curva que la mayoría de los conductores habrían considerado demasiado cerrada a la mitad de la velocidad a la que íbamos—. Me ayuda a veces. —Volvió a sonreír—. Dicho de sea de paso, parece que quedó muy impresionado con usted en la fiesta del gobernador.

—Entonces ¿él también es un inquisidor? —pregunté. La cabeza todavía me daba vueltas. La risa de Amberley se parecía al sonido del agua que cae por las piedras. Negó con la cabeza.

—Buen Emperador, no. Es un comerciante independiente. ¿Qué demonios le hace creer que es un inquisidor?

—Algo que dijo un amigo —respondí, pensando que no volvería a creer nada más que pudiera decirme Divas. Aunque, para ser justo, debo decir que, después de todo, no se había equivocado tanto, y que no era responsable de mi febril imaginación.

—¿Y el de la barba? —Señalé al escriba que estaba inclinado hacia el compartimento del conductor manteniendo una animada conversación con Jurgen sobre los aspectos más sutiles del mantenimiento del Salamander.

—Caractacus Mott, mi sabio. —Sonrió con afecto—. Un pozo de información, útil en parte.

—A los otros ya los había conocido —dije señalando a Orelius, que había sacado un botiquín de primeros auxilios y estaba atendiendo a Rakel lo mejor que podía con un brazo herido—. ¿Y ella, qué problema tiene?

—No estoy muy segura —respondió con un relámpago de preocupación en su rostro. Más tarde descubriría que eso no era totalmente cierto. Tenía sus sospechas, pero la verdad sobre Jurgen tardaría aún algún tiempo en confirmarse.

* * *

Abreviando, llegamos de vuelta al cuartel general sin más incidentes y nos dispersamos para cumplir cada uno con sus obligaciones. Amberley partió con los sanitarios para asegurarse de que sus amigos fueran debidamente recompuestos, aunque, como habría de comprobar por mí mismo en posteriores ocasiones, tener a un inquisidor merodeando no les ayuda exactamente a concentrarse en detener una hemorragia o en lo que sea. Yo fui a darme una ducha y a cambiarme de ropa, pero todavía olía un poco a humo cuando Broklaw y los demás volvieron con la moral muy

alta.

—Tengo entendido que hicieron un buen trabajo —lo felicité mientras desembarcaba de su Chimera. Asintió, con la adrenalina un poco alta todavía.

—Eliminamos totalmente el nido. Y con un mínimo de bajas. —Se apartó para devolver el saludo a Sulla, cuyo rostro brillaba como si acabara de tener una cita—. Bien hecho, teniente. Fue un buen golpe.

—Me limité a preguntarme qué habría hecho el comisario —dijo ella.

En aquel momento yo no tenía la menor idea de qué estaban hablando, pero supuse que Sulla había tenido una actuación destacada, de modo que procuré parecer complacido. Más tarde resultó que había hecho algo descabellado que a punto había estado de costarle la vida, pero los soldados pensaban que era la heroína del momento, de modo que todo había resultado de lo mejor. Además, era el tipo de cosa que se suponía habría hecho yo, de modo que no pude recriminarla cuando se presentaron los partes, ¿no les parece?

—Y espero que hiciera todo lo contrario —repuse, y luego enarqué una ceja al ver su expresión—. Era una broma, teniente. Estoy seguro de que fuera cual fuese la decisión que haya tomado, era lo correcto en esas circunstancias.

—Eso espero —afirmó, repitiendo el saludo y marchándose a buen paso para ocuparse de los heridos de su pelotón. Broklaw la miró mientras se alejaba con expresión pensativa.

—Bueno, de todos modos funcionó. Además, es probable que nos haya ahorrado un montón de bajas, pero… —Se encogió de hombros—. Es probable que al final haga las cosas bien, si no consigue antes que la maten.

Sin duda tenía razón, aunque por entonces ninguno de nosotros podía saber lo lejos que llegaría. Como se suele decir: siempre son los que menos se espera[34].

Después de algunas palabras sin más trascendencia, nos fuimos. Broklaw a presentar su parte a Kasteen, y yo a por un trago.

* * *

Lo encontré en un apartado tranquilo en la parte trasera del Ala del Águila. El lugar estaba casi desierto, ofreciendo un marcado contraste con la visita que había hecho con Divas, pero supuse que sería todavía muy temprano para que aquello se animara. Además, la soledad venía bien a mi estado de ánimo. En mi corto paseo hasta el bar había notado que también las calles estaban desusadamente tranquilas, y que los escasos civiles con los que me había cruzado parecían nerviosos y se apartaban de mí en cuanto veían mi uniforme. Nuestra demostración de fuerza contra los rebeldes en Los Altos había puesto nervioso a todo el mundo, y daba la impresión de que el

sentimiento antiimperialista se había fortalecido.

No puedo decir que los culpara del todo. De haber sido yo un gravalaxiano probablemente pensaría que por azulados, calvos y chalados que fueran los tau, al menos no habían volado parte de la ciudad. De haber sido posible, mi opinión sobre Grice habría decaído aún más por ordenarnos intervenir.

Cuando el amasec empezó a hacer efecto, me encontré pensando en los acontecimientos de la tarde. Ésa es la consecuencia que tiene sobre mí el escapar por los pelos de la muerte: empiezo a pensar en mi propia mortalidad y me pregunto qué diablos estoy haciendo en un trabajo en el que constantemente estoy al borde de que me maten. La respuesta, por supuesto, es que no tuve otra opción, ya que los asesores de la Schola Progenium decidieron que yo era carne del Comisariado, y así fue[35].

Me estaba dejando caer en un estado de melancolía y pesimismo perversamente reconfortante cuando una sombra se proyectó sobre mí.

—¿Le molesta si me siento aquí? —preguntó una voz meliflua.

Por lo general nunca rechazo la compañía femenina, como ya sabrán si han leído lo suficiente de estas memorias, pero en aquel momento lo único que me apetecía era que me dejaran solo para contemplar la injusticia del universo envuelto en una niebla de autoconmiseración y alcohol. Sin embargo, nunca es prudente desairar a un inquisidor, de modo que señalé el asiento que había al otro lado de la mesa y disimulé todo lo que pude mi sorpresa. Había tenido tiempo de refrescarse y cambiarse, poniéndose, según pude observar, un vestido color gris niebla que sacaba el mejor partido a sus colores naturales.

—Por supuesto. —Hice un gesto a la camarera, que pareció algo decepcionada al acudir a servirnos—. Otros dos, por favor.

—Gracias. —Amberley dio unos delicados sorbos a la bebida, traicionando con un leve mohín lo que pensaba de su calidad, antes de volver a colocar la copa sobre la mesa y mirarme con curiosidad. Traté de evitar sus ojos azules sin fondo, pero luego me di cuenta de que realmente no era eso lo que quería—. Es usted un hombre notable, comisario.

—Eso dicen. —Esperé un instante antes de sonreír—. Aunque no puedo decir que esté de acuerdo. —Amberley alzó un lado de la boca con expresión inequívocamente divertida.

—Oh, sí, la modesta rutina del héroe. Eso se lo sabe al dedillo, sin duda. —Vació de un trago el resto de su copa e hizo señas de que le trajeran otra, dejándome totalmente atónito. Su sonrisa se ensanchó—. ¿Y qué viene a continuación: «Soy sólo un humilde soldado», o «Puede creerme, soy un sirviente del Emperador»?

—No estoy seguro de qué es lo que insinúa… —protesté, pero ella me interrumpió con una risita.

—Vaya, auténtica indignación. Hacía tiempo que no la veía. —Cogió unos frutos

secos del cuenco que había sobre la mesa, alguna variedad local que no reconocí, y me sonrió con aire totalmente pícaro—. Anímese, comisario, sólo le estoy tomando el pelo.

Sí, claro, pensé, y haciéndome saber de paso que puede ver a través de todas las pequeñas tretas manipuladoras que tengo en mi repertorio. Algo de esto debe de haberse reflejado en mi cara, porque su expresión se suavizó.

—Ya sabe, puede intentar mostrarse como es.

La idea me aterraba. Había pasado tanto tiempo ocultándome detrás de máscaras que ya no estaba seguro de que hubiese un auténtico Ciaphas debajo de ellas. Más bien creía que lo único que quedaba era un pequeño envoltorio de egoísmo. Entonces me golpeó una idea aún más aterradora: ¡ella podía darse cuenta de lo que estaba pensando! ¡Todo lo que había tratado de ocultar sobre mi fraudulenta reputación quedaría al descubierto para ella y para la Inquisición…! ¡Por las entrañas del Emperador!

—Relájese. No soy una psíquica. Sólo se me da bien leer a la gente. —Vio cómo me dejaba caer en mi asiento, aliviado, sin intentar siquiera ocultarlo, y la leve diversión volvió a aparecer en el fondo de sus ojos—. Todo lo que piense que puedo averiguar está seguro, y seguirá estándolo. A menos que me dé una razón para empezar a buscarlo.

—Trataré de no hacerlo —prometí, levantando mi copa con mano temblorosa.

—Me alegro de oírlo —su sonrisa volvía a ser cálida—, porque esperaba que pudiera ayudarme.

—¿Ayudarla con qué? —pregunté, casi seguro de que la respuesta no iba a gustarme.

* * *

La sala de conferencias estaba menos llena esta vez, aunque puesto que dos de los presentes eran el general supremo Zyvan y una inquisidora que ya había dejado perfectamente claro que era quien mandaba, me parecía abarrotada. La única otra persona que había allí era Mott, el anciano sirviente, que estaba sentado en actitud alerta y de vez en cuando se hurgaba en una melladura que un tecnosacerdote con prisas le había dejado en la pierna izquierda por falta de tiempo para terminar debidamente la reparación cuando llegó la convocatoria para la reunión.

—Gracias por unirse a nosotros, comisario. —Amberley me regaló una sonrisa que parecía auténticamente cálida, aunque siendo yo mismo un manipulador experimentado, no estaba muy seguro de hasta qué punto podía fiarme de ella. Zyvan me saludó con una inclinación de cabeza, contento también de verme.

—Hola otra vez —sonrió Mott, cuyos ojos pardos sorprendentemente transparentes resplandecían detrás de su barba excesiva. Evidentemente no había tenido tiempo de quitarse de encima el olor de humo que tenían su pelo y su ropa, o a lo mejor ni siquiera le importaba—. Nos ha causado muchos inconvenientes, joven. Aunque supongo que no tenía por qué saberlo.

—¿Saber qué? —pregunté, tratando de restar perentoriedad a la pregunta. Había cogido un par de bocadillos para tratar de contrarrestar el alcohol que había bebido, y había hecho que Jurgen me trajera un recafeinado, pero entre el amasec y la reacción a las aventuras del día, me zumbaba la cabeza.

—Todo a su tiempo. —Amberley sonrió con indulgencia al marchito sabio—. Caractacus tiene tendencia a despejar todas las dudas a la menor ocasión.

—Cuando se llega a mi edad, no hay tiempo que perder en ellas —respondió, sonriendo a su vez. Me di cuenta de que todo esto formaba parte de una familiaridad cordial entre ellos, lo cual hablaba a las claras de la confianza que la inquisidora tenía puesta en él y de lo prolongado de su asociación. El hombre se volvió hacia mí—. Lo cual me recuerda que debo darle las gracias por acudir en nuestra ayuda. Fue muy oportuno.

—Fue un placer —dije.

—Entonces tiene usted una idea sumamente perversa de lo que es la diversión. Debería salir más.

Amberley negó con la cabeza y me miró enarcando una ceja, en un gesto exagerado de exasperación.

—En estos tiempos no es corriente que te ayuden —dijo.

No se me ocurrió una respuesta adecuada, de modo que no dije nada. Jamás había tenido la menor idea de cómo se suponía que era un inquisidor, aunque como la mayor parte de la gente, tenía una vaga impresión de algún psicópata temible que se abría camino a golpe de asesinatos entre los enemigos del Emperador. Amberley, en cambio, parecía ser todo lo contrario. Tenía su vena implacable, por supuesto, como habría de descubrir en el transcurso de nuestra larga relación, pero por entonces, aquella joven alegre, burlona, con un extraño sentido del humor, parecía tan ajena a la concepción general preconcebida de su profesión como era posible[36]. Zyvan carraspeó.

—Inquisidora, ¿le parece que pasemos a ocuparnos de lo que nos ha traído aquí?

—Por supuesto. —Activó el hololito sintonizándolo en el punto justo para enfocar la imagen—. Ni qué decir tiene que todo lo que aquí vea y oiga es absolutamente confidencial, comisario.

—Por supuesto —asentí.

—Bien. Odiaría tener que matarlo. —Volvió a sonreír, y me pregunté si aquello sería o no una broma. Hoy en día estoy totalmente seguro de que no lo era en

absoluto.

»Por si no ha estado prestando atención —prosiguió—, soy agente del Ordo Xenos. ¿Sabe lo que significa eso?

—¿Se ocupa de los alienígenas? —dije tanteando. Por aquel entonces tenía una idea muy vaga de que la Inquisición estaba dividida en múltiples ordos con áreas específicas de interés y responsabilidad, pero era una deducción muy fácil de hacer. Amberley asintió con la cabeza como muestra de aprobación.

—Exactamente —afirmó.

—Bueno, casi en todo —intervino Mott con ánimo colaborador—. Hubo aquel culto del Caos, en Arcadia Secundus y los herejes de Ghore…

—Gracias, Caractacus —lo interrumpió Amberley como diciendo «calla, maldita sea».

Yo no tardaría en descubrir que ser un hombre sabio significaba estar obsesionado con los detalles y las trivialidades y toda la pedantería que eso conlleva. Imaginen al camarero más sabelotodo que puedan haber conocido y que tiene la maldita compulsión de largar todo lo pertinente a cualquier tema que surge en la conversación cuando uno está en medio de ella. Aunque a veces podía resultar sumamente incordiante, llegó a ser una buena compañía, a su modo, cuando llegué a conocerlo, especialmente porque entre sus dotes se contaba una intuición excelente para la probabilidad que nos resultó muy conveniente en numerosos establecimientos de juego a lo largo de los años.

Amberley seleccionó en el hololito un diagrama estelar que reconocí sin gran dificultad ya que lo había visto reproducido de forma mucho menos pormenorizada en la placa de datos a la que había echado un vistazo antes de aterrizar en el planeta.

—El golfo de Damocles —dije, y ella asintió.

—Estamos aquí. —Señaló el sistema Gravalax, aparentemente solo y aislado en los confines del espacio imperial—. ¿Le llama la atención algo sobre la topografía de la región?

—Estamos cerca de la frontera tau —dije, tratando de ganar tiempo mientras estudiaba las imágenes. Era indudable que no iba a aludir a algo tan obvio. Varios de los sistemas vecinos estaban señalados con iconos azules que indicaban que se trataba de mundos dominados por los tau. A decir verdad, prácticamente tenían rodeada nuestra posición actual, y sólo una estrecha cadena de amistosas balizas amarillas nos conectaban al acogedor puerto del espacio imperial—. Demasiado cerca —concluí—. Si tuviéramos que librar una guerra aquí, nuestras líneas de abastecimiento serían demasiado endebles para inspirarnos confianza.

—Precisamente —Zyvan asintió con aprobación y señaló un par de cuellos de botella—. Podrían cerrarnos el paso aquí y aquí sin el menor problema. Quedaríamos bloqueados durante meses mientras que ellos podrían reabastecerse a su antojo de

cuatro sistemas por lo menos.

—Y ése es el motivo por el cual nos urge tanto evitar una guerra a gran escala por esta miserable bola de barro —declaró Amberley—. El esfuerzo de conservarla implicaría la participación de los activos navales de al menos tres sectores sólo para asegurar nuestras líneas de abastecimiento, y tendríamos que canalizar hacia aquí unidades de la Guardia y del Astartes de todo el Segmentum. En pocas palabras: no vale la pena.

Si dijera que me quedé atónito me quedaría corto. Siempre se había aceptado como artículo de fe que los sagrados dominios del Imperio debían mantenerse libres de contaminación alienígena fuera al coste que fuera, y aquí teníamos nada menos que a una inquisidora y el propio general supremo, aparentemente satisfechos con dejar que los tau se adueñaran del lugar. Bueno, yo no tenía ningún problema al respecto, especialmente si eso me mantenía lejos de la línea de fuego, de modo que asentí prudentemente.

—Presiento que ahora llega el «pero» —apunté.

—Cierto —asintió Zyvan, evidentemente complacido con mi astucia—. Tampoco podemos aceptar que los pequeños azulados amantes de los grox lleguen y se apoderen del lugar. Eso equivaldría a darles una imagen equivocada. Ya se están asomando a todos los mundos del sector y preparándose para permanecer allí. Si les dejamos apoderarse de Gravalax sin oponer resistencia, pensarán que la mitad del Segmentum está a su disposición.

—Pero podríamos vencerlos a la larga —dije, tratando de no imaginar las décadas de sufrimiento que eso implicaría al enfrentarse el poder abrumador del Imperio a la tecnobrujería de los tau. Sería el mayor baño de sangre desde la cruzada de los Mundos de Sabbat.

—Podríamos llegar a hacerlo —asintió Amberley con gesto grave—, si fueran la única amenaza a la que tuviéramos que enfrentarnos. —Amplió el campo de visión hasta que los sistemas quedaron en el centro del hololito y otros nuevos aparecieron en los extremos del campo de proyección. Había varios sistemas marcados con rojo. Reconocí a uno de ellos como Corania, y después, un momento más tarde, identifiqué el sistema Desolatia, donde había tenido mi bautismo de sangre contra una horda tiránida hacía ya más de una década.

—En los últimos años han aumentado los ataques de tiránidos en esta región de la galaxia —dijo Zyvan—. Pero eso seguro que usted lo sabe ya.

—He presenciado unos cuantos —admití.

—Hay un patrón —intervino Mott—. No está claro todavía, pero indudablemente va tomando forma[37].

—Nuestro mayor temor es que puedan ser la avanzadilla de una nueva flota enjambre —dijo Amberley con preocupación. Traté de imaginar semejante cosa y se

me pusieron los pelos de punta. Las hordas con las que me había topado antes eran débiles, los supervivientes desperdigados de la flota enjambre de Behemoth que había sido dispersada hacía siglos, pero seguían siendo esquirlas ponzoñosas clavadas en el cuerpo del Imperio. A pesar de lo venidas a menos que estaban, todavía eran capaces de superar a un mundo escasamente defendido e iban adquiriendo fuerza con cada uno que consumían. La perspectiva de enfrentarme a una flota renovada con recursos casi ilimitados resultaba simple y llanamente aterradora.

—Roguemos que se equivoque usted —dije. Por desgracia, tal como ahora sabemos, ella acertaba por partida doble, y la realidad superaba con mucho las peores expectativas que pudiéramos tener.

—Que así sea —Zyvan hizo la señal del aquila—, pero si no se equivoca, esas naves y esos hombres serán necesarios para defender el Imperio. Y no son sólo los tiránidos… —Dejó la frase sin terminar cuando Amberley le lanzó una mirada asesina. Era evidente que no se me debía poner al tanto de todo.

—Necrones —aventuré, sacando una conclusión obvia. Señalé el mundo necrópolis del que había tenido la suerte de escapar hacía un par de años—. No son lo que se dice unos xenos de lo más amistosos. Y aparecen cada vez con más frecuencia si hemos de guiarnos por estos iconos de contacto. —Señalé un par más en la misma escritura color púrpura.

—Eso no son más que especulaciones, comisario —manifestó Amberley con un claro tono de advertencia en su voz.

—Un doscientos setenta y tres por ciento de aumento en probables contactos de necrones a lo largo del último siglo —asintió Mott con entusiasmo—. Sólo el veintiocho por ciento plenamente confirmados, sin embargo. —Por supuesto, eso se debía a que la mayoría de los contactos no habían dejado supervivientes.

—Sea como sea —dijo Amberley—, el hecho es que los recursos que consumiríamos librando una guerra por Gravalax podrían ser necesarios en otra parte, y si nos vemos obligados a usarlos ahora quedaríamos fatalmente debilitados.

—Lo que todavía deja en pie las preguntas de quién sería lo bastante loco como para tratar de provocar semejante guerra y de qué podría pretender ganar con ello —intervine, ansioso de demostrar que estaba prestando atención.

—Eso es precisamente lo que la inquisidora vino a averiguar —me aseguró Zyvan.

—No exactamente. —Amberley apagó la pantalla hololítica, probablemente para impedir que sacara más conclusiones sobre lo que nos amenazaba desde las tinieblas exteriores—. Lo que atrajo nuestra atención fue el aumento en la influencia tau sobre Gravalax, y las actividades de algunos comerciantes independientes que al parecer se estaban lucrando con ello. Yo he venido a investigar eso y a evaluar la lealtad del gobernador.

—Por eso hizo usted que Orelius lo presionara para que le otorgara concesiones

comerciales —dije. La moneda había caído de repente—. Quería ver si él tenía alguna influencia sobre los tau.

—Eso es —asintió con una sonrisa, como un tutor de la schola cuyo alumno menos prometedor acabara de recitar completo el catecismo de abjuración—. Es usted realmente astuto para ser soldado.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —preguntó Zyvan con cuidado de no mostrarse ofendido por la observación.

—Todavía lo estoy considerando —admitió la mujer—. Sin duda es un hombre débil, tal vez corrupto, e innegablemente necio. Ha permitido que la influencia alienígena echara raíces demasiado profundas aquí como para poder arrancarlas sin un esfuerzo considerable. Pero ya no es nuestra preocupación principal.

—¿Se refiere a los conspiradores? —pregunté—. ¿A quienquiera que sea que esté tratando de provocar una guerra por esto?

—Precisamente —asintió, dedicándome otra sonrisa que, al menos era lo que a mí me habría gustado, se parecía mucho a un elogio—. Otra astuta deducción por su parte.

—¿Tiene usted alguna idea sobre sus identidades? —inquirió Zyvan.

Amberley negó con la cabeza.

—No son pocos los enemigos que se beneficiarían de un debilitamiento de la presencia imperial en este sector —dijo con una mirada de advertencia a Mott, que parecía a punto de enumerarlos a todos—. Entre ellos los propios tau. —El anciano se resignó con visible decepción—. Pero quienquiera que sea, es indudable que funciona a través de la facción xenoísta de este planeta y las unidades de la FDP a las que controlan. Por suerte, parece ser que la Guardia les ha sacado las muelas sin arrastrar a los tau, de lo cual podemos estar agradecidos.

Zyvan y yo aceptamos el cumplido implícito sin comentarios.

—¿Cómo va la investigación sobre el asesinato del embajador? —pregunté—. Si encuentran al asesino, encontrarán a los conspiradores, ¿no le parece?

—Es probable. —Amberley asintió con la cabeza—. Pero por el momento no tenemos sospechosos. La autopsia reveló que lo habían matado con una pistola bólter imperial a bocajarro, pero eso ya lo sabíamos, y la mitad de los asistentes a la fiesta llevaban una. Nuestra mejor pista sigue siendo la conexión xenoísta.

—O lo era —chilló Mott dirigiéndome una mirada de censura—, hasta que este joven le prendió fuego.

—¿Perdón? —inquirí, mirándolo con expresión confundida.

—Debería pedir perdón, sí —dijo sin rencor.

Amberley suspiró.

—Los Arbites locales han estado vigilando a los grupos xenoístas más activos. Uno de ellos solía mantener reuniones en aquel almacén, de modo que fuimos a

comprobarlo.

—Y encontraron algo más de lo que esperaban —aventuré con ánimo de ayudar. Ella asintió.

—Así es. Encontramos un pasadizo hacia la ciudad subterránea.

—Una indudable sorpresa —confirmó Mott—. Aunque dada la cantidad de arquitectura de influencia tau relativamente nueva de la ciudad en su conjunto, encontrar un acceso no era algo totalmente inesperado.

Supongo que debo de parecer ingenuo, pero hasta ese momento jamás se me había ocurrido que no hubiese una ciudad subterránea, siendo como es una parte esencial de toda colmena. Deben saber que la mayor parte de las ciudades imperiales tienen miles de años de antigüedad. Cada generación ha construido sobre los restos de la anterior, dejando un laberinto de túneles de servicio y estancias abandonados debajo del nivel más reciente de calles y edificios, a menudo de decenas, o incluso centenares de metros de profundidad. Mayoh, por el hecho de estar tan escasamente poblada para lo que son las ciudades imperiales, no tenía una capa tan gruesa por debajo, pero yo había dado por sentado que poseía el mismo laberinto de cloacas y pasadizos por debajo de los pies de sus ciudadanos que cualquier otra área urbana de las que yo conocía.

—Parece un buen lugar para planear una sedición —reconocí.

—Ideal —coincidió Amberley—. Como descubrimos a nuestra costa.

—Nos tendieron una emboscada —dijo Mott—. Pero no antes de determinar que el sistema de túneles es sumamente extenso.

—¿Una emboscada? ¿De quiénes? —preguntó Zyvan.

—Ah, ésa es la cuestión. —Amberley ladeó la cabeza con expresión burlona—. Fueran quienes fueran, iban bien armados y estaban bien entrenados. A duras penas salvamos el pellejo.

—Tomas y Jothan no tuvieron tanta suerte —le recordó Mott, y a ella se le ensombreció la expresión durante un momento.

—Su sacrificio será recordado —dijo de la manera maquinal en que lo hace la gente que no siente lo que dice—. Sabían cuáles eran los riesgos.

—¿Más desertores de la FDP? —preguntó Zyvan.

—No lo creo. —Negué con la cabeza—. Mi asistente y yo les echamos una buena mirada a varios de ellos. Definitivamente eran civiles.

—O al menos iban vestidos como tales —intervino Mott—. Que no tiene por qué ser lo mismo.

—En cualquier caso —dijo Amberley, decidida—, necesitamos más información. Y sólo hay un lugar donde podemos conseguirla. —Se me empezó a hacer un nudo en el estómago por el presentimiento.

—La ciudad subterránea. —Fue Zyvan quien lo dijo, y la inquisidora asintió.

—Exactamente. Y es por eso que necesito su ayuda.

—Lo que sea, por supuesto. —Zyvan abrió las manos—. Aunque no veo con claridad…

—Mi comitiva está fuera de combate, general. Y yo no soy tan necia como para emprender una expedición de esta naturaleza totalmente sola. —Bueno, eso estaba claro—. Quisiera pedir la ayuda de una parte de su Guardia.

—Claro, por supuesto —concedió Zyvan—. No se puede confiar demasiado en la lealtad de la FDP.

—Exacto —volvió a asentir ella.

—¿Cuántos hombres quiere? —preguntó Zyvan—. ¿Un pelotón, una compañía?

—No. —Amberley negó con la cabeza—. Tendremos que movernos con rapidez y sigilo. Un equipo de combate. Y el comisario para comandarlos. —Volvió a fijar en mí esos ojos fulgurantes y a sonreír—. Estoy segura de que su magnífica reputación estará a la altura del desafío.

No lo estaba, pueden estar seguros, pero no podía negarme a una petición directa de una inquisidora, ¿no les parece? (Aunque, de haber sabido en qué me metía, lo hubiera intentado con todas mis fuerzas). Así pues, asentí y traté de dar impresión de seguridad.

—Puede contar conmigo —afirmé con toda la sinceridad que fui capaz de fingir, aunque por la sonrisa que alzó un extremo de su boca me di cuenta de que no la había engañado ni un segundo.

—Me alegra oírlo —replicó—. Tengo entendido que su regimiento tiene amplia experiencia en guerra urbana, de modo que creo que serán los más idóneos.

—Pediré voluntarios —dije.

—No es necesario —negó ella con la cabeza, y me deslizó una placa de datos por encima de la mesa. La cogí y empecé a sentir un cosquilleo premonitorio en las palmas de las manos—. Usted ya ha asignado a algunos.

Eché una mirada a la lista de nombres, aunque ya la conocía antes de leerla, del mismo modo en que se puede ver una avalancha incluso antes de que las rocas empiecen a deslizarse. Kelp, Trebek, Velade, Sorel y Holenbi. Los cinco soldados del planeta en los que menos confiaba para guardarme las espaldas, a menos que fuera para clavarme una bayoneta. Alcé la cabeza.

—¿Está segura, inquisidora? No puede decirse que estos soldados sean precisamente de fiar…

—Pero son los más prescindibles —me aseguró con una mueca burlona y aquella luz equívoca en el fondo de los ojos—. Y estoy segura de que usted puede mantenerlos a raya.

Así pues, era oficial. Se trataba de una misión suicida. Tragué saliva y la boca se me quedó seca de repente.

—Puede contar con ello —dije, preguntándome cómo, en el nombre del Emperador, iba a salir de ésta.



DIEZ

¿Confianza? La confianza no tiene nada que ver con esto. De lo que se trata es de no perderlos de vista.

General Karis, tras prometer pleno acceso a su búnker de mando a los comandantes locales de la FDP en Vortovan.

—¿Está seguro de esto, comisario? —me preguntó Kasteen, evidentemente tan preocupada como yo por la perspectiva. Ella y Broklaw se habían reunido conmigo en mi oficina por petición mía y los había puesto al tanto de la misión que me había asignado Amberley hasta donde me estaba permitido. Solté un hondo suspiro.

—No, claro que no —admití—, pero la inquisidora insistió: ésos son los soldados que quiere.

—Bueno, será mejor que se los demos —dijo Broklaw—. Al menos así nos los sacaremos de encima. —Kasteen asintió. La perspectiva sin duda la alegraba.

—Es cierto —confirmó.

Mis denodados intentos de conseguir su traslado a una legión penal fueron infructuosos; el Munitorum se mostró tan lento y obstruccionista como de costumbre y no mostró la menor inclinación a mandar una nave hasta aquí sólo para recoger a un puñado de carne de cañón. Normalmente, eso no habría sido un problema. Seguramente habría encontrado espacio en el siguiente carguero que partiera de Gravalax, pero este planeta no es precisamente el centro del Segmentum, e incluso la escasa capacidad de transporte que solía haber se acabó cuando la situación política se deterioró. Aun cuando el peor de los escenarios que vi en el hololito no se hubiera producido, daba la impresión de que iba a cargar con los cinco delincuentes hasta que volviéramos al espacio imperial, para lo cual, tal como iban las cosas, faltarían meses todavía.

Lo cual venía a significar que iban a ser responsabilidad nuestra en un futuro previsible, que no era exactamente lo que yo me había propuesto cuando conseguí

disuadir a Parjita de montar su escuadrón de fusilamiento a bordo del *Cólera Justa*.

—Y por añadidura —prosiguió Broklaw animadamente—, no perderemos a nadie a quien podamos echar de menos. —Se paró en seco al darse cuenta de lo que acababa de decir, presa de un azoramiento que podría haberme parecido cómico en cualquier otra circunstancia—. No es su caso, comisario, como es obvio. Quiero decir que a usted sí lo echaríamos de menos, pero estoy seguro de que no será así. De que no tendremos motivos, quiero decir. Usted volverá.

—Eso pretendo —dije, con más confianza de la que sentía.

Todavía no había podido pensar en una razón creíble para escabullirme de aquella misión, de modo que me sometí a lo inevitable y me dediqué a encontrar la manera de asegurar mi propia supervivencia. No se podía confiar en ninguno de los soldados, eso era innegable, pero Amberley parecía bastante tranquila, de modo que mi apuesta más sólida era mantenerme pegado a ella y esperar que tuviera algún plan. Por otra parte, era probable que los infortunados guardaespaldas de Orelius hubieran pensado lo mismo. Como la mayor parte de los habitantes de las colmenas, yo me sentía bastante a mis anchas en un complejo de túneles, a menos que hubiera alguien disparándome, con lo cual era posible que lo más prudente fuera perderme convenientemente a la menor oportunidad y volver al recinto cuando hubiera pasado un tiempo razonable. Claro que si hacía eso y Amberley sobrevivía, no estaría precisamente contenta conmigo, eso por decir poco, y la perspectiva de ponerse a mal con un inquisidor no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

El resultado de todo esto fue que me pasé una larga noche en vela pensando en mis inexistentes opciones hasta que, por puro agotamiento, me sumí en un sueño lleno de pesadillas en el que huía de relucientes asesinos metálicos por corredores interminables y masas grises de escoria tiránida se lanzaban sobre mí como una marea letal mientras una seductora de ojos verdes trataba de sorberme el alma en nombre del poder del Caos al que rendía culto[38].

Y probablemente algunos otros que me alegro de no haber recordado al despertarme.

Jurgen apareció a mi lado, precedido por su fétido olor habitual, y me sirvió el consabido cuenco de infusión de hojas de tanna, pero en lugar de retirarse como hacía normalmente, se quedó junto a mi escritorio, vacilante.

—¿Hay algo más, Jurgen? —pregunté, creyendo que se trataría de alguna consulta de rutina sobre papeleo con el que no podía entretenerme. Si iba a morir hoy, no estaba dispuesto a dedicar mis horas finales a llenar formularios por triplicado. Y si no era así, lo cual juré ante el Emperador que iba a procurar hasta el final de mis malditas fuerzas, él podría encargarse de ello mientras yo estuviera fuera. Ése se suponía que era el trabajo de un asistente, al fin y al cabo. Se aclaró la garganta, y el sonido espeso de sus flemas a punto estuvo de hacer vomitar a Broklaw.

—Me gustaría ir con usted, señor —dijo por fin—. Yo no me fiaría más de esos descerebrados que de un baneblade, si me permite decirlo, y me sentiría mucho mejor si me permitiera guardarle las espaldas.

Aquello me conmovió, no me importa admitirlo. A esas alturas llevábamos casi trece años de campaña juntos y habíamos hecho frente a innumerables peligros, pero su lealtad nunca dejaba de sorprenderme, tal vez porque lo más cerca que estuve yo mismo de ese concepto fue cuando lo busqué en el diccionario.

—Gracias, Jurgen —dije—, sería un honor. —Un leve rubor le subió desde debajo del cuello de la camisa que, como de costumbre, llevaba abierta y manchada con algo que parecía comida. Kasteen y Broklaw también parecieron debidamente impresionados.

—Entonces será mejor que vaya a prepararme. —Hizo un saludo somero, se volvió con lo más parecido a la precisión que haya visto en él alguna vez, y se marchó cuadrando los hombros.

—Admirable —dijo Broklaw.

—Tiene un acendrado sentido del deber —comenté, sintiéndome levemente optimista sobre mis oportunidades de supervivencia por primera vez desde que Amberley había dejado caer su bomba. Nos habíamos visto juntos en algunas situaciones difíciles a lo largo de los años, y sabía que podía confiar en él sin reservas, lo cual es más de lo que podía decir de cualquiera de los que formaban parte del equipo.

—Es un hombre valiente —apuntó Kasteen, aparentemente sorprendida por la idea. La mayoría trataba de evitarlo, desalentada por su aspecto y su olor corporal y por la leve sensación de incorrección que lo rodeaba, pero yo llevaba tanto tiempo con él que me había acostumbrado a ver sus virtudes ocultas dejando de lado su apariencia. Eso a pesar de ser yo la última persona de la que se esperaría que las apreciara.

—Supongo que lo es —corroboré.



—Bueno, ahí los tiene —dije—. Son todos suyos.

Amberley hizo un gesto afirmativo y recorrió la fila de soldados mirándolos a los ojos uno por uno. Eran el grupo más ceñudo del que tengo recuerdo, y nos miraban a su vez sin decir nada.

Había hecho que los reunieran en uno de los cobertizos de avituallamiento de nuestro sector del recinto a paso redoblado, y observé con satisfacción que ninguno de ellos parecía haberse quedado sin aliento, o sea, que las semanas que habían pasado

en confinamiento no los habían dejado tan fuera de forma como yo temía. Claro que supongo que no habían tenido mucho más en que entretenerse que en hacer ejercicio. Parecieron levemente sorprendidos cuando despedí a los guardias, excepto Sorel, cuya expresión no mostraba el menor cambio sucediera lo que sucediese, y me miraron a mí, que estaba reclinado con aire displicente sobre un cajón.

—Les prometí una oportunidad de redención —expliqué—, y esa ocasión ha llegado. —Eso consiguió atraer su atención. Velade parecía algo desconfiada, y Holenbi tan desconcertado como de costumbre, e incluso Sorel pareció un poco más interesado de lo habitual. Kelp y Trebek se limitaban a mirarme, pero al menos no parecían inclinados a lanzarse otra vez el uno sobre el otro. Tal vez fuera mi carisma personal, o mi inmerecida reputación, pero lo más probable es que fuera la pistola láser que llevaba en la cartuchera sobre la cadera y que había dejado visiblemente abierta para poder sacarla con rapidez. Le hice un gesto a Amberley, que salió de entre las sombras. La capa negra que llevaba la había mantenido prácticamente invisible hasta que se movió—. Ésta es la inquisidora Vail, que tiene una pequeña misión para nosotros.

Velade lanzó un respingo cuando Amberley alzó la mano y su electoo se activó con un destello. Vestida de negro como iba era la encarnación de la imagen popular de un inquisidor, muy diferente de la de cantante de locales sofocantes que yo había visto la primera vez o de la de joven alegre que había llegado a conocer más tarde, y podría decir que la mayoría de ellos se sintieron realmente intimidados.

—¿Qué clase de misión? —preguntó Trebek. Esperé que fuera Amberley quien respondiera, pero después de un momento me di cuenta de que dejaba en mis manos la tarea de informarlos. No es que yo supiera mucho más que los demás, pero estaba dispuesto a contarles lo que sabía. Cuanto más tiempo vivieran, más podría ocultarme tras ellos de cualquier cosa que nos acechase en aquellos túneles subterráneos.

—Reconocimiento —dije—. En la ciudad subterránea. Se espera resistencia.

—¿Resistencia de quiénes? —preguntó Trebek.

—Eso es lo que se supone que debemos averiguar —dije, encogiéndome de hombros.

—Supongo que no se espera que sobrevivamos —intervino Kelp.

Amberley lo miró a los ojos.

—Eso más bien depende de ustedes —replicó—. El comisario sin duda aspira a ello. Espero que sigan su ejemplo.

—De todos modos, eso no va a cambiar las cosas para nosotros, ¿verdad? —preguntó Velade con sorprendente vehemencia—. Aunque salgamos vivos de ésta sólo nos esperará otra misión suicida.

—En su lugar, yo me preocuparía de eso más tarde —respondí. Pero Amberley se limitaba a asentir lentamente, como si estuviera siendo razonable. Yo, sin duda, no

me habría atrevido a replicarle a una inquisidora de haberme encontrado en su pellejo, pero supongo que ella pensaba que no tenía nada que perder.

—Buena observación, Griselda —manifestó Amberley. Velade y los demás parecieron un poco desconcertados por el uso que había hecho del nombre de pila. Reconocí la técnica como un sutil recurso de manipulación psicológica y agradecí la oportunidad de observar el trabajo de un experto. De pronto, Amberley sonrió, una muestra más de su personalidad veleidosa—. Está bien. Necesitan un incentivo. Si consiguen volver de una pieza, tienen mi palabra de que serán trasladados a una legión penal. ¿Qué les parece?

Por lo que a mí respecta, un verdadero suplicio. El papeleo en sí mismo sería una pesadilla, por no mencionar los problemas para la moral y la disciplina que indudablemente traería aparejados la integración de semejante ralea de insubordinados en una compañía. De todos modos, no estaba dispuesto a dejar que minara mi propia autoridad al conseguir que una inquisidora me hiciera callar en público, de modo que guardé silencio. Tal vez pudiera conseguir que los trasladasen a otro lugar, o que los asignaran allí donde no pudieran causar problemas una vez que ella se hubiera marchado. Sin duda a la FDP local podría venirle bien un grupo bien entrenado en cuanto hubiéramos terminado con este follón, y era poco probable que volviéramos alguna vez a Gravalax…

—¿Todos nosotros? —preguntó Holenbi, evidentemente sin dar crédito a sus oídos.

Amberley se encogió de hombros.

—Bueno, ella fue la primera que preguntó, pero supongo que sí. De no ser así no sería un verdadero incentivo para el resto de ustedes, ¿no les parece?

Nadie respondió, de modo que retomé la sesión informativa.

—Un número indeterminado de hostiles está parapetado ahí abajo. Nuestra tarea consiste en averiguar cuántos son, cuál es su disposición y qué es lo que se proponen.

—¿Contamos con un mapa de los túneles? —quiso saber Kelp. Bueno, al menos parecía que se estaban centrando en la misión. Me volví hacia Amberley.

—¿Inquisidora? —pregunté. Ella negó con la cabeza.

—No. No nos adentramos mucho la primera vez antes de vernos obligados a retirarnos. Nosotros tenemos muy poca idea de su extensión y de lo que hay ahí abajo.

—¿Quiénes son «nosotros»? —inquirió Trebek.

—Mis asociados y yo —respondió Amberley.

Trebek echó una mirada significativa en derredor.

—Yo sólo la veo a usted.

—Los demás resultaron heridos. Por eso los necesito a ustedes. —No mencionó a los muertos, y pensé que tal vez fuera mejor. De todos modos no iba a engañar a los

soldados. Sabían lo suficiente sobre la lucha con armas de fuego en lugares cerrados como para darse cuenta de que no todos los que habían bajado allí habrían salido con vida.

—Recapitulando —intervino Kelp—. Lo que usted quiere es que bajemos a un laberinto del que no hay mapas a buscar algo que usted cree que podría haber allí pero no sabe qué es, protegido por un número indeterminado de guardias fuertemente armados y que la última vez que lo intentó usted fue la única que consiguió salir de una pieza.

—Más o menos así es —admitió Amberley alegremente—. Pero se olvida usted de algo.

—¿De qué? —pregunté, con la seguridad de que la respuesta no me iba a gustar.

—Ahora saben que vamos a por ellos. —Amberley sonrió como si fuera una broma increíble—. De modo que esta vez nos estarán esperando.

—Otra pregunta. —Sorel abrió la boca por primera vez quebrando el sombrío silencio—. A pesar de su generosa oferta es evidente que nos ha elegido a nosotros porque somos prescindibles. —Su voz, al igual que sus ojos, carecía de relieve y de color—. Supongo que no espera que haya muchos supervivientes después de esta pequeña excursión.

—Como ya dije antes, eso depende de ustedes. —Amberley lo miró fijamente—. Yo tengo intención de volver, y el comisario también. —Al menos en eso tenía razón —. ¿Y cuál es su pregunta?

—¿Qué nos impide a cualquiera de nosotros meterle un disparo en la cabeza y borrarnos del mapa a la primera de cambio? —Su gélida mirada recorrió a los demás prisioneros—. No me vais a decir que no pensáis en eso.

—Buena observación —sonrió Amberley recuperando su expresión divertida. Sorel no dio la menor muestra de que eso lo hubiera desconcertado, pero sí los demás. La inquisidora señaló con el pulgar en mi dirección—. Ahí está el comisario para acudir antes de que puedan herirme, por supuesto.

—Y yo no vacilaré en ejecutar a cualquiera de ustedes al menor indicio de que alberguen semejante intención —prometí. Y lo haría porque tendrían que matarme a mí también si querían salirse con la suya, y eso era una consecuencia muy poco deseable desde mi punto de vista.

—Y aunque acabaran con nosotros dos —el tono divertido había desaparecido repentinamente de la voz de la inquisidora—, cosa que realmente dudo, he perdido la cuenta del número de personas que creyeron poder esquivar a la Inquisición, pero ustedes podrían intentarlo si les parece. —A continuación, recuperó el tonito desenfadado—. Después de todo, siempre hay una primera vez.

Yo también sonreí para demostrar mi confianza en ella, cosa que no hicieron los demás. Sorel asintió, moviendo lentamente la cabeza, como un participante en un

debate que le da la razón a otro.

—Me parece justo —dijo.

* * *

Como nadie tenía nada constructivo que añadir, tras unas cuantas preguntas inconexas sobre los parámetros de la misión (cuyas respuestas casi se reducían a «sólo el Emperador lo sabe» en todos los casos), los conduje afuera, hasta donde Jurgen estaba esperando con un Chimera con el motor en marcha y tratando de dar impresión de confianza. Yo hubiera preferido mi Salamander habitual, pero en él no había sitio para todo el equipo, y además, la cabina de pasajeros cerrada a cal y canto desalentaría cualquier intento de deserción de último momento, o al menos eso esperaba.

—Su equipo está ya a bordo —les informé mientras permanecía apartado hasta que todos hubieron embarcado, como un perro pastor que conduce a un rebaño por la puerta del corral. (Si bien es cierto que los perros no suelen llevar pistolas láser para dar mayor contundencia a sus autoridad). Dentro los esperaban cinco bultos de equipamiento, envuelta cada una de ellas en un chaleco protector con un nombre grabado en él. Todo el mundo recogió el suyo al subir a bordo.

—Compruébenlo con atención —les dijo Amberley—. Si falta algo no van a tener ocasión de volver a por ello.

—¿Documentos de licenciamiento? —preguntó Trebek, arrancando a Velade y a Holenbi una risa liberadora.

—Aquí hay algo que no funciona —masculló Kelp calzándose la armadura con un encogimiento de hombros—. Me queda bien. El oficial de intendencia debía de estar borracho. —Era un axioma entre la Guardia que el equipamiento sólo venía en dos tamaños: demasiado grande o demasiado pequeño.

—Le di algunas instrucciones —le aseguró Amberley—. Me aseguró que no habría ninguna queja.

—Pues se lo tomó en serio —musitó Kelp.

—¡Por todos los infiernos, Shady! —Velade alzó su nueva arma mirándola como un adolescente la mañana del día del Emperador. Como soldado raso, sólo estaba acostumbrada a manejar un rifle láser modelo estándar, ya que la variante más potente solía reservarse para tropas de asalto y otras fuerzas especiales. Al menos su entusiasmo evidente por el nuevo juguete parecía tener controlada su aprensión.

—Estupendo —coincidió Kelp, insertando una célula de energía con la precisión que sólo da la práctica.

—Pensamos que un poco de potencia extra podía resultar útil.

Amberley me había sugerido que reemplazara mi traqueteada pistola láser por una versión manual del arma más pesada, pero tras dudar un instante me negué. Me había acostumbrado tanto a ella a lo largo de los años que era más bien una extensión de mi brazo que un arma, y no había potencia añadida capaz de compensar la diferencia de peso y la sensación de que un cambio desequilibraría mi puntería instintiva. En un combate con armas de fuego eso podía representar la diferencia entre la vida y la muerte.

No obstante, había aceptado una armadura ligera y la llevaba puesta, oculta bajo el capote del uniforme. Me resultaba un poco pesada e incómoda, pero mucho menos que recibir un disparo de láser en el pecho.

—Podría ser —concedió Trebek. Estaba muy atareada colgando granadas de fragmentación del arnés de su armadura. La mayor parte tenía un par de ellas, junto con cápsulas de humo, iluminadores, células de energía de recambio y todos los demás avíos que los soldados llevan al campo de batalla. La excepción era Holenbi, que llevaba un botiquín sanitario en lugar de las granadas, pero su experiencia en medicina de campaña lo hacía más valioso para auxiliar a los demás si se presentaba la necesidad. Y si se trataba de usar granadas en un espacio cerrado, estaríamos bastante fastidiados en cualquier caso, de modo que un par de más o de menos no representaría diferencia alguna.

—Podéis aplicar la fuerza bruta si queréis. —Sorel comprobó la mira telescópica de su rifle láser e hizo algunos ajustes. Me había tomado la molestia de buscar el arma que solía utilizar, convencido de que un francotirador toma tanto cariño a su arma como yo a mi vieja pistola y que sin duda le habría hecho una docena de pequeños ajustes para mejorar su precisión—. Aquí tengo toda la ventaja que necesito. —Debió de haberse dado cuenta de que había tenido que mover muchos hilos para conseguírsela, porque al decir eso me miró y me lo agradeció con una inclinación de cabeza apenas perceptible. Me quedé sorprendido. Hasta ese momento estaba convencido de que era inmune a las emociones.

—Sólo cerciórese de apuntarla en la dirección adecuada —dije, sonriendo lo suficiente como para quitar hierro a la advertencia. No obstante, todavía estaba allí, y una expresión que no pude identificar del todo afloró a su rostro habitualmente impasible.

—Me vendrían bien unos cuantos apósitos de presión más —solicitó Holenbi después de inventariar el botiquín médico con la velocidad que sólo da una larga práctica. Señalé con un gesto el botiquín de primeros auxilios adosado a la pared interna del Chimera.

—Sírvase —lo invité. No esperó a que se lo repitiera, y se hizo con varias unidades que pasaron a dar volumen a la bolsa que llevaba al cinto y llenaron varios bolsillos de su chaleco tras descartar un par de raciones para conseguir más espacio.

—Mejor que te las comas —le aconsejó Velade sentándose a su lado—. Si las dejas, acabarás pasando hambre.

—Ya, es cierto —reconoció. Partió una por la mitad y le ofreció una parte a ella, que la aceptó con una sonrisa. Sus manos se tocaron un instante mientras los dedos de ella rodeaban la ración.

Amberley me sonrió.

—Vaya —se puso a gesticular de espaldas a ellos—. Qué dulce.

Puede que lo fuera para ella, pero para mí se parecía más a otra posible complicación en la catástrofe que nos esperaba. Contuve mi irritación y recogí lo que quedaba de la barra.

—Velade tiene razón. —La repartí con Amberley—. Es mejor atiborrarse de hidratos de carbono mientras se puede. Pronto estaremos quemando un montón de energía.

—Usted es el experto —reconoció Amberley, como si la opinión de todos los demás no importase un comino en esta descabellada expedición. Olisqueó la masa fibrosa y le dio un mordisco con desconfianza—. ¿Ustedes realmente comen esta porquería?

—No si podemos evitarlo —respondió Velade.

—Entonces estoy segura de sobrevivir a esto. —Amberley engulló el resto de su barra de ración con una mueca de asco—. No estoy dispuesta a que ésta sea mi última comida. —Todos los soldados rieron, incluso Sorel, y volvió a maravillarme su poder de manipulación[39]. Al representar su papel de civil ajena a aquel mundo, había reforzado su identidad como soldados con gran sutileza. Dudé de que aquello bastara para formar con ellos una unidad cohesionada, pero no se trataba de eso en esta misión. Lo único que hacía falta era que trabajaran bien juntos para proporcionarle a Amberley la información que necesitaba, y para sacarme a mí de allí sano y salvo, por supuesto.

Sin embargo, todavía quedaban demasiados cabos sueltos para mi gusto. Kelp y Trebek eran lo bastante profesionales para dejar a un lado sus rivalidades durante el tiempo necesario para llevar a cabo su misión, al menos eso esperaba, especialmente con la promesa de un perdón inquisitorial, pero la forma en que evitaban mirarse a los ojos era una señal nada alentadora. Y fuera lo que fuese lo que había entre Velade y Holenbi, tal vez bastara para que pusieran su preocupación el uno por el otro por delante de su interés por el objetivo de la misión, o por la supervivencia de los demás. En cuanto a Sorel, bueno, directamente me daba repelús, y estaba decidido a no quitarle el ojo de encima en ningún momento. Ya me había encontrado antes con psicópatas, y él reunía todas las características. No vacilaría en sacrificarnos a todos los demás para salvar su propio pellejo, de eso estaba seguro[40].

Y también estaba Amberley. Aunque la encontraba encantadora, no dejaba de ser

una inquisidora por encima de todo, y eso significaba que todos los demás eran para ella un medio para alcanzar un fin. Un fin noble e importante, sin duda, pero eso no iba a servirme de consuelo cuando doblara la campana negra[41].

De modo que no me sorprendió que me hormiguearan las palmas de las manos cuando cerré la rampa de cola y activé mi microtransmisor.

—Todo en orden, Jurgen —dije—. Estamos listos para partir.

* * *

Esta vez no salimos del recinto acompañados por ovaciones, aunque no tengo la menor duda de que los rumores habían difundido la noticia de nuestra partida con igual diligencia que la vez anterior. Para ser sincero, aquello fue un alivio para mí, ya que ésta no iba a ser una victoria fácil digna de que nuestro recién formado regimiento se enorgulleciera de ella y la celebrara. Ésta iba a ser una lucha desesperada por sobrevivir. No necesitaba el hormigueo en las palmas de las manos para saber eso. Aunque en aquel momento no tenía la menor idea de lo desesperada que iba a ser y de lo terrible que era el enemigo que nos esperaba. (Lo cual fue una bendición, si se me permite decirlo. De haber sabido entonces lo que nos esperaba en la ciudad subterránea de Mayoh, es probable que el terror me hubiera provocado un ataque de histeria).

Lo cierto es que disimulé mi preocupación con esa facilidad que da una práctica prolongada y me dediqué a vigilar fijamente a los soldados, con la esperanza de que si experimentaba alguna agitación la tomaran como actitud de alerta. Vi con alivio que parecían más tranquilos, más centrados en la misión que tenían por delante, y aunque todavía no estaban precisamente en la misma longitud de onda, al menos se estaban adaptando los unos a los otros.

Eso me recordó que todavía no había informado a Kasteen de nuestra partida, de modo que resintonicé mi intercomunicador con la frecuencia del mando e intercambié con ella unas cuantas palabras. Tal como había previsto, no parecía muy alegre, y me deseó suerte como si pensara que realmente podría necesitarla.

La atmósfera tensa que se respiraba dentro del vehículo empezaba a causarme un poco de claustrofobia, eso por no mencionar la sensación de ser removido como un guisante en una lata por el habitual estilo de conducción de Jurgen, de modo que abrí la escotilla de la torreta y saqué la cabeza para respirar un poco de aire fresco. La ráfaga que me asaltó me produjo una sensación vigorizante y a punto estuvo de arrancarme la gorra. Me puse a revisar el bólter pesado a fin de tener una excusa para permanecer fuera el mayor tiempo posible. Estaba cebado y dispuesto, por supuesto, ya que Jurgen había llevado a cabo su minucioso trabajo habitual, de modo que pude

acomodarme y disfrutar del espectáculo del tráfico civil local que se apartaba para dejarnos paso. Observé que parecía haber mucho movimiento, especialmente en los principales bulevares, pero sin una pauta de circulación evidente. La misma cantidad circulaba en una y otra dirección, y una mirada a las calles laterales me permitió comprobar que todas parecían igualmente congestionadas.

—Inquisidora —dije en voz baja sintonizando el canal que Amberley me había indicado previamente. No había visto la menor señal de un auricular en sus oídos, pero eso no me sorprendió. Seguramente lo había disimulado bajo alguna otra forma o estaba provista de un oído potenciado que desempeñaba la misma función. (Y muchísimas otras, como descubriría a lo largo de nuestra asociación.)—. Da la impresión de que hay una intensa actividad civil. ¿Hay algo a lo que tengamos que estar atentos?

Por supuesto que había mucho a lo que deberíamos haber estado atentos. La conspiración a la que le seguíamos la pista era mucho más extensa y peligrosa de lo que habíamos imaginado, pero en ese momento yo estaba todavía en una bendita ignorancia del problema en el que nos habíamos metido.

—A montones de cosas, tal vez. —El tono de Amberley parecía precavido, aunque no especialmente preocupado—. Pero tendremos que arreglarnos con lo que sabemos y actuar con precaución.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo con Jurgen al volante, pensé, pero la experta era ella. Observé cómo adelantábamos a un lento vehículo de carga que llevaba la parte trasera atestada de civiles con fardos en los que habían reunido apresuradamente algunas posesiones. Tal vez huían espantados por nuestra incursión en Los Altos, pero las implicaciones me preocuparon. Empecé a buscar otros similares y encontré varios en cuestión de segundos. Volví a comunicarme con Amberley.

—Da la impresión de que por aquí hay traslado de refugiados —dije.

—Curioso —respondió con un tono algo intrigado—. Me pregunto de qué estarán huyendo.

—De nada bueno —afirmé, hablando por mi amarga experiencia, aunque la verdad no tenía nada de inesperado que todo el que pudiera abandonara la ciudad a estas alturas. La situación política y militar hacía equilibrios en el filo de una navaja, y no hacía falta tener la inteligencia de Mott para deducir que las cosas serían mucho más saludables en otra parte si todo saltaba por los aires. Pensé que no estaba de más comprobarlo todo, de modo que hice un recorrido por las frecuencias tácticas, y me encontré con un montón de tráfico desvirtuado en la red de la FDP. Sin embargo, muy poco de él tenía sentido realmente.

—Comisario —me llegó de golpe la voz de Kasteen—. Creo que debería saber que acabamos de recibir instrucciones de estar alerta para entrar en combate.

—¿De quién? —interrumpió Amberley antes de que yo tuviera ocasión de

responder. Supongo que podría haberme molestado su intromisión, y mucho más su control de mis mensajes supuestamente seguros, pero en ese momento estaba demasiado ocupado haciendo girar el bólter y quitando el seguro.

Por delante de nosotros se avistaba una densa columna de humo que salía de un camión incendiado en medio de la calzada, y el tráfico empezaba a atascarse al tratar los conductores, presas del pánico, de encontrar una manera de sortearlo o de volver atrás. Brillantes relámpagos láser surcaban el aire, pero con el humo era imposible saber quiénes disparaban y a qué.

—Por orden del gobernador —respondió Kasteen.

—¡Imbécil! —exclamó Amberley, y acompañó este calificativo con otros que yo no había vuelto a oír desde una vez en un tugurio de la subcolmena cuando resultó que alguien tenía más emperadores de lo normal en su baraja de tarot. Empecé a sospechar que el futuro político del gobernador Grice iba a ser corto e incómodo—. Los tau se nos van a pegar al trasero como las moscas a un cadáver.

—Creo que ya los tenemos pegados —dije. Algo rápido y ágil, cuya estatura duplicaba la de un hombre, se estaba moviendo en medio del humo. Además, no estaba solo. Había otros dos moviéndose por allí, y todos estaban rodeados de una multitud de pequeños puntos centelleantes. De repente recordé los discos voladores que habíamos visto en el enclave tau, y que también estaban armados.

Súbitamente, de una manera preocupante, el diablo que llevaba la delantera (del mismo tipo de los que El'sorath había llamado armaduras), giró la cabeza hacia nosotros y se volvió apuntando con un par de armas de cañones largos montados sobre sus hombros. Todavía estábamos muy lejos para ser un blanco fácil, pero yo siempre he sido precavido.

—¡Jurgen! —le grité a nuestro conductor—. ¡Sácanos de aquí!

La respuesta de Jurgen consistió en internarse bruscamente en un estrecho callejón aplastando a su paso un macizo de arbustos ornamentales bajo nuestra oruga izquierda y sacando de en medio a un pequeño vehículo de superficie. La andanada de insultos que profirió el conductor quedó ahogada por una repentina explosión provocada por algo que impactó delante de un vehículo de transporte colectivo que estaba justo donde nosotros nos encontrábamos un momento antes, reduciendo su morro a un montón de confetti metálico antes de barrerlo de principio a fin y hacer saltar una mezcla informe de chatarra, sangre y huesos por la parte trasera. Antes de que pudiera ver algo más nos encontrábamos tras la protección de un edificio de cuyas paredes nuestro blindaje metálico iba arrancando trozos mientras nuestras orugas dejaban un rastro de contenedores de basuras aplastados.

—¡Por las entrañas del Emperador! —gruñí, al ver que habíamos escapado por los pelos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Amberley, cuya voz apenas se oía entre las quejas de

los soldados que la rodeaban. Traté de explicárselo lo mejor que pude, todavía conmovido por el alcance y la precisión del arma que habían empleado contra nosotros—. Suena como un acelerador lineal —dijo, aparentemente tranquila—. Mala cosa.

—¿Podría habernos dañado? —pregunté, comprobando que las cajas de munición de recambio se encontraban a mi alcance. Por delante de nosotros ahora no había más que civiles presas del pánico, pero estaba dispuesto a que no nos tomaran por sorpresa una segunda vez.

—Con toda seguridad —respondió con tono animado—. Incluso a esa distancia nos podría haber destripado como a un pez.

—Que el Emperador nos proteja —dijo Jurgen con expresión piadosa. Bueno, él no había protegido demasiado a los pasajeros del autobús, pensé, pero decidí que era más prudente no decir nada. Al fin y al cabo, sólo se lo tomaría como una señal de que éramos importantes para su plan inefable.

—¿Contra quién combaten los tau? —pregunté.

—Contra la FDP —respondió Kasteen—. ¿Contra quién si no? Estamos recibiendo noticias de que algunos de los leales se han amotinado y han abierto fuego contra el recinto tau. Los diplomáticos están tratando de aquietar los ánimos, sin embargo los azulados dicen que tienen derecho a responder y han entrado en la ciudad. Están luchando contra todas las unidades de la FDP con las que se topan.

—¿Y la Guardia? —pregunté, sabiendo de antemano que la respuesta no me iba a gustar nada.

—Las órdenes del gobernador son de contener la situación empleando todos los medios necesarios. El general supremo está pidiendo aclaraciones. —O sea, ganando tiempo. Si las unidades de la Guardia entraban en la ciudad quedarían cogidas en el medio, y dado que la mitad de la FDP no era de fiar, se convertirían en blanco para ambas partes. Se me revolvió el estómago, y esta vez no fue por la forma de conducir de Jurgen.

—Bueno, así están las cosas —dije. Las palabras me supieron a ceniza—. Se nos ha acabado el tiempo. —La guerra que tantos sacrificios había costado evitar se cernía sobre nosotros, y daba la impresión de que no podíamos hacer nada al respecto.



Nota editorial:

De más está decir que los disturbios que Cain observó en la ciudad se repetían, en menor medida, por todo Gravalax, aunque con los gruesos de las fuerzas expedicionarias imperiales y tau asentadas en torno a la capital, la situación se deterioró más y con mayor rapidez en Mayoh que en cualquier otro lugar del planeta. Ya se estaban produciendo choques menores en varios puertos estelares al darse cuenta ambas partes de que mantenerlos abiertos o cerrar el acceso a ellos al enemigo sería vital\ ya fuera para recibir refuerzos o para evacuar a sus fuerzas. En su mayor parte, la guerra era de aniquilación mutua, y las facciones pro y antixenoístas dentro de la FDP se volvían las unas contra las otras con la ferocidad terrible que caracteriza siempre a una guerra civil.

El siguiente extracto puede resultar útil para apreciar el panorama con mayor amplitud.

De *¡Purga de los culpables! Una narración imparcial de la liberación de Gravalax*, por STENTENTIOUS LOGAR. 085.M42

Fue así que, propiciado por las maquinaciones de una vasta y maligna conspiración, el mundo entero se sumió en una orgía de guerra fratricida que todavía hoy avergüenza a los supervivientes y a sus descendientes. Si algo se puede decir que hemos aprendido de estos terribles acontecimientos, sin duda debe ser que, por muy benignos que puedan parecer, los alienígenas no son de fiar, y que apartarse de la palabra del Emperador en lo más mínimo es la forma más segura de que nos condenemos todos.

Debe de haber sido la tardía comprensión de esto lo que llevó al cuadro leal de la Fuerza de Defensa Planetaria a volverse contra los traidores que llevaba en su seno, animado por la forma en que la Guardia Imperial se había ocupado de los filoalienígenas que habían osado profanar las calles de una ciudad imperial con una rebelión abierta. Su fervor patriótico se despertó por fin, y los servidores más leales de Su Divina Majestad empezaron a limpiar la odiosa mancha sobre su honor de la única manera posible: derramando la sangre de aquellos cuya execrable alcahuetería a favor de los alienígenas infiltrados entre ellos había puesto a todo el planeta al borde del abismo.

Al principio, la renovación del espíritu marcial fue esporádica, empezando con el arresto de los comandantes de unidades cuya lealtad era dudosa por uno u otro

motivo. Sin embargo, enfrentados inevitablemente a la amenaza de ser descubiertos, aquellos cuyas almas estaban manchadas con la culpa de la colaboración resistieron, mostrando la negrura de sus corazones al abrir fuego sobre los heroicos defensores de la virtud imperial. La podredumbre se extendió de forma exponencial a partir de ese momento, hasta que casi todas las unidades de la FDP se vieron implicadas en la contienda de uno u otro lado. En realidad, la confusión fue de tal magnitud que muchos eran incapaces de distinguir entre amigos y enemigos, y simplemente combatían contra cualquier otra unidad con la que se encontraban de forma indiscriminada.

En esas circunstancias, nada tiene de sorprendente que los leales más fervientes no dudaran en culpar a los responsables últimos, a los propios xenos, y resolvieran librar a nuestro mundo del estigma de su presencia sin mayor demora. Estos héroes de proporciones legendarias, cuyos nombres sin duda seguirían resonando en Gravalax hasta el fin de los tiempos, si quedaba lo suficiente de sus cuerpos para identificarlos, se enfrentaron a la corrupción en sus orígenes y se lanzaron contra la ciudadela misma del invasor.

Enfrentados a la abrumadora potencia de fuego de este reducto de la malignidad, fueron despedazados, pero el daño ya estaba hecho. Conscientes por primera vez de su propia vulnerabilidad, los tau avanzaron hacia el interior de la ciudad para masacrar a los justos, poniendo en peligro el mismísimo futuro de Gravalax.

En medio de estos acontecimientos hay una pregunta que está pendiente de respuesta. ¿Por qué tardó tanto en responder la Guardia Imperial? Las acusaciones de cobardía sin duda son ridículas, cuando no traidoras, ya que la reputación del general supremo por sí sola basta para desmentirlas sin dudar. Una vez más, la única explicación creíble es la conspiración, alguna oscura maquinación que impidió su despliegue por razones que sólo podemos conjeturar. En cuanto a la mano que estaba detrás de la conspiración, un minucioso estudio de las pruebas vuelve a apuntar firmemente hacia la oscura presencia de los comerciantes independientes…

[Y después de un resumen razonablemente conciso de los acontecimientos hasta ese momento, vuelve otra vez a su obsesión personal. Sin embargo, tal vez fuera lo conveniente; si alguien quería identificar al verdadero enemigo al que nos enfrentábamos, sería necesario poner los medios para oscurecer la verdad.]



ONCE

Pase lo que pase, contamos con la bendición del Emperador.
Ellos, en cambio, no.

De *El deber del guardia,* balada popular. (Trad.)

El almacén estaba tal como lo habíamos dejado, o sea que era una masa informe de escombros y de desperdicios humeantes. Cuando desembarcamos del Chimera, el olor del fuego se me pegó a la garganta haciéndome toser. No habíamos vuelto a ver ni sombra de aquellos diablos tau de rapidez sobrenatural antes de llegar a nuestro destino, pero yo seguía extremando la cautela, ordenando a los soldados que consideraran la zona territorio enemigo al dejar la relativa seguridad de nuestro transporte blindado. Lo poco que había podido sacar en limpio del tráfico de voz no era nada alentador, y mis intentos de entrar en contacto con alguien de mayor rango en el cuartel general habían sido infructuosos. Al parecer allí nadie tenía tampoco idea de lo que estaba pasando. Además, ésta era la pequeña expedición de la inquisidora, y ella no daba muestras de querer abortarla, de modo que después de un rato desistí y dejé que ella siguiera adelante.

—Parece muy claro —dijo Amberley consultando un auspex que había sacado de no se sabe dónde, y por un momento me pregunté que más ocultaría aquella capa oscura. No obstante, los soldados desembarcaron con encomiable precisión, cubriéndose los unos a los otros mientras avanzaban. Kelp fue el primero. Los demás permanecieron protegidos por el blindaje del vehículo hasta que él quedó a cubierto tras un cercano montón de escombros; entonces avanzó Trebek, que se dirigió a una pared derruida en el otro flanco. Una vez allí, los siguió Velade, que ocupó una posición por detrás de ellos, y después Holenbi, que, según observé, eligió un lugar desde donde pudiera cubrirla con la mayor eficacia posible a pesar de dejar un pequeño punto ciego en su cobertura de Trebek. Tras un momento de vacilación

decidí dejarlo pasar por esta vez. Después de todo, no era el equipo más cohesionado que pudiera desear, y podía haber sido un error de buena fe. Sorel barrió toda la zona con la mira telescópica de su láser de gran alcance y alzó una mano.

—Está despejado, comisario —dijo—. Puede avanzar.

—Usted primero —le ordené. Se encogió de hombros casi imperceptiblemente y me obedeció, corriendo agachado por el terreno irregular hasta un punto unos cincuenta metros por delante de Kelp, donde una viga de carga había caído atravesada sobre los restos de una pared interior. Trepó por ella y se abrió camino serpenteando hasta meterse en una brecha abierta entre los restos de mampostería, donde se quedó inmóvil, barriendo los escombros que lo rodeaban con su mira telescópica. De no haber sido porque no le había quitado el ojo de encima todo ese tiempo, casi no me habría dado cuenta de que estaba allí.

Amberley enarcó una ceja.

—¿No habría sido más prudente avanzar mientras él lo cubría? —me preguntó con aire inquisitivo.

—De haber sido cualquier otro francotirador, sí —respondí—, pero después de lo que dijo en la reunión informativa…

—Mejor prevenir que curar —acabó la frase por mí. Asentí y señalé la rampa abierta.

—Cuando esté lista, inquisidora.

—Usted primero —dijo, y casi no percibí la burla que acompañó a la repetición de mis propias palabras. No me habría sorprendido demasiado que no confiara en mí, ¿saben? Yo tampoco me consideraba muy de fiar, claro que supongo que me conozco mejor de lo que me conocen los demás.

De modo que sonreí para que pensara que me lo había tomado a broma, y salté al suelo, sintiendo cómo crujía la ceniza bajo mis botas. Jurgen había abandonado la cabina del conductor y su olor llegó hasta mí, seguido un instante después por él mismo. Aun a mi pesar, enarqué las cejas.

—¿Está seguro de que no va un poco desarmado para esto? —le pregunté. Un relámpago de preocupación recorrió sus facciones hasta que se dio cuenta de que era una broma.

Al igual que el resto de nosotros, salvo Amberley (aunque la verdad es que podía llevar escondidas sus armas igual que yo), Jurgen llevaba un chaleco antibalas, pero haciendo honor a las tradiciones de la Guardia, el suyo era decididamente de una de las tallas estándar —demasiado grande—, aunque la mayor parte de su equipo daba esa impresión casi siempre. Tenía un rifle infernal como los demás, pero lo llevaba colocado de través sobre los hombros. En las manos llevaba el inconfundible rifle de fusión, una pesada arma térmica que normalmente se usaba para hacer pasar a los tanques un mal momento en lugares estrechos, que era casi la única ocasión de

acercarse lo suficiente para usarlo sin ser diseminado por todo el paisaje. Sólo el Emperador sabía de dónde lo había sacado, pero era una visión tranquilizadora de todos modos. Se encogió de hombros.

—Pensé que si teníamos que combatir en un túnel tal vez tendríamos necesidad de abrirnos camino con rapidez —argumentó.

«Bueno, seguro que lo hará —pensé—, tanto si el camino está bloqueado por escombros como por tropas enemigas».

—Buena idea —dije. En una misión como ésta no había posibilidad de matar en demasía.

—¿Se acordó de los malvaviscos? —preguntó Amberley apareciendo a mi lado.

—No creo… —empezó Jurgen con aspecto preocupado.

—Está bromeando, Jurgen —lo tranquilicé. Una sonrisa se difundió lentamente por sus facciones.

—Ah, ya entiendo. Es un arma térmica, y puede apostar…

—Ya vale. —Me volví y vi la señal de «despejado» de Sorel. Entonces Kelp dio el siguiente paso en el complejo juego de relevos que nos llevaría hasta nuestro objetivo. Casi dudaba de que fuéramos a encontrarlo después de haberse venido abajo el edificio y todo lo demás, pero el auspex de Amberley señaló en la dirección correcta, y después de unos momentos en que alternamos el avance, la búsqueda de cobertura y la vigilancia de cinco antiguos amotinados de los que no me fiaba ni un pelo, nos volvimos a reunir bajo la protección de una pared, o al menos de lo que quedaba de ella.

—Tiene que ser por aquí —dijo Amberley, barriendo los alrededores con el pequeño instrumento para que el espíritu guía pudiera tener una mejor perspectiva. Algo en el visor pareció satisfacerla, y lo hizo desaparecer entre los pliegues de su capa con la misma habilidad con que lo había hecho aparecer antes. Señaló un pequeño montón de escombros y sonrió—. Debajo de eso, si no estoy equivocada.

—Kelp, Sorel —ordené, señalando hacia los escombros, y los dos hombres avanzaron; Kelp con una mueca sardónica y el francotirador con su habitual mirada inexpresiva. Se colgaron las armas al hombro y empezaron la pesada tarea de remover los escombros—. Los demás, mantengan vigilado nuestro perímetro. —Con expresión algo avergonzada, Trebek, Velade y Holenbi dejaron de mirar cómo trabajaban sus compañeros y volvieron a sus tareas de vigilancia.

—No me gusta —le susurré a Jurgen. No deberían distraerse con tanta facilidad aunque el pequeño artilugio de la inquisidora les hubiera asegurado que no había hostiles en la zona. Jurgen asintió.

—Un descuido —coincidió, sin reparar en la ironía.

—¿Es eso lo que estamos buscando? —inquirió Kelp después de algunos momentos de trabajo duro. Había quedado al descubierto algo así como una trampilla

de mantenimiento, retorcida y deformada por el calor y por los golpes de los escombros que le habían caído encima. Se pasó una mano sucia por la cara sudorosa, dejando un rastro de hollín y polvo de cemento. Sorel, más melindroso, se limpió las manos en las perneras de los pantalones.

—Creo que sí —dijo Amberley. Kelp asintió y tiró del asa. Sus músculos bien trabajados se pusieron en tensión mientras luchaba por abrirlo. Después de un momento, resopló y la soltó.

—Vamos a necesitar una carga de demolición para levantarla.

—Tal vez si yo… —Jurgen dio un paso adelante y apuntó el rifle de fusión hacia ella. Kelp y Sorel se retiraron con una prisa casi vergonzosa, e incluso Amberley pareció un poco desconcertada cuando alzó una mano para impedírselo.

—Sólo queremos abrir la trampilla, no derribar todo el edificio.

—No obstante, es una buena idea —añadí al ver su expresión de desaliento—. Velade, Holenbi, al frente y al centro. Cinco rondas rápidas. —El metal retorcido se transformó en vapor bajo la potencia combinada de la descarga de los rifles infernales, y le di a Jurgen una palmadita alentadora en la espalda—. Buena idea. —Y lo había sido en realidad.

—O podría haberlo sido —reconoció Kelp, mirando el agujero ennegrecido que se había abierto a nuestros pies. Apunté hacia él con mi pistola, pero fue una precaución inútil, ya que si había alguien allí dispuesto a tendernos una emboscada sin duda se habría vaporizado junto con el panel de inspección, y si quedaba alguien fuera del área de alcance de los rifles, ya nos habría disparado a estas alturas.

—Bien. —Amberley parecía satisfecha—. Ya suponía que creerían que este acceso había quedado bloqueado.

Yo no estaba dispuesto a dar nada por sentado, sin embargo, de modo que reuní rápidamente al escuadrón.

—Kelp —dije—, usted tomará la delantera. —Asintió, pero no pareció feliz—. Después Sorel, Velade, Jurgen, yo, la inquisidora y Holenbi. Trebek en la retaguardia. —Eso debería bastar para mantener a los más revoltosos lo más apartados posible y para separar a los dos tortolitos lo suficiente para que se centraran en el trabajo y no el uno en el otro, al menos eso esperaba. Amberley me miró y asintió. Bien, no iba a minar mi autoridad contradiciéndome.

—¿Qué se hizo de aquello de «las damas primero»? —gruñó Kelp dejándose caer en el agujero oscuro y con olor a humedad.



Bueno, tal vez fuera una consecuencia de mi infancia, pero el laberinto de conductos

de servicio en el que nos encontramos me pareció casi tranquilizador. No obstante, puse buen cuidado en nosentirme demasiado cómodo, ya que, según mi experiencia, la complacencia es el camino más corto hacia un saco mortuorio. Nadie nos estaba disparando, y el auspex, que había vuelto a aparecer en la mano de Amberley, seguía indicando que no había contactos hostiles.

En realidad, no había contactos de ningún tipo. El eco nos devolvía el sonido de nuestras pisadas a pesar de que intentábamos ser sigilosos, y los haces de nuestros iluminadores no tropezaban con nada más amenazador que alguna rata que otra.

Después de un rato, noté que el polvo del corredor que se extendía por delante de nosotros no presentaba la menor alteración. Una espesa capa se levantaba al pisarlo y volvía a asentarse lentamente. Sentía que el residuo me hacía arder los ojos y el fondo de la garganta y tuve que combatir las ganas de estornudar.

—Éste no es el camino por el que vinieron antes, ¿verdad? —pregunté, a lo que Amberley respondió negando con la cabeza.

—No —admitió—. Pensé que sería conveniente un rodeo, teniendo en cuenta el recibimiento que nos depararon la vez anterior.

—Pero sabe adónde vamos, ¿no? —insistí. Ella repitió el gesto.

—No tengo ni idea —respondió alegremente. Algo de lo que sentí debió de reflejarse en mi cara, porque sonrió y aclaró la respuesta—. Quiero decir que debemos ir más o menos en dirección suroeste, pero a mí todos los corredores me parecen iguales.

—Entonces tenemos que desviarnos más en esa dirección —dije, señalando un corredor lateral que cortaba el que ahora recorríamos unos treinta metros más adelante[42]. Kelp se pegó a la pared junto al cruce y dio la señal de despejado.

Empezaba a formarme una idea más clara del objetivo de Amberley, que, a pesar de sus afirmaciones de inseguridad, era indudable que tenía. Si no había perdido la orientación, nos encaminábamos en la dirección del Distrito Antiguo, lo cual tenía sentido en cierto modo. Allí los túneles estarían más cerca de la superficie, lo cual los hacía más accesibles a cualquiera que estuviera ahí abajo. Quiénes podrían ser, y lo que pretendían conseguir, sin embargo, seguía siendo un misterio para mí.

Avanzamos en silencio algún tiempo, hasta que Sorel alzó una mano advirtiéndonos de que nos detuviéramos. Amberley y yo nos adelantamos hasta donde él estaba.

—¿De qué se trata? —pregunté. El rostro de Kelp, que parecía un disco pálido en la penumbra, nos miraba esperando la señal de seguir adelante.

—Movimiento —dijo, señalando hacia la oscuridad por delante de nosotros. Amberley miró el visor de su auspex.

—Esto no señala nada —afirmó. A mí no me importaba lo que dijera la caja. Los tecnosacerdotes eran muy dueños de tener una fe absoluta en sus máquinas, pero a mí

me habían dejado colgado muchas veces en el pasado. Sorel tenía el instinto de un francotirador y era un superviviente, igual que yo, de modo que si él presentía algo, yo también.

—¿Kelp? —pregunté. El hombre que encabezaba la marcha hizo un gesto negativo. Ningún contacto.

—No he visto nada —confirmó verbalmente.

—De acuerdo, adelante —dije. A continuación me dirigí a Sorel en voz baja—. Mantenga los ojos bien abiertos. —Asintió y avanzó con el rifle preparado. Los otros lo siguieron, ahora un poco más nerviosos, y yo esperé a que hubieran pasado todos antes de ponerme en fila detrás de Trebek.

—¿Ahora ocupa la retaguardia? —me preguntó Amberley, colocándose a mi lado —. ¿No es peligroso?

Claro que lo era. Después del puesto de cabeza de la columna, éste era el más peligroso, expuesto a ataques de emboscados o perseguidores, pero si Sorel estaba en lo cierto, el enemigo estaba decididamente delante de nosotros. Me encogí de hombros.

—¿Comparado con el puesto absolutamente seguro que ocupa usted en este momento? —pregunté, y me vi recompensado con otra risita ahogada que me levantó el ánimo aun a mi pesar. La alegría me duró poco, sin embargo, pues al pasar ante la boca de una tubería de servicio observé que el polvo del contorno había sido removido, y no hacía mucho de ello. Se lo hice notar a Amberley en voz baja para no alarmar a los demás—. ¿Qué le parece?

La tubería estaba a dos metros por encima del suelo, pero el polvo del suelo sólo presentaba las huellas de nuestras propias botas. Otra vez el hormigueo en las palmas de las manos. Recorrí con el haz de mi iluminador la maraña de tubos que colgaban del techo por encima de nuestras cabezas. Cabía la posibilidad de que alguien se hubiera introducido en ellos, pero ¿por qué habrían de moverse justo cuando nos acercábamos? Y para empezar, ¿cómo habían llegado hasta allí?

—¿No le recuerda algo? —preguntó Amberley sin perder la calma.

Ahora que lo preguntaba, sí, me evocaba una enloquecedora sensación de familiaridad que no llegaba a concretarse. Lo único de lo que estaba seguro era que tenía que ser algo malo, pero con todos los horrores a los que me había enfrentado hasta ese momento, esto no contribuyó a aclarar las cosas. Estaba a punto de decir algo sarcástico sobre otra clave cuando algo distrajo mi atención.

—Comisario. —La voz de Kasteen sonó sibilante en mi oído, cargada de estática —. ¿Puede oírme?

—A duras penas —dije. Los metros de manipostería y de rococemento que había por encima de nosotros atenuaban la señal, y si nos internábamos mucho más perderíamos el contacto por completo—. ¿Qué está pasando?

—¡El gobernador ha ordenado el arresto del general supremo Zyvan! —A pesar de la estática, en su voz se reflejaba palpablemente su indignación—. ¡Y exige que la Guardia entre en la ciudad de inmediato!

—¿Cuáles son los cargos? —inquirió Amberley. Era evidente que su sistema de comunicación era un poco más potente que el mío, porque Kasteen reconoció su voz.

—¡Cobardía! —El tono de Kasteen sonaba aún más indignado—. ¿Cómo se atreve…?

—Eso será determinado por las autoridades correspondientes. —Ahora la voz de Amberley sonaba crispada y autoritaria—. Hasta que eso se haga, los ejércitos del Imperio seguirán a las órdenes del general supremo, y si el gobernador tiene algo que objetar, que lo plantee ante la Inquisición.

—Transmitiré el mensaje —dijo Kasteen, saboreando de antemano la reacción del gobernador.

—Coronel —añadí antes de pudiera cortar la comunicación—. ¿Cuál es la situación con los tau?

—Mala —admitió Kasteen—. Todavía están luchando contra unidades de la FDP por toda la ciudad. Ya se cuentan por miles los muertos civiles, y tenemos alborotadores bloqueando las calles. Hasta el momento hemos impedido que nos atacaran. Si el general supremo y los diplomáticos consiguen ganar un poco más de tiempo…

—Tendrán que hacerlo —la interrumpió Amberley—. Pase lo que pase, la Guardia no debe verse involucrada en una guerra abierta con los tau.

—Entendido —dijo Kasteen. Aquello debía de causarle grandes tensiones. Se le notaba en la voz. Verse obligada a permanecer a la espera sin hacer nada mientras una ciudad imperial ardía y los xenos masacraban impunemente a los ciudadanos era tal vez una de las cosas más difíciles que tendría que afrontar en su vida.

—Bueno, algo es algo —dijo Amberley, y la comunicación cesó—. Al menos todavía hay esperanza.

—¿Esperanza para quiénes? —pregunté, tratando de no pensar en los civiles que en ese mismo momento estaban perdiendo sus hogares y la vida. Yo soy el primero en reconocer que soy egoísta y hedonista, pero no pude por menos que compadecerlos por la situación en la que se encontraban.

—Para la mitad del Segmentum —respondió Amberley con repentino tono de desánimo, y por primera vez tuve un atisbo del terrible peso que representaba la responsabilidad que tenía sobre los hombros—. Hay que centrarse en el panorama general, Ciaphas. El Emperador sabe lo duro que resulta a veces.

Llevado por un impulso que no podía explicar le cogí la mano un momento, dándole todo el apoyo moral que pude mediante el simple contacto humano.

—Lo sé —dije—. Pero alguien tiene que hacerlo, y hoy ese alguien somos

nosotros.

Amberley soltó una risa un poco forzada y me apretó levemente la mano antes de soltarla.

—Eso es totalmente incorrecto, ya lo sabe.

—La corrección nunca fue mi fuerte —admití. Ahora que lo pienso bien, era extraño, pero el hecho de que usara mi nombre de pila resultaba tan natural que en ningún momento me sorprendió.

* * *

Poco después de eso perdimos totalmente el contacto con la superficie. Por lo menos yo, y si Amberley todavía podía conectarse, no lo decía. En cualquier caso, era impensable que pudiéramos recibir refuerzos y la sensación me resultaba profundamente desalentadora, por lo que traté de concentrarme en el trabajo que teníamos entre manos. Fue en uno de esos momentos de distracción cuando choqué con Trebek, que se había detenido de golpe en el túnel delante de mí.

—¿De qué se trata? —pregunté, sabiendo que no se iba a quedar paralizada de esa manera a menos que hubiera un motivo.

—Me pareció oír algo —dijo. Incliné la cabeza, esforzándome por oír, pero no podía distinguir nada que no fuera el roce de nuestras botas y nuestra respiración. Nos movíamos con un sigilo razonable (hay que tener presente que estos soldados habían estado persiguiendo tiránidos menos de seis meses antes en condiciones no muy diferentes de éstas, y si algo hay en la galaxia que le enseñe mejor a uno a ser cauto, todavía no lo he conocido), pero la multiplicidad de superficies duras que había a nuestro alrededor ampliaba cualquier sonido que produjéramos, por leve que fuera, con docenas de ecos superpuestos. Por paradójico que parezca, cuanto más silenciosamente nos movíamos, tanto más ruido nos parecía que hacíamos, y había que esforzarse mucho más para oír a pesar de él.

Di, pues, la orden de alto y esperamos en tensión a que los ecos se desvanecieran.

—Ahí —susurró Trebek un momento después—. ¿Lo oye?

Lo oí. Era el crepitar de rifles láser, y una nota similar, más profunda, que sonaba a la vez familiar y algo distorsionada. En ese momento lo atribuí al eco, pero pronto descubriríamos la verdadera razón.

—Disparos —confirmé—. Aproximadamente a medio kilómetro en esa dirección. —Señalé sin pensar, antes de darme cuenta de que coincidía con la ruta que prefería Amberley. Fantástico. Trebek pareció un poco intrigada.

—¿Está seguro, señor?

—Del todo —respondí, antes de caer en la cuenta de que ninguno de los presentes

podía estar tan familiarizado como yo con los túneles[43]. Valhalla tiene sus ciudades subterráneas, por supuesto, pero son muy diferentes de las de una colmena media, con grandes espacios abiertos bajo techos de roca y hielo bien iluminados. También hace un frío mortal, lo que le gusta a la población local, pero en una galaxia tiene que haber de todo, y siempre se puede subir la calefacción en la suite del hotel. (No demasiado, sin embargo, como descubrí en una ocasión, ya que se corre el riesgo de que empiecen a gotear trozos de pared sobre uno). Amberley echó otra mirada a su auspex, que seguía tan inútil y silencioso como antes.

—Si usted lo dice —concedió. Un momento después cesaron los disparos y se cernió sobre nosotros un silencio más profundo e inquietante. Seguimos esperando un poco más, pero pronto se hizo evidente que no averiguaríamos nada con quedarnos donde estábamos, y Amberley nos urgió a seguir adelante. A falta de una razón convincente para volver atrás, accedí, y seguimos avanzando como antes, aunque no sin una dosis considerable de nerviosismo por mi parte.

Transcurrieron cinco minutos más antes de que Kelp, que seguía abriendo la marcha, levantara la mano imponiendo el alto.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Cadáveres. Montones de ellos.

Bueno, aquello era un poco exagerado, pero había por lo menos media docena esparcidos por el gran espacio abierto al que nos conducía el corredor. Daba la impresión de que era una especie de encrucijada, ya que de él partían numerosos túneles hacia todos los puntos cardinales y, según mis estimaciones, había sido usado hacía poco como almacén o algo así. Una docena poco más o menos de cajones habían sido abiertos, aunque lo que contuvieran era ahora un misterio, y los restos de un globo de iluminación destrozado indicaban que alguien había estado trabajando allí poco tiempo antes.

—¿Reconoce esto? —le pregunté a Amberley, que miraba a su alrededor dando signos evidentes de que le resultaba familiar. Asintió.

—Hasta aquí llegamos la vez anterior —dijo—. Vinimos por ese corredor de allí. —Señaló una de las otras entradas—. Los tomamos por sorpresa, pero eran más de los que pensábamos y a continuación aparecieron los refuerzos. —Dirigí el haz de mi iluminador hacia el cadáver más próximo, el de un tipo fornido en mono de trabajo al que le faltaba la mayor parte del pecho.

—¿Era éste uno de ellos?

—No me quedé tanto como para que me lo presentaran —repuso—, pero no lo creo. —Sus ojos se empañaron un momento por el esfuerzo de evocación—. Rakel estaba sufriendo una especie de ataque y luego recibió un disparo de láser en el estómago. Después de eso, todo se volvió un poco confuso.

Los soldados se comportaban como verdaderos profesionales, observé con aire

ausente, distribuyéndose para asegurar nuestro perímetro de la mejor manera posible sin esperar órdenes, lo cual ya era algo, de modo que me concentré en lo que estaba diciendo la inquisidora. Esto era lo máximo que había dejado traslucir de su anterior excursión a estos túneles desde que nos habíamos puesto en marcha, y yo confiaba en descubrir algo más.

—¿Qué clase de ataque? —pregunté—. ¿Como el que tuvo cuando vio a Jurgen? —Amberley negó con la cabeza.

—No —respondió con lentitud—, eso fue algo muy diferente. Todavía no sé con certeza qué significa. —Sin embargo, tenía sus sospechas, no se me ocultaba, aunque no estaba dispuesta a compartirlas conmigo. Se movió rápidamente, en un intento evidente de cambiar de tema, lo cual me sorprendió un poco ya que me había acostumbrado a esperar más sutileza por su parte—. Estábamos parados por allí —señaló—. Rakel se agitaba más cuanto más nos internábamos en los túneles. Percibía algo, pero no podía decirme de qué se trataba. Entonces, cuando nos acercamos a la gente que había aquí, empeoró.

—¿Eran psíquicos también? —pregunté, sintiéndome cada vez más inquieto si es que eso era posible. Ya me había topado antes con los de esa clase, y nunca había acabado bien. Amberley se encogió de hombros con un pequeño estremecimiento.

—Tal vez. —No pude determinar si no estaba segura o si trataba de ocultarlo.

—Señor. Inquisidora —nos llamó Holenbi con timidez desde donde se encontraba, al lado de uno de los cadáveres—. Creo que deberían ver esto.

—¿Qué es? —Avancé hacia él con Amberley a mi lado.

—A éste lo mató otra cosa. —Señaló el cuerpo, una joven con la cabeza rapada y una trenza xenoísta que al parecer había sido eviscerada por algún tipo de arma de combate cuerpo a cuerpo. Había visto muchas personas muertas de la misma manera a lo largo de los años, pero las heridas dejadas por el arma no me resultaban familiares. Claro que eso no significaba mucho, hay muchas maneras de usar un cuchillo, pero por lo general hay cierto grado de coherencia dentro de una cultura, y yo no había visto aquí nada que pareciera tan inusual.

—Todavía estoy tratando de averiguar qué fue lo que mató a los demás —apunté. Las heridas eran demasiado contundentes para ser de rifles láser, incluso para las armas infernales que llevábamos nosotros. Sin embargo, había oído disparos, de eso estaba seguro. De los insurgentes, entonces; había varios de ellos cerca de los cadáveres y no me hacía falta ningún inquisidor para atar cabos.

—A mí me parecen ráfagas de plasma —opinó Jurgen. Su tono de duda me reveló que lo consideraba bastante improbable, sin embargo; las armas de plasma eran grandes, voluminosas y poco fiables, y se tardaba una eternidad en recargarlas entre uno y otro disparo. Había que estar loco para armar con ellas a todo un escuadrón. Por no decir más raro que un orco con sentido del humor—. ¿Pistolas de plasma, tal

vez?

—Tal vez —concedí. Ésas eran todavía más raras, pero ¿y si alguien hubiera encontrado un cargamento de ellas de la fabulosa Edad Oscura de la Tecnología? ¿Acaso no merecería eso llegar a donde hiciera falta para protegerlas?

—Hay… algo más —insistió Holenbi volviendo a dirigir nuestra atención hacia la mujer muerta. Teniendo en cuenta que era un sanitario, parecía demasiado afectado, pensé, pero entonces reparé en lo que señalaba. Un gran trozo de carne le había sido arrancado como de un mordisco.

—¡Emperador misericordioso! —Hice la señal del aquila casi sin pensar. No había visto heridas como aquéllas desde mi último encuentro con los tiránidos. Con todo, una pequeña parte desapasionada de mi mente reconoció que se trataba de algo diferente, algo que no había visto jamás—. ¿Hay algo en la galaxia capaz de hacer eso?

—Fuera lo que fuera, no le gustó el sabor —señaló Amberley dirigiendo el haz de su iluminador hacia un trozo de carne ensangrentada que yacía cerca del cadáver. Holenbi se puso todavía más verde, y daba la impresión de que de haber comido aquella barra de ración que había rechazado antes habría sido una pérdida de tiempo.

—¡Capto movimiento! —avisó Sorel desde la entrada de uno de los túneles.

—¿Está seguro? —Amberley estaba mirando otra vez al visor del maldito auspex, que seguía tan vacío como antes—. Yo no percibo la menor señal de vida humana.

—¿Y si fuera pseudohumana? —pregunté. Ella se encogió de hombros.

—Sólo está calibrado para…

Una bola de luz, tan brillante que hacía daño a los ojos, salió disparada del túnel que estaba vigilando Sorel y fue a explotar contra un cajón vacío. Fuera quien fuera el enemigo, lo teníamos encima.



Nota editorial:

En vista de que la situación en la ciudad se deterioraba a ojos vistas, el general supremo Zyvan y las tropas bajo su mando estaban cada vez más impacientes por hacer algo, a pesar de las instrucciones explícitas que yo había dado en contra. El torpe intento del gobernador Grice de hacerse con el control de las fuerzas expedicionarias imperiales había llevado al límite la paciencia de éstas y, como hombre de honor, Zyvan acusó el ultraje de las acusaciones lanzadas en su contra. Esto tal vez permita entender las acciones que emprendió a continuación, aunque no se le perdonen del todo.

Lo que viene a continuación es una transcripción parcial resumida de la reunión que mantuvo con los oficiales de mayor rango de las fuerzas expedicionarias, tomada del registro hololítico realizado en la sala de conferencias y complementado por unas cuantas observaciones personales hechas por algunos de los presentes, en especial por el sabio Mott, que representaba a la Inquisición estando yo ausente, la coronel Kasteen, del 597.º de Valhallan, y Erasmus Donali, del Servicio Diplomático Imperial.

El general supremo está claramente irritado a estas alturas, pero domina su temperamento concentrándose en la cuestión que lo ocupa. Empieza por pedir a la coronel Kasteen que confirme las instrucciones que le di a través del microtransmisor de voz con respecto a las exigencias del gobernador.

—Es correcto, señor —responde Kasteen con aire ecuánime y eficiente a pesar de ser la más joven de los comandantes de regimiento aquí presentes. Sólo alguien muy hábil en la interpretación del lenguaje corporal podría detectar su nerviosismo—. Tiene usted el mando total de este ejército por orden expresa de la Inquisición.

—Bien. —La voz de Zyvan es contenida y enérgica—. Entonces, me propongo calmar la situación eliminando la causa principal del problema.

—La inquisidora fue también muy explícita al decir que no podemos enfrentarnos a los tau bajo ningún concepto.

Aquí Kasteen se nota evidentemente nerviosa ante la apariencia de contradecir a su comandante, pero su sentido del deber supera a la perspectiva de cualquier consecuencia personal, un rasgo encomiable que le resultó muy útil a lo largo de toda su carrera. Zyvan acepta la observación.

—No me refería a los tau —la tranquilizó, y también a todos los demás—, sino a esa cretina versión de gobernador que tenemos.

Esta propuesta cuenta con la aprobación general. Varios de los oficiales presentes proponen vías de acción que van desde el arresto hasta el asesinato. Al final, los ánimos se calman cuando Mott expone la posición de la Inquisición al respecto.

—Lo cierto es que el gobernador Grice parece ser el responsable último de esta situación —concede—. Pero todavía hay cierta ambigüedad en cuanto al grado de su culpabilidad. —Empieza a citar el precedente legal con pelos y señales hasta que Donali, que está familiarizado con los peculiares procesos mentales del sabio, consigue encauzarlo otra vez hacia el tema que los ocupa—. En suma —concluye finalmente—, preferiríamos tenerlo a nuestra disposición para rendir cuenta de sus acciones.

—Si la Inquisición lo quiere, puede tenerlo —dice Zyvan—, pero en mi opinión, su destitución es un requisito previo para devolver a la situación algo de estabilidad. —Donali manifiesta su acuerdo.

—Los tau también están de acuerdo con esta propuesta —añade Donali, lo cual da lugar a una tumultuosa discusión que Zyvan por fin puede contener al cabo de unos momentos.

—¿Lo ha hablado con ellos? —pregunta.

—De manera informal —admite Donali—. Todavía tenemos un resto de buena voluntad gracias a las actuaciones del comisario Cain, y he intentado aprovechar esta circunstancia. Creo que si enviamos tropas a destituir al gobernador no interferirán.

—¡Vaya a decirle eso a la FDP! —grita alguien—. ¡O a los civiles a los que están masacrando!

—Hacen la distinción entre nosotros y la milicia local —dice Donali mirándolo fijamente—. Según su lógica, la FDP los atacó primero, de modo que están jugando limpio, y los civiles no son más que daño colateral. Se los puede persuadir de retirarse en interés de todos. Estoy seguro.

—Me gustaría ver cómo —interviene el coronel Mostrue del 12.º de Artillería de Campo.

—La psicología tau es muy peculiar para lo que los humanos consideramos normal —empieza a explicar Mott—. Ansían estabilidad y los aterroriza la perspectiva de cualquier transgresión del orden. De hecho, no sería exagerado decir que para ellos es tan perturbador como sería para nosotros una erupción del Caos. —Esta referencia al pasar al Gran Enemigo produce una considerable consternación. Zyvan restablece el orden con cierta dificultad.

—¿Está diciendo, entonces, que la situación imperante en la ciudad ahora mismo es básicamente la concreción de su peor pesadilla? —pregunta.

Mott contesta afirmativamente.

—La anarquía, los disturbios, la guerra civil entre facciones imperiales enfrentadas, nada establecido o fiable. Si alguien deseara inducirlos a un

comportamiento imprudente, no podría encontrar nada mejor.

—Unos cuantos de los oficiales más sagaces, Kasteen entre ellos, saben leer entre líneas.

—Si están tan aterrorizados y desorientados —pregunta Zyvan—, ¿qué es lo que le hace pensar a usted que nos concederán el beneficio de la duda?

—Tienen un dogma al que llaman «el bien mayor» —explica Donali—. Si podemos prometerles que la restitución del gobernador mejorará la situación, estarán tan dispuestos a dejar que lo intentemos como nosotros lo estaríamos a aceptar un juramento hecho en nombre del Emperador.

La grabación de audio se ve invadida durante unos segundos por respiraciones profundas y por susurros sobre las herejías paganas. Zyvan no tarda en restablecer el orden.

—Muy bien —dice por fin—. Plantéeles la situación y veamos si se lo tragan.

Donali hace una reverencia y se retira tras hacer la señal del aquila. Zyvan se vuelve hacia Kasteen.

—Coronel —le dice—, el 597.º ha tenido una participación más intensa que cualquier otro regimiento en estos acontecimientos, y su comisario parece gozar de la confianza tanto de la Inquisición como de los xenos. Si conseguimos un acuerdo con los tau, usted proporcionará las tropas para llevar a cabo la operación.

Kasteen se cuadra, parece sorprendida pero consigue dar una respuesta afirmativa.



DOCE

El enemigo de mi enemigo es un problema diferido. Mientras tanto, podría resultar útil.

Inquisidor Quixos (atribuido)

Me enorgullece decir que lo inesperado del ataque no mermó en nada mis facultades intelectuales. Eso no significa que no me haya lanzado tras la primera protección que encontré tan pronto como me di cuenta de que nos disparaban, por supuesto. Una cabeza despejada es algo muy valioso en el campo de batalla, pero no cuando el despeje lo produce un fragmento de metralla. Cuando saqué mi fiel pistola láser, la parte analítica de mi mente ya estaba evaluando las posiciones de los soldados y las líneas más cercanas de retirada, pero mis oportunidades de conseguir llegar a una de las bocas de los túneles sin volar al trono dorado en pleno intento parecían menos que razonables, de modo que decidí no moverme de detrás de la sólida pieza de tubería que había encontrado. Para entonces llovían disparos sobre nosotros en mayor profusión, y comprobé horrorizado que Jurgen tenía razón. Nos enfrentábamos a armas de plasma, e incluso las armaduras que llevábamos serían completamente inútiles frente a eso. Por supuesto, había apagado de inmediato el iluminador, acción que los demás imitaron en seguida, pero los destellos brillantes como el sol de las armas enemigas iluminaban el espacio en torno a nosotros transformándolo en una especie de vórtice alucinante que me provocaba dolor en los ojos.

Un relámpago de energía incandescente estalló contra la tubería de metal cerca de mi cabeza y el metal fundido que arrancó a punto estuvo de alcanzarme en la cara. Si la profanidad fuera un arma, pueden creerme que nuestros atacantes habrían acabado muertos en cuestión de segundos. Fragmentos sin control de desechos producidos por accidentes similares envolvieron el recinto en un intermitente resplandor anaranjado que sólo contribuyó a aumentar mi desorientación.

—¡Jurgen! —grité—. ¿Los tiene a tiro?

—¡Todavía no, comisario! —Se había parapetado tras un montón de cajones y

había apoyado el rifle de fusión sobre ellos, cubriendo la entrada del túnel. Cuando irrumpieran por ella podría dispararles, pero al parecer no tenían prisa en lanzarse al asalto. Tal vez presentían una contingencia como ésa.

—Capto movimiento —alertó Sorel serenamente, fijando con tranquilidad la mira de su rifle láser de largo alcance. Noté con cierto desagrado que se había parapetado detrás de uno de los cadáveres, cuerpo a tierra, y que tenía el cañón del arma apoyado sobre el pecho del muerto como si fuera un saco terrero.

—¿A qué esperan? —preguntó Amberley—. La última vez se lanzaron sobre nosotros como una avalancha. —Se había refugiado tras una mesa volcada a algunos metros de mí. Me cosquillearon las palmas de las manos. Mi experiencia me decía que la gente no cambia de estrategia de forma tan radical, tan rápida. Especialmente cuando la vez anterior, al parecer, les había dado resultado…

—Kelp, Velade —ordené—, vigilen los corredores transversales. ¡Están tratando de asaltarnos por los flancos! —Los dos soldados hicieron una señal de asentimiento y empezaron a barrer las oscuras bocas que nos rodeaban. De repente tomé conciencia con inquietud de cuántas había que vigilar. Trebek y Holenbi mantenían sus rifles infernales apuntando a la entrada desde donde disparaba el enemigo, disparando de vez en cuando con sus bólter láser con la vaga esperanza de no permitirles levantar la cabeza.

—Los tengo a tiro —comunicó Sorel con su voz habitualmente despojada de emoción, y apretó el gatillo. El disparo fue efectivo, sin duda, ya que arrancó un chillido de dolor en lo profundo de los túneles que hizo que se me erizara el pelo de la nuca.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Velade con el rostro ceniciento. Yo estaba igualmente conmocionado, debo admitirlo, pero por un motivo muy diferente; a pesar de los ecos y del ruido de los disparos, lo había reconocido.

—¡Eso era un kroot! —exclamé, atónito. Amberley fue entonces la sorprendida.

—¿Está seguro? —preguntó.

—He hablado con uno —dije. Pensé que iba a preguntarme algo, pero en lugar de eso se puso de pie.

—¡Alto el fuego! —gritó, con un volumen del que no la hubiera creído capaz.

Ahora que lo pienso bien, su voz no podía tener semejante potencia. Era la autoridad que emanaba la que hizo que se impusiera a tanto ruido y que los soldados respondieran de inmediato, aunque tal vez todos sus instintos les decían que siguieran combatiendo. Por supuesto que nuestros atacantes no se dejaban llevar por esas inhibiciones, y sus disparos seguían lloviendo sobre nuestras improvisadas barricadas con el mismo vigor. A pesar de que se había convertido en el objetivo más obvio de los alrededores, Amberley parecía tan tranquila. (En aquel momento no estaba seguro de si lo que más me impresionaba era su sangre fría o su imprudencia, aunque, como

descubriría más tarde, ella tenía menos motivos para temer a los disparos de plasma que el resto de nosotros. No obstante, no vayan a creer, podría haber resultado herida o muerta. No se confundan, los inquisidores son una calaña muy tozuda).

Volvió a gritar, amplificando su voz mediante algún dispositivo que llevaba oculto bajo las ropas, pero esta vez, ante mi sorpresa, lo que salió de su boca fue la lengua sibilante de los tau[44].

Está claro que no fui yo el único sorprendido, ya que el fuego cesó de inmediato. Tras una pausa tensa, le respondieron en la misma lengua y me hizo un gesto.

—Pónganse de pie y déjense ver —dijo—. Quieren parlamentar.

—O dispararnos con más facilidad —aventuró Kelp sin bajar el arma.

—Eso lo pueden hacer de todos modos —mascullé. Señalé con un gesto a los cadáveres que nos rodeaban mientras permanecía allí, encogiéndome involuntariamente ante la perspectiva de recibir una descarga de plasma en el pecho. No sucedió nada, por supuesto, y si yo realmente lo hubiera esperado me habría quedado parapetado detrás de mis confortables tuberías y a la disformidad con la Inquisición—. Estos herejes estaban tan pillados como nosotros y luchaban por su vida.

—Eso no puedo discutirlo. —Sorel se puso de pie, sosteniendo el rifle de francotirador por el cañón y separando los brazos del cuerpo como prueba evidente de que no iba a usarlo. Uno por uno, los demás fueron mostrándose, saliendo de detrás de lo que habían usado como escondite. Kelp fue el último en moverse, y por fin lo hizo de mala gana.

—Quédense donde están. —Amberley avanzó, ocupando un puesto en medio del mayor espacio abierto que pudo encontrar, y reactivó su iluminador. Por supuesto que ya era visible antes, recortada por la luz intermitente de los disparos, pero ahora, si los xenos tenían intención de traicionarnos, era como si llevara un cartel que dijese «¡Disparadme, aquí estoy!». Una vez más me maravilló su coraje y tuve que volver a repetirme que esta atractiva y joven mujer era realmente una inquisidora con muchos más recursos a su alcance de los que yo podía siquiera imaginar.

—Algo se mueve —advirtió Sorel. Gracias a su entrenamiento como francotirador había mantenido vigilada la posición de los tau a pesar de la orden de no disparar.

Forzando la vista para escudriñar las tinieblas y el humo que empezaba a hacer que me ardieran los ojos y me arañaba la garganta, pude ver que unas figuras vagamente humanoides empezaban a tomar forma.

Al principio sólo eran tau, con sus característicos uniformes de faena y sus resistentes armaduras ligeras disimuladas con dibujos de camuflaje negros y grises que cumplían a la perfección la tarea de fundirlos con las sombras de este polvoriento laberinto. Sus rostros estaban ocultos tras los yelmos, con visores y lentes oculares donde deberían haber estado sus facciones, lo que les daba un aspecto inexpresivo,

robótico. Esto me trajo recuerdos inquietantes que hicieron que me estremeciera involuntariamente[45]. Por lo general, hasta los xenos tienen expresiones que pueden interpretarse, pero aquellos rostros impasibles no revelaban nada sobre su estado de ánimo ni sobre sus intenciones.

Detrás de ellos avanzaba un trío de kroot, tres rostros que yo habría agradecido que hubieran ocultado. Cuando entraron en la caverna, uno de ellos olfateó el aire y volvió la cabeza hacia mí. A continuación, lo cual me llenó de desasosiego, avanzó en mi dirección.

Amberley seguía hablando a los tau con sus sonidos sibilantes y aspirados. Uno de ellos se había adelantado poniéndose a la cabeza de la media docena de soldados. Supuse, y los hechos demostrarían que tenía razón, que era el jefe del grupo. No conocía nada de su idioma, pero lo había oído hablar lo suficiente para darme cuenta de que las cosas no iban bien.

—¿Inquisidora? —llamé, elevando la voz ligeramente y tratando de parecer tranquilo mientras el kroot se acercaba—. ¿Hay algún problema?

—No parecen dispuestos a creernos —dijo Amberley escuetamente antes de volver a sus negociaciones.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —insistí. Ahora tenía al kroot prácticamente encima de mí, y no pude por menos que notar que las bayonetas de combate adosadas a su peculiar arma de cañón largo estaban manchadas de sangre. En mi mente surgió una imagen muy vivida de la mujer eviscerada y de la forma en que habían sido hechas sus heridas.

—Ninguno de ellos habla gótico —me soltó Amberley, y no tuvo necesidad de añadir que me callara y la dejara llevar aquello a su manera, porque su tono fue lo bastante elocuente.

—Entonces ¿cómo esperaban interrogar a los prisioneros? —preguntó Velade—. ¡Oh! —exclamó antes de llegar a la conclusión obvia.

—Ése sería mi cometido cuando la situación lo requiriera —dijo el kroot con una familiar combinación de clics y silbidos que ya había oído antes—. Me alegro de encontrarlo sano y salvo, comisario Cain.

Bueno, tal vez estén pensando que soy bastante torpe por no haber reconocido a Gorok en seguida, pero deben tener en cuenta las circunstancias. Estaba oscuro, acabábamos de encontrarnos metidos en un tiroteo y, además, ¿por qué diablos iba a esperar encontrármelo allí? Por otra parte, a menos que uno esté muy cerca, todos los kroot se parecen mucho. Al menos en el caso de los orcos están las cicatrices para ayudarlo a uno a distinguirlos, en el improbable caso de que tenga que hacerlo.

El hecho de que me llamara por mi nombre produjo un efecto inmediato y algo relajante en los tau, que volvieron la cabeza para mirarme. Entonces el jefe se volvió hacia Amberley y dijo algo. Gorok rio con aquella peculiar risa chasqueante que ya

había oído antes.

—El shas'ui está preguntando si realmente es usted —tradujo, evidentemente divertido. Colegí que «shas'ui» era algún grado más o menos equivalente a sargento u oficial y que se refería al tau al mando.

—Lo era la última vez que me vi —respondí. Gorok volvió a reír y tradujo la observación en lengua tau, que parecía dominar tan bien como el gótico. (Me resultó curioso que una criatura tan feroz pareciera tan culta, y más tarde le pregunté al respecto. Dijo que había aprendido ambas lenguas a lo largo de su carrera como mercenario para facilitar las negociaciones con sus empleadores. De más está decir que me pareció difícil de creer que hubiera servido con las tropas imperiales[46]).

Amberley dijo algo, aparentemente confirmando mi identidad, y el shas'ui miró hacia nosotros. Sus siguientes palabras estuvieron claramente dirigidas a mí. Lo saludé formalmente con una inclinación de cabeza.

—A su servicio —dije.

—Declara que su actuación por el bien mayor se recuerda con gratitud —tradujo Gorok servicialmente—. El'sorath sigue gozando de buena salud.

—Me complace saberlo —respondí, conteniéndome de expresar mis deseos de que no fuera ése el caso con El'hassai. Amberley aprovechó el buen clima y empezó a hablar otra vez con rapidez. Después de algún que otro intercambio de ideas, el equipo de tiro de los tau, o «shas'la[47]» como ellos mismos se llamaban, se retiraron a parlamentar en voz baja. Esto no tenía mucho sentido, ya que sólo Amberley tenía la clave de lo que estaban diciendo y ella los había oído ya, pero fue un gesto extrañamente humano que contribuyó a infundirme algo de tranquilidad.

—Fue una suerte —afirmó Amberley—. No estaban muy dispuestos a creerme al principio, pero al parecer piensan que pueden confiar en usted.

Bueno, peor para ellos, pensé, pero por supuesto no fui tan tonto como para decirlo en voz alta. Me limité a asentir prudentemente.

—Todo eso está muy bien —dije—, pero ¿podemos nosotros fiarnos de ellos? —Amberley asintió lentamente.

—Buena pregunta —replicó—. Pero ahora mismo no creo que tengamos otra opción.

—Con su permiso, señora —intervino Jurgen después de toser para llamar su atención—. ¿Por casualidad mencionaron qué es lo que están haciendo aquí abajo?

—Lo mismo que nosotros —respondió Amberley—; seguir una pista. —Al oír eso les aseguro que mi paranoia empezó a atormentarme.

—¿Qué clase de pista? —pregunté, pero fue Gorok el que respondió.

—Los partes informativos entregados por el gobernador Grice respondiendo a lo acordado tras el asesinato del embajador Shui'sassai hacían mención de un violento grupo proimperial que se reunía en estos túneles. Se pensó que eso merecía una

investigación más minuciosa.

—¿Y la merecía? —Amberley puso una cara pensativa que no presagiaba nada bueno para el gobernador.

—Tengo la impresión de que usted no había oído hablar de esto hasta ahora —dije.

—No se equivoca —asintió—, pero no hay que descartar del todo que exista semejante grupo. —Su mirada se volvió hacia la mujer con la trenza xenoísta muerta y su expresión se volvió más reconcentrada.

—No lo entiendo —intervino Jurgen con el ceño fruncido por el esfuerzo de concentración—. Si el gobernador sabía algo como eso, ¿por qué habría de decírselo a los tau y no a la Inquisición?

—Porque los tau podrían eliminarlos sin que él tuviera que admitir su propia debilidad al permitir que se formara un grupo así —sugerí. Amberley asintió.

—O para consolidar su posición con los xenos si realmente tenía pensado entregarles el planeta. —Se encogió de hombros—. No importa demasiado. Incompetencia o traición, ya es hombre muerto fueran cuales fuesen sus motivos. —La forma displicente en que lo dijo me produjo un escalofrío.

Mientras nosotros hablábamos, los tau terminaron sus deliberaciones y se acercaron trayendo detrás a los otros dos kroot. El shas'ui dijo algo y Gorok lo tradujo.

—Su propuesta es aceptable —aseguró—. Al parecer, sirve al bien mayor.

—¿Qué propuesta? —preguntó Kelp con tono irritado. Amberley se lo quedó mirando un momento hasta que depuso su actitud.

—Parece ser que nuestros objetivos son los mismos —explicó—, de modo que vamos a unir nuestras fuerzas, al menos hasta que sepamos a qué nos enfrentamos aquí abajo.

—Tiene sentido —reconocí—. Prefiero tener esas armas de plasma de nuestro lado que disparándonos a nosotros. —Cuando tuve ocasión de examinar una de cerca vi que eran sorprendentemente compactas, no mayores que un rifle láser, pero su potencia de fuego no era nada desdeñable.

—¿Formar equipo con los azulados? —Kelp parecía furioso—. No hablará en serio. Eso es… ¡Es una blasfemia!

—Si es lo que la inquisidora quiere, tendrás que aceptarlo. —Trebek y él intercambiaron miradas furiosas hasta que intervino Amberley.

—Gracias, Bella. Como usted ha dicho muy oportunamente, mis decisiones no son discutibles. —Elevó un poco la voz para que todos los soldados pudieran oírla—. Nos ponemos en marcha. Si alguien tiene alguna objeción lo invito a no continuar con nosotros. Por supuesto, el comisario tendrá que ejecutarlo antes de que partamos como medida de seguridad operativa. —Me sonrió—. La gente se siente muy

motivada cuando cree que tiene una opción, ¿no le parece?

—Claro que sí —respondí, preguntándome cuántas más maneras de sorprenderme encontraría antes de que terminara el día.

De modo que organizamos la formación, con los tau delante, lo cual contó con mi aprobación —que recibieran ellos el fuego de los emboscados que estaba seguro nos estarían acechando desde la oscuridad—, seguidos de nuestro variopinto grupo de soldados. Jurgen se lo tomó tan flemáticamente como recibía todo lo demás, pero observé que Kelp no era el único que tenía reservas acerca de nuestra nueva alianza. Sólo la disformidad sabe que yo también tenía algunas dudas, claro que mis tendencias paranoides me llevan a desconfiar de todo (lo cual, en mi trabajo, es el único estado mental prudente). Velade y Holenbi no les quitaban ojo a los xenos, especialmente a los kroot, que realmente les causaban terror. Ocultos bajo sus armaduras y con los rostros tapados por los cascos, los tau casi podrían haber pasado por humanos de no haber sido porque tenían un dedo menos en cada mano, pero los kroot parecían realmente un presagio de mala suerte. Trebek se había manifestado francamente a favor de la decisión de la inquisidora, pero yo sospechaba que era más para hacer rabiar a Kelp que por una auténtica convicción. Sólo Sorel parecía totalmente cómodo.

Me volví hacia Kelp en cuanto empezamos a salir de la estancia uno por uno.

—¿Viene? —le pregunté mientras rozaba con la mano la culata de mi pistola láser. Después de un momento acompasó su paso al de los demás, con los ojos encendidos de rabia, pero me han mirado de esa manera tantos expertos que me limité a devolverle la mirada hasta que lo obligué a pestañear.

Me sorprendió que Gorok se uniera a mí al final de la columna, pero la verdad, no creo que hubiera una intención especial en que el intérprete tratara de colocarse donde no lo oyeran los monolingües. Sus compañeros abrían la marcha, avanzando junto al shas'ui, y mientras observaba su paso animado algo me llamó la atención.

—No veo a ningún herido —dije—. ¿Cuál fue el kroot al que alcanzó el disparo de Sorel?

—Kakkut —respondió—, del clan Dorapt. Un buen rastreador. Tuvo una muerte rápida. —Parecía tomar aquello con toda naturalidad—. Su francotirador tiene una gran pericia.

Sorel, que lo oyó, se tomó el cumplido con tranquila satisfacción.

* * *

Seguimos adelante y hacia abajo en un silencio desasosegado, con las armas

preparadas, aunque, la verdad sea dicha, sospecho que ambas partes las hubieran usado con las mismas ganas los unos contra los otros que sobre el misterioso enemigo a quien no parecíamos más cerca de identificar. No obstante, ahora marchábamos más rápido, ya que los tau parecían tener alguna manera de ver en la oscuridad. Era evidente que no tenían ningún iluminador visible, de modo que supuse que las lentes que llevaban en la parte delantera de sus cascos les permitían ver de una manera que yo no comprendía del todo. Los kroot no tenían necesidad alguna de aparatos visuales ya que se deslizaban por la oscuridad como si hubieran nacido para ella. Tal vez así fuera, quién sabe.

Un susurro amortiguado del tau que iba a la cabeza hizo que todos se detuvieran o, para ser más exactos, los tau se pararon y los demás nos dimos de bruces contra ellos.

—¿Qué pasa? —pregunté. Amberley intentó captar algo.

—Apaguen los iluminadores —ordenó. Obedecí, aunque no sin reservas. Si no confiaba en mis propios soldados cuando los tenía a la vista, mucho menos en la oscuridad. En cuanto a los xenos… Pero después de todo ella era una inquisidora y supuse que sabía lo que hacía.

Cerré los ojos antes de apagar la luz, de este modo me aseguraba de que se adaptarían rápidamente cuando volviera a abrirlos, pero aun así, los pocos momentos que tardaron fueron inquietantes. Esperé en la oscuridad que me envolvía, escuchando los latidos acelerados de mi corazón, y traté de distinguir los demás sonidos a mi alrededor: el roce de las botas en el suelo, el tintineo amortiguado de las armas y el equipo, y el susurro de una docena de pares de pulmones. Sentí el aire cálido y denso sobre mi cara, y recuerdo haber agradecido secretamente el olor característico de Jurgen, que no era más agradable de lo que solía pero por lo menos me daba la tranquilidad de lo familiar.

Poco a poco empecé a distinguir formas en las penumbras que me rodeaban y noté un débil resplandor de fondo a la distancia, por delante de nosotros.

—Luces —dijo Jurgen en voz baja—. Hay alguien ahí abajo.

Uno de los tau farfulló algo en un susurro impaciente.

—Hay centinelas —tradujo Amberley en voz baja—. Los kroot se encargarán de ellos.

—Pero ¿cómo pueden ver? —preguntó Velade con un tono de evidente confusión en la voz.

—No nos hace falta —le aseguró Gorok, y un remolino de aire desplazado a mi lado me indicó que se había ido. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, pude ver tres débiles sombras recortadas contra la endeble luz del fondo, y de forma repentina desaparecieron.

Un momento después se oyeron unos cuantos gritos sofocados que cesaron

abruptamente, ruidos de pelea y el crujido inconfundible de huesos rotos. Después volvió a reinar el silencio, roto tan sólo por un susurro amortiguado del sargento tau.

—Despejado —nos tranquilizó Amberley, y todos avanzamos hacia la luz, que ahora nos parecía acogedora a pesar de la potencial amenaza que representaba. En realidad no era tan brillante, sólo la primera en una cadena de globos luminosos de baja potencia empotrados en el techo con largos intervalos de sombra entre ellos, pero después de la oscuridad parecían decididamente refulgentes.

Un poco más allá del primero de ellos se había levantado una barricada improvisada de un lado a otro del corredor que daba un poco más adelante a una cámara algo más amplia, estrechando, el camino como para que sólo pudiera pasar un hombre.

—Parece un control —dijo Trebek.

—Vaya conclusión —añadió Kelp después de lanzar un sonoro bufido.

No obstante, ella tenía razón, era evidente que la obstrucción pretendía regular el tráfico para no permitir el paso de los intrusos; posiblemente ésa había sido la función del contingente que había quedado atrás liberado por los tau de esa responsabilidad. De lo contrario, lo habrían controlado con mucho mayor cuidado, como le indiqué a Amberley.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó, lo cual me reveló que, por mucho que sepan, los inquisidores no piensan como soldados[48].

—Está dentro de la zona iluminada —señalé—. Si realmente esperaran la llegada de intrusos habrían colocado sus piquetes más adelante, en la oscuridad, donde sus ojos pudieran adaptarse y ver corredor adelante. Tal como están situados, no pueden ver desde aquí nada que quede fuera del alcance de la luz.

—Los cual contribuyó mucho a que pudiéramos contar con el factor sorpresa —añadió Gorok refrendando mi observación. Eso me hizo recordar su presencia y volverme justo a tiempo para ver cómo se agachaba y arrancaba de un mordisco un buen trozo al cadáver humano que tenía a sus pies. Sentí que se me revolvían las tripas y los soldados dieron un respingo o hicieron exclamaciones de disgusto. Kelp ya se disponía a disparar con su rifle infernal, pero se lo pensó mejor.

Según pude ver, los tau miraban hacia otro lado mientras sus aliados se dedicaban a su obsceno banquete, como si estuvieran igualmente disgustados pero fueran demasiado educados para mencionarlo. Mi sorpresa fue aún mayor cuando Gorok escupió el bocado de carne, lo cual me recordó lo que habíamos visto antes. Dijo algo en su lengua natal y los demás kroot también desecharon lo que habían mordido.

—¿Qué es eso, en nombre del Emperador? —le pregunté a Amberley en un susurro, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Lo siento, pero no hablo kroot.

El oído de Gorok debía de ser anormalmente aguzado, al menos para nosotros,

porque fue él quien me respondió.

—Contaminados, como los otros. —Emitió un sonido que interpreté como de disgusto.

—¿Contaminados, cómo? —preguntó Amberley. Gorok abrió las manos en un gesto curiosamente humano para un alienígena y que supuse había copiado de quien le había enseñado el gótico.

—Es el… —dijo algo con los silbidos y chasquidos de su lengua—. No hay un equivalente exacto en su lengua, que yo sepa. Las moléculas desvirtuadas que replican…

—¿Los genes? ¿El ADN? —preguntó Amberley. Gorok ladeó la cabeza, al parecer sopesando la posibilidad, e hizo una pregunta a uno de los tau en esa lengua—. Algo similar —dijo por fin—. Los tau también lo saben, pero no de la misma manera que nosotros.

—¿Está tratando de decirme que puede percibir su ADN? —pregunté con incredulidad. Gorok volvió a ladear la cabeza.

—No exactamente. Como usted carece de esa capacidad, sería como describir el color a un hombre ciego, pero yo soy un kroot y puedo percibir esas cosas.

—Y sus genes están contaminados. —Amberley asintió, como confirmando algo que sospechaba, y yo caí en la cuenta de algo terrible.

Los recuerdos persistentes de alguna campaña anterior, la conversación que tuvimos en el palacio cuando nos conocimos. De repente supe qué era lo que ella esperaba encontrar aquí abajo, y tuve que emplearme a fondo para no dar la vuelta y huir despavorido y dando voces hacia la superficie.



Nota editorial:

A pesar de mis dudas relativas al estilo o, para ser más precisos, de la falta de él, considero que sería útil incluir aquí el único relato de un testigo de la movilización del 597.0 que he podido encontrar a estas alturas. Tal vez los lectores con un gusto refinado por la lengua gótica prefieran pasar por alto este fragmento. A aquellos de ustedes que deseen perseverar; mis excusas.

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general JENIT SULLA (retirada), 097.M42

Imaginen, si pueden, la espantosa sensación de inutilidad que pesaba sobre nosotros en aquellos días tan oscuros. Mientras la ciudad que habíamos venido a proteger era consumida por el fuego a nuestro alrededor, las llamas de nuestra impaciencia ardían con no menos furia en nuestros pechos. Porque ahí estábamos, guerreros que habíamos prestado juramento al Bendito Emperador, obligados sin saber por qué a mantenernos fuera de la contienda en la que todos nosotros, mujeres y hombres, deseábamos participar. No obstante, contuvimos nuestra mano. Por amargo que fuera el deber no nos mostrábamos menos inflexibles; ¿acaso no habíamos jurado obedecer? Y obedecimos, a pesar de la angustia que a todos nos producía nuestra forzada inactividad, hasta que por fin el general supremo dio la orden de movilizarnos.

Creo hablar realmente en nombre de todos cuando digo que al recibir la noticia de que nuestro regimiento, de reciente formación y todavía sin estrenarse, iba a avanzar a la cabeza de esta magnífica empresa, sentimos que nuestros corazones se henchían en nuestros pechos, llevados en alas del orgullo y por la determinación de demostrar que el general supremo no había depositado en vano su confianza en nosotros.

Mientras conducía a mi pelotón hacia nuestros Chimeras pude ver a todo el regimiento en formación y listo para entrar en batalla por primera vez, y fue una visión que me enardeció. Docenas de motores rugían, y nuestros Sentinels formaban junto a nosotros. Noté que el capitán Shambas sonreía abiertamente mientras comprobaba el lanzallamas con que estaba equipado su aguerrido corcel, e hice un alto para intercambiar con él algunas palabras.

—Me encanta el olor del promethium por la mañana —me dijo.

Yo asentí, comprendiendo su prisa por lanzar el fuego depurador del justo castigo contra los enemigos del Emperador.

Al montar en mi Chimera de mando y ocupar el puesto habitual en la torreta superior, no dejaba de volver la cabeza hacia atrás esperando un atisbo del legendario comisario Cain, el hombre cuyo valor y celo marcial era una inspiración para todos nosotros y cuya dedicación y generosidad nos habían transformado de una ralea indisciplinada en una unidad de combate excepcional que incluso el general supremo consideraba digna de notoriedad. Sin embargo, no se lo veía por ninguna parte. Sin duda estaría ocupado otorgando el beneficio de su sabiduría a quienes tenían en sus manos la misión de forjar nuestra victoria final. En realidad, la voluntad del Emperador fue que no posara mis ojos en él hasta esa confrontación suprema final que ha pervivido en los anales del honor hasta nuestros días. Al final, la coronel Kasteen subió a bordo de su propio Chimera y dio la tan ansiada orden de avanzar.

Nuestra partida, acompañada de las ovaciones y miradas de envidia de los regimientos menos afortunados, debió de ser todo un espectáculo. Debo admitir, no obstante, que fuera del perímetro mi ánimo decayó un poco al ver la devastación que se ofrecía a nuestros ojos.

Civiles de mirada hundida nos observaban desde sus hogares en ruinas, y a menudo nos lanzaban insultos y pedradas. De nada servía protestar diciendo que este yermo de desolación no era culpa nuestra, porque estaban en todo su derecho de esperar la protección contra los invasores tau y los habíamos dejado indefensos. En todas partes había edificios en llamas y cadáveres en profusión, muchos de ellos con uniforme de la FDP, algunos modificados con franjas de tela azul para proclamar su alianza con los expoliadores alienígenas. Sin embargo, aquello no les había reportado ningún beneficio, y habían recibido la recompensa que les espera a todos los traidores, aunque sólo Su Divina Majestad sabía si la habían recibido de manos de sus compañeros más leales o de los intrusos a los que habían tratado de aplacar.

De los propios tau vimos muy pocos vestigios, salvo algún que otro tanque redondeado acechando desde el extremo de una calle, o un diablo que a toda velocidad se situaba junto a nosotros y nos acompañaba a lo largo de una o dos manzanas. No obstante, en su mayor parte parecían conformarse con observarnos a través de sus proyectores de imágenes panorámicas que flotaban como platillos volantes sobre los tejados o revoloteaban alrededor de nuestros vehículos como moscas en torno a un grox. De no haber sido por las órdenes que habíamos recibido, estoy segura de que muchos habrían sido derribados por nuestros francotiradores. Pero a pesar de lo intolerable que resultaba esta provocación, ninguno de los que formaban nuestras estoicas filas faltó a la palabra empeñada abriendo fuego.

Sólo cuando nos acercamos al recinto del palacio del gobernador empezó la verdadera resistencia, y fue de un calibre que no nos esperábamos porque no había

motivo para ello.



TRECE

Mirar con perspectiva está muy bien y es prudente, pero ten cuidado de que la preocupación por conseguirlo no te haga perder de vista lo que tienes delante de tus narices.

Precepto de Santa Emelia,
capítulo XXXIV, versículo XII

Seguimos adelante, todavía con más cuidado, si cabe, porque la presencia y la disposición del puesto de control ponía de manifiesto que nos habíamos adentrado profundamente en el perímetro del campamento enemigo. Los tau volvieron a tomar la delantera, lo que me pareció fantástico, ya que fueran cuales fuesen los sensores que tenían dentro de aquellos extraños cascos me parecían mucho más fiables que el auspex de Amberley. Lo había vuelto a consultar unas cuantas veces desde su evidente fracaso para detectar a nuestros compañeros alienígenas, pero después del anuncio de Gorok y de que yo dedujera, presa del pánico, la naturaleza de aquello a lo que nos enfrentábamos, ya no esperaba nada de él. Por supuesto, era posible que algunos de los enemigos que nos esperaban aquí abajo todavía tuvieran lo suficiente de humanos para reflejarse en el artilugio, pero a mí me preocupaban mucho más los otros. Así pues, decidí fiarme de mis ojos y de mis oídos, y me quedé lo bastante rezagado para comunicarle a Amberley mis temores de modo que los demás no pudieran oírnos.

—Esto no es lo que esperaba encontrar, ¿no es cierto? —le pregunté, tratando desesperadamente de que mi voz pareciera tranquila. Aun así, me daba la impresión de que sonaba a un volumen alarmante. Amberley me miró con su expresión habitual de animado buen humor, que yo empezaba a sospechar que tenía tanto de máscara como mi propio simulacro de distanciamiento profesional.

—Para ser sincera, no —admitió—. Pensé que aquí abajo nos íbamos a encontrar con algunos insurrectos descontrolados. Si ahora estamos en lo cierto, esto cambia un poco las cosas.

Más que un poco yo habría dicho que muchísimo, pero no estaba dispuesto a demostrar menos sangre fría que nadie, de modo que asentí manifestándome de acuerdo, como si estuviera considerando atentamente nuestras opciones.

—No puedo enviar un mensaje al mando —dije—. Nos hemos internado demasiado. —Lo único que había conseguido recoger mi intercomunicador desde hacía rato era la estática. Miré a Amberley con avidez—. A menos que usted tenga algo más potente.

—Me temo que no. —Negó con la cabeza, aparentemente sólo contrariada a medias por el inconveniente—. Supongo que hemos quedado librados a nuestra suerte.

—Podría hacer que Jurgen retrocediera un poco —sugerí—. Al menos para tratar de hacer llegar un mensaje. El general supremo debería ser informado de forma inmediata de nuestras sospechas. Si estamos en lo cierto, lo que haría falta aquí abajo serían un par de regimientos, no medio escuadrón y un puñado de xenos.

—Agradezco su ofrecimiento, Ciaphas. —Me miró con aquellos enormes ojos azules con una chispa de diversión en el fondo, y tuve la repentina certeza de que podía leer con toda facilidad mis verdaderas intenciones—. Pero por el momento sólo tenemos sospechas. Si nos equivocamos —yo rogué al Emperador que así fuera—, la movilización de semejante cantidad de soldados rompería nuestra tregua con los tau.

—Y si estamos en lo cierto, lo más probable es que no sobreviva ninguno de nosotros para prevenirlos —repliqué—. Ya sabe que he hecho esto antes.

—Sí, yo también tengo un poco de experiencia con los alienígenas —me recordó, y de repente me di cuenta de que estaba discutiendo nada menos que con una inquisidora. Eso me volvió a la realidad y decidí callarme. Amberley volvió a sonreírme—. Sin embargo, tiene usted razón. En cuanto tengamos confirmación por cualquier medio que sea, nos replegaremos.

Bueno, ya era algo. Manifesté mi acuerdo con una inclinación de cabeza.

—Creo que eso sería lo prudente. A pesar de la potencia de fuego de los xenos, no tendríamos muchas oportunidades.

—Oh, no lo sé. —Volvió a sonreír, esta vez para sí, como si supiera algo que yo ignoraba. (Y así era, por supuesto, pero después de todo era una inquisidora, y supongo que así era como debía comportarse.)—. Tal vez tengamos una pequeña ventaja. —Mientras hablaba miraba a Jurgen, y recuerdo haber pensado que un rifle de fusión no suponía una gran diferencia. No obstante, así fue al final, y no era ésa, en todo caso, la ventaja de la que ella hablaba.



Habíamos recorrido tal vez otros tres kilómetros cuando el shas'ui alzó su curiosa mano deforme imponiendo silencio. Durante las dos últimas horas nos habíamos acostumbrado a interpretar las señales no verbales de nuestros compañeros alienígenas, aunque ninguno de nosotros se sentía especialmente cómodo con ellos. Kelp, por lo menos, parecía como si sólo esperara una excusa para abrir fuego, y aunque me disgustaba profundamente este hombre, tenía que admitir que probablemente no le faltaban motivos. Al fin y al cabo, un xenos es un xenos, y aunque al parecer estábamos del mismo lado por el momento, mi amarga experiencia me decía que cualquier alianza con ellos sólo podía ser temporal y podía romperse de forma repentina y sangrienta sin previa advertencia.

—Dice que detecta señales de vida más adelante, en grandes cantidades —dijo Gorok con calma, traduciendo los rapidísimos signos que el otro hacía con los dedos. Todos los tau tenían transmisores, y el Emperador sabe cuántas cosas más, incorporados en los cascos, pero sus aliados kroot no contaban con esos aparatos de comunicación, y ya empezaba a sospechar que los habrían desdeñado en caso de que se les ofrecieran. Así pues, utilizaban este semáforo peculiar para transmitirse órdenes e información sin hablar, más o menos como hacían las unidades de la Guardia cuando los soldados no tenían microtransmisores individuales o cuando el enemigo estaba tan cerca como para poder interceptar una transmisión verbal.

—¿Cuántos? —susurró Amberley, echando una última mirada a la pantalla del auspex que, por esta vez, realmente pareció reflejar algunas señales de vida que no eran nuestras ni de los seis soldados que nos acompañaban. La respuesta pareció perturbarla un poco, ya que yo podía ver un número de destellos muy inferior al que Gorok había traducido, claro que eso también me preocupaba a mí, pues parecía confirmar nuestros peores presentimientos.

—Vamos a tener que confirmar esto visualmente, ¿no es cierto?

Si lo pregunté no fue porque esperara una respuesta, sino porque me daba la tranquilizadora impresión de que tenía todavía cierto control sobre mi destino, al que, en aquel momento, me parecía con toda probabilidad que iban a poner fin de una manera rápida, sangrienta y turbia. Amberley asintió con una mirada sombría que no habría concebido en ella, y de repente tuve la impresión de que incluso una inquisidora podía tener miedo en las circunstancias propicias para ellos (y si alguna vez se han dado las circunstancias para estar aterrorizado, fue en ese momento).

—Me temo que sí —dijo, como si realmente lo pensara.

A menudo me he preguntado desde entonces si las cosas habrían sido diferentes en caso de que hubiéramos puesto a los soldados sobre aviso de qué era lo que nos esperaba. Al fin y al cabo, eran todos veteranos y habían combatido en una invasión tiránida hasta el final, de modo que no era muy probable que hubieran sido presas del pánico al oír la noticia. No me fiaba de ellos, ésa era la verdad desnuda. Por lo que

sabía, si les decía lo que habíamos conjeturado, lo que harían sería desertar, matando a Amberley para cubrir su retirada, como había sugerido Sorel, y también a mí, por supuesto, que era lo que en realidad me preocupaba personalmente.

De modo que, equivocado o no, mantuve la boca cerrada y dejé que siguieran pensando que sólo íbamos detrás de una célula de insurrectos; si eso manchó mis manos de sangre, puedo soportarlo. No es que no haya hecho cosas mucho peores a gente que se lo mereciera menos a lo largo de los años, y les aseguro que eso no me ha quitado el sueño[49].

Después de algunas consultas más, que Amberley y Gorok tradujeron con muy buena voluntad, seguimos avanzando todavía con más cuidado. A unos cuantos metros por delante los corredores parecían dar a una cámara más ancha, tal como había sucedido ya varias veces en nuestro recorrido por la ciudad subterránea, y yo pensaba que ésta no iba a ser muy diferente, parecida a aquella en la que habíamos descubierto el puesto de control, o la otra más grande donde los tau habían matado a los guardias. Fue así que me acerqué al extremo del corredor y eché una mirada curiosa en derredor. Lo que vi me hizo dar un respingo.

La cámara era enorme y el techo abovedado se elevaba decenas de metros por encima de nuestras cabezas, como la capilla de la schola donde había pasado muchas horas aburridas e interminables en mi juventud, escuchando la voz monótona del viejo capellán Desones hablando sobre el deber y la lealtad al Emperador y mirando furtivamente imágenes holográficas salaces con los demás cadetes. Aquí la atmósfera no se parecía en nada a la mohosa y piadosa de la capilla, pero desde todos los rincones parecía acechar un peligro palpable.

Habíamos salido a una galería situada en un nivel intermedio, a unos veinte metros por encima del suelo y, el Emperador sea loado, provista de una balaustrada hasta la altura de la cintura que nos permitía ocultarnos. Nos agachamos detrás de ella, tanto humanos como alienígenas, todos igualmente apabullados por lo que veían nuestros ojos.

Por debajo de nosotros se extendía un espacio vasto, que se perdía en la distancia, como una manufactoría de un mundo forja. En una ocasión había visto un hangar de mantenimiento de titanes, donde los Warhound eran rearmados y preparados para la batalla, y el enorme espacio, con sus resonancias repetidas por el eco, era un hervidero de actividad marcial, igual que éste. Sin embargo, en lugar de imponentes gigantes de metal, aquí sólo había gente, cientos de personas que iban y venían haciendo el mantenimiento de enormes máquinas muy antiguas cuya finalidad sólo cabía adivinar[50]. No obstante, los que tenían un interés más inmediato para mí eran los que llevaban, y mantenían con una meticulosidad que hubiera hablado muy a favor de un miembro de la Guardia Imperial, más armas ligeras de las que me hubiese gustado ver en otras manos que no fueran las de los servidores más leales de Su

Majestad.

—¡Por los huesos del Emperador! —musitó Trebek—. ¡Hay todo un ejército ahí abajo!

Unas cuantas exclamaciones breves, sibilantes, emitidas por los tau me confirmaron que para ellos era una sorpresa tan desagradable como para nosotros.

—Hay algo todavía peor —musitó Kelp. Amberley y yo nos miramos preocupados, sabiendo de antemano en lo que habían reparado, claro que nosotros ya lo sospechábamos y sabíamos qué era lo que debíamos buscar.

—¿Qué quieres decir? —dijo Holenbi en un susurro, otra vez con la expresión de perplejidad tan propia de él.

—Son mutantes —confirmó Sorel, barriendo el lugar con la lente de aumento de su rifle—. Al menos algunos de ellos.

Una oleada de intranquilidad recorrió a los soldados, un horror atávico a lo impuro que aflora a la superficie a pesar del entrenamiento y la disciplina. Una vez señalada por alguien, la contaminación era evidente: aunque muchos de los fanáticos que estaban ahí abajo eran humanos, o podían pasar por tales, otros eran sin duda algo más. En algunos casos era algo tan sutil como una postura rara, un encorvamiento peculiar de la espalda o un alargamiento de la cara, pero en otros era algo mucho más pronunciado. En estos individuos, la contaminación de lo alienígena era evidente, la piel tenía casi la dureza de una armadura y las mandíbulas eran muy anchas y con exceso de dientes; a unos cuantos les brotaban miembros adicionales rematados en garras afiladas como cuchillas.

—No, no lo son —se apresuró a aclarar Jurgen haciendo sombra con la mano sobre sus ojos para mirar más detenidamente y sin atender al frenético gesto de mi mano que le ordenaba callarse—. Son híbridos de genestealers. Vimos muchos como éstos en Keffia, y… —se interrumpió obedientemente cuando por fin volvió la cabeza hacia mí y vio mi expresión.

—Y los barrimos del mapa —completé yo tratando de sonar decidido y confiado. Kelp apretó los dientes.

—Usted lo sabía. —Fue una afirmación tajante, una acusación, y todos los demás se sumaron a ella—. Usted sabía qué era lo que nos esperaba aquí abajo desde el principio, y nos trajo aquí para que nos mataran brutalmente.

—Nadie los va a matar, a menos que lo haga yo —le solté, consciente de que si perdía la iniciativa ahora nunca la recuperaría, y eso significaría el fin de todo, de la misión, de mí mismo, de Amberley y probablemente también de Gravalax, aunque el bienestar del planeta no figuraba a la cabeza de mi lista de prioridades—. Ésta es una misión de reconocimiento, nada más. Nuestro objetivo era identificar al enemigo, y eso es lo que hemos hecho. Ahora regresaremos para informar. Volvemos a la superficie ahora mismo para pedir refuerzos, y sólo combatiremos si nos atacan.

¿Satisfecho?

Asintió lentamente, pero su mirada seguía siendo amenazadora.

—Para mí es suficiente —dijo Sorel. Velade, Trebek y Holenbi asintieron siguiendo su ejemplo.

—Para mí no. —Kelp levantó su rifle infernal y apuntó directamente a Amberley. Del grupo de los tau se alzaron murmullos sibilantes de consternación, pero un gesto del shas'ui indicó a los que habían empezado a alzar sus armas que se mantuvieran al margen, y comprobé con alivio que le obedecían. Lo que menos necesitábamos ahora era empezar a matarnos los unos a los otros. Ya había suficientes genestealers por allí para encargarse de eso, y atraer su atención en ese momento era tan mala idea como retar a un orco a un combate cuerpo a cuerpo—. Voy a salir de aquí, y la mataré si intentan detenerme. —Eché mano a mi pistola, pero ella me hizo un gesto negativo.

—No, comisario. No va a disparar, ¿verdad, Tobías? —Señaló con la cabeza a la multitud atareada de monstruos semihumanos de abajo—. El ruido haría que subieran corriendo, y usted no llegaría a recorrer cien metros antes de que lo hicieran pedazos.

Me di cuenta de que lo mismo era aplicable a mi arma de mano, de modo que volví a dejarla en la cartuchera.

—No se saldrá con la suya —dije tajante, consciente de lo absurdo de mis palabras, que sonaban a parlamento de un personaje de holodrama. Su respuesta fue un gesto desdeñoso.

—Como si no hubiera oído eso otras veces.

—Largo de aquí —la voz de Amberley sonaba llena de desprecio—. No quiero a ningún cobarde a mi lado. Tuvo una segunda oportunidad y la ha tirado por la borda. —Por primera vez, una chispa de inquietud se reflejó en la cara de Kelp, que dio un paso atrás.

—Será mejor que ruegue que lo encuentren primero los genestealers —añadí con el aire bravucón inevitable de una amenaza vacía que uno sabe que nunca tendrá ocasión de llevar a cabo—, porque si alguna vez me topo con usted, es hombre muerto.

—Siga soñando, comisario, no voy a aceptar una orden más de usted. —Miró a los demás esperando un gesto de apoyo, pero todos se limitaron a mirarlo con expresión decidida.

No me importa admitir que quedé sorprendido, claro que, bien mirado, seguían siendo ante todo soldados del Emperador. Un momento después, Kelp dio un paso atrás, hacia las sombras, y se dio la vuelta. Oímos el ruido de sus botas corriendo por el túnel por el que habíamos venido.

—Creo que todavía lo tengo a tiro —se ofreció Sorel, alzando el rifle y mirando por la mira telescópica hacia el origen de los sonidos—. Y esto tiene silenciador.

Hice un gesto negativo.

—Deje que se vaya —le dije—. Al menos todavía nos servirá para atraer el fuego del enemigo. —El francotirador asintió y bajó el arma.

—Usted manda —respondió.

Amberley seguía conversando animadamente con los tau, aunque yo no imaginaba de qué medio se valdría para que siguieran confiando en nosotros después de esto, de modo que hice todo lo que pude por animar a las tropas con unas cuantas palabras de alabanza a su lealtad.

—El shas'ui dice que sería más prudente volver a dividir nuestras fuerzas —tradujo Gorok amablemente. No me sorprendió. De ser yo el shas'ui y de haber visto que uno de nuestros aliados apuntaba con el arma a su comandante, yo también me habría planteado acabar con nuestro pequeño acuerdo.

—Unos y otros necesitamos informar a los nuestros —dijo Amberley, interrumpiéndose el tiempo suficiente para cruzar una mirada conmigo antes de volver a su sibilante diálogo.

—Eso es indiscutible —reconocí—. ¿Qué es lo que les está llevando tanto tiempo, entonces?

—Los tau no conocían esta habilidad de las criaturas a las que ustedes llaman genestealers —explicó Gorok—. Ellos sólo las conocían como una versión guerrera de la mente dominante tiránida. Su inquisidora está tratando de instruirlos sobre su verdadera naturaleza.

—Son infiltradores —afirmé—. Se abren camino entre la sociedad de un planeta y la debilitan desde dentro antes de que lleguen sus flotas enjambre. A dondequiera que vayan, siembran el desorden y la anarquía.

—Constituyen una poderosa amenaza —reconoció el kroot.

—Señor —susurró Velade tratando de llamar mi atención. Me volví hacia ella y vi que señalaba hacia el fondo de la cámara—. Allá abajo está pasando algo.

—Es hora de marcharnos —dije tocando a Amberley en el hombro. Ella alzó la vista y asintió.

—Creo que tiene razón.

Uno de los híbridos, un tío feo que podría haber pasado por humano en un lugar con poca luz de no haber sido porque su piel parecía salpicada por ácido, venía corriendo hacia la cámara. Llevaba algo bajo el brazo, y después de un momento me di cuenta de que era la cabeza del kroot al que Sorel había disparado.

—Oh, maldición —mascullé. Ahora los teníamos encima, sin duda alguna. A medida que se internaba en la caverna, cada vez más fanáticos dejaban lo que estaban haciendo y se arremolinaban a su alrededor. Lo más extraño de todo es que nadie decía nada, sólo se reunían a su alrededor en silencio y miraban el macabro trofeo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Trebek en voz baja.

—Se están comunicando —respondió Amberley, volviéndose y conduciéndonos por el corredor por el que habíamos entrado.

—Todos tienen esa mentalidad de enjambre, ¿saben? —Velade estaba tensa pero decidida—. Sólo hay que matar a los peces gordos.

—No es como la mente colectiva tiránida —afirmó Amberley—. Son todos independientes. Sólo están vinculados unos a otros por vía telepática, al menos de cerca.

—Como los psíquicos —aclaró Jurgen.

—Eso espero —recalcó Amberley, aunque en ese momento yo todavía no sabía lo que quería decir.

—Retirémonos despacio —ordené—. Todavía no han reparado en nosotros. Aún tenemos tiempo de volver a la superficie antes de que se den cuenta de dónde estamos.

—Y probablemente lo habríamos conseguido de no haber sido por el maldito kroot.

—Contaminan la carne —dijo Gorok—, y no deben probar la nuestra. —Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, o siquiera de darme cuenta de lo que se proponía, gritó algo en su propia lengua a sus compatriotas.

Me dio un vuelco el corazón. Cuando aquel chillido aviar se propagó por la cámara, todas las cabezas se volvieron hacia nosotros como si hubieran sido movidas por un mismo hilo. Me recordó a una batería Hydra apuntando. Incontables ojos nos observaron un momento y luego rompieron a correr mientras Gorok y los demás kroot apuntaban con sus armas de cañones largos al centro del grupo y abrían fuego.

—¿Qué diablos se proponen hacer? —preguntó Holenbi.

—¿A quién le importa? ¡Corran! —ordené. Al mirar hacia atrás vi que habían derribado al híbrido que llevaba la cabeza del kroot, y otra andanada dejó el trofeo transformado en pulpa.

Todavía no sé con certeza por qué era tan importante para ellos. Sólo puedo suponer que habían captado algo de lo que les estaba diciendo Amberley sobre la peculiar capacidad de los genestealers para sobreescribir el código genético de sus víctimas y habían pensado que la posesión de la cabeza de su congénere les habría permitido infectar a otros kroot. Algo totalmente descabellado, por supuesto. Los genestealers necesitan víctimas vivas para infectarlas a fin de que después, al tener hijos, extiendan la contaminación sin saberlo, pero supongo que en cierto modo interfería con su religión, o cualquier otra cosa que les hace andar por ahí dando bocados a los cadáveres. A fin de cuentas, un xenos es un xenos, y ¿quién sabe por qué hacen las cosas[51]?

De algo sí estaba seguro, sin embargo: los tau estaban tan sorprendidos como nosotros. El shas'ui gritaba algo cuya esencia no me costó nada adivinar sin necesidad

de un intérprete, pero los kroot no escuchaban, y desistió prefiriendo organizar su propio escuadrón. No le sobró tiempo, porque el ruido que llegaba desde el corredor por el que habíamos entrado me confirmó que no tardaríamos en tener compañía.

Una andanada de fuego de plasma de las armas de los tau barrió el corredor, dejándome casi ciego con su brillo, y me volví. No podríamos regresar por donde habíamos venido, eso era indudable, y nuestra única esperanza era seguir galería adelante con la esperanza de encontrar un camino de salida por uno de los otros túneles.

Era increíble, pero el enemigo seguía acercándose, aunque yo casi me lo esperaba después de mis aventuras en Keffia, donde seguían amontonándose los unos sobre los otros, pisoteando a sus propios muertos en su ansia de llegar hasta nosotros. La respuesta fue una ráfaga de relámpagos de láser y armas automáticas, y uno de los tau fue abatido, destrozada su armadura por múltiples impactos.

—Dígales que se replieguen antes de que los maten —le dije a Amberley, que asintió antes de gritar algo en tau. No es que me importara, por supuesto, pues cuanto más tiempo siguieran disparando los xenos tanto más lejos podríamos llegar.

—¡Hay otro túnel ahí delante! —gritó Velade con nerviosismo, luego se volvió de cara a nosotros y levantó su arma infernal. Entrecerré los ojos esperando la traición pero el bólter láser de alta potencia no disparó sobre nosotros sino al primer enemigo que apareció en el túnel que teníamos detrás, alcanzándolo en el tórax.

—¡Por las entrañas del Emperador! —exclamó Trebek, imitándola.

El corazón se me paró de terror. Había visto demasiados, en Keffia y formando parte de la masa vociferante de un ejército tiránido, como para confundirlo con otra cosa.

Un genestealer de pura cepa. Una de las criaturas más mortíferas de la creación. Y no venía solo.



CATORCE

Nunca aceptes una apuesta que no estés dispuesto a perder.

Abdul Goldberg, comerciante independiente.

Mi orden de retirada nos había dado al menos un poco más de tiempo. La horda de híbridos mutantes surgió del túnel que había entre nosotros y los tau, obligando a que los dos grupos nos separáramos. Sufrieron múltiples bajas, pero aun así lanzaron una descarga fulminante de fuego mientras avanzaban. Reconocí la táctica de la limpieza de Keffia, y Jurgen también, como era evidente, mientras alzaba el cañón de fusión antes de retroceder. El estallido de aire abrasador rugió en mi cara, haciendo evaporarse al genestealer que se aproximaba y mermando considerablemente las escasas filas delanteras.

El fuego continuó, con los rayos láser y las balas mordiendo la manipostería que nos rodeaba, y sentí un golpe repentino en el pecho. Miré hacia abajo; un rayo láser había impactado contra la armadura prestada que llevaba debajo del capote, y bendije lo previsor que había sido al pedirla. Todos estábamos disparando sin parar en ese momento, mientras los soldados se retiraban ordenadamente alternando los disparos y el movimiento, cosa que me alivió enormemente. Amberley había sacado una pistola bólter de debajo de la capa y la utilizaba con una habilidad casi igual a la mía. Abatió a dos monstruosidades más de las que nos rodeaban tras apuntar cuidadosamente. Los rayos explosivos detonaron en el interior de sus caparazones quitinosos haciendo estallar su tórax en una neblina sanguinolenta.

—¡Manteneos a distancia! —exclamé. Los híbridos esperaban atraparnos haciendo que nos acorralaran los pura cepa, y si eso sucedía todo habría acabado. Avanzaban hacia nosotros con ansia, amenazándonos con sus garras cortantes, y si alguien piensa que eso no intimida a un hombre con un arma de fuego, lo único que puedo decir es que se considere afortunado de no haber tenido nunca a ninguno cerca. Estuve allí cuando los Recobradores abordaron el *Engendro de la Perdición*[52],

y vi a los pura cepa que lo infestaron rompiendo con violencia sus armaduras Exterminador como si fueran de cartón para llegar a los Astartes que había dentro. Visto lo visto, podéis estar seguros de que nunca más quise estar cerca de los letales brazos de esas máquinas de matar. Y ya que tienen cuatro de esas malditas garras, puede resultar más difícil de lo que parece.

—¡No tiene que repetírmelo! —Trebek efectuó un par de disparos certeros, abatiendo a un pura cepa y a un híbrido con un lanzallamas. Gracias al Emperador que lo había visto, porque si no habría sido el fin de todos nosotros. Sorel la siguió, descargando una andanada contra el tanque de promethium y haciendo que la galería estallara en llamas.

—Buen disparo —lo felicité. Recibió el cumplido con un gesto de la cabeza y se volvió para retirarse.

Me fijé agradecido en que con eso habíamos ganado algo más de tiempo, ya que aquel infierno nos separaba de nuestros asaltantes y condenaba a bastantes a una muerte horrible. Lo más terrible, sin embargo, era que se quemaban en silencio, tratando de llegar hasta nosotros a través de las llamas hasta que su musculatura se rendía y se desplomaban, consumidos por el impulso de matar a los enemigos del enjambre costara lo que costase.

Al otro lado de la barrera llameante los kroots se vieron desbordados en cuestión de segundos, a pesar de su increíble habilidad para combatir cuerpo a cuerpo volteando las cuchillas de sus híbridos de rifle y lanza con resultados atroces. Pero por cada sectario destripado que caía, aparecía otro, y entonces los pura cepa los despedazaban y todo terminaba en menos de un segundo. Gorok fue el último en caer, de pie sobre una pila de cadáveres, en actitud desafiante, hasta que una ráfaga frenética de golpes convirtió su cuerpo en una lluvia de sangre.

No pude ver lo que les ocurrió a los tau, pero dejaron de disparar, con lo cual, o habían conseguido retirarse, o ya estaban todos muertos. Apostaba por lo segundo, pero aun en el caso de que me equivocara jamás podríamos reunimos de nuevo con ellos, así que en cualquier caso era una duda meramente retórica.

Juro que sólo miré hacia atrás un instante, pero cuando volví la vista estaba solo; los otros se habían retirado como yo había ordenado y era difícil adivinar por cuál de las seis bocas de túnel habían desaparecido. Me atrapó el miedo al aislamiento durante un segundo, pero a continuación me calmé. El tanque de promethium no ardería eternamente, y, en cualquier caso, los sectarios seguramente conocían aquel laberinto lo suficiente para sortearlo sin grandes dificultades, así que si me quedaba donde estaba mucho tiempo, era hombre muerto.

—¡Jurgen! —grité—. ¡Inquisidora! —No hubo respuesta, así que escogí el túnel más cercano y empecé a correr.

Mientras penetraba en la acogedora oscuridad, el pánico que había intentado

contener afloró de nuevo, más fuerte que antes, y aunque lo intenté, no pude obligarme a ir más despacio para orientarme: el miedo controlaba ahora mis extremidades. Corrí a todo lo que me daban las piernas, alejándome, sin hacer caso de los peligros que podrían estar acechando en la oscuridad que me rodeaba ni los obstáculos ocultos que podían estar esperando un paso imprudente o un tobillo torcido, y no me detuve hasta que sentí los pulmones como papel de lija y las piernas me empezaron a temblar por el esfuerzo.

Jadeando con fuerza, me senté en un oportuno montón de escombros e intenté tomar conciencia de mi situación, que, la mirara por donde la mirara, era indudablemente grave. Por una parte, aún estaba a gran profundidad bajo tierra, en un laberinto del cual no sabía salir, infestado de monstruos babeantes. Por otra, los únicos aliados que tenía allí abajo probablemente pensaran que estaba muerto, y aunque no fuera así, no iban a dedicar ningún esfuerzo a mi búsqueda. La información que habíamos recabado acerca de la verdadera naturaleza de la amenaza que nos iba comiendo el terreno era demasiado importante para arriesgarse, y Amberley insistiría en volver a la superficie lo más rápido posible para advertir al general supremo. Al menos, si estuviera en su lugar, eso es lo que yo habría hecho.

Sin embargo, mirando el lado bueno, confiaba de manera discreta en dar, tarde o temprano, con el camino de vuelta a la superficie, siempre que no me encontrara con más compañía en el trayecto. Mi soledad era una ventaja a ese respecto, ya que un hombre que se mueve solo siempre es más silencioso que un grupo. Cuando era niño había usado túneles como aquéllos de patio de juegos, y nunca perdí del todo la habilidad de encontrar mi camino a través de ellos. A pesar de mi huida aterrorizada, aún tenía una ligera idea de la dirección en la que estaba nuestro recinto y a qué distancia me encontraba. De hecho, si mis conjeturas acerca de nuestra posición bajo el Distrito Antiguo eran correctas, incluso podría estar más cerca de la superficie de lo que creía. Y una vez saliera al exterior, volver al recinto no sería difícil. (Y en el caso de que se lo estén preguntando, la ironía de experimentar de modo real lo que había pensado simular la noche anterior no me pasó desapercibida).

Huir aterrorizado, me gustaría comentar esto para aquellos que hayan tenido la suerte de evitar semejante experiencia, normalmente lo deja a uno hambriento y sediento. Al menos ése ha sido mi caso la mayor parte de las veces, y lo he hecho tan a menudo que soy una especie de experto en la materia, así que espero que se fíen de mi palabra.

En cualquier caso, decidí aprovechar ese momento de relativa tranquilidad para recobrar fuerzas, así que me quedé sentado un rato más bebiendo agua de mi cantimplora y masticando una barrita de ración, cuyo sabor, como venía siendo habitual, era imposible de identificar. El picnic improvisado me levantó algo el ánimo, y aproveché la tranquilidad para acompasar los latidos de mi corazón y tratar de

distinguir los sonidos en la oscuridad que me rodeaba. Pensé un instante en volver a encender el iluminador, pero finalmente no lo hice, ya que delataría mi posición, y aparte de eso, mis ojos ya se habían habituado a la oscuridad lo mejor que podían, y casi lograba distinguir vagamente siluetas con sombras más claras o más oscuras. Mis otros sentidos de rata de túnel habían entrado también en juego: podía saber la distancia a la que estaba de la pared por los ecos, por ejemplo. A menudo he tratado de explicarlo, pero la única manera de entenderlo es habiendo pasado gran parte de tus primeros años en lo más profundo de alguna colmena.

Mientras iba recobrando poco a poco el juicio, oí por primera vez el débil roce de algo que se movía en la oscuridad. Ahora bien, me atrevería a decir que la reacción de la mayor parte de la gente en esas circunstancias habría sido gritar, o encender la luz, cosas que dada mi situación no eran especialmente recomendables, como seguramente entenderán. Además, no estaba especialmente preocupado por lo que pudiera ser. Como he dicho antes, conocía bien el entorno, y me gustaría encontrar a alguien con tanta experiencia como yo en luchar a ciegas en túneles contra casi cualquier adversario. También tenía gran confianza en que cualquier genestealer o híbrido que anduviera por allí no se hubiera molestado en acechar, sino que habría cargado directamente, así que sencillamente esperé, y me vi recompensado instantes más tarde por el débil sonido de un pedrusco deslizándose en su caída.

Ese era un sonido que podía identificar con cierta seguridad, y concluí que estaba compartiendo mi refugio con algún tipo de alimaña. (Una valoración muy acertada, como descubriría más tarde, pero no exactamente como yo había imaginado). Antes de que pudiera pensar más acerca de aquel asunto, me distrajo un débil silbido en el oído que fue aumentando de volumen hasta que fui capaz de distinguir una estela casi inaudible de electricidad estática. Mi microtransmisor estaba activo, y eso sólo podía significar una cosa: alguien estaba transmitiendo en la frecuencia de mando a una distancia relativamente corta. Además, sólo podía ser una persona, algo que confirmé gracias a la débil voz, sin duda femenina, que iba y venía.

—… puede oír… comisario… responda…

El aliento volvió a mis pulmones al sentirme aliviado. Podrían haberse ido, como la misión requería, pero parecía que no habían renunciado del todo a encontrarme.

—¿Inquisidora? —pregunté con cautela.

—Eso quisieras. —La voz estaba cerca y era áspera, y si Kelp hubiera sido capaz de reprimir el comentario burlón, la culata de rifle que siguió me habría roto el cráneo. La realidad era que había sido lo bastante considerado como para avisarme, así que la esquivé con facilidad y le di un puñetazo en la boca del estómago, que, por supuesto, aún estaba protegido por su armadura rígida y sólo sirvió para amoratarme los nudillos (los de carne y hueso, de todas formas; los potenciados eran bastante más robustos). Aún estaba desequilibrado, así que cargué de lado contra él y traté de

derribarlo. Para ser un hombre tan grande se movía bastante rápido, he de reconocerlo.

Me asaltó un recuerdo vivido de la pelea en el comedor, así que me volví a agachar, y seguro que intentó la misma patada giratoria con la que casi había conseguido derribar a Trebek. La ventaja era mía, pensé, así aprendería a no jugar al escondite en un túnel con un habitante de colmena, y comencé a desenvainar mi espada sierra para acabar rápidamente con él.

Como era lógico, la patada baja que vino a continuación me pilló totalmente desprevenido, hizo crujir la parte trasera de mi rodilla y me tiró al suelo.

—Casi tenía razón —masculló con desprecio—, vivo en un mundo de dolor, pero ese dolor no es mío. ¿A qué no? —Siguió intentando golpearme mientras estaba en el suelo, pero la armadura que llevaba debajo del capote me protegió por segunda vez aquel día, y los golpes contra mis costillas eran más molestos que dolorosos. Por otra parte, supongo que si se hubiera concentrado en lo que estaba haciendo en vez de hablar de ello, lo habría hecho mejor. Permanecí en silencio, enmascarándolo todo menos mi posición aproximada en la oscuridad, y me eché a un lado, sacando por fin la espada sierra.

—Si vas a luchar, lucha —lo reté, usando el sonido de mi voz para atraerlo y enmascarar el ruido de la hoja mientras aumentaba la potencia—, no hagas discursos. —Debió de pensar que me tenía, porque cargó con un rugido triunfal, golpeando con la culata del rifle en el punto donde pensaba que estaba mi cabeza, pero yo ya me había movido para entonces, echándome a un lado, y le lancé una cuchillada a las piernas con mi arma. Esperaba alcanzar a aquel perro traicionero a la altura de las rodillas, para ser sincero, pero el ruido de la hoja debió de haberlo alertado y se giró hacia un lado en el último momento, así que lo único que pude conseguir fue un buen corte en una de las pantorrillas.

—¡Por las tripas del Emperador! —Debía de haber conseguido mi objetivo, sin embargo, porque se estaba echando atrás. Entonces la habitación se iluminó de repente con media docena de iluminadores. Algunos se balanceaban en las manos que las sujetaban y otros desde los cañones de los rifles infernales a los que estaban pegados con cinta adhesiva.

—Comisario. —Amberley me hizo un gesto de asentimiento, un saludo informal, como si acabáramos de encontrarnos por la calle.

—Inquisidora. —Me puse de pie con una voltereta y avancé hacia Kelp, que retrocedía cojeando con expresión aterrorizada mientras iba dejando un rastro de sangre—. Discúlpeme un momento. Estaré con usted en cuanto haya terminado con esto.

—Atrás. —Aquel traidor levantó el rifle infernal, apuntándome al pecho. Aunque parezca increíble, aún no se había percatado de que llevaba una armadura oculta, o

seguramente me habría apuntado a la cabeza—. Un paso más y lo mato. —Me detuve. De haber estado dos metros más cerca, podría haber acabado con él con la espada sierra. Sonrió con malicia—. ¿O todavía piensa que podrá hacer algo a esa distancia? —Me encogí de hombros.

—Jurgen, cárgatelo —dije. La expresión en el rostro de Kelp fue casi cómica durante el medio segundo que le duró; a continuación explotó en un pequeño montón de restos humeantes. Me volví hacia mi ayudante, que estaba bajando el rifle de fusión, y le hice un gesto de reconocimiento—. Gracias —añadí.

—De nada, señor —contestó, como si no hubiera hecho más que servirme el té, y me volví de nuevo hacia Amberley.

—Qué sorpresa tan agradable —le dije, haciendo lo mejor que pude el papel del héroe imperturbable—. No creí que volviéramos a vernos antes de llegar a los barracones.

—Ni yo —admitió ella con una ligera sonrisa—. Pero capté la onda de su transmisor, y simplemente nos dirigimos hacia el lugar donde la señal era más fuerte.

—Me alegro de que lo hicieran. —Dirigí la mirada hacia donde Trebek se estaba quitando un resto viscoso de Kelp de la bota. La sonrisa de Amberley se hizo más amplia.

—Daba la impresión de que tenía la situación bajo control —dijo.

—Me he enfrentado a cosas peores —respondí encogiéndome de hombros.

—No lo dudo. Pero le hizo un favor, en cierto modo. —En ese momento debo de haber parecido confuso, porque me lo explicó como si estuviera recalcando algo obvio —. Hizo que fuera más fácil encontrarlo. En cuanto nos acercamos lo suficiente, simplemente tuvimos que seguir el ruido.

Sus palabras me cayeron encima como un cubo de agua helada (o una ducha valhallana, cosa que no recomiendo a los incautos, por cierto).

—En formación —ordené a los soldados—. Nos vamos.

—Un momento, señor. —Holenbi estaba hurgando en su botiquín—. Me gustaría vendarlo antes. —Juro que hasta ese momento no me había dado cuenta de que había sido herido durante la pelea, o tal vez era consecuencia de un disparo en la estancia más grande. Lo cierto es que mis nudillos estaban llenos de sangre. Lo primero que pensé fue que me lo tenía merecido por golpear una armadura rígida, pero tampoco estaban tan despellejados (y las zonas potenciadas nada de nada); casi toda la sangre había salido del enorme rasguño que tenía en la frente, que, al reparar en él, comenzó a escocerme horriblemente. Rechacé al joven sanitario, que ya me estaba pulverizando la herida con algo.

—No tenemos tiempo para eso —dije—. Si oyeron algo, puede que no hayan sido los únicos.

Debo decir que eso los puso definitivamente en marcha. Sólo pensar en

enfrentarse a otra horda de híbridos y pura cepa era suficiente para motivar a cualquiera. Avanzábamos en orden, a pesar de todo, y me complació ver que los miembros supervivientes del equipo engranaban unos con otros como se esperaba que hicieran los soldados. Ahora que Kelp ya no estaba, la fricción que había estropeado la misión desde el principio se había disipado, al parecer, junto con sus moléculas, y Trebek se ponía al frente sin que tuviera que ordenárselo. Si seguía así, me puse a pensar, incluso podría plantearme devolverle sus galones de cabo.

—Tuvimos suerte ahí atrás —dije, poniéndome junto a Amberley de nuevo. Ésta levantó una ceja.

—¿En qué sentido?

—Cuando atacaron antes. Muchos de ellos iban a por los tau y no a por nosotros.

—¿Y eso le pareció curioso?

—Cuando luché contra los genestealers en otra ocasión, en Keffia, no tenían un orden de prioridades. Simplemente iban a por los objetivos más cercanos.

—Curioso —comentó—. Tenga en cuenta que después de que estallara ese depósito de promethium sólo podían llegar hasta los alienígenas, de todos modos.

—Fue antes de eso —insistí—. Justo al principio. Sólo parecieron venir a por nosotros una vez emprendimos la retirada.

—Y dice que ése no es el comportamiento típico de los genestealers —apuntó.

—No según mi experiencia —confirmé.

—Ya veo. Gracias, comisario. —Parecía pensativa, y una vez más, sus ojos se posaron en Jurgen.

Seguimos adelante a toda prisa, siguiendo un tramo de cañerías que parecían ir hacia arriba, pero no podía sacarme de encima la sensación de inquietud que me invadía mientras avanzábamos rápidamente en la oscuridad. Había sugerido apagar de nuevo los iluminadores, pero Amberley me había desautorizado, insistiendo en que fuéramos lo más rápido posible de modo que dejé el mío apagado y me apresuré a seguir al grupo; así me aprovechaba de las luces de los otros sin convertirme en un blanco tan evidente. Aun así no me gustaba, me volvían a hormiguear las palmas de las manos, y mi cuero cabelludo hervía ante la posibilidad de un tiro proveniente de las sombras, o una erupción de genestealers de pura cepa saliendo de la oscuridad. Había aprendido una cosa en mi anterior encuentro con las criaturas: eran tremendamente silenciosas y preferían golpear desde las sombras. Al igual que los Astartes, yo iba a bordo de la nave que habían atacado. Los híbridos no eran tan preocupantes; sus genes humanos los hacían más previsibles y fáciles de matar, aun cuando eran capaces de usar armas a distancia contra nosotros.

—Todo bien hasta aquí —murmuró Amberley. Si alguna vez oí algo capaz de tentar al destino, fue aquello. Habíamos tenido bastante buena suerte hasta el momento, pero sabía que no podíamos esperar que durase.

—Seguro que nos vienen pisando los talones —le recordé. De hecho, teniendo en cuenta la velocidad a la que se movían, estaba algo sorprendido de que no nos hubieran alcanzado ya… de repente lo comprendí, y al hacerlo sentí como si me golpearan en el estómago. No tenían que peinar un laberinto entero para tratar de encontrarnos… Tenían centinelas apostados en las rutas principales de entrada y salida. Todo lo que tenían que hacer era esperar y reforzar la guardia del perímetro, y de un momento a otro nos toparíamos con ellos.

—¡Alto! —exclamé—. Podríamos estar dirigiéndonos hacia una emboscada. —Pensé con rapidez, calculando nuestra posición más probable y la distancia que habíamos recorrido después de encontrar la cueva llena de las víctimas de los tau. Aún estábamos a una distancia cómoda, pero…

El repentino impacto, un poco más adelante, de un rayo láser que hizo pedazos un trozo de rococemento de la pared al lado de Trebek, hizo que mis ideas comenzaran a fluir rápidamente. Se me había pasado la posibilidad de una trampa; estaban peinando los túneles desde el perímetro exterior, estrechando el cerco a nuestro alrededor.

—¡Atrás! ¡Cierren filas! —ordené mientras Trebek se agachaba para responder a los disparos. Se podían ver siluetas corriendo más allá de donde estaba ella, puestas al descubierto por el rayo del iluminador pegado al cañón de su arma, y apretó el gatillo, derribando a un hombre joven con el uniforme de la FDP.

Durante un instante me pregunté si no habríamos cometido un grave error y estaríamos disparando una vez más a nuestros aliados, sin embargo, algunas de las otras siluetas que había junto a él eran, sin lugar a dudas, híbridos. Una mujer joven, que podría haber sido atractiva si no fuera por el tercer brazo que le salía del hombro derecho y que acababa en unas garras de genestealer afiladas como cuchillas, se apartó un mechón de pelo extraterrestre de los ojos con el monstruoso apéndice (un gesto sorprendentemente delicado, recuerdo que pensé en aquel momento), y equilibró la ametralladora pesada que portaba entre sus otros dos brazos. Antes de que pudiera proferir un grito de advertencia, Sorel le hizo un boquete en la cabeza con su habitual puntería infalible. Un segundo soldado de la FDP, que por alguna extraña razón llevaba el uniforme adornado por una toalla que estaba atada alrededor del brazo, emitió un grito de angustia, dejando caer su pistola láser y balanceando el cuerpo.

—No creo que lo logremos, comisario —advirtió Jurgen con su flema habitual, aparentemente tan despreocupado como si me estuviera pidiendo que aprobara un documento rutinario—. También están detrás de nosotros. —Tenía razón. También se oían los sonidos de pies arrastrándose por el túnel en la dirección de la que veníamos.

—Tendremos que abrirnos camino a golpes —afirmó Amberley con decisión. Velade y Holenbi hicieron un gesto de asentimiento mutuo con expresión sombría y

abrieron fuego contra los sectarios para apoyar a Trebek, pegándose a la pared a fin de ofrecer el mínimo blanco posible.

—¡Mejor hacerlo de prisa! —exclamé. Encendí mi iluminador cuando entramos en el túnel, y mi corazón casi se detuvo: en vez de haber más sectarios harapientos, el estrecho pasadizo estaba plagado de genestealers de pura cepa con las fauces abiertas y babeantes, mientras cargaban a una velocidad que parecía la de un speeder terrestre. Saqué mi pistola láser y les lancé una descarga que resultó inútil. El que iba en cabeza se desplomó, e inmediatamente fue reducido a una sustancia viscosa debido al peso de los demás que le pasaban por encima, y el crujido de la quitina y el sonido de sus fluidos corporales al ser aplastados me revolvió el estómago (no se imaginan cómo olía)—. ¡Se nos acaba el tiempo!

Jurgen lanzó un rayo de fusión hacia el pasadizo, pero apenas consiguió retrasarlos; por cada uno que caía parecía haber un ejército en reserva.

—Estamos haciendo lo que podemos —dijo Trebek, apuntando y disparando en un solo movimiento fluido. Cada vez que apretaba el gatillo moría otro sectario, y su pechera tenía marcas de impactos de rayos láser. Cualesquiera que fueran los crímenes que había cometido en el Cólera Justa los había pagado con creces, y la oleada de satisfacción que sentí ante esa justificación de mi decisión de no ejecutarla casi consiguió que me olvidara del terror creciente que sentía ante la avalancha de muerte quitinosa que se nos venía encima.

De repente, Trebek recibió un disparo de bólter en el pecho, y la punta explosiva estalló atravesándole el tórax y llenando de visceras la pared cercana. Apenas tuvo tiempo de poner cara de sorpresa antes de que la luz se extinguiera en sus ojos.

—¡Bella! —Holenbi bajó su rifle infernal y buscó frenético el equipo médico. Lo cogí por el hombro.

—¡Siga disparando! —grité—. ¡Ya no puede ayudarla! —Y así estaríamos nosotros en unos segundos más si no podíamos encontrar una manera de salir de allí. Asintió y volvió a apuntar con el rifle, apretando el gatillo de forma automática. La pistola bólter de Amberley rugió junto a mi oreja, y otro soldado que antes había pertenecido a la FDP murió de forma tan aparatosa como Trebek.

—Éste podría ser el final —dije, presa del típico fatalismo delirante que a veces sobreviene cuando la muerte parece inevitable. El nudo causado por el miedo desapareció, viéndose reemplazado por la serena certeza de que nada de lo que hiciera en ese momento cambiaría las cosas, pero me estaba llevando conmigo a tantos de aquellos bastardos como podía. La inquisidora se volvió para responderme, pero antes de que pudiera decir nada un rayo láser le estalló en un lado de la cabeza.

—¡Amberley! —grité, pero cuál no sería mi sorpresa al ver que desaparecía de repente, desvaneciéndose sin dejar más rastro que el repentino estallido del aire desplazado que se apresuraba a llenar el súbito vacío dejado en el lugar que había

ocupado antes—. ¿Qué diablos…?

—Comisario —su voz estaba de repente en mi transmisor—. Dígale a Jurgen que dispare a la pared, aproximadamente a unos tres metros más atrás de su posición actual. ¡Rápido! —De repente, mis esperanzas se renovaron e hice lo que me pedía, aunque no estaba en condiciones de entender lo que le había pasado a ella o por qué me estaba dando unas instrucciones tan extrañas.

He de decir a favor de Jurgen que cumplió con la misma rapidez y eficiencia con que solía obedecer el resto de las órdenes, y para mi sorpresa, un gran agujero de casi un metro de diámetro apareció de repente. La pared tenía apenas el grosor de mi antebrazo, y me lancé a su interior antes de que los bordes tuvieran siquiera tiempo de enfriarse.

—¡Por aquí! —exclamé. Velade y Holenbi empezaron a retroceder, mientras que Sorel disparó una última vez a la avalancha de genestealers pura cepa. Jurgen se dio la vuelta para hacer lo mismo, liberando otra ráfaga de energía salvaje, y fue entonces cuando la manipostería que estaba sobre el agujero comenzó a desplomarse—. ¡Rápido! —exclamé, pero era demasiado tarde; la pared se desplomó con un rugido ensordecedor detrás de mí, levantando una nube de polvo asfixiante y dejando aislados a mis compañeros con las criaturas, que, seguramente, los matarían a todos.

En circunstancias normales la idea de estar a salvo de una horda de genestealers tras toneladas de manipostería me hubiera hecho sentir un intenso alivio. Sólo cabe pensar que me di un golpe en la cabeza o algo así, porque inmediatamente comencé a escarbar entre los escombros, intentando abrirme paso de nuevo hacia el pasadizo, que a esas alturas ya estaría decorado con las visceras de los demás. Sólo desistí cuando noté una mano sobre mi hombro.

—Déjelo, Ciaphas —Amberley negó con la cabeza, apesadumbrada—. Ya no puede ayudarlos. —Me levanté lentamente, sacudiéndome el polvo de la ropa, y me pregunté si conseguiría arreglármelas sin Jurgen. Trece años era mucho tiempo sirviendo juntos, después de todo, y lo iba a echar en falta.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, pestañeando para quitarme el polvo de los ojos. Me sentía como si también tuviese el cerebro lleno de polvo—. ¿Adónde fue?

—Aquí, por lo visto. —Amberley recorrió la estancia en la que estábamos con la vista. No era muy acogedora, pero al menos estaba vacía de genestealers—. El campo trasladador me arrojó aquí cuando me dispararon.

—¿El qué? —Agité la cabeza, confuso. Tenía el pelo lleno de polvo y no encontraba mi gorra. Por alguna razón me parecía importante y continué buscándola por todas partes, a pesar de que lo más seguro era que estuviera bajo montones de escombros[53].

—Campo trasladador. Si recibo un golpe muy fuerte, me teletransporta a otro sitio. —Se encogió de hombros—. Al menos la mayor parte de las veces.

—Un juguete muy útil —dije.

—Cuando funciona. —Paseó la vista por la habitación—. ¿Nos vamos?

—¿Ir adonde? —pregunté, tratando todavía de asimilarlo todo.

—Lejos, rápido. —Enfocó el iluminador hacia una sombra más oscura en una esquina de la habitación—. Esto parece una salida.

—Noto una corriente de aire —asentí.

—Bien. —Me miró con curiosidad y me di cuenta de que ella no la percibía. Como se suele decir: puedes sacar al niño de la colmena, pero…—. Vamos, entonces.

Bueno, no tenía ninguna idea mejor, así que la seguí. Aunque si hubiera sabido hacia dónde nos dirigíamos, quizá habría optado por no moverme de allí.



Nota editorial:

Una vez más, debo disculparme por esto, pero realmente es el único informe de un testigo presencial que he podido encontrar.

(De hecho, también están los informes oficiales de las acciones posteriores, que podrían ofrecernos un retrato más coherente si alguien los revisara y recopilara los distintos puntos de vista de una docena de oficiales, pero para ser sincera, no dispongo ni del tiempo ni de la paciencia necesarios).

Extraído de *Como el Fénix de las Llamas: La Fundación del 597.º*, por la general JENIT SULLA (retirada), 097.M42

Para cuando llegamos al Distrito Antiguo, casi nos habíamos acostumbrado a la presencia sombría de los tau, que revoloteaban a nuestro alrededor como fantasmas malignos, y dice mucho de los soldados con los que tuve el honor de servir el hecho de que ninguno de ellos haya cedido a la tentación de vengarse por la destrucción de la ciudad, a pesar de la presencia de más de un blanco evidente en más de una ocasión. A pesar de lo fuerte que pudiera llegar a ser aquel impulso, y de hecho lo era, permanecimos conscientes del requerimiento que nos habían impuesto, y nos concentramos en la delicada misión que nos habían encomendado. Ciertamente no puede haber un enemigo más despreciable que un sirviente imperial que ha traicionado la confianza del Emperador, y nosotros estábamos, si cabe, más ansiosos incluso por hacer pagar al gobernador su perfidia que por tomarnos una más que merecida venganza contra los traficantes alienígenas cuya presencia había tolerado durante tanto tiempo con consecuencias tan graves.

Habíamos previsto pocas dificultades en conseguir nuestros fines, pues ¿qué fuerzas podía tener a su disposición para desafiar a los enormemente leales sirvientes de Su Divina Majestad? Un puñado de guardias de palacio, si acaso, cuyas habilidades marciales habían resultado tremendamente insuficientes cuando se los llamó para defender su residencia de una simple banda de alborotadores. Así que recorríamos las calles desiertas con una confianza cada vez mayor en nuestra misión de venganza; una confianza que pronto resultaría enormemente fuera de lugar.

La primera advertencia que recibí de que algo no iba bien fue el ruido de una explosión, como si hubieran detonado un misil perforante contra el casco de uno de los Chimeras que teníamos delante. Desde mi posición en la torreta del vehículo de

mando pude ver el brillante florecer de la explosión, una rosa roja de destrucción que al abrirse hizo una muesca en un lateral del blindaje. Sin embargo, no pudo penetrar; entretanto, el intrépido artillero hizo girar la torreta, descargando una ráfaga de potentes rayos sobre el inoportuno enemigo. No obstante, mi satisfacción al ver el edificio desde el que nos estaban atacando alcanzado por el castigo del Emperador fue muy breve, ya que siguieron más proyectiles que salían sibilantes desde posiciones ocultas entre los escombros que nos rodeaban.

Como era inevitable, algunos dieron en el blanco, penetrando en el blindaje y destrozando orugas, lo que hizo que varios de nuestros Chimeras se detuvieran. El parloteo en los canales de voz me hizo ver que nuestra compañía no era la única en ser desafiada de manera tan traicionera. Los otros elementos de nuestro regimiento, desplegados por varias de las calles adyacentes en un esfuerzo por rodear el palacio, estaban sufriendo ataques similares, y un vistazo a mi placa de tácticas fue suficiente para darme cuenta de que aquélla era una operación bien planeada, ejecutada con una gran precisión, nada propia de las tropas desorganizadas y desmoralizadas que esperábamos encontrar. Sin pensármelo dos veces me volví a meter dentro del Chimera, donde los sensores especiales y el equipamiento de voz me permitirían dirigir mejor a mis subordinados, y comencé a planear nuestro contraataque.

—¡Alto! ¡Abandonad los vehículos! —ordené, dándome cuenta de que nuestro avance se detendría indefinidamente a menos que nos acercáramos a pie al enemigo, ya que nuestros pesados vehículos eran blanco fácil para los equipos de tiradores atrincherados. Nuestros conductores se apresuraron a obedecer.

En el momento en que me disponía a bajar del vehículo, éste vibró con un impacto súbito y del compartimento de la cabina salió un humo espeso. Una comprobación rápida reveló que nuestro conductor estaba muerto, así que no perdí más tiempo antes de formar mi equipo de mando y saltar fuera de nuestro maltrecho Chimera.

Una escena realmente infernal se presentó ante mis horrorizados ojos mientras corríamos por la rampa. Dos de los transportes estaban en llamas y otros varios inmovilizados; el resto estaba maniobrando como podía para ponerse a cubierto. Los seguí, extremando las precauciones, hasta que una ráfaga de rayos láser salió disparada desde las posiciones enemigas, impactando a nuestro alrededor y obligándonos a buscar refugio donde buenamente pudimos.

—Tercer pelotón, informe. —La voz del mayor Broklaw resonó con fuerza en mi transmisor, y su actitud calmada resultaba tranquilizadora a pesar de la confusión que nos rodeaba. Respondí tan brevemente como pude, como correspondía a un guerrero del Emperador.

—Estamos inmovilizados y bajo fuego —informé—. El enemigo parece bien atrincherado.

—Nos estaban esperando —dijo.

Ésa era también mi opinión; las posiciones que ocupaban tenían que haber sido preparadas hacía algún tiempo. Lo que aquello implicaba era asombroso. Era evidente que el gobernador se había dado cuenta de que el juego había terminado, pero ¿dónde había encontrado las tropas a las que nos enfrentábamos? Ajusté mis potenciadores ópticos y respiré hondo.

—Los enemigos son elementos de la FDP —informé. Un par de las figuras acechantes aún llevaban harapos azules atados alrededor del brazo, pero cuál no sería mi confusión al comprobar que era la misma insignia provisional que usaba la facción imperial en los disturbios civiles recientes.

—¿Partidarios del gobierno o de los alienígenas? —interrumpió la coronel Kasteen. Durante unos instantes no supe qué responder.

—Ambos —dije por fin—. Parece que ambas facciones luchan juntas ahora…

—¡Eso no tiene sentido! —exclamó Broklaw con un tono de voz cercano a la frustración. Pero Kasteen permaneció impasible, actitud propia de una comandante tan competente.

—Nada en este nido de ratas olvidado del Emperador tiene sentido —manifestó con toda la razón.

—Ya no hay tropas leales —dijo el mayor sin dudarlo ni un instante—. Mátenlos a todos.

Ésa era una orden que éramos capaces de obedecer con entusiasmo, e íbamos a hacerlo poniendo toda nuestra voluntad, de eso pueden estar seguros. Toda la frustración que habíamos soportado desde nuestra llegada a Gravalax salió a borbotones a la superficie, transformada en verdadero entusiasmo marcial, y juré que la sangre del traidor sería derramada aquel día con toda certeza.

Mientras animaba a mis soldados y observaba cómo avanzaban los centinelas para suprimir la primera línea de resistencia, un rápido movimiento que percibí con el rabillo del ojo hizo que mirara hacia el cielo. Lo más seguro era que fuese uno de los imagoproyectores de los tau, y me sobrevino un escalofrío momentáneo de aprensión mientras mi mente se llenaba de preguntas. ¿Qué conclusiones estaban sacando los enigmáticos alienígenas de todo esto? Y, lo que era más importante: ¿qué tenían intención de hacer al respecto, si es que pretendían hacer algo?



QUINCE

Nunca es demasiado tarde para ser presa del pánico.

Refrán popular valhallano.

No me importa admitir que las secuelas de la pelea en el pasadizo me habían dejado exhausto, tanto física como mentalmente. Eliminé la peor parte del polvo acumulado en la garganta con un par de tragos de mi cantimplora, pero no me podía sacudir la sensación de tenerlo por toda la piel, en el pelo, o debajo de la ropa, y no conseguiría eliminarlo hasta después de la tercera ducha. La verdad es que para cuando se me presentara la oportunidad de hacerlo, el polvo sería el menor de mis problemas.

Y Jurgen estaba muerto. Todavía no me lo podía creer del todo, después de tantos años y tantos peligros a los que nos habíamos enfrentado y todo lo que habíamos superado juntos. El sentimiento de pérdida era paralizante y algo inesperado. De algún modo siempre había supuesto que nos enfrentaríamos juntos a nuestro final, cuando finalmente el destino me arrojara a algo de lo que no me pudieran librar ni mi suerte ni mi refinado instinto de supervivencia.

Así que durante un tiempo indeterminado no dije nada y seguí a Amberley, que al menos parecía tener algún tipo de plan. Todo ese tiempo, según recuerdo, sostuve la pistola en la mano, algo curioso, ya que en apariencia no corríamos ningún peligro, pero por algún motivo no la había soltado cuando la pared se derrumbó y me sentía extrañamente reticente a devolverla a su funda. Más tarde vi que de tan fuerte que la había agarrado tenía un cardenal en la palma de la mano con la que la había sostenido[54].

Habíamos recorrido un trecho en silencio antes de que Amberley volviera a hablar, y la presión en los oídos me decía que el túnel en el que estábamos había comenzado a descender gradualmente, pero no parecía haber ninguna ruta evidente para volver a la superficie, así que pensé que era una dirección tan buena como otra cualquiera. Supongo que debería haberlo mencionado, pero nunca se me ocurrió que ella no se hubiese dado cuenta. De haber sabido que no era así, que pensaba que

seguíamos avanzando al mismo nivel, por supuesto que lo hubiera mencionado, pueden creerme, especialmente de haber sospechado lo que nos estaba esperando ahí abajo, a más profundidad.

—Bueno, supongo que eso contesta a la pregunta principal, en cualquier caso —dijo.

—¿A cuál? —pregunté. Hasta ese momento, la situación se había convertido en algo tan estrambótico que no parecía tener ningún sentido. Estaba comenzando a pensar que la única cosa en la que podía confiar realmente era en la perspectiva de más traición y confusión en el futuro, y en eso no me vi nada decepcionado. Amberley pareció sorprendida durante un instante, y a continuación complacida de que hubiera respondido.

—La principal —repitió—. ¿Quién tendría algo que ganar provocando una guerra con los tau?

—La flota enjambre —respondí, y me estremecí a pesar de la calidez húmeda del túnel.

Si los genestealers eran realmente los precursores de un próximo y violento ataque tiránido, entonces es que estaban trabajando en una estrategia mucho más ambiciosa que las que había conocido hasta ahora, y las implicaciones de aquello eran de todo menos tranquilizadoras. Asintió, claramente complacida con mi respuesta, y decidida a prolongar la conversación. Supongo que estaba tratando de mantenerme centrado en la misión[55], y así evitar que pensara demasiado en lo que les había pasado a nuestros compañeros.

—El culto de los genestealers ha estado activo aquí durante varias generaciones. Es una suerte que se haya quedado tan aislado, o a estas alturas ya se habría propagado por la mitad del sector.

—Ya es algo —me mostré de acuerdo. Sé por mis contactos posteriores con ella que siguió indagando sobre aquella posibilidad y consiguió erradicar un par de pequeños subcultos que habían dado el salto a sistemas vecinos antes de que se establecieran del todo, pero el peligro parecía haber sido contenido de verdad; al menos hasta que las flotas enjambre se presentaron y nos dimos cuenta de que nos enfrentábamos a una guerra en dos frentes. Me quedé pensando un instante—. Es evidente que han estado aquí el tiempo suficiente para infiltrarse a fondo en la FDP —añadí por fin.

—Entre otras cosas —corroboró la inquisidora. Yo también asentí, comenzando a participar en la conversación aun a mi pesar.

—Parece como si hubieran conseguido infiltrarse también en los grupos políticos. La facción alienígena…

—Y los leales al gobierno —sonrió con expresión sombría—, incrementando la tensión entre ambas, dividiendo a la FDP. Es evidente que fueron los sectarios de

ambas facciones los que hicieron que comenzaran a dispararse los unos a los otros, e hicieron que los leales atacaran a los tau.

—Esperaban conducirnos a la guerra para que nos hiciéramos pedazos unos a otros y así permitir que la flota enjambre entrase en el sector sin encontrar apenas oposición. —Volví a estremecerme—. Es diabólico. Y estuvo tan cerca de tener éxito…

—Todavía podría tenerlo —repuso Amberley con voz lúgubre—. Somos los únicos que sabemos todo esto. Si no se lo podemos contar al general supremo…

—Aún pueden tener éxito —terminé la frase por ella. Semejante posibilidad era demasiado desalentadora para considerarla, así que seguimos caminando juntos en silencio durante un rato.

Quizá fue bueno que lo hiciéramos, ya que después de un tiempo comencé a detectar un débil murmullo además del ruido de nuestras botas pisando sobre el espeso polvo que cubría el pasadizo que recorríamos. Me había parecido tranquilizador, ya que amortiguaba el sonido de nuestras pisadas y nos indicaba con claridad que nadie había estado allí durante décadas; eso significaba que era improbable que nos encontráramos con alguna otra emboscada. No obstante, la presencia de otros sonidos allí abajo podría ser causa de preocupación. Alcé la mano y apagué la luz, esperando a que los ojos se me acostumbraran de nuevo a la oscuridad, mientras se disipaba lo que quedaba de mi abotargamiento como una manta al toque de diana, sustituido por una repentina inyección de adrenalina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amberley, imitando mi ejemplo y dejándonos en una oscuridad aún más absoluta.

—No estoy seguro —admití—, pero creo que oigo algo. —Para mi sorpresa, no me pidió más detalles, claramente confiando en que se los daría si los tuviera, así que concentré todas mis energías en escuchar. Ni siquiera era un sonido propiamente dicho, sino algo así como una vibración en el aire. Lo más cerca que puedo estar de explicarlo es decir que era similar al modo en que podía saber más o menos a qué distancia estaba de una pared en la oscuridad por cómo cambiaban los ecos. El resultado final es que o bien el lector sabe de lo que estoy hablando, en cuyo caso probablemente creció también en una colmena, o sencillamente tendrá que fiarse de mi palabra.

De cualquier modo, no íbamos a ganar nada quedándonos allí, así que nos pusimos al fin en marcha, prefiriendo confiar en mis aguzados sentidos en la oscuridad antes que encender los iluminadores de nuevo. Sentía ese viejo hormigueo en las palmas de las manos, y Amberley parecía fiarse de mis instintos, al menos en este entorno. El túnel siguió siendo amplio más adelante, así que moverse en la oscuridad era menos duro de lo que cabría pensar, y poco a poco fui percibiendo una débil luminiscencia por delante de nosotros.

—¿Eso que hay ahí delante es luz? —murmuró Amberley, confirmando lo que yo pensaba, y le susurré que creía que sí. Los sonidos se estaban haciendo más fuertes, también, pero aún eran demasiado débiles para distinguirlos. Sin embargo, había en ellos una cualidad orgánica que hacía que se me erizara el vello de la nuca.

—Más o menos medio klom —añadí, aun hablando en voz baja y asiendo con fuerza la pistola que llevaba en la mano.

—Quizá es un camino hacia la superficie —susurró esperanzada. Negué con la cabeza, sin estar seguro de que hubiera visto mi gesto a pesar de la luminosidad cada vez más intensa.

—Estamos a demasiada profundidad para eso. Debemos de haber descendido unos tres niveles en las últimas dos horas.

—¡Y no se le ocurrió decírmelo! —estalló con un furioso susurro, y por primera vez me di cuenta de que no había notado el cambio de profundidad—. Se suponía que estábamos buscando una salida. ¡¿Es que lo ha olvidado?!

—Pensé que se había dado cuenta —respondí con brusquedad, sintiéndome extrañamente a la defensiva—. Usted es la que está a cargo de esta expedición, ¿recuerda?

—¿De veras? ¡Ah sí, ahora que lo menciona, supongo que lo estoy! —Tenía un deje malhumorado en la voz, cosa que no me pareció propia de su rango y su poder. Al mismo tiempo, sentí unas ganas incontrolables de reírme. Probablemente era sólo la tensión, pero lo increíblemente absurdo de la situación me golpeó de repente. Allí estábamos, las dos únicas personas que quedaban vivas para poder advertir al Imperio de una terrible amenaza, perdidos, solos, en inferioridad numérica, rodeados por un ejército de monstruos, discutiendo como un par de adolescentes en una cita insatisfactoria. Me mordí el labio inferior, pero cuanto más intentaba contenerme, más pujaba la risa por salir de mi pecho, hasta que por fin escapó con un resoplido bien audible.

Eso fue el colofón. Perdió los estribos por completo.

—¡Ah! ¡Conque le parece divertido! —dijo con brusquedad, olvidando por completo que debíamos ocultarnos. Debería haber estado aterrorizado, por supuesto, ya que la ira de los inquisidores no se debe tomar a la ligera, pero la histeria se había apoderado de mí, y sencillamente aullaba con una risa gloriosa que me liberaba de tensiones.

—Por… por supuesto que no —conseguí decir entre carcajada y carcajada—. Pero… todo esto… es tan… tan ridículo…

—Me alegro de que lo piense —replicó con voz glacial—. Pero si cree que voy a olvidar… —Un breve hipido interrumpió sus reproches—. Olvídelo… Por el Emperador, maldita sea… —Y por fin se contagió; la risita gutural que había encontrado tan atractiva surgió de su pecho como el magma. Después de eso no hubo

nada que pudiera detenernos, así que simplemente nos sostuvimos el uno al otro hasta que finalmente pudimos conseguir que el aire permaneciera dentro de nuestras doloridas costillas[56].

Después de aquello ambos recobramos la normalidad y fuimos capaces de continuar con fuerzas renovadas. Habíamos vuelto a movernos en silencio, ya que el mero hecho de que no hubieran salido más sectarios o genestealers de la pared podía significar que estuviéramos solos ahí abajo, pero habíamos hecho el suficiente ruido como para atraer a cualquier grupo de rastreo que hubiera cerca. Sin tener ningún otro objetivo, seguimos en dirección al misterioso brillo que se veía en la distancia, y cuanto más nos acercábamos, más se intensificaba.

—Definitivamente tiene que ser artificial —dijo Amberley, ya que era imposible no distinguir a esa distancia el inconfundible brillo amarillento de la electroiluminación. Gracias a la luz que emitía fui capaz de ver con mayor claridad nuestro entorno más inmediato, y me sorprendí de que la manipostería que nos rodeaba estuviera cuidadosamente trabajada y que el techo en forma de bóveda lo soportaran unas columnas bien labradas.

—Supongo que estamos en algún tipo de bodega —apunté hablando muy bajo.

—Creo que tiene razón —asintió. Había sacado el auspex de nuevo y estaba estudiando la pantalla—. Y hay gente ahí abajo. No muchos por lo que muestra esto, pero…

No tuvo que terminar la frase. Los sectarios híbridos no siempre aparecían, y los pura cepa que estuvieran cerca desde luego no lo hacían. Avanzar sería un riesgo terrible, pero dar la vuelta para tratar de encontrar otro camino hacia la superficie a través de un complejo de túneles abarrotado de genestealers y de sus víctimas sería igual de malo. Y también estaba el factor tiempo. Cuanto más tardáramos en informar, más tiempo tendrían los conspiradores para desencadenar su guerra; eso sin contar con que ya podía haber empezado.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. —Estuve de acuerdo, y avanzamos de nuevo con cautela.

La luz provenía de una gran habitación con un techo en forma de bóveda soportado por unas columnas similares a las que había visto en el túnel, pero mucho más altas y más gruesas. Como en la habitación que habíamos visto antes, donde los adoradores nos habían atacado, había una gran galería que recorría el borde de la estancia y en la que desembocaban varios túneles. Sentí un gran alivio al ver que no había nada ni nadie allí arriba.

Esta vez, sin embargo, no había zumbido de maquinaria flotando en el aire. Era una cámara luminosa y ventilada, con braseros quemando incienso sobre pedestales de mármol y profusión de estatuas antiguas. Por doquier se veían cajas llenas de polvo, lo que me llevó a suponer que habíamos dado con un almacén largamente

olvidado del que los sectarios se habían apoderado para sus propios fines. Nos introdujimos sigilosamente en él como ladrones y nos refugiamos detrás de uno de los pilares que sostenían el techo. Era tan grueso como la columna de una catedral y casi medía tanto de ancho como yo de alto, así que nos ocultaba a ambos fácilmente.

—Escaleras… —Amberley me dio un codazo y señaló. A uno de los lados, una ancha escalinata de piedra ascendía hasta la galería, donde comenzaba otro tramo de escalera ascendente, tallada en la piedra, que se perdía de vista.

—Genial —le susurré a modo de respuesta. Pero llegar hasta ella sería otro problema totalmente distinto. Alcancé a ver siluetas moviéndose a lo lejos, algunas de ellas armadas. Había la habitual mezcla de indumentarias civiles y uniformes de la FDP que me había acostumbrado a ver entre los sectarios, y algo más: un destello brillante de oro y carmesí. Le di un codazo a Amberley y lo señalé—: Un guardia de palacio.

Aquello fue una verdadera sorpresa. Por lo que había dicho Donali, supuse que estarían todos muertos a esas alturas, pero los sectarios, como había visto en Keffia, siempre intentaban cuidar de los suyos. Comencé a sospechar que su defensa del gobernador no había sido tan mala como nos habían hecho creer para propiciar que la situación empeorase y se sacase a la FDP a las calles donde sus hermanos de progenie pudieran comenzar a trabajar en su malicioso plan. En vez de la antigua arma larga que llevaban habitualmente, tenía una pistola láser que habría sacado, supuse, de la armería de la FDP.

—Tendremos que sortearlos —susurró. Asentí. No era una perspectiva muy alentadora, pero tendríamos que intentarlo. Si avanzábamos amparados por las columnas y los montones de trastos, quizá lo lográsemos, al menos la mayor parte del camino, antes de que nos detectaran. Cuando eso sucediera, tendríamos que correr hacia la escalera lo más rápido que pudiéramos.

Mientras nos poníamos en marcha, eché otra mirada a mi alrededor, más por reflejo que por otra cosa, tratando de fijar el espacio en mi mente; la desorientación puede ser mortal en un tiroteo.

Y entonces me di cuenta.

—Esto es un santuario —murmuré. Amberley no pareció en absoluto sorprendida, pero supongo que ella se había dado cuenta en cuanto entramos allí.

Había tapices en las paredes que, ahora que me fijaba, me hicieron retroceder horrorizado. Eran blasfemos, imágenes santas del Emperador profanadas y degradadas, el Padre de Todos representado como un híbrido encorvado con un montón de brazos, o un monstruoso genestealer pura cepa que parecía cernirse sobre los acólitos que lo adoraban. Decidí enviar un escuadrón con lanzallamas a ese lugar en cuanto hubiéramos informado. Me parecía casi intolerable que se permitiera la existencia de cosas semejantes.

—¿Listo? —preguntó Amberley por encima de mi hombro. Asentí a la par que hacía el símbolo del aquila para propiciar la buena suerte. Tenía ya la pistola en la mano, como he dicho, y desenvainé silenciosamente mi espada sierra con la otra, con el dedo preparado sobre el activador. Amberley sacó su pistola bólter, comprobó que estaba cargada y asintió con expresión sombría—. Está bien, vamos. —Avanzamos lo más agachados que pudimos hasta el siguiente pilar y después nos echamos al suelo de nuevo mientras notaba el latido del corazón en los oídos. Ahora oía perfectamente el ruido de fondo, el que había percibido en el túnel; el zumbido de los sectarios que se movían de un lado a otro en un silencio sobrecogedor, al igual que habían hecho en la habitación llena de maquinaria.

Loado sea el Emperador, ninguno de ellos nos había detectado. Volvimos a ponernos en marcha, yendo a refugiarnos tras la siguiente columna, y después la próxima. Estaba comenzando a albergar esperanzas de llegar a la escalera y superar lo que hubiera detrás cuando el chasquido de un rayo láser contra la piedra junto a mi cabeza me hizo comprender que nos habían descubierto.

Me di la vuelta a tiempo de ver al guardia de palacio apuntando con su pistola láser para disparar. Levanté mi arma, pero Amberley fue más rápida y su bólter escupió primero. El pecho del guardia estalló en una lluvia de entrañas rojas y armadura dorada hecha pedazos, y antes de darnos cuenta estábamos en medio de un tiroteo muy intenso. Aparecieron otros dos sectarios armados que trataron de atraparnos en un fuego cruzado. Escogimos uno cada uno; otro disparo en el pecho para Amberley y para mí un disparo en la cabeza que hizo que el cerebro de aquel tipo estallara y saliera pulverizado por la parte posterior del cráneo.

—¡Vaya demostración! —me felicitó Amberley con una sonrisa, y no tuve el valor de decirle que había sido pura suerte. Yo también había apuntado al pecho, pero se había agachado en el momento justo. Nos disparaban desde detrás de las otras columnas, pero estaban tan bien protegidos como nosotros, y lo único que conseguimos con nuestros disparos fue hacer que mantuvieran las cabezas gachas—. Hasta ahora vamos empatados. ¿Qué harán ahora?

—Asaltarnos —dije, sin que me gustara mucho la perspectiva. En efecto, segundos más tarde pudimos distinguir a alguien escabullándose entre las sombras, y se me cayó el alma al suelo—. Que el Emperador tenga piedad. ¡Son pura cepa! —Un enjambre, casi una docena, corría hacia nosotros por el suelo de piedra de la cámara. Un par de ellos sucumbieron a nuestros disparos más por suerte que por otra cosa, creo yo, y un momento más tarde me di cuenta de que caerían sobre nosotros. Cogí mi espada sierra, decidido a rechazarlos durante todo el tiempo que pudiera, agarrándome a la última esperanza de poder abrirme paso a mandobles hacia la escalera, que en ese momento parecía estar a medio Segmentum de distancia.

De repente, una explosión hizo que sus filas se tambalearan, y a ésa le siguieron

otras dos. Aturdido y sin comprender nada, miré hacia arriba, sin saber qué esperar, quizá al mismísimo Emperador, ya que parecía que sólo la intervención divina podría salvarnos en aquel momento. Lo que vi fue casi tan insólito como eso: la familiar silueta desmañada de Jurgen, aún más mugriento que de costumbre, lanzando granadas de fragmentación desde la balaustrada de la galería. Una pequeña explosión de alegría y alivio sacudió mi pecho, y cogí a Amberley del brazo.

—¡Mire! —Miró hacia arriba y asintió, como si aquello no tuviera nada de extraordinario, y a continuación se puso de pie.

—Es el momento de correr —manifestó, con una sangre fría increíble. Se dirigió hacia la escalera y yo la seguí, haciéndole un gesto de reconocimiento a Jurgen. Me devolvió el saludo, sonriendo, y lanzó otra granada al centro de la masa pululante de genestealers para probar suerte. La mayor parte ya estaba muerta para entonces, rezumando un icor que olía a rayos, pero había uno vivo que corría a una velocidad sobrehumana, directamente hacia Amberley.

—¡Amberley! —lo alerté, y se volvió a medias hacia él, pero me di cuenta de que la advertencia había llegado demasiado tarde. No conseguiría levantar su pistola bólter a tiempo, y yo estaba demasiado lejos para intervenir. Las garras que había visto destrozar armaduras de exterminador como si fueran un pastel de carne crujiente le estaban desgarrando la capa cuando le estalló la cabeza, haciendo caer sobre ella una lluvia de repugnantes residuos orgánicos, y el cuerpo cayó al suelo. Levanté de nuevo la vista hacia la galería y vi a Sorel, que ya estaba buscando un nuevo blanco para su láser largo.

—¡El Emperador sea loado! —suspiré, aún sin comprender, pero agradecido por aquel aparente milagro. Debería haberlo sabido, por supuesto; aquel momento de distracción a punto estuvo de costarme la vida, y no me habría salvado si Jurgen no me hubiera advertido.

—¡Comisario! ¡A su espalda!

Me di la vuelta esperando ver a otro enemigo cargando, y blandí la espada sierra en una posición defensiva por puro reflejo. Eso me salvó la vida, estoy seguro, ya que en vez de un sectario o un pura cepa, que ya hubiera sido malo, me encontré cara a cara con una criatura procedente de la peor de las pesadillas (o, para ser más exactos, cara a tripa, ya que era el doble de alto que un hombre). Era una parodia de genestealer, contrahecha, grotesca, enorme e hinchada, y la hoja chirriante lo alcanzó de lleno en el brazo que seguramente me hubiera arrancado la cabeza de no haber sido por la advertencia de Jurgen. Aulló de rabia y de dolor, y me encontré luchando desesperadamente por mi vida.

—¡Es el patriarca! —me chilló Amberley, como si yo no lo supiera; con el rabillo del ojo la vi apuntar con el arma, esperando a que se pusiera a tiro, pero yo estaba en medio. Traté de revolverme para hacerme a un lado, dejándole espacio para apuntar,

pero los múltiples miembros que mi hinchado antagonista sacudía frenéticamente me tenían bloqueado, y lo único que podía hacer era seguir esquivándolo frenéticamente con la espada sierra mientras movía uno tras otro los brazos terminados en garras. Así que esto era la causa del cáncer que había infectado Gravalax, el centro de la progenie de la mente enjambre que los sectarios compartían, el instrumento de la voluntad de la conciencia colectiva tiránida que había tratado de devorar al sector sin encontrar oposición malquistándonos con los tau.

—¡Muere, maldito! —Traté de usar mi pistola, pero no pude dejar de concentrarme en la inmediata necesidad de mantenerme con vida durante los próximos segundos, poniendo toda mi atención en agacharme, bloquear y buscar un punto débil…

La pistola bólter de Amberley disparó por fin, y durante un instante pensé que estaba salvado, pero el patriarca salió ileso y siguió luchando, y me di cuenta de que lo que ella estaba haciendo era librarme de los sectarios que tenía a mi espalda. Salían de la oscuridad en tropel, desesperados por ayudar a su señor, y se acercaban a toda velocidad. Lo único bueno era que los que tenían pistolas no podían usarlas por miedo a alcanzar al monstruo contra el que estaba luchando.

Sorel, en cambio, no tenía ese tipo de reparos: un trozo de quitina de la cabeza de la criatura estalló de repente en trozos sanguinolentos. Volvió a rugir, pero apenas desfalleció, ya que su armadura natural era a prueba de rayos láser convencionales. Aun así se distrajo momentáneamente y por fin pude hacerle un buen corte en el abdomen. Se tambaleó. Un icor espeso y de olor nauseabundo empezó a manar de la herida, pero el monstruo volvió a atacarme con furia renovada. Viendo que la criatura era invulnerable, Sorel cambió de blanco y comenzó a abatir a los sectarios que trataban de alcanzarme mientras Amberley seguía haciendo lo mismo.

—¡Aguante, comisario! —Jurgen bajó corriendo la escalera con su rifle de fusión preparado, y recé al Emperador para que no intentara disparar desde allí, ya que no sobreviviría. Pero mi asistente tenía más sentido común.

—¡Sorel! —lo llamó Amberley—. ¡Abra un camino para Jurgen!

Ambos comenzaron a concentrar el fuego en los sectarios que estaban entre mi ayudante y la desesperada batalla que yo seguía librando. Di un salto hacia atrás una fracción de segundo tarde y sentí cómo unas garras me rozaban las costillas, atravesando la armadura que llevaba debajo del capote y quemándome como fuego. Proferí un juramento y le devolví el golpe a aquella cosa, cortándole a la altura de la muñeca la mano con la que me había herido. Comenzó a chorrear icor como si fuera una manguera, rociándome a mí y a todos los que estaban cerca, pero eso sólo hizo que redoblara sus esfuerzos.

Volví la cabeza por puro reflejo, intentando que no me llegara a los ojos, y vi claramente a Jurgen corriendo hacia mí. Durante un instante en que mi corazón se

detuvo, pensé que un par de aquellos pura cepa lo iban a destripar, pero por alguna razón dudaron durante una fracción de segundo mientras se acercaban, y Sorel y Amberley los abatieron rápidamente con disparos precisos.

Me encaré hacia el patriarca, animado por haberlo herido con éxito, y blandí la espada sierra de nuevo. No se acobardó; apartó de un golpe la espada sierra, y tuve que esquivar un golpe brutal de su brazo izquierdo inferior.

—¿Qué hace falta para matarte, bastardo? —gruñí, dejándome llevar por la ira y el asco.

—¿Qué te parece esto? —gritó Jurgen, apareciendo junto a mi hombro.

Mientras se acercaba a la criatura, ésta se tambaleó hacia atrás, como habían hecho los pura cepa, momentáneamente desorientada, y mi asistente aprovechó para meterle el cañón del rifle de fusión en la herida que le había hecho en el abdomen. Al apretar el gatillo, todo su tronco se iluminó y se convirtió en asaduras humeantes que olían a rayos; retrocedió dando tumbos, con los ojos vidriosos, y giró la cabeza confundido. Entonces, lentamente, se desplomó, haciendo vibrar el suelo de piedra con el violento impacto de su caída.

—Gracias, Jurgen —dije—. Muy agradecido.

—No hay de qué, señor —respondió, girando el arma para buscar otros blancos; pero los adoradores se estaban dispersando entre las sombras.

Por primera vez algunos de ellos emitieron sonidos, un agudo lamento que me hizo estremecer. Les disparamos unas cuantas veces, pero yo ya había tenido suficiente combate por ahora, y estaba más que contento de dejárselos a los equipos que vinieran después. Sin el patriarca para guiarlos y dirigirlos, sería fácil acabar con ellos uno a uno, pero tendrían que ser erradicados del todo; de otra forma, alguno de los pura cepa supervivientes podría llegar a ocupar su puesto y aquel cáncer maligno comenzaría de nuevo a extenderse.

—Pensaba que estaba muerto —le confesé.

—Para ser sincero, yo también —asintió Jurgen—. Estaban casi encima de nosotros cuando la pared se derrumbó. Entonces pensé que quizá fuera igual de delgada en el otro lado, así que disparé para probar suerte.

—Y deduzco que tenía razón —apunté.

—Una suerte —dijo, asintiendo de nuevo.

—¿Qué hay de los otros? —preguntó Amberley mientras comenzábamos a subir por la escalera. La expresión en el rostro de Jurgen se tornó sombría.

—Sorel consiguió escapar conmigo. No sabemos qué les pasó a los demás. —No era necesario, seguro que habrían sido aplastados en cuestión de segundos.

—Fue una suerte que nos encontraran en ese preciso momento —dije.

—No del todo. —Sorel se había unido a nosotros mientras llegábamos a la galería —. Encontramos sus huellas en el polvo y nos limitamos a seguirlas.

—¿Cómo supieron que éramos nosotros? —preguntó Amberley. El tirador se encogió de hombros.

—Un par de botas de la Guardia Imperial, un par de zapatos de mujer. No necesitábamos un inquisidor para adivinarlo.

—Supongo que no. —Lo miró con algo cercano al respeto.

—En el momento en que oímos disparos, simplemente nos dirigimos a flanquear la posición —añadió Jurgen—. Procedimiento operativo estándar.

—Ya veo —reconoció ella, y señaló a la puerta de madera maciza con la que nos habíamos topado en la parte alta de la escalera—. Jurgen, ¿sería tan amable?

—Con sumo placer, señora. —Sonrió, como un estudiante universitario al que hubieran elegido para contestar una pregunta de la que conoce la respuesta, e hizo que se evaporara junto con un gran trozo de pared de un solo disparo del rifle de fusión.

—Por los dientes del Emperador —mascullé mientras entrábamos en el pasadizo que había al otro lado. Estaba forrado con paneles de madera pulida, cubría el suelo una gruesa alfombra y había delicadas porcelanas en mesas auxiliares de indudable antigüedad.

La brillante luz de la tarde hirió nuestros ojos a través de ventanas con parteluces, y una horrible sospecha comenzó a tomar cuerpo en mi mente.

—Creo que sé dónde estamos —dije. Amberley asintió con expresión reconcentrada.

—Yo también —afirmó con expresión sombría.

El disparo de una pistola bólter rompió el silencio, y Sorel se desplomó. Trozos de su cerebro salpicaron un valioso tapiz manchándolo sin remedio.

—Comisario Cain. Y la encantadora señorita Vail.

El gobernador Grice estaba de pie al otro lado del pasillo, sosteniendo firmemente el arma en la mano, desvanecida por completo su aparente imbecilidad.

—Su insistencia resulta realmente molesta.



Nota editorial:

Una vez más pido disculpas por lo que sigue. Si sirve de consuelo, es la última vez…

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general Jenit Sulla (retirada), 097.M42

Los renegados resistieron obstinadamente, con una determinación que me parecía increíble, y a pesar de la fe que tenía en los hombres y mujeres a mis órdenes, debo confesar que empezaba a dudar de que nuestra inevitable victoria sólo se conseguiría a costa de la vida de muchos de esos nobles guerreros. Los traidores se habían parapetado bien, y apenas podíamos avanzar de otro modo que no fuera disparando y moviéndonos, corriendo de un refugio a otro. Averigüé gracias a las transmisiones que pude interceptar que no era yo el único oficial a quien aquellos retrasos le parecían insoportables. La coronel Kasteen ya había pedido refuerzos de uno de los regimientos armados de la fuerza expedicionaria, y se abrió un enérgico debate acerca de si los tau verían aquello como una provocación. Era incapaz de comprender por qué tenían que preocupar a alguien los sentimientos de los alienígenas, debo confesarlo, pero muchas de las cosas que había visto desde mi aterrizaje allí me habían dejado algo confusa, y me consolaba saber que, de todos modos, mi entendimiento no era necesario. Bastaban el deber y la obediencia, y deberían bastar para cualquiera que tuviera el privilegio de llevar el uniforme del Emperador. El caso es que el general había accedido a su petición, y el conocimiento de que un destacamento de Leman Russ del 8.º Acorazado estaba de camino había levantado no poco los ánimos de nuestras heroicas fuerzas.

Mientras tanto, todavía seguíamos estancados allí, y debo confesar que la certeza de que nuestros refuerzos, por formidables que fueran, estaban todavía a media hora de camino, mermaba el regocijo que en otras circunstancias hubiéramos sentido. No tenía dudas de que podríamos aguantar hasta que llegaran, pero incluso con el espíritu del Emperador ardiendo dentro de nosotros, nuestra posición podría llegar a ser muy comprometida si el destino nos deparaba más sorpresas.

Fue mientras estaba reflexionando acerca de esto que el destino realmente me sorprendió, y de un modo que nunca habría pensado. Mi primer presentimiento se debió a un mensaje de voz del sargento Lustig, el valiente líder del segundo escuadrón, que irrumpió en mi frecuencia de mando con carácter de urgencia.

—Tenemos movimiento en el flanco —me informó—. Unidades tau se acercan con rapidez. Solicito instrucciones. —En su favor debo decir que, a pesar de la turbación que sin duda sentía, su informe fue totalmente profesional. Intercambiamos unas cuantas palabras más, igualmente breves, y durante ese tiempo establecimos la presencia de un puñado de blindados y al menos uno de los carros graníticos que nuestros analistas habían denominado «Cabezamartillo».

—Mantengan posiciones —ordené. A pesar de las dudas que se me agolparon en la cabeza, y a pesar del comportamiento traicionero que cabe esperar de los inhumanos, aún no habían hecho abiertamente nada que rompiera nuestra incomprensible tregua. Lustig confirmó la orden, y ambos esperamos en tensión para ver si ganábamos o perdíamos la apuesta que estábamos haciendo con las vidas de nuestros soldados.

Debo confesar que, durante un breve instante, mientras aquel siniestro carro de combate ascendía por la cresta del montículo de escombros detrás del cual se había escondido mi unidad de mando, tuve motivos para maldecirme por ser una estúpida excesivamente precavida; ya que al ir apareciendo ante nuestros ojos, el cañón que llevaba en la torreta disparó, emitiendo un sonido atronador que nos pasó por encima como una onda física, y me temí que al fin nos hubieran traicionado. Pero la explosión que siguió tuvo lugar en las fortificaciones de los insurrectos, silenciando sus armas en una única demostración de furia mágica que nos dejó a todos sin aliento durante un instante.

El carro siguió adelante, zumbando tranquilamente con las energías que lo mantenían en el aire, mientras los blindados iban detrás de él dando tumbos y lanzando ráfagas de disparos a las posiciones enemigas con un asombroso poder de fuego. Balas de plasma de fuego rápido explotaban y lo quemaban todo a su alrededor, y salvas de misiles provenientes de las vainas bulbosas de los hombros del líder caían sobre ellos en oleadas, explotando en gotas de fuego y metralla que hacían trizas y reducían a pulpa los cuerpos de aquellos que se atrevían a responder. A pesar de estar desconcertada por el nuevo giro de los acontecimientos, ya que no se me ocurrían razones por las que los alienígenas se habían vuelto en contra de sus antiguos aliados, no tuve dudas de cuál era mi deber.

—¡Seguidlos! —ordené—. ¡Detrás de los tau! —Y poniéndome de pie conduje a los soldados bajo mi mando hacia adelante, hacia el agujero que habían abierto para nosotros en las defensas enemigas—. ¡Por la justicia! ¡Por la venganza! ¡Por el Emperador!



DIECISÉIS

La vida es mucho más fácil cuando tienes a alguien a quien echarle la culpa.

GILBRAN QUAIL,
Ensayos Reunidos

—¡Traidor! —Jurgen levantó el rifle de fusión y dio un decidido paso adelante, interponiéndose entre nosotros y el gobernador renegado. Grice torció el rostro en una mueca evidente mientras mi ayudante se le acercaba, a pesar de que su permanente olor no era más fuerte que de costumbre, y a continuación volvió a apretar el gatillo. El rayo explotó contra el casco desmesurado que protegía la cabeza de Jurgen, lanzándolo hacia atrás en medio de una lluvia de ceramita hecha pedazos; pero gracias al Emperador esta vez no había penetrado, la robusta armadura lo había protegido de la muerte horripilante que había tenido Sorel. Se tambaleó hacia atrás, cayendo sobre nosotros, por lo que ambos fuimos a sostenerlo instintivamente, dejando caer nuestras armas al hacerlo. Mi pistola y la diminuta pistola bólter de Amberley rebotaron con un ruido sordo sobre la alfombra, y mi espada sierra, aún activada, fue dando vueltas hacia una esquina, donde comenzó a roer con energía el rodapié.

—Aún está vivo —le dije a Amberley, buscándole el pulso en el cuello a Jurgen y cargando todo su peso sobre mí. Después de todo, pensé, si Grice disparaba de nuevo yo estaría bien protegido ahí detrás.

—No por mucho tiempo si no lo apartáis de mí —amenazó Grice.

—Eres uno de ellos —afirmó Amberley rotundamente, como si aquello simplemente confirmara sus sospechas. Avanzó otro paso hacia él, Grice la apuntó. Observé la escena con cierta agitación, ya que a pesar de estar aún protegida por el milagroso campo trasladados ella misma me había dicho que no era del todo fiable, y aun cuando su magia funcionara otra vez, su repentina ausencia me dejaría a mí a merced de otro disparo.

Me dejé caer un poco, como si el peso de Jurgen fuera mayor del que realmente era, e intenté alcanzar con la mano el rifle infernal que aún llevaba colgado del hombro. El gobernador hizo una mueca que, bien pensado, no era del todo humana, y me eché en cara mi incapacidad para haberlo notado antes. El volumen excesivo bajo sus ropas no era el resultado, como había supuesto en nuestro primer encuentro, de una vida demasiado regalada y de la conocida endogamia de la mayor parte de las familias de la nobleza[57], sino que se debía a algo mucho más siniestro.

—La progenie sobrevivirá —afirmó—. Surgirá un nuevo patriarca…

—Pero tú no lo verás —le espeté. Giré el rifle infernal bajo la axila húmeda y olorosa de Jurgen y apreté el gatillo.

El rayo láser sobrecargado atravesó el aire entre nosotros como un chillido, abriendo un cráter humeante en un costado del pecho del gobernador, y por un instante sentí el júbilo de la victoria. Duró poco, sin embargo, ya que ante mi horrorizado asombro no cayó, simplemente giró hacia un lado a velocidad inhumana y volvió a apuntarme con la pistola bólter. Se veían gruesas placas de quitina bajo lo que quedaba de su túnica, y un tercer brazo deforme emergió del agujero. A pesar de las náuseas, un repentino rayo de comprensión sacudió mi cerebro.

—¡Tú eras el asesino! —dije con un grito sofocado.

Una vivida imagen mental de los acontecimientos de aquella noche fatídica surgió en mi cabeza. Con un arma escondida en aquella mano adicional oculta, podría haber disparado al embajador tau antes de que nadie tuviera la más mínima sospecha de sus intenciones asesinas, y cualquier desarreglo en su ropa al retirarla habría pasado desapercibido en la confusión del momento. Desde luego yo sólo había visto dos manos vacías y a un El'hassai histérico que, debo admitirlo aunque me cueste, había tenido razón todo el tiempo.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? —preguntó Amberley con ironía, lanzándose a por el arma que había soltado.

Intenté volver a apuntar con el rifle infernal, pero la correa estaba enredada en el brazo de Jurgen, y el peso muerto de mi ayudante inconsciente me lo impedía. Cuando la pistola bólter de Grice volvió a apuntarme ya sabía que no iba a salir de aquélla.

Entonces, durante un bendito segundo, dudó, aun moviéndose a una velocidad sobrenatural, y volvió a apuntar a Amberley. Supongo que se dio cuenta de que ella alcanzaría su pistola bólter y lo abatiría si no lo hacía él antes. Intenté lanzarle un grito de advertencia, pero apenas pude proferir la primera sílaba de su nombre, atenazado por el terror, antes de que disparara.

La descarga impactó contra el suelo, haciendo trizas la pistola que casi había alcanzado con las puntas de los dedos y lanzando astillas de madera por los aires, pero una vez más fue trasladada de repente a otro lugar. Una exclamación totalmente

impropia de una dama y el ruido de algo delicado al romperse unos metros más allá me dio a entender que había chocado con una de las mesas auxiliares derribando su correspondiente adorno de porcelana[58].

Grice se quedó desconcertado justo el tiempo suficiente para que yo pudiera tirar del recalcitrante rifle infernal lo suficiente para dispararle de nuevo, lo cual hizo un estropicio tremendo con aquellos elegantes paneles de madera pero por desgracia ni siquiera rozó al gobernador contaminado. Se dio la vuelta, siguiendo el ruido del aterrizaje de Amberley, justo a tiempo para verla ponerse en pie con la destreza de una experta en artes marciales.

—Considérese relevado de su cargo —le dijo ella, apuntándolo con un dedo acusador como si fuera un tutor de la universidad sermoneando a un mal estudiante. Por toda respuesta él lanzó una carcajada, moviendo el arma para apuntarla otra vez. En ese momento, el anillo labrado en el que me había fijado en nuestro primer encuentro emitió un intenso destello. Grice se tambaleó, cayendo hacia atrás y llevándose dos manos al cuello. La tercera siguió aferrando la pistola bólter, que hizo un disparo al aire mientras caía de rodillas. Su rostro se convulsionaba como si le faltara el aire, y se oscureció con la sangre que se coagulaba mientras empezaba a echar espumarajos amarillentos por la boca.

—Inyector digital —explicó Amberley, pasando con delicadeza sobre el cadáver sacudido por espasmos—. Me han contado que la toxina es terriblemente dolorosa.

—Bien —dije, lanzándole un puntapié malintencionado al antiguo gobernador y esperando que aún estuviera lo bastante consciente como para notarlo antes de expirar.

—¿Cómo está Jurgen? —Lo cogió por el otro hombro y me ayudó a tumbarlo en el suelo. Comencé a quitarle cuidadosamente lo que quedaba del casco.

—Mal —dije, con una voz sorprendentemente preocupada. Había mucha sangre, pero casi toda parecía provenir de heridas superficiales causadas por la armadura hecha pedazos. Lo más preocupante era el fluido de color claro que se entremezclaba con ésta—. Me parece que tiene una fractura en el cráneo.

—Creo que tiene razón. —Empezó a practicarle primeros auxilios con una rapidez y una eficacia que me resultaron asombrosas—. Será mejor llamar a una unidad sanitaria.

Maldiciéndome por mi estupidez, activé mi transmisor, dándome cuenta tarde de que habría podido enviarle un mensaje a Kasteen ahora que estábamos de nuevo en la superficie. Sin embargo, descubrí con asombro que todos los canales de mando estaban saturados de tráfico y me volví hacia Amberley con el sabor amargo del fracaso quemándome la garganta.

—Demasiado tarde —dije—. Al parecer la guerra ya ha empezado.

—Entonces tendremos que detenerla —afirmó con pragmatismo, con la atención

puesta todavía en Jurgen. En ese momento, sin darme cuenta de lo importante que era, sencillamente estaba agradecido de que se preocupara tanto por su bienestar, e incluso encontré tiempo para maravillarme de su espíritu infatigable. Si alguna vez una mujer pareció capaz de detener una guerra generalizada con una sola mano, era ella. Estaba a punto de responder cuando una explosión atravesó la pared, arrojándome de nuevo al suelo y salpicando de escombros lo que quedaba de la elegante decoración.

—Qué diabl… —farfullé, buscando mi pistola. Justo había conseguido agarrarla cuando unas siluetas humanas con armadura entraron en tropel por el nuevo agujero, apuntando con pistolas láser. Tras ello, me fijé distraídamente, alguien estaba destrozando el jardín. Conseguí detenerme justo antes de disparar al reconocer la armadura de la Guardia Imperial.

—¡Levántense! ¡Despacio! —gritó una voz familiar, que a continuación sonó llena de asombro—. ¡Comisario! ¿Es usted?

—Ahora mismo no estoy del todo seguro —respondí. Kasteen me miró escrutadora durante un largo instante antes de fijarse en el aspecto desaliñado de la inquisidora; entonces su mirada se dirigió hacia las figuras postradas de Jurgen y el gobernador. Señalé en dirección a mi ayudante—. Necesita atención médica —dije, y después, por alguna razón, me fallaron las piernas.

* * *

—¿No hay duda, entonces? —Kasteen había escuchado nuestro relato en silencio, o al menos la parte que Amberley había querido contarle, y yo me había pasado la última media hora asintiendo, diciendo «sí, de veras», y otros comentarios útiles similares, y gorroneando la taza más grande de infusión de hojas de tanna que había podido encontrar. Podríais pensar que no era la cosa más fácil de obtener en un campo de batalla, pero éstos eran valhallanos, después de todo, y no tardé mucho en descubrir a un grupo de combate que lo estaba preparando una vez que hubo pasado el peligro inmediato.

Broklaw corría de un lado a otro como corresponde a un buen subcomandante, explicándoles a los soldados que tenían que asegurar el perímetro y limpiar los túneles que estaban debajo de lo que quedaba del palacio, y una vez dejé a Jurgen a salvo y de camino al puesto médico, me deleité con la oportunidad de disfrutar de la sensación del sol en mi rostro y de la sorprendente revelación de que, contra todo pronóstico, había conseguido sobrevivir una vez más.

—Ninguna —respondió Amberley—. El cuerpo es la única prueba que necesitamos. Grice era un híbrido de genestealer, y mató al embajador para tratar de

provocar una guerra. Toda la muerte y la destrucción que sembró en la ciudad también formaba parte del plan.

—Por la gracia del Emperador —suspiró Kasteen, horrorizada ante la perspectiva—. Su propia gente sacrificada a miles… Bastardo.

—Su propia gente eran los genestealers —intervine—. El resto de nosotros, humanos, tau, incluso los kroot, nunca fueron para él más que forraje para las flotas colmena.

—Exacto. —Amberley se puso seria un momento, antes de que la sonrisa despreocupada de siempre volviera a su rostro inmediatamente; pero me encontré pensando que era una sonrisa forzada—. Y si no hubiéramos sobrevivido, las cosas podrían haber salido de forma muy diferente.

—Todavía pueden salir así —dije, señalando las corpulentas siluetas de los diablos tau alrededor del perímetro y los curiosos vehículos redondeados que planeaban sobre la hierba. Los soldados tau comenzaban a bajar de algunos de ellos, mirando a nuestros soldados con desconfianza, pero hasta ahora, al menos, las dos fuerzas se mantenían a distancia—. ¿Podemos confiar en ellos ahora que no tenemos un enemigo común?

—Al menos por ahora —asintió Amberley. Podría haber dicho más, pero fuimos interrumpidos por un grito repentino que provenía de las ruinas.

—¡Han encontrado supervivientes! —Kasteen se apresuró a acudir a donde un pequeño grupo de figuras estaba saliendo de las ruinas del palacio. Amberley y yo intercambiamos miradas, compartiendo un presentimiento mudo, y corrimos tras ella tan rápido como pudimos. Ahora que estábamos a salvo, el cansancio por los esfuerzos realizados nos había arrollado como un terremoto, y sentí cómo me crujían los músculos de las pantorrillas mientras trataba de no quedarme atrás.

Incluso antes de alcanzarlos vislumbré un destello de cabello rojo, así que me sorprendí muy poco cuando el equipo de búsqueda (uno de los escuadrones de la sección de Sulla, creo recordar, pero no estoy seguro de cuál) se apartó para mostrar a Velade y Holenbi, cada uno apoyado en un soldado que lo rodeaba por los hombros con un brazo, cogidos de la mano como un par de adolescentes. No exagero si os digo que tenían una pinta infernal, pero supongo que eso es lo que cabía esperar; los uniformes rasgados y vendas empapadas de sangre donde el médico del escuadrón les había aplicado vendajes para las peores heridas. Holenbi me miró confuso y desconcertado, pero eso no era nuevo.

—¿Dónde los encontraron? —le pregunté al sargento que estaba al mando y que me saludó con elegancia.

—Abajo, en los túneles, señor. La teniente Sulla nos dijo que nos desplegáramos y asegurásemos el perímetro bajo tierra, y estaban a medio klom de distancia. Deben de haber tomado parte en una lucha infernal, señor.

—¿Velade? —pregunté con suavidad. Volvió la cabeza hacia mí, con la mirada desenfocada—. ¿Qué ocurrió?

—¿Señor? —Arrugó la frente—. Estábamos luchando, Tomas y yo.

—Estaban por todas partes —interrumpió la voz de Holenbi, como distante.

—Entonces el techo se desplomó y perdimos a los demás. Así que tuvimos que abrirnos paso peleando.

—Ya veo. —Asentí despacio y miré a Amberley. La misma duda empañaba sus ojos. Me volví hacia los soldados desaliñados, a continuación cogí mi pistola láser y les disparé a la cabeza antes de que tuvieran tiempo de reaccionar.

—¿Qué diablos…? —exclamó Kasteen, llevando la mano instintivamente a su pistola bólter hasta que el sentido común se reafirmó e interrumpió el gesto.

Me dirigió una mirada llena de odio, con la mandíbula apretada, y los soldados que nos rodeaban se detuvieron conmocionados, con expresión furiosa y confundida. Tuve una súbita sensación de *déjà vu*, un recuerdo espontáneo del comedor a bordo del *Cólera Justa*. Por un instante me sentí terriblemente inseguro, temiendo haber cometido un espantoso error, pero entonces volví a mirar a Amberley en busca de apoyo. Asintió con un gesto apenas perceptible, y me sentí algo mejor. Al menos, si estaba equivocado, una inquisidora también lo estaba. Algo que no me ayudaría mucho a reinstaurar la moral del regimiento, pero al menos no sería el único que después se sentiría avergonzado.

—He visto esto antes —declaré, dirigiéndome a Kasteen directamente pero hablando lo suficientemente alto y claro para que me oyera todo el mundo—. En Keffia. —Cogí el cuchillo de combate del arnés del sargento y me arrodillé junto al cuerpo de Holenbi. Desgarré la ropa para mostrar una herida pequeña y profunda bajo el tórax. La abrí, ignorando los gritos ahogados de los que me rodeaban, horrorizados, y palpé con los dedos manchados de sangre. Después de un instante encontré lo que esperaba encontrar: un pequeño ovillo de materia orgánica fibrosa.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Kasteen, mientras Sulla vomitaba con gran aspaviento.

—Un implante de genestealer —le explicó Amberley—. Una vez se aloja en un huésped, gradualmente transforma su identidad genética haciendo que los descendientes sean híbridos. Una generación o dos después empiezan a conseguir individuos de pura cepa junto con híbridos que son difíciles de distinguir de los humanos, y la contaminación se sigue expandiendo. —Señaló una herida similar en el torso de Velade—. Ambos fueron implantados cuando los genestealers los atraparon.

—Lo que los delató realmente fue la desorientación —añadí—. El implante manipula la química del cerebro, así el huésped ignora que ha sido infectado. Todo lo que recuerdan es una impresión confusa de haber estado luchando, y suponen que han escapado.

—A menudo se confunde con la fatiga de combate —concluyó Amberley—. Por suerte, el comisario conocía la diferencia, si no su regimiento hubiera ido dejando sectarios de genestealers allí donde se desplegaran.

—Ya veo. —Kasteen hizo un único gesto de asentimiento, con brusquedad, y se volvió hacia el sargento—. Quemen los cuerpos.

—Una sabia precaución —admitió Amberley mientras los tres nos alejábamos y el sargento iba a buscar un lanzallamas.

—¡Coronel! ¡Comisario! —Broklaw nos hacía gestos desde la rampa de un Chimera de mando—. Una de nuestras patrullas encontró también a varios tau ahí abajo. ¡Están volviendo ahora mismo a la superficie!

Amberley y yo nos miramos y fuimos a recibir a los supervivientes del shas'la con el que habíamos topado en los túneles. Noté una agitación en mi interior mientras el pequeño grupo, reducido ahora a tres, salía tambaleándose a la luz del sol. Uno había perdido su casco y entornó los ojos ante la repentina claridad. Me estremecí y sentí que me tragaban las sombras cuando un transporte de tropas Mantarraya pasó sobre nosotros y aterrizó para recibirlos. Parecían desorientados, era cierto, pero seguramente estaban tan cansados como nosotros, y no podía estar seguro de la causa. Éstos eran alienígenas, después de todo, y no podía estudiarlos de la misma manera que a los de mi propia raza.

Así que me quedé allí, paralizado por la indecisión, mientras subían la rampa tambaleándose y entraban en el transporte ayudados por sus compañeros. Ya era demasiado tarde, de todos modos. Al alejarme, enfermo por la aprensión, me encontré con que Amberley me miraba con lo que sólo puedo describir como una sonrisa de satisfacción.

Por alguna razón, aquello no me levantó la moral. El efecto fue, más bien, todo lo contrario.



Nota editorial:

Una vez más necesitamos recurrir a otras fuentes para obtener una perspectiva más amplia de las secuelas del asunto que la que nos da el relato típicamente egocéntrico de Cain.

De *¡Purga de los culpables! Una narración imparcial de la liberación de Gravalax,*
por STENTENTIOUS LOGAR, 085.M42

Y así sucedió que el mundo que tanto amamos fue salvado de la depredación de los alienígenas gracias al heroísmo de los guerreros de Su Divina Majestad y a la fortaleza marcial de héroes cuyos nombres perviven en la gloria de sus actos. Entre ellos los hubo del calibre del célebre comisario Cain, que, aunque su contribución en la campaña no fue más que periférica, sin duda se sintió orgulloso de haber participado en tan noble esfuerzo. Es realmente una pena que, como muchos de los guardias imperiales desplegados en esta empresa tan gloriosa, tuviera que limitarse a permanecer en las líneas secundarias, pero al menos presenció el desenlace, por así decirlo, ya que se encontraba presente cuando el traidor gobernador Grice al fin encontró su justo castigo a manos de la Inquisición. De hecho, algunos incluso afirman que presenció el célebre duelo a muerte entre el despreciable traidor y la propia inquisidora, aunque, como muchos historiadores concienzudos, debo admitir que esto es, con toda probabilidad, poco más que un mito encantador. Después de un examen concienzudo de las pruebas, parece mucho más probable que un oficial de su calibre estuviera en el centro de la batalla por controlar el palacio, especialmente cuando los pérfidos tau se habían movilizado para intentar proteger a la marioneta que sus insidiosos cómplices, los comerciantes independientes, habían instalado en el trono.

Sea como sea, la Batalla del Palacio fue sin duda el punto de inflexión en la historia de nuestro hermoso planeta, cuando el control del intruso alienígena se rompió finalmente y el aliviado y agradecido populacho fue devuelto por fin a la protección del Divino Emperador y sus incansables servidores. Los tau, deshechos y desmoralizados, se marcharon como los ladrones vagabundos que eran, escabullándose, habiendo fallado en su propósito de apoderarse del hermoso mundo de Gravalax. Pocas horas después de su derrota a manos de la Guardia Imperial, se

retiraron, no sólo de la ciudad sino también del planeta. Uno por uno subieron a bordo de sus naves espaciales, regresando al interior del espacio de donde habían venido, para no volver a molestarnos jamás.

Podéis estar seguros de que nosotros, las generaciones que vinimos detrás, hemos tenido cuidado de no cometer los mismos errores que nuestros antepasados, y siempre estamos vigilando por si llegara la hora de su regreso. Incluso ahora, nuestras unidades de la FDP están listas para defender en cualquier momento el suelo sagrado de los sacrosantos dominios de Su Majestad hasta la última gota de sangre, y es nuestra mayor esperanza que algún día lo mejor de estos valientes soldados pase a formar parte de la mismísima Guardia Imperial.

Con respecto a los comerciantes independientes, también debemos estar alerta, ya que siguen entre nosotros, tejiendo su insidiosa red de traición…

[Etcétera, etcétera…
De esto se puede deducir fácilmente que la infestación de los genestealers sigue siendo un secreto que muy pocos conocen; y ya que esos pocos son o bien servidores de la Inquisición o miembros de alguna unidad de la Guardia Imperial que con toda probabilidad no volverán a pisar ese espantoso lugar, es un secreto que permanecerá seguro. En cuanto a por qué esto es tan importante…]



EPILOGO

> Las historias son mucho más metódicas que la vida real. Las historias tienen finales felices y ordenados, pero lo que realmente conseguimos no son sino trabajos inacabados.
>
> **JANNI VAKONZ,**
> **director holográfico.**

Vi poco a Amberley la semana siguiente a nuestras aventuras en la ciudad subterránea, pero ambos tuvimos muchas cosas que nos mantuvieron ocupados durante aquellos días, así que su ausencia no me sorprendió demasiado. Jurgen se recuperaba lentamente, de modo que había perdido a mi mayor apoyo en las tediosas minucias de mi labor diaria, y como resultado de ello me encontré con que mi carga de trabajo había aumentado considerablemente. Si a eso le añadimos el cansancio y las heridas leves que había recibido, acabé haciendo poco más que comer, dormir y archivar datos. Divas se pasó una tarde con una botella de amasec, que nos proporcionó una diversión bastante placentera, y me contó los últimos cotilleos (a los que, después de la vez anterior, pueden estar seguros que hice oídos sordos; no tenía sentido tentar a la suerte).

—Nadie puede entenderlo —dijo en un momento dado—. Los tau simplemente se están retirando. —Había oído lo mismo de otras fuentes, la mayoría mucho más fiables, gracias a mis contactos en la oficina del general supremo, pero aun así asentí mientras rellenaba nuestras copas.

—Bueno, son alienígenas —repliqué amablemente—. ¿Quién sabe por qué hacen las cosas? —Todavía no le encontraba mucho sentido cuando Donali me lo explicó, pero parecía saber de qué hablaba, y Amberley lo confirmó más tarde, de modo que no puedo sino repetir lo que oí.

Verán, aunque son unos pequeños diablos peculiares, no parecen valorar el objetivo de luchar sólo por luchar como hacemos nosotros. Tal y como creo

entenderlo, consideraron que si estábamos dispuestos a meternos en una guerra tan encarnizada para conservar aquella bola de barro sin valor, podíamos quedárnosla. Se irían y harían algo más productivo hasta que nos aburriéramos o nos volviéramos complacientes o distraídos, y entonces volverían a por ella más tarde, cuando no fuéramos capaces de oponer una resistencia decente y luchar por el lugar[59]. Y mientras tanto tenían una flota enjambre de la que ocuparse, suponiendo que realmente estuviera ahí fuera. (Tal y como descubrimos más tarde, de hecho sí que estaba).

Así que, como pueden comprobar, me vi gratamente sorprendido cuando llegó un mensaje de Amberley invitándome a cenar en un discreto restaurante de los muelles situado en un barrio de la ciudad que parecía haberse librado de lo peor de la batalla; incluso más sorprendido si cabe, ya que no esperaba volver a verla nunca más. (Encontrarán en estas memorias amplias pruebas de lo lejos que estaba de la verdad esa suposición, como ya he mencionado antes).

—¿Cómo está Jurgen? —preguntó mientras engullía una deliciosa crep de vyl ahumado.

Conmovido por su solicitud, le conté todo acerca de su recuperación, y a cambio le pregunté qué tal estaban sus asociados. (Bastante bien, por lo que se ve: Rakel estaba de nuevo en pie y tan chalada como siempre, y Orelius ya había vuelto a su nave).

Asintió al oír las noticias.

—Me alegro de oírlo. Es un hombre increíble.

—Realmente es poco común —dije, saboreando el vino de cosecha local que había conseguido en alguna parte; ligero y picante, complementaba la comida estupendamente. Sonrió ante el comentario.

—Más de lo que pueda imaginar. —Algo en el tono de su voz me alertó y comencé a prestar más atención a sus palabras. Esto era más que una charla trivial—. No creo que hubiéramos conseguido salir de los túneles de no ser por él. —Me retrotraje al duelo desesperado con el patriarca.

—Si no hubiera conseguido aquel rifle de fusión en algún lugar… —reconocí, pero me interrumpió antes de que pudiera terminar.

—No es eso lo que quería decir. ¿Sabe lo que es un «vacío»? —Debí de haberle parecido desconcertado, porque se puso a explicármelo—. Son increíblemente raros; tan raros entre los psíquicos como éstos lo son entre nosotros.

—¿Cree que Jurgen es un psíquico? —pregunté, riendo a mi pesar, e inclinándome ligeramente a la izquierda para permitir que el camarero retirara mi plato. La idea era tan ridícula que no pude evitarlo. Pero Amberley negó con la cabeza.

—No. Justo lo contrario. Es un vacío, estoy segura de ello.

Repetí el gesto.

—Me he perdido —admití.

—Los vacíos son antipsíquicos —me explicó—. No les afectan los psíquicos ni las entidades de disformidad. Bloquean la comunicación telepática. Ya vio la reacción del patriarca ante él…

—Pareció desorientarse cuando se le acercó —dije, recordando—. Y Grice estaba desesperado por mantenerlo lejos.

Amberley asintió.

—Exacto. Su presencia interrumpía la telepatía de la progenie.

—Eso explica muchas cosas. —Recordé varios incidentes a lo largo de los años que cuando ocurrieron simplemente me habían parecido algo extraños, pero que ahora me di cuenta de que seguían una pauta, confirmando la resistencia a los ataques psíquicos de mi ayudante—. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabe?

—Desde la primera vez que lo vi —admitió—. Cuando Rakel tuvo un ataque mientras estaba intentando ayudarla a subir al Salamander. —Una terrible sospecha empezó a tomar forma en mi cabeza.

—Lo va a reclutar, ¿no es cierto? —pregunté—. Si puede enfrentarse a demonios y hechiceros no lo va a dejar enterrado en una oscura unidad de la Guardia Imperial. —Estaba sonriendo de nuevo, como si algo le resultara divertido.

—La Inquisición es una organización algo extraña, Ciaphas —reconoció—. No es como la Guardia, donde todos están unidos contra un enemigo común y uno puede fiarse de sus camaradas y de su estructura de mando. —No estaba seguro de adonde conducía aquello, pero he tenido más que ver con la Inquisición de lo que hubiera querido desde entonces, y créanme, tiene sentido. Les ruego que acepten mi palabra, y espero que nunca tengan motivos para averiguarlo—. No solemos compartir nuestras fuentes ni nuestros recursos —continuó—, porque nunca sabemos de quién más nos podemos fiar en las ordos. —Como verán, decir que quedé estupefacto es poco para describir lo que sentí al escuchar esas palabras—. Así que no, creo que por ahora lo dejaré donde está. Estará más seguro.

—¿Seguro? ¿En una unidad de combate de primera línea? —Al principio pensé que estaba bromeando, hasta que la miré fijamente a los ojos. Azules y sin astucia, brillaban con una sinceridad que hubiera sido imposible de fingir (créanme, soy un experto en eso).

—Seré capaz de volver a encontrarlos a los dos si los necesito —asintió—. A cualquiera de los dos. —Me quedé tan atrapado en aquel momento que no fui capaz de darme cuenta de lo que implicaban realmente esas palabras—. Pero si lo recluto como parte de mi equipo, llamará la atención. El tipo de atención que preferiría evitar[60].

—Ya veo. —Realmente no lo veía, pero lo más importante parecía ser que no

tendría que preocuparme por perder a mi ayudante después de todo, al menos a corto plazo. Y tampoco se me había escapado que mientras estuviera conmigo no tendría que preocuparme de los psíquicos que quisieran hurgar en secretos que prefería dejar enterrados. Comencé a comerme el postre de crema de *toffee* con un entusiasmo bien merecido.

—Bien. —Amberley sonrió de nuevo, y la expresión maliciosa que tanto me atraía volvió a su rostro—. Además, ya tengo bastante con tratar con Rakel en circunstancias normales, sin que se desmaye cada cinco minutos.

—Estoy seguro —admití. Hubo un silencio incómodo durante unos instantes, así que intenté cambiar de tema—. ¿Ha oído lo de la retirada tau?

—El'sorath aún insiste en que el mundo es suyo por derecho —asintió—, pero que están de acuerdo en respetar el statu quo por el momento. Supongo que habrán tenido sus dudas. —Se encogió de hombros—. Además, les horroriza la idea de que una flota enjambre se instale aquí, aunque no quieran admitirlo. Han tenido unas cuantas escaramuzas con fuerzas incursoras en los dos últimos siglos, y saben perfectamente lo que significaría una invasión a gran escala. —Yo también lo sabía, y me estremecí sólo de pensarlo—. Aferrarse a un pequeño planeta no es nada comparado con lo otro, especialmente si eso debilita su respuesta a la amenaza mayor.

—Hablando de todo un poco… —Tosí con delicadeza—. Todavía no estoy seguro acerca de esos rastreadores… Ya sabe…

—¿A quién le importa? —Amberley bebió un sorbo de vino con gesto de aprobación—. Si lo eran, entonces al menos conducirán a la flota enjambre hacia ellos y no hacia nosotros dentro de unas cuantas generaciones. Y mientras tanto, podremos explotar el caos en el imperio tau para nuestros propios fines.

—Bien por nosotros, entonces —dije. Levanté mi copa—. Confusión para nuestros enemigos.

—Y gloria para nuestros amigos. —Nuestras copas chocaron, y Amberley volvió a sonreírme—. Por el comienzo de una bonita amistad.

Sin mencionar media vida corriendo, disparando y en medio de un terror atenazador, por supuesto. Pero echando la vista atrás, debo decir que hizo que valiera la pena el esfuerzo.

[Y con esa nota algo alentadora, este extracto del Archivo Cain llega a su fin de forma natural.]

NOTAS

[1] Un error frecuente. Por supuesto es algo inédito que un capítulo de Astartes completo ocupe el terreno inmediatamente, y mucho menos dos; lo que Cain quiere decir, evidentemente, es que participaron elementos de dos capítulos diferentes. (Un par de compañías de los Recobradores y otras tantas de los Espadas del Emperador). <<

[2] No estaba bien enterado, o posiblemente exageraba para darle dramatismo. El recientemente nombrado coronel del 112.º de los Rough Riders era un antiguo sargento, es cierto, pero ya había sido ascendido a teniente en el campo de batalla durante la defensa de Corania. No había nadie entre los mandos superiores de ninguna de las unidades recientemente consolidadas que hubiera sido ascendido directamente sin haber sido antes oficial. <<



[3] Tengo que reconocer que no es la forma más elogiosa ni precisa de referirse a la Santísima Inquisición de Su Divina Majestad <<

[4] Pizarra de Organización y Equipamiento. No se trata realmente de una pizarra física sino de un término arcaico para los detalles sobre disposición de las tropas y el equipamiento dentro de una unidad de la Guardia Imperial. Todavía se usa en muchos regimientos con más de mil años de tradición ininterrumpida. <<

[5] Cain tenía razón en su conjetura. Absolutamente en contra de las normas, por supuesto, pero las relaciones entre superiores y algunos de los soldados existían.

Por supuesto, esto es totalmente falso. Como servidores más fieles de Su Divina Majestad, estamos definitivamente por encima de resentimientos y de emociones mezquinas. <<

[6] Por supuesto, esto es totalmente falso. Como servidores más fieles de Su Divina Majestad, estamos definitivamente por encima de resentimientos y de emociones mezquinas. <<

[7] 837.M41, según las crónicas que se conservan. Como muchos historiadores aficionados, Logar abusa de la retórica y se queda corto en erudición verdadera. <<

[8] O Logar no se molestó en investigarlo. <<



[9] Caín formó parte de la fuerza de invasión que limpió Sanguia. Su relato de esta acción también está incluido en el archivo. <<

[10] Casi no había precedentes de la presencia de hombres y mujeres en un mismo regimiento de la Guardia Imperial. Entre las unidades notables en las que se dio esta circunstancia se cuentan los Exploradores de Omicron, los Primeros de Tanith y los Rifles de Calderón. Sin embargo, teniendo en cuenta que las mujeres constituían menos del diez por ciento del total de las fuerzas, y que la enorme mayoría servía en regimientos de un solo sexo, no tendría nada de sorprendente que el 597.º despertara cierta curiosidad entre los presentes. <<

[11] Una práctica muy difundida, aunque no oficial entre las unidades con experiencia en guerra urbana. Hasta tal punto que actualmente forma parte del procedimiento operativo estándar en muchos regimientos y ha llegado a convertirse en una característica permanente de su organización. <<

[12] Una abreviatura en jerga valhallana de «kilómetro». Cain sirvió la mayor parte de su vida con unidades valhallanas y era casi inevitable que en su forma de hablar se encontraran coloquialismos adquiridos durante su estancia entre ellas. <<

[13] La zona más acomodada de la ciudad, en el punto en que ésta empezaba a elevarse hacia las colinas circundantes. Aunque la influencia tau sobre la arquitectura local estaba muy difundida, como lo señala Cain en otra parte, era más manifiesta en este sector que en cualquier otro lugar de Mayoh. Como resultado de ella, gozaba de popularidad entre los más radicales de los ciudadanos pro tau, y era un foco natural de protesta para los leales al Imperio. A medida que la situación política empezaba a deteriorarse, los enfrentamientos entre las dos facciones se volvieron allí más frecuentes. <<

[14] Una suposición razonable en ambos casos. Se pueden encontrar los pormenores de las subsiguientes actividades de Cain como «chico de los recados», para usar su expresión, en el libram del ordo si a algún lector le interesa comprobar la versión oficial. Su propia versión de los acontecimientos puede encontrarse en otro punto del archivo, pero por el momento no tiene por qué preocuparnos. <<

[15] Un famoso error militar durante la campaña de Spiron que tuvo lugar en el 438.926.M4l. El soldado del capitán Gannak que estaba de guardia, del 3.º de Húsares de Kalaman, interpretó mal sus órdenes y cargó contra un reducto orco en el que había una batería de artillería. No hubo supervivientes. <<

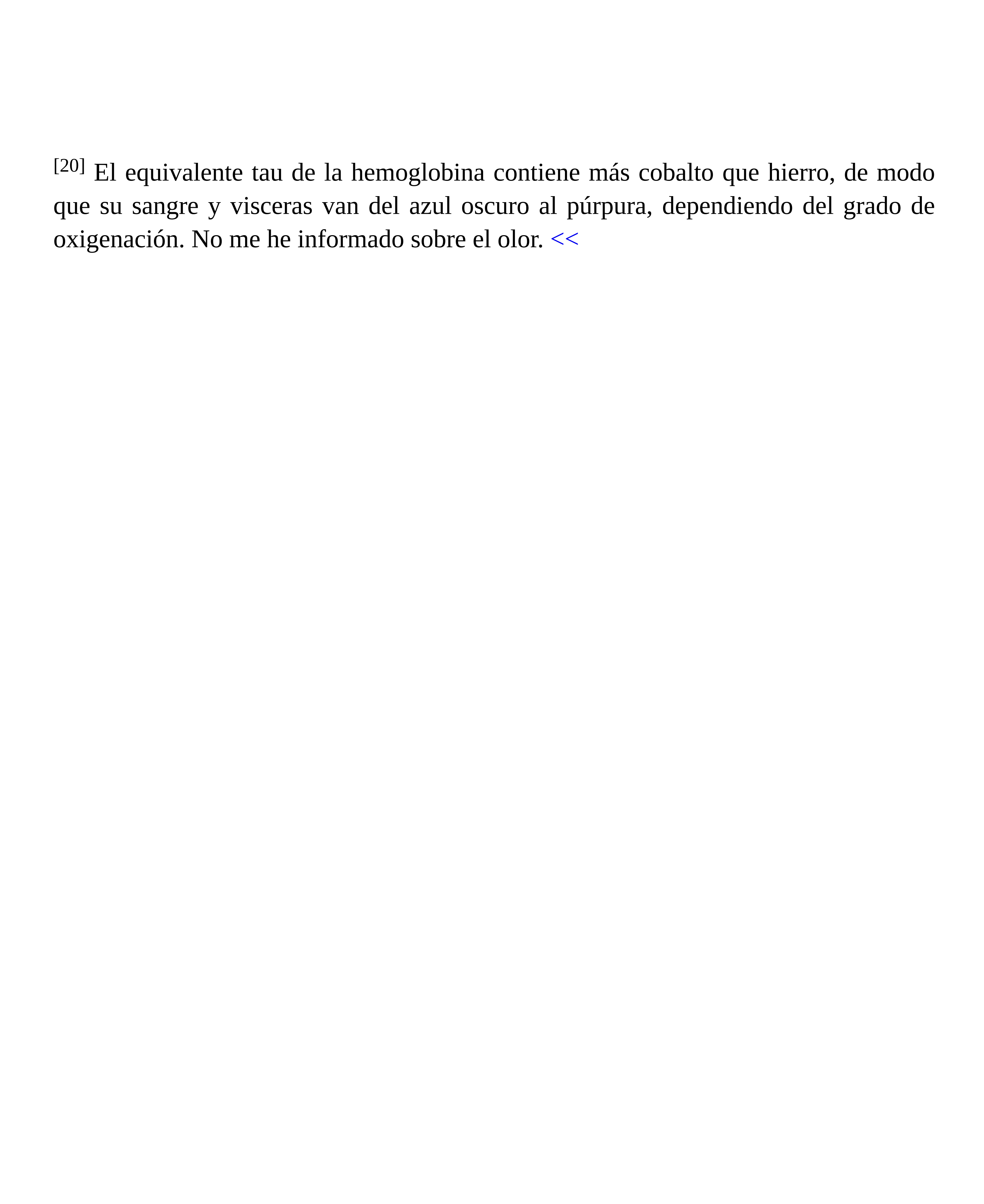
[16] Como muchas de las generalizaciones al pasar que hace Cain, ésta tiene algo de verdad. La mayor parte de las gobernaciones planetarias son puestos hereditarios, y muchos de los que las ocupan no hacen honor a los retos del puesto. Sin embargo, los verdaderamente incompetentes suelen ser desplazados por la incesante ronda de luchas por el poder dinástico y golpes de estado que mantienen entretenida a la aristocracia. Y en los casos en que se ven realmente amenazados los intereses imperiales, siempre se puede recurrir al Officio Assassinorum. <<

[17] Capital provincial del más pequeño de los continentes septentrionales. La mayor parte de la acción de limpieza de Keffia tuvo lugar en el continente meridional, donde el culto de los genestealers estaba más profundamente arraigado; o sea, que Skandaburg y su población habrían quedado prácticamente al margen de la lucha. <<

[18] Realmente es lamentable que esta predilección haya llegado a ser tan conocida. Personalmente, culpo a la ficción popular de perpetuar el estereotipo, aunque he de reconocer que algunos inquisidores carecen por completo de imaginación a la hora de adoptar un disfraz. <<



[19] El embajador, como todos los diplomáticos tau, debía de pertenecer a la casta del Agua. <<



[20] El equivalente tau de la hemoglobina contiene más cobalto que hierro, de modo que su sangre y visceras van del azul oscuro al púrpura, dependiendo del grado de oxigenación. No me he informado sobre el olor. <<

[21] «Volverse xenos», como se le llama coloquialmente, es un riesgo que corren los diplomáticos que pasan mucho tiempo en contacto con una cultura extranjera. La inmersión prolongada en una mentalidad extrema los lleva a veces a identificarse mucho con los seres con los que negocian. En este caso, sin embargo, parece claro que Donali sólo pretendía ser cortés. <<

[22] Como Cain estaba al corriente del incendio en el palacio del gobernador, que había afectado aproximadamente a dos tercios de la estructura, debe de haber descrito uno de los muchos incendios menores que estallaron esa noche por toda la ciudad. A pesar de su aprensión, pocos de ellos se extendieron demasiado, y gran parte de la infraestructura urbana se mantuvo intacta, al menos durante un rato. <<

[23] Es posible que la memoria de Cain le esté jugando aquí una mala pasada, ya que el uniforme estándar de la FDP gravalaxiana en realidad era de color magenta, con armadura terracota. Por otra parte, es posible que el resplandor del fuego afectara a su percepción del color. <<



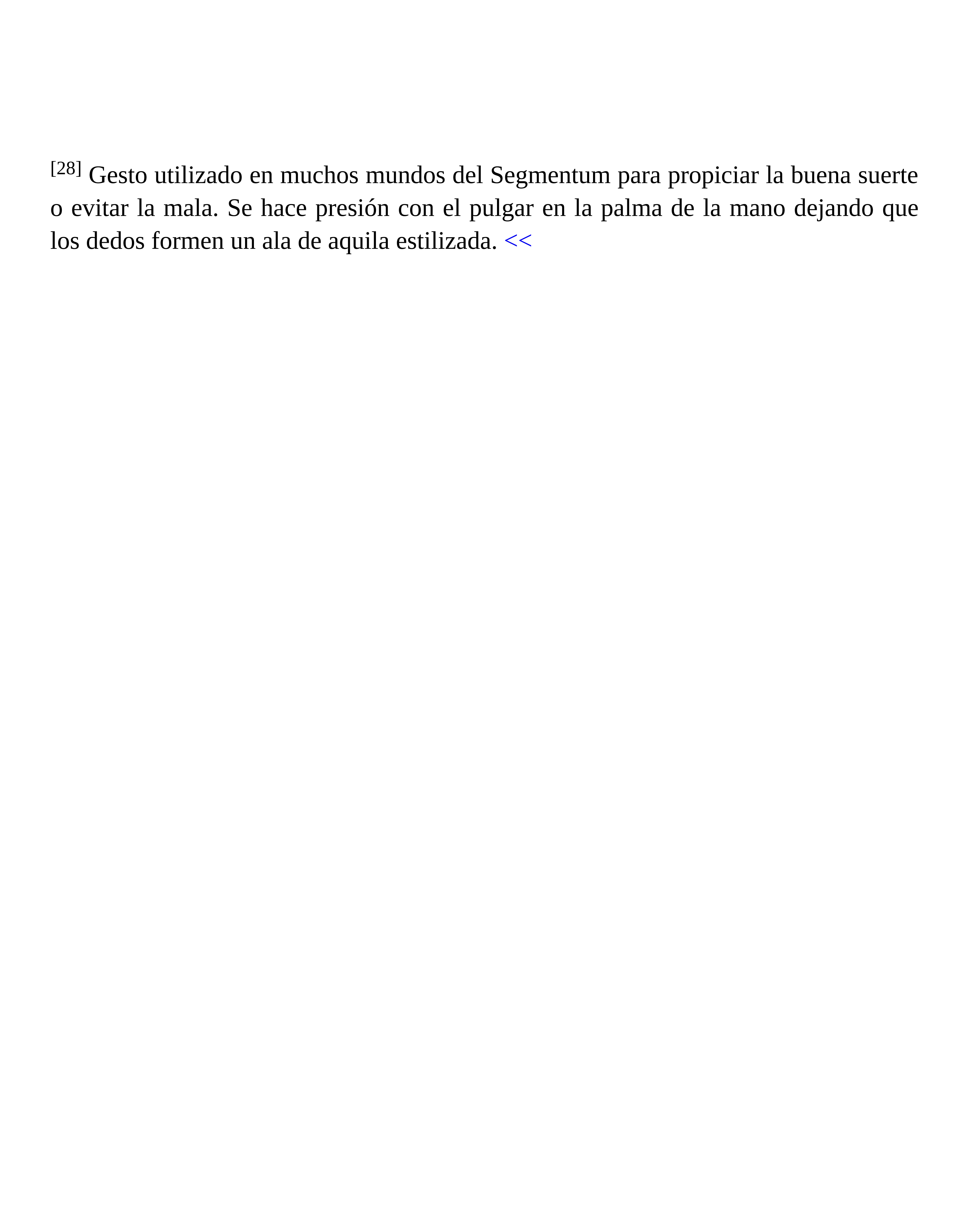
[24] Una insurrección civil de poca envergadura en la que había estado Cain unos años antes. <<



[25] Sigue siendo una cuestión del máximo interés para el Ordo Xenos, aunque la investigación de este fenómeno está resultando desalentadora por su dificultad. <<

[26] A partir de ese momento, Zyvan se tomó un interés personal por la carrera de Cain y llegó a nombrarlo parte de su estado mayor. Esto a su vez desembocó en una serie de incidentes con peligro de muerte de los que habla en otra parte del archivo. <<

[27] La Medalla al Mérito de Gravalax, segunda clase. En años posteriores, Cain bromearía con que si hubiera dejado que el tau matara a Grice después de todo, el populacho, agradecido, tal vez le habría dado la condecoración de primera clase. <<



[28] Gesto utilizado en muchos mundos del Segmentum para propiciar la buena suerte o evitar la mala. Se hace presión con el pulgar en la palma de la mano dejando que los dedos formen un ala de aquila estilizada. <<

[29] Cain se equivoca al suponer que su posición era incomparable. Ya se habían dado casos en los que se había asignado a un comisario el mando de una fuerza de ataque ad hoc cuando las circunstancias lo exigían, aunque era, y sigue siendo, algo muy poco frecuente. De hecho, hay por lo menos un caso registrado de un comisario al que se dio el mando general de todo un regimiento durante un período de varios años, aunque con el doble rango de coronel para facilitar el papeleo. <<

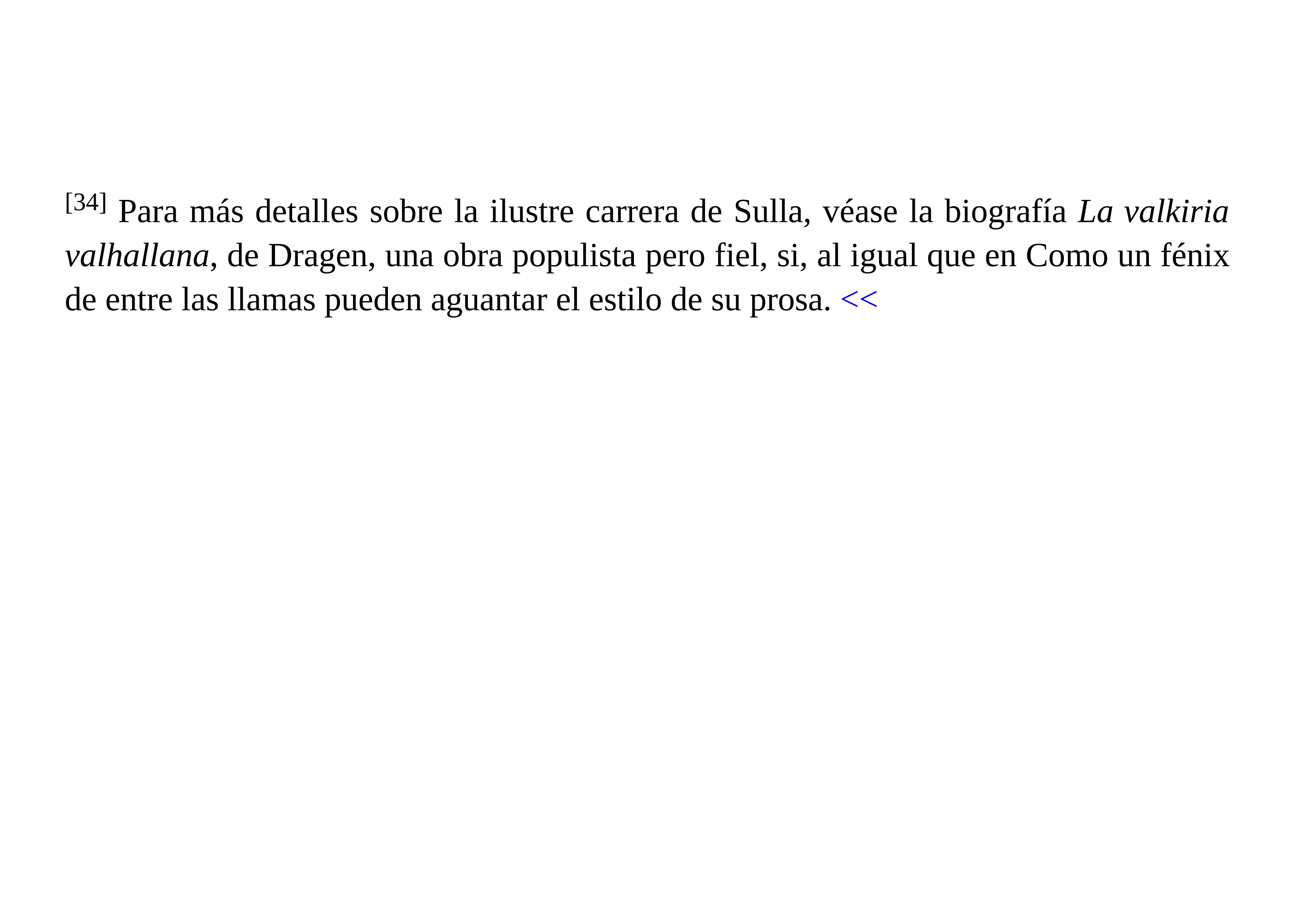
[30] A diferencia de las unidades de la Guardia Imperial con las que Cain estaba habituado a combatir, la mayor parte de la Fuerza de Defensa Planetaria de Gravalax no estaba equipada con microtransmisores personales. Esta falta de contacto entre los individuos que no se veían unos a otros explica en parte la relativa carencia de coordinación dentro de un escuadrón, cosa que la mayor parte de los veteranos de la Guardia atribuían a niveles deficientes de entrenamiento y de disciplina. De todos modos, la mayoría de las unidades de la FDP eran inferiores a ellos en este aspecto. <<

[31] He aquí otro ejemplo típico de la vena manipuladora de Cain: invita a la confidencia simulando haber tenido experiencias similares a las de los demás. Aunque, por supuesto, hay divisiones dentro del Comisariado sobre cuestiones de doctrina y procedimiento, no se las puede describir tan trivialmente como «política de oficina». Debemos apuntar, además, que son menos fratricidas que los desacuerdos similares entre los inquisidores. <<



[32] A riesgo de parecer demasiado pagado de mí mismo, sospecho que en este caso su protesta es demasiado vehemente… <<

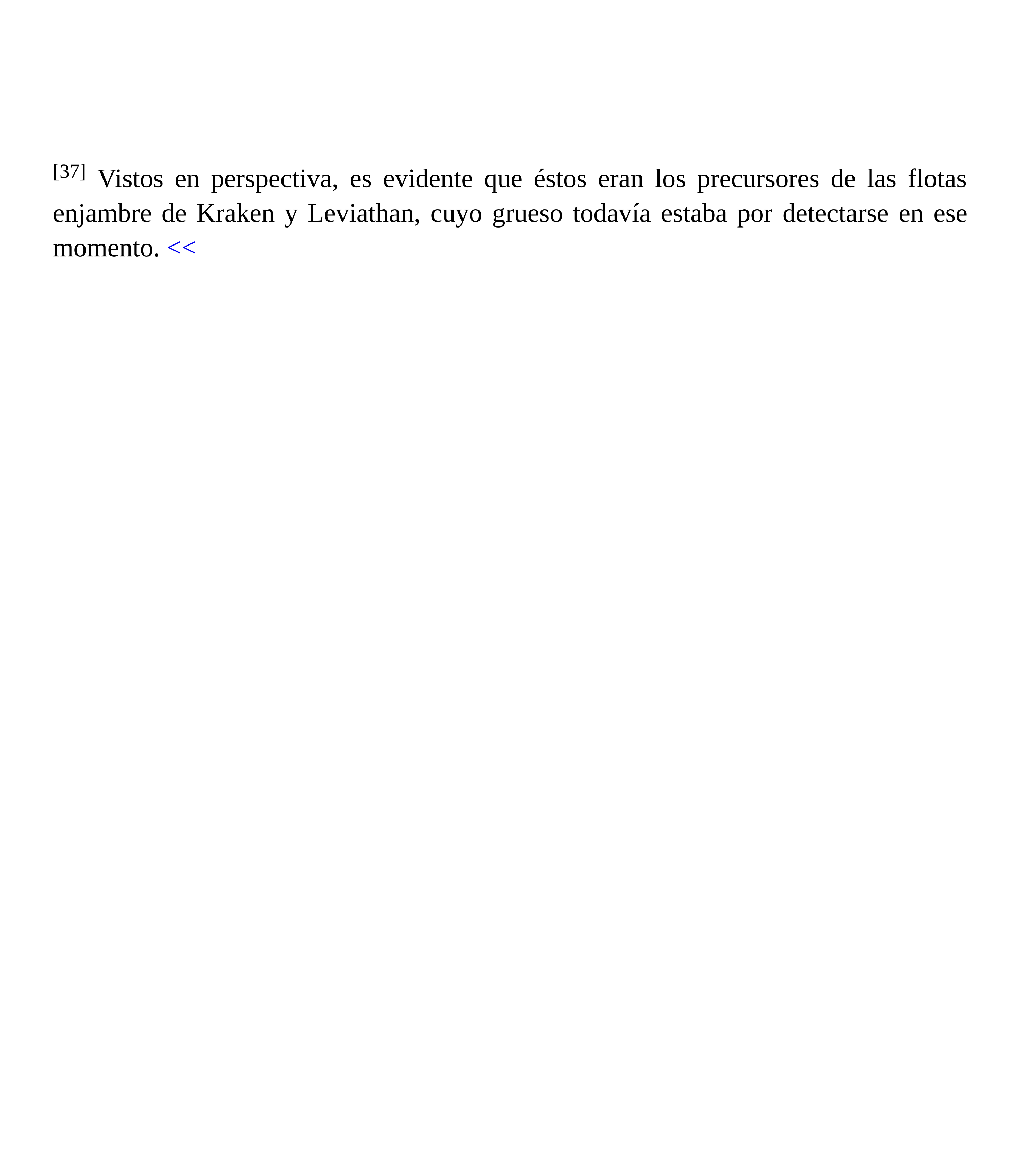
[33] Sinceramente, lo dudo. Pero sin duda parecía que ambos nos encontrábamos más a gusto en nuestra mutua compañía que con ninguna otra persona. Tómenlo como les parezca. <<



[34] Para más detalles sobre la ilustre carrera de Sulla, véase la biografía *La valkiria valhallana*, de Dragen, una obra populista pero fiel, si, al igual que en Como un fénix de entre las llamas pueden aguantar el estilo de su prosa. <<

[35] Una decisión que, en lo superficial, parece notablemente perversa dados los manifiestos fallos de carácter de Cain. Sin embargo, es una decisión que su carrera subsiguiente justifica de manera triunfal. Sólo cabe especular sobre cómo se habría comportado de haber sido orientado hacia alguna otra rama del servicio imperial, como la Armada, o, que el Emperador nos proteja, el Arbites. <<

[36] Que era, realmente, lo que venía al caso… <<



[37] Vistos en perspectiva, es evidente que éstos eran los precursores de las flotas enjambre de Kraken y Leviathan, cuyo grueso todavía estaba por detectarse en ese momento. <<

[38] Estos sueños parecerían tener una conexión con algunas de las experiencias anteriores de Cain. El último, en particular, sin duda puede referirse a un incidente específico del que se habla en otra parte del archivo, aunque los demás son algo más problemáticos. Se había enfrentado tanto a necrones como a tiránidos en más de una ocasión antes de esta fecha. <<

[39] Viniendo de Cain, esto es un verdadero cumplido. <<



[40] Esto me trae a la memoria una antigua expresión sobre la sartén y el pote, y también esa otra que dice que «cree el ladrón que todos son…». <<

[41] Está hablando en sentido figurado. El sonido de la Campana Negra de Terra era un eufemismo que todos los soldados usaban para referirse a la muerte en acto de servicio. ¡Creo sinceramente que él no esperaría en realidad semejante homenaje! <<

[42] El sentido de orientación de Cain en el subsuelo era realmente notable como tuve ocasión de comprobar varias veces, un hecho que da credibilidad a su afirmación de haber nacido en un mundo colmena. Aunque también hay que decir que era capaz de perderse como cualquier otro a veces, especialmente cuando le disparaban o si se trataba de acercarse al enemigo, una discrepancia sin importancia por la cual prefiero concederle el beneficio de la duda. <<

[43] Una vez más pude corroborar por mi experiencia personal que Cain realmente tenía una habilidad casi increíble para distinguir entre sonidos y ecos en espacios cerrados y que sus estimaciones de las fuentes de las que provenían eran muy precisas en la mayoría de los casos. <<

[44] Para comprender a un enemigo es preciso entender cómo piensa, y la lengua, según los magos del Ordo Diologus, da forma a la percepción. En consecuencia, muchos inquisidores del Ordo Xenos se toman el trabajo de aprender las lenguas de las especies con las que es previsible vayan a encontrarse en el cumplimiento de su deber. Sin ánimo de parecer inmodesta, puedo jactarme de una fluidez razonable en las formas más comunes de las lenguas tau y eldar, y de comunicarme con bastante eficacia en orco (lo cual no es un logro demasiado impresionante, para ser sincera, ya que esta «lengua» particular consiste en gran parte en gestos y golpes de cabeza). <<

[45] Supuestamente, dé sus anteriores encuentros con los necrones. <<

[46] Difícil, pero no imposible, aunque los mercenarios kroot suelen asociarse con los tau y su patria parece ser un feudo de éstos, ha habido suficientes informes en los que se habla de kroot luchando junto a otras razas para plantear la posibilidad de que tal vez no sean tan fieles siervos de sus patrones como se suele creer. No es totalmente increíble que éste en particular encontrase empleo en algún remoto mundo humano o, lo que es más probable, hubiera formado parte de una alianza temporal con las fuerzas imperiales frente a un enemigo común. <<

[47] Generalmente traducido al gótico como «exploradores», se trata de especialistas de reconocimiento más o menos equivalente a las tropas de asalto de la Guardia Imperial o los observadores de avanzada normalmente adjuntos a una batería de artillería. Cain sin duda habría hecho alguna observación pertinente sobre el tema de haber podido hablar con ellos. <<

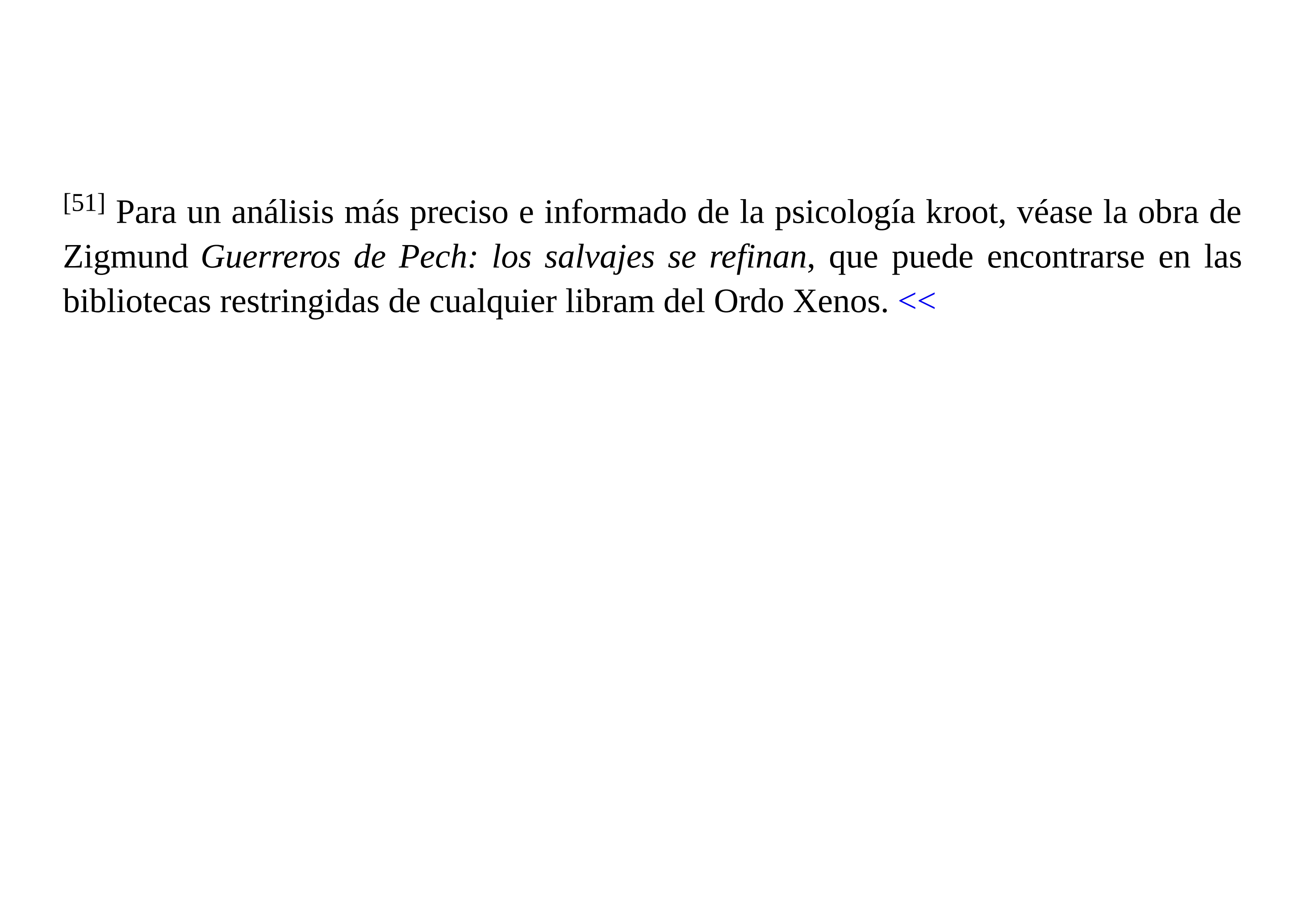


[48] ¿Y por qué habríamos de hacerlo cuando podemos recurrir a nuestros propios capítulos de Astartes para ese tipo de cosas? <<



[49] Sospecho que esto no es totalmente cierto. Sé de buena fuente que en varias ocasiones se despertó presa de pesadillas. <<

[50] Estudios posteriores de las crónicas de la ciudad me llevan a creer que estábamos en uno de los principales centros de distribución del sistema de purificación del agua. Como muchos ejemplos de tecnología de los primeros días del asentamiento en mundos humanos, aparentemente había funcionado sin perturbaciones varios milenios, y sin duda así habría seguido de forma indefinida si no hubiéramos empezado a hacer agujeros en ellos poco después. <<



[51] Para un análisis más preciso e informado de la psicología kroot, véase la obra de Zigmund *Guerreros de Pech: los salvajes se refinan*, que puede encontrarse en las bibliotecas restringidas de cualquier libram del Ordo Xenos. <<

[52] Pecio espacial que se deslizó dentro del Agujero Corolian en 928; Cain actuaba de enlace con el capítulo de Astartes en cuestión en ese momento, como miembro del personal de mando de la Brigada, y acudió con la unidad de la Guardia Imperial a hacer limpieza tras el asalto inicial de los Astartes. <<



[53] Síntoma indudable del estado de conmoción en que se encontraba, lo cual no es sorprendente dadas las circunstancias. <<

[54] Como dije antes, da la impresión de que estuvo bajo una conmoción durante algún tiempo después de haber perdido a nuestros compañeros. Aun así era bastante fuerte y se recuperó mucho más de prisa de lo que jamás hubiera creído posible; no cabe duda de que los muchos peligros a los que se había enfrentado y de los que había escapado lo habían inmunizado hasta cierto punto contra traumas psicológicos que habrían incapacitado a la mayoría de los hombres. <<

[55] Supone correctamente; en ese momento necesitaba un guerrero a mi lado, no un cesto.

Simplemente me gustaría matizar que ésta es una reacción perfectamente normal ante la tensión extrema, que en modo alguno debe interpretarse como comportamiento irresponsable en semejantes circunstancias. <<

[56] Simplemente me gustaría matizar que ésta es una reacción perfectamente normal ante la tensión extrema, que en modo alguno debe interpretarse como comportamiento irresponsable en semejantes circunstancias. <<

[57] Algo exagerado, pero aun así, una creencia generalizada. <<

[58] El campo trasladador, como aquellos de ustedes que lo hayan usado pueden atestiguar, lo teletransporta a uno fácilmente fuera del peligro inmediato. Por desgracia, uno se vuelve a materializar moviéndose a la misma velocidad y en la misma dirección que antes de que se activara el campo, y, como Cain señala, me estaba lanzando a por un arma que estaba en el suelo en ese momento. Sea como sea: ¡vaya lugar para poner una mesa! <<

[59] Un poco vago, pero exacto en lo fundamental. Los tácticos tau suelen considerar las cosas a largo plazo, retirándose para reagruparse en cuanto encuentran una resistencia más tenaz de lo que esperaban, o, como en este caso, cuando la situación resulta más compleja de lo previsto. <<

[60] Como radicales con un plan, o fanáticos del Ordo Malleus buscando comida para demonios para su próxima cruzada. No es mi problema, gracias al Emperador. <<